EL ÚLTIMO EXPERTO

y otros relatos

Philip k. Dick



¿Cómo se da forma a un libro de resistencia, un libro de verdad en un imperio de falsedad, o un libro de rectitud en un imperio de crueles mentiras? ¿Cómo se puede hacer esto delante mismo del enemigo?

No a la antigua, escribiendo en el cuarto de baño, así que, ¿cómo se puede hacer esto en un Estado tecnológico futuro? ¿Es posible que la libertad y la independencia se manifiesten de maneras y en condiciones nuevas? Es decir, ¿sofocarán las futuras tiranías estas formas de protesta? ¿O el espíritu engendrará nuevas respuestas que ahora mismo no podemos ni imaginar?

Philip K. Dick, en una entrevista en 1974

K. Dick

Cuentos



minotauro

Philip K. Dick

EL ÚLTIMO EXPERTO

y otros relatos

Selección y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN. Thomas M. Disch y J. Tiptree, Jr.

Tony y los escarabajos

La nave humana

El último experto

Servir al amo

El mundo de Jon

Algunas clases de vida

La fe de nuestros padres

Servicio técnico

El hombre variable

ACERCA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Thomas M. Disch

La sabiduría popular sostiene que existen escritores para escritores y escritores para lectores. Los de estos últimos son los escasos y felices libros que encabezan año tras año las listas de ventas y que, por razón de su extraña composición feromónica, nunca consiguen duplicar en sus propios laboratorios. Puede que satisfagan los refinados gustos de los críticos «literarios», o puede que no (que es lo más frecuente), pero sus obras se venden. Los escritores para escritores consiguen magníficas críticas (sobre todo por parte de sus admirados colegas), pero no atraen a los lectores, quienes poseen la capacidad de detectar a distancia los signos del libro de un escritor para escritores. El estilo de su prosa cosecha grandes alabanzas (mientras que un escritor para lectores jamás querría que se lo acusara de

un delito de elitismo como el de tener «estilo»); los personajes son «profundos»; y, por encima de todo, el libro es «serio».

Muchos escritores para escritores aspiran a la fama y la popularidad de los escritores para lectores y, en ocasiones, los escritores para lectores codician los laureles que los royalties no pueden comprarles. Henry James, el escritor para escritores par excellence, escribió uno de sus más cómicos relatos, The Next Time, cuyos protagonistas son dos escritores. La conclusión de la obra es real como la vida misma. El escritor «literario» se esfuerza al máximo para conseguir un éxito de ventas… y lo que acaba obteniendo son más laureles, pero no más lectores. La autora comercial suda la gota gorda para producir una obra de arte con mayúsculas… que acaba recibida con desdén por la crítica y convirtiéndose en su mayor éxito comercial.

Philip K. Dick fue, en su tiempo, ambas cosas, un escritor para escritores y un escritor para lectores; y al mismo tiempo ninguna de ellas y algo completamente diferente: un escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción. La prueba de esta última afirmación puede hallarse en las contraportadas de las ediciones de bolsillo de sus obras, donde sus colegas compiten por cubrirlo con las alabanzas más superlativas. John Brunner lo definió como «el escritor de ciencia ficción más constantemente brillante de la historia»; Norman Spinrad supera esto con «el novelista americano más importante de la segunda mitad del siglo

XX»; Ursula Le Guin lo llama «el Borges norteamericano» y Harlan Ellison pone la guinda del pastel definiéndolo como «el Pirandello de la ciencia ficción, su Beckett y su Pinter». Brian Aldiss, Michael Bishop y un servidor, entre muchos otros, hemos escrito elogios igualmente extravagantes, e intrascendentes por lo que se refiere a las ventas de los libros que engalanan. Si Dick logró ganarse la vida como escritor a tiempo completo fue sólo gracias a su inmensa productividad. Contemplemos la magnitud de estos Cuentos completos y no olvidemos que la mayoría de sus lectores no consideraba a Philip K. Dick un escritor de historias cortas, sino que lo conocían fundamentalmente por sus novelas.

Es significativo, creo, que todas las alabanzas recibidas por Dick provengan en exclusiva de otros escritores de ciencia ficción, y no de los forjadores de reputaciones de la Academia literaria. Esto se debe a que no era como los escritores para escritores convencionales. No se lo aplaude por la exquisitez de su estilo ni por la profundidad de sus personajes. Su estilo no suele alcanzar grandes cotas y muchas veces es tan cojo como Quasimodo. Los personajes de sus historias más memorables tienen la «profundidad» de una sitcom de los 50 (dicho de un modo más amable: su obra es el complemento de la commedia dell'arte estadounidense de la época). Hasta las obras que suponen la excepción a esta regla, confirman, una vez releídas, la impresión de que Dick está más cerca de Bradbury y de Van Vogt que de Borges y de Pinter. La mayor parte del tiempo

se contenta con una narrativa de superficie tan sencilla, incluso podría decirse tan simple, como un cómic.

¿A qué se debe, entonces, tal cúmulo de elogios? Para cualquier aficionado a la ciencia ficción, la respuesta es evidente: tenía grandes ideas. Por lo general, los amantes de este género han disculpado un cierto descuido en la ejecución si la obra era genuina, debido al constante reciclaje de viejos argumentos, ideas y premisas que sufre la ciencia ficción. Y las grandes ideas de Dick ocupan una longitud de onda única en el espectro de lo imaginativo. La conquista del espacio no es para él. En su obra, la colonización del sistema solar se traduce simplemente en la aparición de nuevos y más deprimentes suburbios. Tampoco lo son las ridículas fiestas de disfraces de la invención de nuevas razas de monstruos alienígenas. Dick fue siempre demasiado consciente de la presencia del rostro humano detrás de estas mascaradas como para perder el tiempo perpetuándolas. Sus grandes ideas brotaban del mundo que lo rodeaba, del barrio en el que vivía, de los periódicos que leía, de las tiendas en las que hacía la compra y de los anuncios de la televisión. Sus novelas y relatos, tomados en su conjunto, conforman una de las visiones más fieles y exhaustivas de los Estados Unidos de las décadas de los 50, 60 y 70, y no porque elaborara un inventario completo de cada detalle de aquella época, sino porque inventó metáforas que desvelaban el sentido de nuestra vida de

entonces. Convirtió nuestros lugares comunes en mundos de maravilla. ¿Qué más se le podría pedir al arte?

Bueno, la respuesta es obvia: acabado, ejecución, economía de medios y otras exquisiteces estéticas. Sin embargo, la mayoría de los escritores de ciencia ficción puede seguir adelante sin manteles de lino y vajilla de porcelana mientras haya en el plato una metáfora rebosante de sustancia. Es más, las carencias estilísticas de Dick podrían convertirse en virtudes para sus colegas de género, puesto que, con mucha frecuencia, les permite coger el balón donde a él se le cayó de las manos y culminar la carrera con un ensayo. La obra de Ursula Le Guin *La rueda celeste* es una de las mejores novelas jamás escritas por Dick… y aquí el jamás se usa en sentido estricto. Mi propia *334* seguramente no habría sido la misma novela de no haber existido antes la visión de Dick sobre la monotonía futura. La lista de sus deudores conscientes es muy larga, y la de los inconscientes no digamos.

Con frecuencia, las historias cortas de Dick germinaban para convertirse en novelas cuando el autor volvía a reconsiderar una buena idea inicial, y la razón de que sea un escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción es que sus relatos, en muchas ocasiones, tienen este mismo efecto sobre sus colegas. Leer una historia de Philip K. Dick no es «contemplar» una obra de arte terminada. Es más bien como involucrarse en una conversación. Y, por mi parte, sólo

puedo decir que estoy encantado de incorporarme, aquí, a esa conversación.

Thomas M. Disch

Octubre de 1986

James Tiptree, Jr.

¿Cómo sabes que estás leyendo a Philip K. Dick?

En mi opinión, primero y por encima de todo, por lo extraño. Dick era, y es, extraño. Creo que eso es lo que me hace hojear en todos los catálogos de ciencia ficción, en busca de nuevas obras suyas. Muchas veces se dice: «Este tipo no piensa como los demás». En el caso de Dick es cierto. En sus historias nunca sabes lo que va a pasar a continuación.

Y, sin embargo, sus personajes parecen concebidos como gente normal…, salvo por alguna que otra loca gritona, que es una de las especialidades de Dick, siempre aparece

tratada con cariño. Son gente normal atrapada en situaciones increíblemente extrañas (como dirigir la policía con la ayuda de un grupo de subnormales precognitivos o hacer frente a una fábrica con capacidad de reproducirse y que se ha apoderado de la Tierra). De hecho, uno de los factores de la extrañeza a la que aludía antes es el cuidado con el que Dick coloca a sus personajes en el mundo de la realidad, un aspecto que ignoran la mayoría de los escritores.

¿En cuántos relatos de ciencia ficción sabes lo que hace el protagonista para ganarse la vida cuando no está inmerso en la historia? Oh, sí, puede ser un tripulante de una nave espacial o un científico más o menos genérico. O el joven Werther. En las historias de Dick, las preocupaciones del protagonista se nos presentan en la primera página. Esto no es literalmente cierto en los relatos que forman este volumen (lo he comprobado), pero lo que no se puede negar es que la sensación de «mugrienta» cotidianidad que lo caracteriza está por todas partes, especialmente en las novelas. Pongamos por caso que el héroe es anticuario. Conforme vayan apareciendo nuevas maravillas se preguntará si podría venderlas. Cuando hablan los muertos, ofrecen consejos de negocios. Dick nunca baja la guardia en este aspecto. Es una de las características de la peculiar «textura» de su estilo.

Otra de sus características es el ritmo trepidante de los diálogos. Aún no he terminado de decidir si los diálogos de

Dick son puramente irreales o más reales que los de la mayoría. Sus personajes no se dedican a realizar monólogos en beneficio de la trama ni incrementan el conocimiento de la situación por parte del lector.

Y las situaciones son «Dick en estado puro». Sus «tramas» no se parecen a las de otros escritores de ciencia ficción. Si, por ejemplo, escribe una historia de viajes en el tiempo, en algún momento incluirá algún giro *sui generis*. Lo más típico es que el elemento extraordinario no esté en el centro del escenario, sino que se presente al lector de manera indirecta, en el curso, por ejemplo, de unas elecciones.

Además, cualquier relación entre Dick y los escritores de la ciencia ficción «dura» es pura coincidencia. En mis momentos más optimistas estoy dispuesto a admitir que probablemente sepa lo que pasa cuando enchufas una lámpara y la enciendes, pero más allá de esto, en sus relatos no hay ni rastro de ciencia o tecnología. La ciencia que a él le importa está imbricada en la tecnología del alma y aderezada con una guarnición de psicología anormal.

Hasta el momento me he limitado a subrayar sus aspectos más peculiares, a expensas de sus méritos. ¿Qué le mantiene a uno leyendo un libro de Dick? Bueno, para empezar, como ya he dicho, la extrañeza, pero en su núcleo, además, está la permanente atmósfera de lucha, de hombres que se esfuerzan desesperadamente por conseguir algo, o al menos por entender lo que les sucede. Un elevado porcentaje de

los héroes de Dick son hombres torturados. Es un experto en los engranajes de la desesperación.

Y otro de los aspectos más bellos de su obra es la desolación. Cuando nos ofrece un paisaje desolado, por ejemplo después de una guerra nuclear, se trata de una desolación única. En este libro hay un buen ejemplo. Y, en medio de la desolación, solemos encontrar otro de sus toques característicos, los «animalillos».

Los animalillos suelen ser mutantes o pequeños robots que han cobrado vida. No son objeto de explicación, simplemente se nos aparecen al pasar por delante de algún personaje. ¿Qué es lo que hacen? Esforzarse por conseguir algo, como los demás. Un gorrión mutante se emboza en un jirón de tela o una rata mutante planea una construcción. Esta sensación de continuidad vital, por muy condenada que esté la vida, de un paisaje en el que cada elemento tiene una existencia propia y está tratando de salir adelante, es típica y profundamente propia de Dick. Transmite la calidez de la compasión en medio de los bordes afilados y la densa textura que uno espera en Dick, pero nunca aparece de manera frontal. Es el brillo del amor, siempre rápidamente sofocado, lo que resplandece sobre las llanuras devastadas de Dick y las hace únicas y memorables.

Diciembre de 1986

TONY Y LOS ESCARABAJOS [1]

La luz amarillo rojiza del sol se filtraba por las gruesas ventanas de cuarzo del dormitorio. Tony Rossy bostezó, se removió un momento, abrió sus ojos negros y se incorporó al instante. De un solo movimiento apartó las sábanas y puso los pies sobre el cálido suelo de metal. Desconectó el despertador y abrió el ropero.

El día era espléndido. El paisaje estaba inmóvil, sin que lo perturbaran vientos ni corrientes de polvo. El corazón del muchacho saltaba dentro de su pecho. Se puso los pantalones, subió la cremallera de la malla reforzada, luchó hasta ajustarse la pesada camisa de lona, y después se sentó en el borde de la litera para calzarse las botas. Cerró las

1 Tony and the Beetles (31-8-1953). Orbit Science Fiction, número 2, 1953.

costuras superiores e hizo lo mismo con los guantes. A continuación, ajustó la presión de su unidad respiratoria y la sujetó con correas entre los omóplatos. Tomó el casco que había dejado sobre la cómoda y se dispuso a iniciar el día.

Sus padres habían terminado de desayunar en el compartimiento-comedor. Oyó sus voces mientras bajaba la rampa. Un murmullo airado. Se detuvo a escuchar. ¿De qué estaban hablando? ¿Había hecho algo malo otra vez?

Y entonces, lo comprendió. Otra voz que dominaba las suyas. Estática y crujidos. La emisora de Rigel IV. La habían puesto a todo volumen. La voz del locutor atronaba el compartimiento. La guerra. Siempre la guerra. Suspiró y entró en el compartimiento.

—Buenos días —murmuró su padre.

—Buenos días, querido —dijo su madre, como ausente.

Estaba sentada con la cabeza vuelta a un lado, la frente surcada por arrugas de concentración. Sus labios delgados formaban una línea apretada que delataba preocupación. Su padre había apartado los platos sucios y fumaba, los codos apoyados sobre la mesa, con los peludos y musculosos brazos al aire. Toda su atención estaba concentrada en el altavoz que tronaba sobre el fregadero.

—¿Cómo va? —preguntó Tony. Ocupó su silla y alargó la mano de forma automática hacia los pomelos sintéticos—. ¿Alguna noticia de Orión?

Nadie respondió. Ni siquiera le habían oído. Empezó a comer el pomelo. Ruidos indicadores de actividad se escuchaban en el exterior de la pequeña unidad de alojamiento, hecha de plástico y metal. Gritos y estampidos ahogados, procedentes de los camiones de mercaderes rurales que se arrastraban por la autopista hacia Karnet. La luz rojiza del día aumentó de intensidad. Betelgeuse ascendía con lentitud y majestuosidad.

—Bonito día —dijo Tony—. Ni una pizca de viento. Creo que iré un rato al centro. Estamos construyendo un espaciopuerto, una maqueta, por supuesto, pero hemos conseguido obtener suficientes materiales para poner tiras de…

Su padre lanzó un salvaje alarido y descargó el puño sobre el altavoz. La transmisión enmudeció al instante.

—¡Lo sabía! —Se levantó de la mesa, enfurecido—. Les dije que ocurriría. Se fueron demasiado pronto. Antes tenían que haber construido bases de aprovisionamiento de clase A.

—Pero nuestra flota principal ha salido de Bellátrix para intervenir. —La madre de Tony manoteó, nerviosa—. Según

el resumen de anoche, lo peor que puede pasar es que Orión IX y X caigan.

Joseph Rossi lanzó una áspera carcajada.

—Al infierno el resumen de anoche. Saben tan bien como yo lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando? —preguntó Tony, mientras apartaba el pomelo y se servía cereales—. ¿Estamos perdiendo la batalla?

—¡Sí! —Su padre torció los labios—. Terrestres, derrotados por… escarabajos. Se lo dije, pero no pudieron esperar. Dios mío, diez años desperdiciados en este sistema. ¿Por qué tuvieron que apresurarse? Todos sabíamos que Orión sería difícil. Toda la maldita flota de escarabajos nos había rodeado, esperándonos. Y nos lanzamos contra ella.

—Pero nadie pensaba que los escarabajos lucharían —protestó sin convicción Leah Rossi—. Todo el mundo pensó que dispararían unos cuantos rayos y luego…

—¡Tienen que luchar! Orión es el último baluarte. Si no luchan aquí, ¿dónde demonios van a hacerlo? Pues claro que luchan. Hemos capturado todos sus planetas, excepto el anillo interior de Orión. Si hubiéramos construido bases de aprovisionamiento fuertes, habríamos hecho trizas la flota de escarabajos.

—No digas «escarabajos» —murmuró Tony, mientras terminaba sus cereales—. Son pas-udeti, lo mismo que aquí. La palabra «escarabajo» proviene de Betelgeuse. Es una palabra árabe que nosotros mismos inventamos.

La boca de Joe Rossi se abrió y cerró.

—¿Qué pasa? ¿Te gustan los escarabajos?

—Joe, por el amor de Dios —le reprendió Leah.

Rossi se encaminó a la puerta.

—Si tuviera diez años menos, estaría ahí fuera. ¡Les enseñaría lo que es bueno a esos insectos de caparazón brillante! A ellos y a sus cascarones de nuez. ¡Cargueros reconvertidos! —Echaba chispas por los ojos—. Cuando pienso que están disparando contra los cruceros terranos, con nuestros chicos dentro…

—Orión es su sistema —murmuró Tony.

—¡Su sistema! ¿Desde cuándo eres una autoridad en materia de ley espacial? Debería… —Se interrumpió, estremecido de cólera—. Mi propio hijo —masculló—. Una imbecilidad más y te doy una que no podrás sentarte en toda la semana.

Tony empujó su silla hacia atrás.

—Me voy a Karnet con mi EEP.

—¡Sí, a jugar con tus escarabajos!

Tony no dijo nada. Se puso el casco y lo aseguró con las abrazaderas. Mientras pasaba por la puerta posterior a la membrana de enlace, desenroscó el tapón de oxígeno y conectó el filtro del depósito. Un acto reflejo, condicionado por toda una vida pasada en un planeta de un sistema extraterrestre.

I

Una leve corriente de aire agitó polvo rojo amarillento alrededor de sus botas. El sol arrancaba destellos del tejado metálico de su unidad de alojamiento, una más entre las interminables filas de cajas cuadradas que se extendían a lo largo de la pendiente arenosa, protegidas por las numerosas instalaciones para refinamiento de minerales que se recortaban contra el horizonte. Hizo un ademán de impaciencia y su EEP salió del cobertizo de almacenamiento. El sol se reflejó sobre su chapa de cromo.

—Nos vamos a Karnet —dijo Tony, adoptando sin darse cuenta el dialecto de los pas—. ¡De prisa!

El EEP se situó detrás de él y se encaminaron sin demora hacia la carretera. Se veían pocos comerciantes. Era un buen día para ir al mercado. Solo se podía viajar durante una

cuarta parte del año. Betelgeuse era un sol errático, imprevisible, en nada parecido al Sol terrano, según las educacintas que pasaban a Tony cuatro horas al día, seis días a la semana. De hecho, él jamás había visto el Sol.

Llegó a la ruidosa carretera. Había pas-udeti por todas partes. Grupos compactos, con sus primitivos camiones de combustión, destartalados y sucios, cuyos motores protestaban y chirriaban. Movió la mano en dirección a los camiones. Al cabo de un momento, uno de los vehículos aminoró la marcha. Iba abarrotado de tis, montones de verduras grises, secas y preparadas para servir. El elemento principal de la dieta pas-udeti. Tras el volante se acomodaba un pas de edad avanzada y rostro oscuro, con un brazo apoyado en la ventanilla abierta y una hoja enrollada entre los labios. Era como los demás pas-udeti: flaco y con caparazón, embutido en una vaina quebradiza en la que vivía y moría.

—¿Quieres que te lleve? —murmuró el pas.

Era el protocolo acostumbrado cuando se topaban con un terrícola que iba a pie.

—¿Hay sitio para mi EEP?

El pas hizo un ademán de indiferencia con su garra.

—Que corra detrás. —Una expresión sardónica se dibujó en su rostro viejo y feo—. Si llega a Karnet, lo venderemos

como chatarra. Aprovecharemos los condensadores y los cables. Estamos escasos de material eléctrico.

—Lo sé —afirmó con gravedad Tony, mientras trepaba a la cabina del camión—. Todo ha sido enviado a la gran base de reparaciones de Orión I. Para la flota de guerra.

El rostro correoso perdió su expresión alegre.

—Sí, la flota de guerra.

Apartó la cabeza y puso en marcha el camión. En la parte trasera, el EEP de Tony había tropezado con la carga de tis y se aferraba precariamente con sus cabos magnéticos.

Tony reparó en el súbito cambio de humor del pas-udeti, y se quedó asombrado. Se disponía a hablar de nuevo con él, pero se dio cuenta del extraño silencio que guardaban los pas de los demás camiones que les precedían o seguían. La guerra, por supuesto. Había barrido este sistema un siglo antes; esta gente había quedado olvidada. Ahora, todos los ojos estaban fijos en Orión, en la batalla librada entre la flota militar terrana y los cargueros armados de los pas-udeti.

—¿Es verdad que van ganando? —preguntó Tony con cautela.

El pas gruñó.

—Hemos oído rumores.

Tony reflexionó unos momentos.

—Mi padre dice que Terra se precipitó. Dice que teníamos que habernos consolidado. No construimos las bases de aprovisionamiento adecuadas. Cuando era más joven, fue oficial. Estuvo dos años en la flota.

El pas permaneció unos instantes en silencio.

—Es cierto que, cuando te encuentras lejos de casa, el aprovisionamiento es un gran problema —dijo por fin—. Nosotros, por otra parte, no tenemos ese problema. No debemos salvar ninguna distancia.

—¿Conoces a alguien en el frente?

—Tengo parientes lejanos.

La respuesta era vaga; era evidente que al pas no le gustaba hablar del tema.

—¿Has visto alguna vez tu flota?

—Tal como es ahora, no. Cuando este sistema cayó derrotado, la mayoría de nuestras unidades fueron destruidas. Los supervivientes se unieron a la flota de Orión.

—¿Tus parientes se contaban entre los supervivientes?

—Exacto.

—Entonces, ¿estabas vivo cuando conquistaron este planeta?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó con furia el viejo pas—. ¿Qué más te da a ti?

Tony se asomó por la ventanilla y vio que los muros y edificios de Karnet se alzaban ante ellos. Karnet era una ciudad antigua. Se había erigido miles de años antes. La civilización pas-udeti era estable; había alcanzado cierto nivel de desarrollo tecnocrático, para estancarse a continuación. Los pas poseían naves intersistemas que habían transportado gente y mercancías entre los planetas durante los días anteriores a la Confederación Terrana. Tenían coches de combustión, audiófonos, una red energética de tipo magnético. Sus instalaciones sanitarias eran satisfactorias y su medicina muy avanzada. Poseían formas de arte, conmovedoras y sensibles. Tenían una vaga religión.

—¿Quién crees que ganará la batalla? —preguntó Tony.

—No lo sé. —El viejo pas detuvo el camión de repente—. Hasta aquí hemos llegado. Sal y llévate a tu EEP, por favor.

Tony se encogió, sorprendido.

—¿Pero no ibas…?

—¡Ni un metro más!

Tony abrió la puerta. Estaba algo inquieto. Había una expresión dura y fija en el rostro correoso, y en su voz vibraba un tono cortante que nunca había oído.

—Gracias —murmuró.

Saltó al polvo rojizo y llamó al EEP con una señal. El robot liberó sus cabos magnéticos, y el camión arrancó con gran estrépito, penetrando en la ciudad.

Tony lo vio alejarse, todavía perplejo. El caliente polvo se pegó a sus tobillos. Movió los pies y se sacudió los pantalones de forma automática. Sonó un bocinazo y el EEP le apartó de la carretera y le condujo hacia la rampa peatonal. Enjambres de pas-udeti, interminables filas de campesinos se dirigían a Karnet como cada día. Un inmenso autobús se detuvo ante el portal y descargó pasajeros. Pas de ambos sexos, y niños. Reían y chillaban; sus voces se fundían con el rumor sordo de la ciudad.

—¿Vas a entrar? —Una aguda voz pas-udeti resonó a su espalda—. No te detengas, estás bloqueando la rampa.

Era una joven que sostenía un gran bulto entre sus garras. Tony se sintió violento. Las mujeres pas poseían cierto don telepático, una característica de su sexualidad. Era efectivo en los terrestres a distancias cortas.

—Échame una mano —dijo la hembra.

Tony asintió y el EEP tomó el pesado bulto.

—Vengo de visita a la ciudad —explicó Tony, mientras avanzaban entre la multitud hacia las puertas—. Me recogió un camión, pero el conductor me bajó aquí.

—¿Eres de la colonia?

—Sí.

Ella le dirigió una mirada crítica.

—Siempre has vivido aquí, ¿verdad?

—Nací aquí. Mi familia llegó de la Tierra cuatro años antes que yo naciera. Mi padre era oficial de la flota. Consiguió una Prioridad de Emigración.

—Eso quiere decir que nunca has visto tu planeta. ¿Cuántos años tienes?

—Diez años. Terranos.

—No tendrías que haber hecho tantas preguntas al camionero.

Pasaron el filtro de descontaminación y entraron en la ciudad. Había un panel informativo más adelante, rodeado de hombres y mujeres pas. Rampas móviles y coches de transporte retumbaban por todas partes. Edificios, cintas transportadoras y máquinas que funcionaban al aire libre; la

ciudad estaba encerrada en una envoltura protectora a prueba de polvo. Tony se quitó el casco y lo colgó del cinturón. El aire era enrarecido, artificial, pero respirable.

—Voy a decirte algo —continuó la joven, mientras subía la rampa al lado de Tony—. Me pregunto si has venido a Karnet en un día intempestivo. Sé que vienes con frecuencia para jugar con tus amigos, pero tal vez hoy deberías haberte quedado en casa, en tu colonia.

—¿Por qué?

—Porque hoy todo el mundo está de mal humor.

—Lo sé. Mi madre y mi padre estaban de mal humor. Escuchaban las noticias de nuestra base en el sistema de Rigel.

—No me refiero a tu familia. También las escuchaba otra gente. La gente de aquí. Mi raza.

—Ya sé que están disgustados —admitió Tony—, pero siempre vengo aquí. En la colonia no puedo jugar con nadie y, en cualquier caso, estamos trabajando en un proyecto.

—La maqueta de un espaciopuerto.

—Exacto. —Tony experimentó cierta envidia—. Ojalá fuera telépata. Debe ser divertido.

La hembra pas-udeti guardó silencio, absorta en sus pensamientos.

—¿Qué pasaría si tu familia se marchara y regresara a la Tierra? —preguntó.

—Eso es imposible. En la Tierra no hay sitio. Las bombas C destruyeron la mayor parte de Asia y América del Norte en el siglo veinte.

—¿Y si tuvieran que regresar?

Tony no comprendió la pregunta.

—Si no podemos. Las partes habitables de la Tierra están superpobladas. El principal problema que tenemos los terranos es encontrar sitios donde vivir, en otros sistemas. En cualquier caso, no tengo ganas de ir a la Tierra. Estoy acostumbrado a esto. Todos mis amigos están aquí.

—Tomaré mis paquetes —dijo la hembra—. Me voy por esta rampa del tercer nivel.

Tony cabeceó en dirección a su EEP y este depositó los bultos en las garras de la hembra. Esta vaciló un momento, como si intentara encontrar las palabras precisas.

—Buena suerte —dijo.

—¿En qué?

La hembra sonrió casi con ironía.

—En tu maqueta de espaciopuerto. Espero que tú y tus amigos consigáis acabarla.

—Pues claro que la terminaremos —dijo Tony, sorprendido—. Casi lo está.

¿Qué quería decir aquella pas-udeti?

La hembra se alejó antes que pudiera preguntárselo. Tony estaba preocupado, indeciso, acosado por las dudas. Al cabo de un momento pasó a la cinta que conducía a la parte residencial de la ciudad, más allá de las fábricas y las tiendas, el lugar donde vivían sus amigos.

El grupo de niños pas-udeti le miró en silencio cuando se acercó. Estaban jugando a la sombra de un inmenso bengelo, cuyas viejas ramas caían y oscilaban al compás de las corrientes de aire que se bombeaban en la ciudad. Se quedaron inmóviles.

—No te esperaba hoy —dijo B'prith, con voz inexpresiva.

Tony se detuvo, sin saber qué hacer, y su EEP le imitó.

—¿Cómo va todo? —murmuró.

—Bien.

—Hice una parte del trayecto en camión.

Tony se acuclilló a la sombra. Ningún niño pas se movió. Estos eran más pequeños que los niños terranos. Sus caparazones aún no se habían endurecido, no se habían vuelto oscuros y opacos, como el cuerno. Esto les dotaba de una apariencia suave, informe, pero al mismo tiempo aligeraba su peso. Se movían con más agilidad que sus mayores; aún podían saltar y brincar. Sin embargo, ahora estaban quietos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tony—. ¿Qué les pasa a todos?

Nadie contestó.

—¿Dónde está la maqueta? —insistió—. ¿Han continuado trabajando?

Al cabo de un momento, Llyre asintió levemente.

Tony empezó a enfadarse.

—¡Digan algo! ¿Qué pasa? ¿Por qué están enfadados?

—¿Enfadados? —coreó B'prith—. No estamos enfadados.

Tony removió la arena por hacer algo. Ya sabía lo que pasaba. La guerra, una vez más. La batalla que tenía lugar cerca de Orión. Su rabia estalló de repente.

—Olvídense de la guerra. Todo iba bien ayer, antes de la batalla.

—Claro —dijo Llyre—. Todo iba bien.

Tony captó su tono seco.

—Ocurrió hace cien años. No es culpa mía.

—Claro —dijo B'prith.

—Esta es mi patria, ¿no? Tengo los mismos derechos que cualquiera. Nací aquí.

—Claro —repitió Llyre, en tono indiferente.

Tony apeló a su amistad.

—¿Tienen que comportarse así? Ayer era diferente. Ayer estuve aquí… Todos estuvimos aquí. ¿Qué ha pasado desde entonces?

—La batalla —contestó B'prith.

—¿Y eso qué más da? ¿Por qué lo cambia todo? Siempre hay guerra. Siempre ha habido batallas, hasta donde alcanzan mis recuerdos. ¿Cuál es la diferencia?

B'prith arrancó un trozo de tierra con sus fuertes garras. Al cabo de unos segundos lo tiró lejos y se puso poco a poco en pie.

—Bien —dijo, en tono pensativo—, según nuestra emisora de radio, da la impresión que nuestra flota va a ganar esta vez.

—Sí —admitió Tony, sin comprender—. Mi padre dice que no construimos las bases de aprovisionamiento adecuadas. Es probable que debamos retroceder a… —Y entonces, todo quedó claro—. ¿Quieres decir que por primera vez en cien años…?

—Sí —respondió Llyre, y también se levantó. Los demás le imitaron. Se alejaron de Tony, hacia la casa cercana—. Estamos ganando. Forzaron el flanco terrano hace media hora. El ala derecha de ustedes ha sido desmantelada por completo.

Tony se quedó de una pieza.

—Y eso es importante. Es importante para todos ustedes.

—¡Importante! —saltó B'prith, enfurecido—. ¡Claro que es importante! Por primera vez, en un siglo. La primera vez en nuestra vida que les vencemos. Huyen a la desbandada, pandilla de… —Casi escupió la palabra—, ¡gusanos blancos!

Desaparecieron en el interior de la casa. Tony siguió sentado. Contempló la tierra, atontado; después movió las manos sin objeto. Había oído antes la expresión, la había visto garrapateada en las paredes y en el polvo, cerca de la colonia. Gusanos blancos. El término despectivo con que los

pas se referían a los terranos. A causa de su piel blanca y blanda, la falta de caparazones duros. Sin embargo, nunca se habían atrevido a pronunciarla en voz alta delante de un terrano.

A su lado, el EEP se agitó, inquieto. Su complejo mecanismo de radio percibía el ambiente hostil. Relés automáticos se conmutaron; los circuitos se abrieron y cerraron.

—No pasa nada —murmuró Tony, y se reincorporó sin prisa—. Será mejor que regresemos.

Caminó con paso inseguro hacia la rampa, aturdido. El EEP le precedió con calma, su rostro metálico inexpresivo y confiado, sin sentir nada, sin decir nada. La cabeza de Tony era un remolino de pensamientos. La agitó, pero el huracán no amainó. No conseguía calmar su mente, doblegarla.

—Espera un momento —dijo una voz.

Era la voz de B'prith, desde la puerta abierta. Fría y contenida, casi desconocida.

—¿Qué quieres?

B'prith se acercó, las garras enlazadas a la espalda, la postura formal utilizada por los pas-udeti para hablar con desconocidos.

—Hoy no tenías que haber venido.

—Lo sé.

B’prith sacó un trozo de su tallo de tis y empezó a enrollarlo. Fingió concentrarse en el trabajo.

—Escucha, dijiste que tenías derecho a estar aquí, pero te equivocas.

—Yo… —murmuró Tony.

—¿Entiendes el motivo? Dijiste que no era culpa tuya. Yo opino lo mismo, pero tampoco es culpa mía. Tal vez no sea culpa de nadie. Hace mucho tiempo que te conozco.

—Cinco años. Terranos.

B’prith enderezó el tallo y lo tiró.

—Ayer jugamos juntos. Trabajamos en la maqueta del espaciopuerto. Pero hoy no podemos jugar. Mi familia no quiere verte nunca más por casa. —Titubeó, sin mirar a Tony—. Quería decírtelo yo, antes que ellos.

—Ah.

—Todo lo que ha ocurrido hoy, la batalla, el éxito de nuestra flota… No lo sabíamos. No nos atrevíamos a abrigar la menor esperanza. ¿Lo entiendes? Un siglo huyendo. Primero de este sistema, después del sistema de Rigel, de

todos los planetas. Luego, de las demás estrellas de Orión. Hemos librado batallas aisladas, un poco en todas partes. Los que huyeron se unieron a la base de Orión. Ustedes no lo sabían. Sin embargo, no había esperanza; al menos, nadie pensaba que la hubiera. —Se produjo un momento de silencio—. Es curioso lo que ocurre cuando estás acorralado contra una pared, y no hay otro lugar al que puedas ir. En esos casos, hay que luchar.

—Si nuestras bases de aprovisionamiento… —empezó Tony con voz ronca, pero B'prith le interrumpió con brusquedad.

—¡Sus bases de aprovisionamiento! ¿Es qué no lo entiendes? ¡Les estamos dando una paliza! Ahora, tendrán que largarse. Todos los gusanos blancos. ¡Fuera del sistema!

El EEP de Tony avanzó con aire amenazador. B'prith se dio cuenta. Se agachó, tomó una piedra y la tiró contra el EEP. La piedra rebotó en la superficie metálica. B'prith tomó otra piedra. Llyre y los demás salieron a toda prisa de la casa, seguidos de un pas adulto. Todo sucedía a demasiada velocidad. Más piedras se estrellaron contra el EEP. Una alcanzó a Tony en el brazo.

—¡Vete! —chilló B'prith—. ¡No vuelvas! ¡Este es nuestro planeta! —Sus garras se clavaron en Tony—. Te despedazaremos si…

Tony le golpeó en el pecho. El suave caparazón cedió como si fuera de goma y el pas cayó al suelo, lanzando fuertes gemidos y chirridos.

—Escarabajo —dijo Tony con voz ronca.

Estaba aterrorizado. Una multitud de pas-udeti se había concentrado a gran velocidad. Surgían de todos lados, rostros hostiles, sombríos y coléricos, una creciente oleada de furor.

Cayeron más piedras. Algunas se estrellaron contra el EEP, otras cayeron alrededor de Tony, cerca de sus botas. Una rozó su cara. Se colocó el casco. Estaba asustado. Sabía que el EEP ya había enviado la señal, pero la nave tardaría unos minutos en llegar. Además, había que proteger a otros terrestres en la ciudad. Había terrestres por todo el planeta. En otras ciudades. En los veintitrés planetas de Betelgeuse. En los catorce planetas de Rigel. En los otros planetas de Orión.

—Debemos salir de aquí —susurró al EEP—. ¡Haz algo!

Una piedra le alcanzó en el casco. El plástico se rompió. Se escapó aire, pero el sellado automático funcionó. No cesaban de caer piedras. Los pas se aproximaban, una masa vociferante de seres quitinosos. Percibió su acre olor a insecto, oyó el chasquido de sus garras, notó su peso.

El EEP lanzó su rayo energético. El rayo describió una amplia curva y se dirigió hacia la muchedumbre de pasudeti. Hicieron aparición toscas armas manuales. Una lluvia de balas cayó alrededor de Tony; estaban disparando contra el EEP. Apenas era consciente del cuerpo metálico erguido a su lado. Un repentino estruendo: el EEP se derrumbó. La muchedumbre se lanzó sobre él, ya no pudo ver el bulto metálico.

La muchedumbre, como un animal enloquecido, descuartizó al EEP, que se revolvió en vano. Algunos le aplastaron la cabeza; otros arrancaron piezas y partes de los brazos. El EEP se quedó inmóvil. La multitud, jadeante, con restos del robot en la mano, se apartó. Vieron a Tony.

Cuando los primeros estaban a punto de atraparle, la envoltura protectora se rompió. Una nave terrana descendió como una furia y barrió el suelo con rayos energéticos. La masa se disolvió en total confusión. Algunos dispararon, otros tiraron piedras, la mayoría buscó refugio.

Tony consiguió serenarse y avanzó con paso vacilante hacia el sitio en que había aterrizado la nave.

I

—Lo siento —dijo Joe Rossi con dulzura. Tocó el hombro de su hijo—. No tendría que haberte dejado ir. Debí figurármelo.

Tony estaba sentado en la butaca de plástico. Se mecía adelante y atrás, aún pálido del susto. La nave que le había rescatado había regresado de inmediato a Karnet. Tenían que sacar a los demás terrestres. El muchacho no decía nada. Tenía la mente en blanco. Aún oía el rugido de la multitud, percibía su odio, un siglo de furia y rencor reprimidos. Sus recuerdos no abarcaban otra cosa; todo seguía vivo en su memoria, incluso ahora. Y la visión del EEP caído, el sonido metálico de las piernas y brazos a medida que eran arrancados.

Su madre curó sus cortes y rasguños con un antiséptico. Joe Rossi encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—Si no te hubiera acompañado el EEP, te habrían matado. Escarabajos. —Se estremeció—. No debí dejarte ir, nunca. Todos estos años… Podrían haberlo hecho en cualquier momento, cualquier día. Apuñalarte, destriparte con sus asquerosas garras.

El sol amarillo rojizo arrancaba destellos de los cañones. Sordas detonaciones despertaban ecos en las colinas circundantes. El anillo defensivo había entrado en acción. Formas oscuras corrían por la ladera de la pendiente. Manchas negras salían de Karnet en dirección a la colonia terrana, atravesaban la línea divisoria que los supervisores de la Confederación habían trazado un siglo antes. Karnet bullía de actividad. Toda la ciudad era presa de un entusiasmo febril.

Tony levantó la cabeza.

—Han…, han forzado nuestro flanco.

—Sí. —Joe Rossi aplastó su cigarrillo—. Ya lo creo. A la una. A las dos rompieron el centro de nuestra línea. Partieron la flota en dos. Huimos. Nos fueron cazando de uno en uno. Son como maníacos, maldición. Ahora que han probado el sabor de nuestra sangre, han enloquecido.

—La situación mejora —murmuró Leah—. Las unidades de nuestra flota principal están empezando a intervenir.

—Acabaremos con ellos —dijo Joe—. Tardaremos un tiempo, pero por Dios que les borraremos del espacio. Hasta el último de ellos. Aunque tardemos mil años. Seguiremos a todas y cada una de las naves. Les cazaremos a todos. —Su voz adquirió un tono de histeria—. ¡Escarabajos! ¡Repugnantes insectos! Cuando pienso en ellos intentando hacer daño a mi chico, con sus asquerosas garras negras…

—Si fueras más joven, estarías en el frente —dijo Leah—. No es culpa tuya que seas demasiado viejo. La tensión sería demasiado fuerte para tu corazón. Ya cumpliste tu cometido. No pueden permitir que una persona mayor corra el riesgo. No es culpa tuya.

Joe apretó los puños.

—Me siento tan… inútil. Si pudiera hacer algo…

—La flota se ocupará de ellos —le calmó Leah—. Tú mismo lo has dicho. Los cazarán a todos. Los destruirán. No hay por qué preocuparse.

Joe se derrumbó.

—Es inútil. Dejémoslo correr. Dejemos de engañarnos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Hagámosle frente! Esta vez no vamos a ganar. Hemos ido demasiado lejos. Nuestra hora ha llegado.

Se hizo el silencio.

Tony se incorporó un poco.

—¿Cuándo lo supiste?

—Lo sé desde hace mucho tiempo.

—Yo lo he averiguado hoy. Al principio, no lo entendía. Vivimos en una tierra robada. Nací aquí, pero es una tierra robada.

—Sí, es robada. No nos pertenece.

—Estamos aquí porque somos más fuertes, solo que ahora ya no lo somos. Nos están derrotando.

—Saben que es posible liquidar a los terranos. Como a todo el mundo. —Joe Rossi estaba pálido—. Les robamos sus planetas. Ahora, los están recuperando. Tardarán un tiempo, desde luego. Nos iremos retirando poco a poco. Tardaremos otros cinco siglos. Hay muchos sistemas entre este y Sol.

Tony meneó la cabeza, aún sin comprender.

—Incluso Llyre y B'prith. Todos. Esperaban que llegara su momento. Que perdiéramos y nos marcháramos a nuestro lugar de origen.

Joe Rossi paseaba de un lado a otro.

—Sí, a partir de ahora retrocederemos. Cederemos terreno, en lugar de conquistarlo. Será como hoy… Combates perdidos, retiradas y cosas peores.

Levantó sus ojos febriles hacia el techo de la pequeña unidad de alojamiento, el rostro descompuesto.

—¡Pero por Dios que se los haremos pagar caro! ¡Cada centímetro del camino!

LA NAVE HUMANA [2]

Kramer se reclinó en su asiento.

—Ya te he expuesto la situación. ¿Cómo controlaremos un factor semejante? La variable perfecta.

—¿Perfecta? Todavía es posible formular una predicción. Un ser vivo actúa según la necesidad, al igual que la materia inanimada, pero la cadena causa-efecto es más sutil; entran más factores en juego. Creo que la diferencia es cuantitativa. La reacción del organismo vivo es paralela a la causalidad natural, pero implica una mayor complejidad.

2 «Mr. Spaceship», en *Imagination* (febrero de 1953).

Gross y Kramer levantaron la vista hacia las pantallas colgadas de la pared; las imágenes cobraban forma. Kramer señaló con su lápiz.

—¿Ves eso? Es un seudópodo. Están vivos y, de momento, son armas imbatibles. Ningún sistema mecánico, sencillo o complejo, puede hacerles la competencia. Tendremos que descartar el control Johnson y encontrar otra cosa.

—Y entretanto la guerra continuará como siempre. Estancada, en perpetuo jaque mate. Ellos no pueden alcanzarnos, y nosotros no podemos atravesar su campo de minas viviente.

—Una defensa perfecta —asintió Kramer—, pero quizás exista todavía una posibilidad.

—¿Cuál?

—Espera un momento. —Kramer se volvió hacia su experto en cohetes, que estaba enfrascado en sus mapas e informes—. El crucero que llegó esta semana no fue dañado, ¿verdad? Pasó cerca, pero no hubo contacto.

—Exacto. La mina se hallaba a unos treinta y cinco kilómetros de distancia. El crucero surcaba el espacio en dirección a Próxima, y utilizaba el control Johnson, por supuesto. Se había desviado quince minutos por razones desconocidas. Luego modificó su ruta, momento en el que fue detectado.

—Aceleró —dijo Kramer—, pero no lo suficiente. La mina le venía siguiendo los pasos, pero me pregunto por qué no hubo contacto.

—Les contaré nuestra teoría —explicó el experto—. Hemos buscado el contacto, el detonador del seudópodo. Sin embargo, parece que nos enfrentamos a un fenómeno psicológico, a una decisión carente de motivaciones físicas. Esperamos algo que no existe. La mina decide estallar. Ve nuestra nave, se acerca, y después decide.

—Gracias. —Kramer volvió su atención a Gross—. Bien, esto confirma lo que te decía. ¿Cómo es posible que una nave guiada por mandos automáticos escape a una mina que decide estallar? Toda la teoría acerca de la penetración del campo de minas descansa sobre la base de que debe evitarse activar el detonador, pero, en el caso que nos ocupa, el detonador es el estado mental de una forma de vida evolucionada y compleja.

—El anillo tiene una profundidad de setenta y cinco mil kilómetros —añadió Gross—. Además, tienen resuelto el problema de la reparación y el mantenimiento. Los malditos bichos se reproducen, cubren los huecos reproduciéndose entre sí. Me gustaría saber de qué se alimentan.

—Probablemente de los restos de nuestra primera línea. Los grandes cruceros deben de ser un manjar delicado. Es una pugna de inteligencia entre una criatura viviente y una

nave gobernada por mandos automáticos. La nave pierde siempre. —Kramer abrió una carpeta—. Te resumiré nuestra sugerencia.

—Vamos, adelante —dijo Gross—. Hoy ya he oído diez sugerencias. ¿Cuál es la tuya?

—Es muy sencilla. Estas criaturas son superiores a cualquier sistema mecánico, pero únicamente porque están vivas. Casi cualquier otra forma de vida podría competir con ellas, cualquier forma de vida superior. Si los yuks pueden diseminar minas vivientes para proteger sus planetas, deberíamos ser capaces de hacer lo mismo con alguna de nuestras formas de vida. Devolvámosles el golpe.

—¿Y qué forma de vida propones?

—Creo que el cerebro humano es la forma de vida más ágil que conocemos. ¿Sabes de otra mejor?

—Ningún ser humano sobreviviría a un viaje al espacio exterior. Un piloto humano moriría de un ataque al corazón mucho antes de que la nave se acercara a Próxima.

—Pero no necesitamos todo el cuerpo —arguyó Kramer—. Nos basta con el cerebro.

—¿Qué?

—El problema consiste en encontrar a una persona dotada de gran inteligencia que acepte cooperar de la misma manera que obedecen ojos y brazos.

—Pero un cerebro…

—Técnicamente, es posible. Se han hecho varios trasplantes de cerebro cuando el deterioro del cuerpo lo exigía. Claro que implantarlo en una nave espacial, en un crucero, es algo nuevo.

En la habitación se hizo el silencio.

—Una idea muy original —dijo Gross. Dibujó una mueca en su rotunda cara cuadrada—, pero aun suponiendo que funcionara, la pregunta esencial es ¿a quién pertenecerá ese cerebro?

I

Todo era muy confuso: las causas de la guerra, la naturaleza del enemigo. Los yucconae habían sido localizados en uno de los planetas exteriores de Próxima Centauro. Al acercarse una nave terrestre, fue disparado sin previo aviso un haz de rayos. El primer encuentro real se produjo entre tres de los proyectiles yuk y una nave de exploración de la Tierra. No hubo supervivientes. Luego se declaró una guerra sin cuartel.

Ambos bandos construyeron febrilmente anillos defensivos alrededor de sus sistemas. El mejor resultó ser el de los yucconae. El anillo que rodeaba Próxima era un anillo viviente, superior a todo lo que la Tierra podía emplear en atravesarlo. El equipo habitual utilizado por las naves terrestres para guiarse en el espacio exterior, el control Johnson, no era adecuado. Se necesitaba algo más. Los mandos automáticos quedaban en franca desventaja.

«No sirven para nada», se dijo Kramer mientras observaba los trabajos que se llevaban a cabo al pie de la colina. Un viento cálido mecía la hierba y la maleza. En el fondo del valle, los mecánicos casi habían terminado de desmontar el sistema reflejo de la nave y se preparaban a embalarlo.

Ya solo faltaba reemplazar el sistema mecánico por el nuevo elemento esencial, el nuevo corazón de la nave. Un cerebro humano, el cerebro de un ser humano inteligente y astuto. ¿Estaría de acuerdo el ser humano en cuestión? Ese era el problema.

Kramer se volvió. Dos personas se aproximaban por el camino, un hombre y una mujer. El hombre era Gross, inexpresivo, corpulento, caminando con dignidad. La mujer era… Abrió los ojos de par en par, sorprendido e irritado. Era Dolores, su esposa. La había visto muy poco desde la separación…

—Kramer —dijo Gross—, mira a quién me he encontrado. Bajó con nosotros. Nos vamos a la ciudad.

—Hola, Phil —saludó Dolores—. Bueno, ¿no te alegras de verme?

—¿Cómo te va? Tienes buen aspecto.

El uniforme gris azulado de Seguridad Interna, la organización de Gross, no conseguía ocultar su belleza.

—Gracias —sonrió—. Parece que a ti tampoco te va mal. El comandante Gross me ha dicho que eres el responsable de este proyecto, la Operación Cabeza, como la llamáis. ¿Ya sabéis de quién será la cabeza?

—He ahí el problema. —Kramer encendió un cigarrillo—. Esta nave irá equipada con un cerebro humano en lugar del sistema Johnson. Hemos construido conductos especiales para irrigar el cerebro, relés electrónicos para recoger los impulsos y amplificarlos y un tubo de alimentación que proporciona a las células continuamente todo lo que necesitan, pero…

—Pero aún no hemos conseguido el cerebro —concluyó Gross. Se pusieron en camino hacia el coche—. En cuanto lo tengamos, empezaremos las pruebas.

—¿Sobrevivirá el cerebro? —preguntó Dolores—. ¿Podrá funcionar como parte integrante de una nave?

—Estará vivo, pero no consciente. Hay muy poca vida consciente. Los animales, los árboles, los insectos son rápidos en sus respuestas, pero no conscientes. En el proceso que estamos llevando a cabo, la personalidad individual, el ego, quedará en suspenso. Solo necesitamos la capacidad de respuesta, nada más.

—¡Qué horror! —se estremeció Dolores.

—La guerra nos empuja a intentarlo todo —dijo Kramer con aire ausente—. Valdrá la pena sacrificar una vida a cambio de terminarla. Esta nave puede ser la clave. Otras dos y ya no habrá más guerras.

I

Montaron en el coche. Mientras circulaban por la carretera, Gross dijo:

—¿Has pensado en alguien?

—No es asunto mío. —Kramer sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Soy ingeniero. No es mi departamento.

—Pero la idea fue tuya.

—Mi trabajo acaba aquí.

Gross le miró con extrañeza. Kramer se agitó, inquieto.

—¿Y quién se supone que lo va a hacer? —se quejó Gross—. Mi organización está preparada para efectuar exámenes de todo tipo, pruebas de aptitud…

—Oye, Phil —le interrumpió Dolores.

—¿Qué?

—Tengo una idea. ¿Te acuerdas de aquel profesor de la universidad? Michael Thomas.

Kramer asintió con la cabeza.

—Me pregunto si aún vivirá. —Dolores frunció el entrecejo—. Será terriblemente viejo.

—¿Por qué lo dices, Dolores? —preguntó Gross.

—Tal vez una persona que no fuera a vivir mucho tiempo, pero con un cerebro lúcido y perspicaz…

—El profesor Thomas. —Kramer se frotó la barbilla—. Ya lo creo que era un tío inteligente. Habría que averiguar si sigue vivo. Rondará los setenta.

—No cuesta nada intentarlo —dijo Gross—. Ordenaré una investigación rutinaria.

—¿Qué opinas? —preguntó Dolores—. Si hay una mente humana capaz de superar a las de esas criaturas…

—No me gusta la idea —contestó Kramer.

En su mente se había formado la imagen de un anciano sentado a un pupitre que paseaba sus ojos brillantes y bondadosos por el aula. El anciano se inclinaba hacia delante, levantaba una mano delgada…

—Dejémosle fuera de esto —dijo Kramer.

—¿Por qué? —Gross le miró intrigado.

—Solo porque yo lo he sugerido —insinuó Dolores.

—No. —Kramer negó con la cabeza—. No es por eso. No me esperaba algo parecido, un conocido, un antiguo profesor mío. Le recuerdo muy bien. Tenía una personalidad muy notable.

—Bien —dijo Gross—, me parece perfecto.

—No podemos hacerlo. ¡Significa su muerte!

—Es la guerra —dijo Gross—, y la guerra no atiende a necesidades individuales. Tú mismo lo has dicho. Seguro que aceptará de buen grado; míralo desde este ángulo.

—Es posible que ya esté muerto —murmuró Dolores.

—Lo averiguaremos —dijo Gross, y aumentó la velocidad.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

I

Los dos hombres permanecieron un buen rato examinando la casita de madera, cubierta de enredadera y enclavada en un claro, detrás de un enorme roble. El pueblo estaba silencioso y dormido; de vez en cuando, un coche se deslizaba perezosamente por la autopista.

—Este es el lugar —dijo Gross, cruzándose de brazos—. Una casita muy hermosa.

Kramer no dijo nada. Los dos agentes de seguridad que tenía a su espalda se mantenían inexpresivos.

—Vamos. —Gross echó a andar hacia el portalón—. Según el informe aún vive, pero está muy enfermo. Sin embargo, conserva la mente ágil. Nunca sale de casa. Una mujer se ocupa de las tareas domésticas. El viejo está muy débil.

Recorrieron el sendero de piedra y llegaron al porche. Gross tocó el timbre. Aguardaron. Al poco rato oyeron unos pasos lentos. La puerta se abrió. Una mujer de edad avanzada, envuelta en una bata, les observó con indiferencia.

—Seguridad. —Gross exhibió sus credenciales—. Deseamos ver al profesor Thomas.

—¿Para qué?

—Asuntos del gobierno. —Miró de reojo a Kramer.

—Fui alumno del profesor —dijo Kramer, dando un paso adelante—. Estoy seguro de que no tendrá el menor inconveniente en recibirnos.

La mujer vaciló. Gross traspasó el umbral.

—Tranquila, abuela. Estamos en guerra. No podemos esperar.

Los dos agentes de seguridad le siguieron, y Kramer les imitó a regañadientes. Cerró la puerta. Gross atravesó el vestíbulo hasta llegar frente a una puerta abierta. Se asomó al interior. Kramer vislumbró la esquina blanca de una cama, una columna de madera y el borde de una cómoda.

Se reunió con Gross.

Un anciano yacía a oscuras, apoyado sobre innumerables almohadas. Daba la impresión de estar dormido, inmóvil, sin la menor señal de vida, pero, al cabo de un rato, Kramer observó con un ligero sobresalto que el anciano tenía los ojos bien abiertos y clavados en ellos, sin parpadear apenas.

—¿Profesor Thomas? —dijo Gross—. Soy el comandante Gross, de Seguridad. Quizá se acuerde del hombre que me acompaña…

Los ojos descoloridos se fijaron en Kramer.

—Le conozco. Philip Kramer… Has engordado, hijo. —La voz era débil, como el rescoldo de las cenizas—. ¿Es verdad que te casaste?

—Sí, con Dolores French. Seguro que se acuerda de ella. —Kramer se acercó a la cama—. Ahora estamos separados. No funcionó muy bien. Nuestras carreras…

—Profesor, hemos venido para… —empezó Gross, pero Kramer le interrumpió con un gesto perentorio.

—Déjame hablar. ¿Puedes salir afuera con tus hombres para que podamos charlar tranquilamente?

—De acuerdo, Kramer —suspiró Gross.

Hizo una señal a los dos hombres. Los tres salieron de la habitación y cerraron la puerta.

El anciano contempló a Kramer en silencio.

—No me gustan los tipos como ese. ¿Qué es lo que quiere?

—Nada, solo me ha acompañado. ¿Puedo sentarme? —Kramer se instaló en una silla de respaldo duro, junto a la cama—. Si le molesto…

—No. Me alegro de verte, Philip. Hace tanto tiempo. Lamento que tu matrimonio fracasara.

—¿Cómo le ha ido?

—He estado muy enfermo. Temo que mi paso por el gran teatro del mundo esté llegando a su fin. —Los cansados ojos examinaron a Kramer pensativamente—. No parece que te haya ido mal. Nunca me equivoqué en mis apreciaciones. Has llegado a la cumbre de esta sociedad.

Kramer sonrió. Después compuso una expresión de seriedad.

—Profesor, quiero hablarle de un proyecto en el que estamos trabajando. Es el primer rayo de esperanza que vislumbramos desde que empezó la guerra. Si prospera, romperemos las defensas yuk e introduciremos algunas naves en su sistema. En ese caso, habría muchas posibilidades de terminar la guerra.

—Sigue. Cuéntamelo, si quieres.

—Es un proyecto muy ambicioso. Es posible que sea un rotundo fracaso, pero debemos intentarlo.

—Resulta obvio que es la causa de tu presencia aquí —murmuró el profesor Thomas—. Has despertado mi curiosidad. Sigue.

I

Cuando Kramer cesó de hablar, el anciano acostado en la cama no dijo una palabra. Por fin, suspiró.

—Comprendo. Una mente humana, extraída de un cuerpo humano. —Se incorporó a medias y miró a Kramer—. Supongo que estás pensando en mí.

Kramer no dijo nada.

—Antes de tomar una decisión, quiero examinar toda la documentación, la teoría y los principios generales del proyecto. No estoy seguro de que me guste… por motivos personales. Pero quiero echar un vistazo al material. Si lo haces…

—Desde luego. —Kramer se levantó y fue hacia la puerta. Gross y los dos agentes de seguridad esperaban fuera, algo nerviosos—. Gross, entra.

Ambos volvieron a la habitación.

—Dale al profesor los documentos —dijo Kramer—. Quiere estudiarlos antes de decidirse.

Gross sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre de papel manila y se lo ofreció al anciano.

—Tome, profesor. Me complace que los examine. Denos su respuesta lo antes posible. Nos urge poner en marcha la operación.

—Le daré mi respuesta cuando haya tomado una decisión. —El anciano cogió el sobre con una mano pálida y temblorosa—. Y esta dependerá de lo que saque en claro de estos papeles. Si no me gusta lo que averiguo, no me implicaré en este asunto de ningún modo. —Abrió el sobre con manos trémulas—. Busco una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Gross.

—Eso es asunto mío. Deme un número de teléfono para poder localizarle cuando me haya decidido.

Gross, en silencio, dejó su tarjeta sobre la cómoda. Cuando salían, el profesor Thomas ya había empezado a leer el primer documento, los principios generales de la teoría.

I

Kramer tomó asiento frente a Dale Winter, su ayudante.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Winter.

—Se pondrá en contacto con nosotros. —Kramer trazó garabatos con un tiralíneas sobre un papel—. No sé qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

El rostro bondadoso de Winter se contrajo de asombro.

—Fue profesor mío en la universidad. —Kramer se puso en pie y paseó arriba y abajo, con las manos en los bolsillos del uniforme—. Le respetaba como hombre tanto como profesor. Era algo más que una voz, un libro parlante. Era una persona, una persona tranquila y amable a la que podía respetar. Siempre quise llegar a ser como él. Mírame ahora.

—No te entiendo.

—¿No caes en la cuenta de lo que le estoy pidiendo? Le estoy pidiendo su vida, como si se tratara de un cobaya encerrado en una jaula, no un hombre, un profesor.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé. —Kramer fue hacia la ventana y miró afuera—. Por una parte, espero que no.

—Pero si él no lo hace…

—Tendremos que buscar a otro, lo sé. Tiene que haber otro. ¿Por qué tuvo Dolores que…?

El videófono zumbó. Kramer apretó el botón.

—Soy Gross. —Sus facciones enérgicas se materializaron en la pantalla—. El viejo me ha llamado. El profesor Thomas.

—¿Qué ha dicho?

Lo sabía; bastaba con oír el tono de voz de Gross.

—Dice que lo hará. Me ha sorprendido un poco, pero me parece que va en serio. Ya lo hemos preparado todo para su ingreso en el hospital. Su abogado está redactando el documento de aceptación bajo su plena responsabilidad.

Kramer apenas le prestaba atención. Asintió cansadamente.

—Estupendo. Me alegro. Supongo que podemos seguir adelante con el plan.

—No pareces muy contento.

—Me pregunto por qué habrá aceptado.

—Estaba muy seguro —declaró Gross con satisfacción—. Me ha llamado muy temprano; aún estaba en la cama. Esto merece una celebración.

—Claro —dijo Kramer—, por supuesto.

I

Mediado agosto, el proyecto se acercó a su culminación. Estaban de pie bajo el ardiente sol y contemplaban los bruñidos flancos metálicos de la nave.

Gross golpeó la plancha de metal con la mano.

—Bien, ya falta poco. Podemos iniciar los ensayos cuando queramos.

—Denos más información —pidió un oficial que llevaba galones dorados—. Se trata de un concepto muy poco habitual.

—¿Es cierto que hay un cerebro humano en el interior de la nave? —preguntó un dignatario, un hombre bajo, vestido con un traje arrugado—. ¿Y que el cerebro está vivo?

—Caballeros, esta nave va guiada por un cerebro viviente en lugar del típico sistema de control automático Johnson. Sin embargo, el cerebro no está consciente. Funcionará solo por reflejos. La diferencia práctica con el sistema Johnson consiste en que un cerebro humano es mucho más complicado que cualquier estructura creada por el hombre, y su habilidad para adaptarse a una situación, para reaccionar ante un peligro, supera la de cualquier mecanismo artificial.

Gross hizo una pausa y aguzó el oído. Las turbinas de la nave empezaban a retumbar y sacudían el suelo con una profunda vibración. Kramer se mantenía a cierta distancia de los demás, con los brazos cruzados, observando en silencio. Al percibir el sonido de las turbinas se dirigió rápidamente hacia el otro lado de la nave. Algunos obreros despejaban el terreno de andamios y cables. Levantaron la vista al notar su presencia y aceleraron el trabajo. Kramer subió por la rampa y entró en la cabina de control de la nave. Winter estaba sentado ante los mandos junto a un piloto de Transportes Espaciales.

—¿Cómo va todo? —preguntó Kramer.

—Muy bien. —Winter se levantó—. Me ha dicho el piloto que tal vez sería preferible despegar manualmente. Los controles robóticos… —Winter vaciló—, o sea, los controles incorporados pueden hacerse cargo después, en el espacio.

—Exacto —asintió el piloto—. Es la costumbre con el sistema Johnson, y en este caso también podríamos…

—¿Quiere hacer alguna indicación? —preguntó Kramer.

—No. He efectuado una comprobación completa, y todo parece estar en orden. Me gustaría hacerle una pregunta. —Posó las manos sobre el tablero de mandos—. Hay algunos cambios que no entiendo.

—¿Cambios?

—Alteraciones del diseño original. No sé con qué propósito.

Kramer extrajo de su chaqueta una colección de bosquejos.

—Déjeme ver.

Pasó las páginas. El piloto miraba por encima de su hombro.

—Los cambios no están indicados en su copia —señaló el piloto—. Me pregunto…

Se interrumpió. El comandante Gross había entrado en la cabina de control.

—Gross, ¿quién autorizó las alteraciones? —preguntó Kramer—. Algunas instalaciones han sido cambiadas.

—Pues tu viejo amigo.

Gross indicó con el dedo la torre de control, visible a través de la ventana.

—¿Mi viejo amigo?

—El profesor. Se tomó mucho interés. —Gross se volvió hacia el piloto—. Vamos a empezar. Me han dicho que debemos abandonar la gravedad para el ensayo. Bueno, quizá sea conveniente. ¿Está preparado?

—Desde luego. —El piloto se sentó y manipuló algunos controles—. Cuando quieran.

—Adelante, pues —dijo Gross.

—El profesor… —empezó Kramer, pero en ese momento se produjo un tremendo estruendo y la nave brincó bajo sus pies.

Se agarró a una de las manijas de la pared y resistió como pudo. El rugido de las turbinas de reacción hacía vibrar enérgicamente toda la cabina.

La nave se elevó. Kramer cerró los ojos y contuvo el aliento. Viajaban al espacio y ganaban velocidad a cada segundo.

I

—Bien, ¿qué opinas? —preguntó Winter, nervioso—. ¿Ya es hora?

—Todavía falta un poco —contestó Kramer.

Estaba sentado en el piso de la cabina, inspeccionando la instalación electrónica de control. Había quitado la tapa de metal y dejado al descubierto el complicado laberinto de cables. Lo estudiaba y comparaba con el de los diagramas.

—¿Qué pasa? —preguntó Gross.

—Estos cambios. No consigo entender para qué sirven. Lo único que se me ocurre es que por alguna razón…

—Déjeme echar una ojeada —pidió el piloto. Se acuclilló junto a Kramer—. ¿Qué decía?

—¿Ve este plomo? En el proyecto original estaba controlado por un conmutador. Se abría y cerraba automáticamente, según los cambios de temperatura. Ahora está conectado de manera que lo opera el sistema de control central. Lo mismo sucede con los otros. Gran parte de la instalación era mecánica, operada por el aumento de la temperatura y de la presión. Ahora todo está controlado desde el núcleo central.

—¿El cerebro? —inquirió Gross—. ¿Quieres decir que ha sido alterado para que el cerebro lo manipule?

—Quizás el profesor Thomas no confiaba en los controles mecánicos —sugirió Kramer—. Tal vez pensó que los acontecimientos se precipitarían. Algunos de los controles podrían cerrarse en una fracción de segundo. Los cohetes de frenado podrían activarse con tanta rapidez como…

—Oye —advirtió Winter desde la butaca de control—, nos acercamos a las estaciones lunares. ¿Qué debo hacer?

Miraron por la tronera. La desgastada superficie de la Luna brillaba bajo ellos, un espectáculo enfermizo y desagradable. Se aproximaban a gran velocidad.

—Tomaré los mandos —dijo el piloto.

Apartó a Winter de su camino y ocupó su lugar. La nave empezó a alejarse de la Luna en cuanto movió los controles. Divisaron las estaciones de observación diseminadas por la superficie y los diminutos cuadrados que eran la entrada a las fábricas y hangares subterráneos. Un destello rojo parpadeó en dirección a ellos. Los dedos del piloto transmitieron la respuesta desde el tablero de mandos.

—Hemos dejado atrás la Luna —dijo el piloto al cabo de un rato—. Bien, sigamos con el plan.

Kramer no respondió.

—Señor Kramer, podemos proceder cuando quiera.

—Lo siento, estaba pensando. De acuerdo, gracias.

Frunció el ceño, sumido en sus reflexiones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gross.

—Los cambios en la instalación. ¿Entendías los motivos cuando diste la autorización a los trabajadores?

Gross enrojeció.

—Ya sabes que no entiendo nada de material técnico. Soy de Seguridad.

—Debiste consultarme.

—¿Cuál es el problema? —se impacientó Gross—. Tarde o temprano tendremos que depositar nuestra confianza en el viejo.

El piloto se alejó del tablero con el rostro pálido y desencajado.

—Bueno, ya está.

—¿El qué? —preguntó Kramer.

—He cambiado al automático. Al cerebro. Le he entregado la nave… al viejo. —El piloto encendió un cigarrillo y expulsó el humo nerviosamente—. Crucemos los dedos.

I

La nave se deslizaba en manos de un piloto invisible. En las profundidades de la misma, protegido y acorazado, un frágil cerebro humano reposaba en un tanque de líquido, donde recibía mil descargas eléctricas por minuto en su superficie. Las descargas eran recogidas y amplificadas, introducidas en sistemas de relés, aceleradas y enviadas a toda la nave…

Gross se secó el sudor de la frente, nervioso.

—Así que ya está funcionando. Ojalá sepa lo que hace.

—Creo que sí lo sabe —afirmó Kramer enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —Kramer se acercó a la tronera—. Veo que todavía nos desplazamos en línea recta. —Cogió el micrófono—. Podemos dar instrucciones al cerebro de viva voz.

Sopló en el micrófono para probarlo.

—Adelante —dijo Winter.

—Haga dar media vuelta a la nave —ordenó Kramer—. Reduzca la velocidad.

Esperaron. Pasó el tiempo. Gross miró a Kramer.

—No cambia. No pasa nada.

—Espera.

Poco a poco, la nave comenzó a girar. Las turbinas aminoraron su rítmico golpeteo. La nave emprendió su nueva ruta. Desechos espaciales pasaron en dirección contraria a toda velocidad y se incineraron al entrar en contacto con los chorros de las toberas.

—Hasta ahora, todo va bien —dijo Gross.

Respiraron con más tranquilidad. El piloto invisible había tomado el control lenta y suavemente. La nave se hallaba en buenas manos. Kramer pronunció algunas palabras más ante el micrófono y volvieron a girar retrocediendo por el camino de ida hacia la Luna.

—A ver lo que hace cuando entremos en el campo de atracción lunar —dijo Kramer—. El viejo era un buen matemático. Resolvía cualquier tipo de problemas.

La nave cambió de rumbo y se alejó de la Luna. El gran globo de torturada superficie se hundió detrás de ellos.

Gross exhaló un suspiro de alivio.

—Funciona a la perfección.

—Una cosa más —dijo Kramer por el micrófono—. Vuelva a la Luna y pose la nave en la primera pista de aterrizaje.

—Santo Dios —murmuró Winter—. ¿Por qué…?

—Tranquilo.

Kramer escuchó. Las turbinas jadearon y rugieron cuando la nave viró en redondo y aceleró. Retrocedían, retrocedían hacia la Luna. La nave cayó en picado hacia el globo.

—Vamos demasiado rápido —indicó el piloto—. No entiendo cómo podrá aterrizar a esta velocidad.

I

El globo llenaba la tronera. El piloto se precipitó sobre el tablero de control. La nave experimentó una sacudida al instante. La proa se alzó y la nave se zambulló en el espacio, lejos de la Luna, dibujando un ángulo oblicuo. Los hombres cayeron al suelo a causa del brusco cambio de dirección. Se incorporaron, estupefactos, mirándose entre sí.

—¡No he sido yo! —gritó el piloto—. No he llegado a tocar nada.

La nave ganaba velocidad a cada momento. Kramer titubeó.

—Tal vez sería mejor conectar el control manual.

El piloto cortó el automático. Aferró los controles de navegación y los movió.

—Nada. Nada. No responde.

Nadie habló.

—No es difícil entender lo que ha sucedido —dijo Kramer con tranquilidad—. El viejo no piensa dejar el control. Me lo temí cuando advertí los cambios. Todo en la nave está centralizado, incluso el sistema de refrigeración, las esclusas y la eliminación de desperdicios. Estamos a su merced.

—Tonterías.

Gross se precipitó hacia el tablero de mandos. Aferró el timón y lo giró. La nave continuó su curso, cada vez más lejos de la Luna.

—¡Abandone! —dijo Kramer en el micrófono—. ¡Libere los controles! Nosotros nos encargaremos. ¡Abandone!

—No funciona nada —dijo el piloto—. El timón está muerto, completamente muerto.

—Y seguimos adelante —señaló Winter, con una sonrisa estúpida pintada en el semblante—. Atravesaremos la primera línea de defensa dentro de pocos minutos. Si no nos derriban…

—Pediremos auxilio por radio —dijo el piloto mientras la conectaba—. Me pondré en contacto con las bases principales y una de las estaciones de observación.

—Será mejor que lo haga con el cinturón defensivo, teniendo en cuenta la velocidad a la que vamos. Llegaremos dentro de un minuto.

—Y después nos adentraremos en el espacio exterior —explicó Kramer—. Está acelerando. ¿Va equipada la nave con baños?

—¿Baños? —exclamó Gross.

—Tanques de sueño para viajes espaciales. Es posible que los necesitemos si la velocidad continúa en aumento.

—Por el amor de Dios, ¿adónde vamos? —masculló Gross—. ¿Adónde…, adónde nos lleva?

I

El piloto consiguió establecer contacto.

—Soy Dwight, desde la nave. Vamos a entrar en la zona de defensa a gran velocidad. No disparen.

—Den media vuelta —les conminó una voz impersonal—. No permitimos la entrada en la zona de defensa.

—No podemos. Hemos perdido el control.

—¿Que han perdido el control?

—Esta es una nave experimental.

Gross se apoderó del micrófono.

—Soy el comandante Gross, de Seguridad. Somos arrastrados hacia el espacio exterior. No podemos hacer nada. ¿Hay alguna posibilidad de que nos rescaten?

Un instante de vacilación.

—Tenemos algunas naves rápidas de interceptación que podrían recogerles si se atreven a saltar. Hay bastantes posibilidades de que les encuentren. ¿Tienen bengalas espaciales?

—Sí —dijo el piloto—. Vamos a probarlo.

—¿Abandonar la nave? —se extrañó Kramer—. Si la dejamos, nunca la volveremos a ver.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? La velocidad aumenta sin cesar. ¿Propone que nos quedemos?

—No. —Kramer agitó la cabeza—. Maldita sea, tiene que haber otra solución.

—¿Puedes comunicarte con él? —preguntó Winter—. Con el viejo. Trata de razonar con él.

—Vale la pena probarlo —dijo Gross—. Hazlo.

—De acuerdo. —Kramer cogió el micrófono y dudó un momento—. ¡Escuche! ¿Me oye? Soy Phil Kramer. ¿Me oye, profesor? ¿Me oye? Quiero que libere los controles.

Silencio.

—Soy Kramer, profesor. ¿Me oye? ¿Se acuerda de mí? ¿Sabe quién soy?

El altavoz situado sobre el panel de control emitió un sonido de estática. Todos levantaron la vista.

—¿Me oye, profesor? Soy Philip Kramer. Quiero que nos devuelva la nave. ¡Si me oye, libere los controles! ¡Suéltelos, profesor, suéltelos!

Estática. Un sonido silbante, como el viento. Se miraron entre sí. Hubo un momento de silencio.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Gross.

—No…, ¡escucha!

Se produjo un chisporroteo. Luego, mezclada, casi perdida en el chisporroteo, llegó una voz impersonal, sin modular, una voz mecánica y desprovista de vida.

—… ¿Eres tú, Phil? No te veo. Oscuridad… ¿Quién está ahí? Contigo…

—Soy yo, Kramer. —Sus dedos se cerraron sobre el mango del micrófono—. Debe liberar los controles, profesor. Tenemos que volver a la Tierra. Hágalo.

Silencio. Después, la débil y vacilante voz habló de nuevo, algo más nítida que antes.

—Kramer. Todo es tan extraño. Yo tenía razón, a pesar de todo. La conciencia es el resultado del pensamiento. Un

resultado necesario. *Cogito ergo sum*: conservo la capacidad conceptual. ¿Me oyes?

—Sí, profesor…

—Alteré las conexiones. El control. Estaba absolutamente seguro. Me pregunto si puedo hacerlo. Tratar de…

De repente, el aire acondicionado se puso a funcionar. Cesó bruscamente. Una puerta se cerró de golpe al otro extremo del pasillo. Algo cayó al suelo. Los hombres estaban atentos al menor de los sonidos que llegaban de todas partes. Los interruptores se abrían y cerraban. Las luces parpadearon; se quedaron a oscuras. Las luces volvieron y, al mismo tiempo, los calefactores se apagaron.

—¡Santo Dios! —dijo Winter.

El sistema contra incendios se disparó y un chorro de agua cayó sobre ellos. Una de las esclusas de emergencia se abrió y el aire escapó hacia el espacio con un bramido ensordecedor.

La esclusa se cerró con estrépito. El silencio se apoderó de la nave. Los calefactores funcionaron de nuevo. La fantástica exhibición terminó tan repentinamente como había empezado.

—Puedo hacerlo… todo. —Habló la monótona e inexpresiva voz desde el altavoz—. Lo controlo todo.

Kramer, me gustaría hablar contigo. He estado…, he estado pensando. Hace muchos años que no te veo. Tenemos tantas cosas de que hablar. Has cambiado, muchacho. Hay mucho que discutir. Tu esposa…

El piloto asió a Kramer por el brazo.

—Una nave se mantiene paralela a nuestro rumbo. Mire.

I

Corrieron hacia la tronera. Un esbelto y ceniciento interceptador espacial navegaba en su misma dirección, emitiendo señales luminosas.

—Una nave de interceptación de la Tierra —dijo el piloto—. Saltemos. Nos recogerán. Los trajes…

Corrió al depósito de suministros y giró la manecilla. La puerta se abrió. El piloto tiró los trajes al suelo.

—De prisa —dijo Gross.

El pánico se apoderó de ellos. Se pusieron frenéticamente los pesados trajes. Winter se tambaleó hacia la esclusa de emergencia y se detuvo para esperar a los demás. Se le unieron de uno en uno.

—¡Vamos! —ordenó Gross—. Abra la esclusa.

Winter tiró con fuerza de ella.

—Ayúdenme todos.

No sucedió nada. La esclusa no cedió, pese al esfuerzo conjunto de todos.

—Traiga una palanca —pidió el piloto.

—¿Alguien tiene un desintegrador? —Gross rebuscó a su alrededor como un poseso—. ¡Maldita sea, vuélenla!

—Tiremos —masculló Kramer—, tiremos todos a la vez.

—¿Están en la esclusa? —La voz monótona se arrastró y circuló por los pasillos de la nave. Levantaron la vista, desconcertados—. Percibo que algo se aproxima en el exterior. ¿Una nave? ¿Se marchan todos? ¿Tú también, Kramer? Qué pena. Confiaba en que podríamos hablar. Tal vez en otra ocasión te convenza para que te quedes.

—¡Abra la esclusa! —gritó Gross con los ojos clavados en las paredes impersonales de la nave—. ¡Por el amor de Dios, ábrala!

Hubo un silencio, una pausa interminable. Luego, muy despacio, la esclusa se abrió. El aire huyó hacia el espacio con un bramido agudo.

Saltaron uno tras otro, propulsados por el material repelente de los trajes. Fueron rescatados por el interceptador unos minutos más tarde. Cuando el último atravesaba la compuerta, su nave se lanzó adelante a tremenda velocidad. Desapareció.

Kramer se quitó el casco y jadeó. Dos soldados le envolvieron en mantas. Gross, tembloroso, bebió una taza de café.

—Se ha ido —murmuró Kramer.

—Enviaré un aviso —dijo Gross.

—¿Qué le ha sucedido a su nave? —preguntó uno de los tripulantes con curiosidad—. Se fue a toda prisa. ¿Quién va en ella?

—Habrá que destruirla —continuó Gross, con el rostro contraído por la cólera—. Debe ser destruida. No hay forma de saber lo que…, lo que *él* tiene en mente. —Gross se dejó caer en un banco de metal—. Menuda advertencia. Fue una locura confiar en él.

«Me pregunto qué estará planeando —se dijo Kramer—. No tiene sentido. No lo entiendo».

I

Mientras la nave regresaba a la base lunar, se sentaron alrededor de una mesa en el comedor. Bebieron café caliente y reflexionaron, sin hablar demasiado.

—Escucha —rompió el silencio Gross—, ¿qué clase de hombre era el profesor Thomas? ¿Cómo lo recuerdas?

Kramer posó su taza sobre la mesa.

—Han pasado diez años. No me acuerdo muy bien.

Su mente retrocedió en el tiempo. Dolores y él habían ido juntos a la Universidad de Hunt, donde cursaron las especialidades de física y ciencias sociales. La universidad era pequeña y estaba bastante distanciada de lo que sucedía en el mundo exterior. La había elegido porque era la de su ciudad natal, y porque su padre también se formó en ella.

El profesor Thomas llevaba tanto tiempo en la universidad que nadie recordaba su fecha de ingreso. Era un viejecito extraño y reservado. Desaprobaba muchas cosas, pero no solía mencionarlas.

—¿Recuerdas algo que nos pueda ayudar? —preguntó Gross—. ¿Algo que nos dé la clave para comprender lo que está sucediendo?

—Recuerdo algo… —asintió lentamente Kramer.

Un día, él y el profesor se habían sentado en la capilla de la universidad para charlar con tranquilidad.

—Bueno, pronto te marcharás de aquí —había dicho el profesor—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Trabajar en alguno de los proyectos de investigación del gobierno, supongo.

—¿Y luego? ¿A qué aspiras?

—La pregunta es poco científica —había sonreído Kramer—. Presupone algo así como metas definitivas.

—Entonces, supón lo siguiente: no hay guerra ni proyecto de investigación del gobierno. ¿Qué harías en ese caso?

—No lo sé, pero me resulta difícil imaginar esa situación hipotética. Hay guerra desde que tengo uso de razón. Nos educan para la guerra: ignoro lo que haría. Supongo que terminaría por adaptarme.

El profesor le había mirado fijamente.

—Ah, crees que te acostumbrarías, ¿eh? Bien, me encanta. ¿Y piensas que encontrarías otra cosa?

Gross escuchaba con suma atención.

—¿Cuáles son tus conclusiones, Kramer?

—Muy pocas, excepto que era contrario a la guerra.

—Todos somos contrarios a la guerra —puntualizó Gross.

—Es cierto, pero él era un solitario, se mantenía al margen de todo. Vivía con mucha sencillez, se hacía la comida él mismo. Su mujer había muerto muchos años antes. Él había nacido en Europa, en Italia. Se cambió el nombre cuando llegó a Estados Unidos. Leía con frecuencia a Dante y a Milton. Hasta tenía una biblia.

—Muy anticuado, ¿no?

—Sí, estaba muy anclado en el pasado. Compró un fonógrafo y discos, y escuchaba música antigua. Ya viste lo clásica que era su casa.

—¿Estaba fichado? —preguntó Winter a Gross.

—¿Por Seguridad? No, en absoluto. Según nuestros informes nunca se mezcló en política ni se afilió a ningún partido; de hecho, parece que carecía de convicciones políticas fuertes.

—En efecto —añadió Kramer—, lo único que le gustaba era pasear por las colinas. Le encantaba la naturaleza.

—La naturaleza es imprescindible para los científicos —dijo Gross—. La ciencia no existiría sin ella.

—Kramer, después de apoderarse de la nave y esfumarse, ¿cuál crees que es su plan? —preguntó Winter.

—Quizá le volvió loco el trasplante —insinuó el piloto—. Quizá no tenga planes, ni ideas.

—Pero modificó las instalaciones de la nave y se aseguró de que conservaría la conciencia y la memoria antes de dar su consentimiento a la operación. Tuvo que haber planeado algo desde el principio. La pregunta es ¿qué?

—Es posible que solo quisiera vivir más tiempo —dijo Kramer—. Estaba enfermo, a punto de morir. O…

—¿O qué?

—Nada. —Kramer se levantó—. Tan pronto como lleguemos a la base lunar llamaré por videófono a la Tierra. Quiero comentar este asunto con alguien.

—¿Con quién? —preguntó Gross.

—Con Dolores. Tal vez recuerde algo.

—Es una buena idea —aprobó Gross.

I

—¿Desde dónde llamas? —preguntó Dolores cuando Kramer consiguió localizarla.

—Desde una base lunar.

—Se han esparcido toda clase de rumores. ¿Por qué no regresó la nave? ¿Qué sucedió?

—Me temo que se escapó con ella.

—¿Quién?

—El viejo. El profesor Thomas.

Kramer explicó los últimos acontecimientos.

—Qué raro. ¿Crees que lo planeó todo desde el principio?

—Estoy seguro. Lo primero que hizo fue estudiar los planos y los principios teóricos.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué?

—No lo sé. Oye, Dolores, ¿qué recuerdas de él? ¿Hay algo que nos pueda proporcionar una pista?

—¿Como qué?

—No lo sé. Ese es el problema.

Vio en la pantalla que Dolores arqueaba una ceja.

—Recuerdo que criaba pollos en un corral, y que una vez tuvo una cabra. ¿Te acuerdas cuando la cabra se soltó y

estuvo paseando por la calle principal de la ciudad? Todo el mundo se preguntaba de dónde había salido.

—¿Algo más?

—No. —Intentó recordar—. Quería comprar una granja.

—De acuerdo, gracias. Cuando vuelva a la Tierra pasaré a verte.

—Tenme al corriente.

Kramer cortó la comunicación. La imagen se difuminó. Regresó a la mesa donde aguardaban Gross y algunos militares.

—¿Hubo suerte? —preguntó Gross.

—No. Todo lo que recuerda es que tenía una cabra.

—Ven a ver este radar. —Gross le arrastró a su lado—. ¡Mira!

Kramer divisó las señales moviéndose furiosamente, como puntitos blancos que corrían atrás y adelante.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un escuadrón situado más allá de la zona defensiva ha conseguido establecer contacto con la nave. Ahora está tomando posiciones. Mira.

Los puntitos se disponían a rodear uno negro que atravesaba en línea recta la pantalla, alejándose de la posición central. Los puntos blancos fueron cerrando filas.

—Están preparados para abrir fuego —dijo un técnico—. Comandante, ¿cuáles son las órdenes?

—Odio ser el que tome la decisión —vaciló Gross—. Cuando lo tengan a tiro…

—No es una nave —interrumpió Kramer—. Es un hombre, un ser vivo. Una persona que cruza el espacio. Ojalá supiéramos…

—Es necesario dar la orden. No nos podemos arriesgar. Imagina por un momento que se pase a los yuks.

Kramer abrió la boca de asombro.

—Por Dios, nunca haría eso.

—¿Estás seguro? ¿Sabes cuáles son sus propósitos?

—Nunca haría eso.

—Dígales que sigan adelante —ordenó Gross al técnico.

—Lo siento, señor, pero la nave ha huido. Observe la pantalla.

Gross y Kramer bajaron la vista al mismo tiempo. El punto negro se había deslizado entre los blancos con una brusca maniobra. Estos, desorientados, se movían dispersos.

—Un estratega poco común —comentó uno de los oficiales. Recorrió con el dedo la trayectoria—. Se trata de un viejo truco prusiano, pero ha funcionado.

Los puntos blancos volvían a su base.

—Demasiadas naves yuks por esa zona —dijo Gross—. Bien, esto es lo que ocurre cuando no se actúa con la suficiente rapidez. —Miró fríamente a Kramer—. Deberíamos haberlo hecho en cuanto se puso a tiro. ¡Mira cómo escapa! —Indicó con el dedo el veloz punto negro que, al llegar al límite de la pantalla, se detuvo—. ¿Lo ves?

«¿Y ahora qué?», pensó Kramer. Así que el viejo había burlado a los cruceros. No descuidaba la vigilancia, de acuerdo; su mente funcionaba al ciento por ciento. Controlaba con suma habilidad su nuevo cuerpo.

Cuerpo… La nave era su nuevo cuerpo. Había cambiado su viejo y agonizante cuerpo, marchito y frágil, por un armazón de plástico y metal, turbinas y cohetes propulsores. Ahora era fuerte. Fuerte y grande. El nuevo cuerpo era más poderoso que el de un millar de cuerpos humanos. ¿Cuánto tiempo duraría? La vida media de un crucero no sobrepasaba los diez años. Alcanzaría los veinte siempre que

fuera tratado con delicadeza, hasta que fallara alguna pieza esencial y no hubiera forma de repararlo.

¿Y después? ¿Qué haría cuando algo dejara de funcionar y nadie pudiera repararlo? Sería el fin. La nave, silenciosa e inerte, en la fría oscuridad del espacio, iría disminuyendo de velocidad hasta agotar su último impulso de energía en la eternidad sin límites del espacio exterior, o tal vez se estrellaría contra un cinturón de asteroides y estallaría en un millón de fragmentos.

Solo era cuestión de tiempo.

—¿No recordó nada tu esposa? —preguntó Gross.

—Ya te lo dije. Solo que una vez tuvo una cabra.

—Una gran ayuda.

—No es culpa mía.

Kramer se encogió de hombros.

—Me pregunto si le volveremos a ver. —Gross contempló el punto negro, parado en el extremo de la pantalla—. Me pregunto si alguna vez regresará.

—Yo también —asintió Kramer.

Kramer se revolvió en la cama toda la noche, insomne. No estaba acostumbrado a la escasa gravedad lunar que, incluso aumentada artificialmente, le resultaba incómoda. Un millar de pensamientos vagaban por su mente.

¿Cuál era el misterio? ¿Qué planeaba el profesor? Quizá nunca lo sabrían. Tal vez fuera mejor que la nave y el profesor hubieran desaparecido para siempre en la oscuridad del espacio exterior. Nunca sabrían por qué lo había hecho, qué propósito, en caso de existir, le animaba.

Kramer se incorporó en la cama, abrió la luz y encendió un cigarrillo. La habitación, de paredes metálicas, formaba parte de la base lunar.

El viejo había querido hablar con él. Quería discutir, entablar una conversación, pero su único deseo, en medio de la histeria y la confusión, había sido el de huir. La nave les arrastraba hacia el espacio exterior. Kramer se frotó la mejilla. ¿Alguien podía culparles por haber saltado? No tenían ni idea de adónde iban, ni por qué. Estaban indefensos, atrapados en su propia nave; su única oportunidad era la nave que había ido a rescatarles. Media hora más y habría sido demasiado tarde.

Pero ¿qué había querido decirle el viejo? ¿Qué había tratado de comunicarle en aquellos primeros momentos de confusión, cuando toda la nave había cobrado vida, cada

cable y cada plancha de metal, como el cuerpo de un animal, como un gigantesco organismo metálico?

Fue siniestro, aterrador. Ni aun ahora podía olvidarlo. Paseó la mirada por la pequeña habitación, inquieto. ¿Qué significaba la animación del metal y el plástico? De repente, se habían encontrado en el interior de una criatura viviente, en su estómago, como Jonás dentro de la ballena.

Estaba viva y les había hablado, con calma, racionalmente, mientras se zambullía a velocidad progresiva en el espacio exterior. El altavoz y el circuito habían hecho las veces de cuerdas vocales y de boca; los cables, de espina dorsal y de nervios, y las esclusas, los relés y los interruptores automáticos, de músculos.

Habían quedado a su merced, completamente a su merced. Les había arrebatado en un segundo la posesión de la nave, dejándoles indefensos, inermes. Una situación muy perturbadora. Toda su vida había controlado las máquinas: había doblegado a la naturaleza y a las fuerzas de la naturaleza para que sirvieran a las necesidades del hombre. La raza humana había evolucionado poco a poco hasta lograr aprender a manipular las cosas. Y de repente la habían empujado escalera abajo, a los pies de un poder ante el que no eran más que niños.

Kramer saltó de la cama. Se puso la bata y buscó un cigarrillo. El videófono zumbó.

—¿Sí?

—Una llamada de la Tierra, señor Kramer —anunció el monitor—. Una emergencia.

—¿Una llamada de emergencia? ¿Para mí? Pásemela.

Kramer se apartó el pelo de los ojos, despierto y alarmado.

—¿Philip Kramer? ¿Es usted Kramer? —preguntó una voz desconocida.

—Sí, diga.

—Le llamo desde el Hospital General de Nueva York, en la Tierra. Señor Kramer, su esposa está aquí. Ha sufrido graves heridas en un accidente. Me dieron su nombre para que le informara. Si le es posible…

—¿Cuál es su estado? —Kramer aferró el auricular—. ¿Es grave?

—Sí, es grave, señor Kramer. ¿Puede venir? Cuanto antes, mejor.

—Sí —asintió Kramer—. Iré. Gracias.

La comunicación se cortó. Kramer esperó un momento. Apretó el botón y la pantalla se iluminó de nuevo.

—A sus órdenes, señor —dijo el monitor.

—Necesito ir a la Tierra cuanto antes. ¿Hay alguna nave disponible? Se trata de una emergencia. Mi esposa…

—La próxima nave despegará dentro de ocho horas. Tendrá que esperar.

—¿Hay alguna otra posibilidad?

—Transmitiremos un mensaje a todas las naves que circulen por las inmediaciones. Algunos cruceros que van camino de la Tierra se detienen aquí para efectuar reparaciones.

—Hágalo, por favor. Bajaré a la pista.

—Sí, señor, pero es posible que tarde en aparecer alguna nave. Es cuestión de suerte.

La pantalla se apagó.

Kramer se vistió a toda prisa. Se puso la chaqueta y corrió al ascensor. Un momento después cruzaba el vestíbulo principal, dejando atrás filas de escritorios vacíos y mesas de conferencia. Los centinelas de la puerta se apartaron y bajó por los enormes peldaños de hormigón.

La superficie de la Luna estaba en sombras. La pista, una extensión negra, infinita, sin forma, se hallaba por completo a oscuras. Descendió los escalones con grandes

precauciones y siguió por la rampa hasta la torre de control. Una hilera de lucecillas rojas le guio.

Dos soldados, agazapados al pie de la torre y con los fusiles dispuestos, le dieron el alto.

—¿Kramer?

—Sí.

Una linterna iluminó su rostro.

—Su mensaje ya ha sido enviado.

—¿Ha habido suerte?

—Se acerca un crucero con el que hemos establecido comunicación. Lleva un motor averiado y se mueve a poca velocidad hacia la Tierra, lejos de la línea defensiva.

—Bien —aprobó Kramer, algo más aliviado.

Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a los soldados. Ambos aceptaron.

—Señor —preguntó uno—, ¿es cierto lo que cuentan de la nave experimental?

—¿Por ejemplo?

—Que cobró vida y salió huyendo.

—No, no exactamente. Utilizamos un nuevo sistema de control, en lugar del equipo Johnson. No se hicieron suficientes comprobaciones.

—Pero, señor, un amigo mío que estaba a bordo de uno de los cruceros que fue tras ella me contó que la nave se comportó de una manera extraña. Nunca había visto nada parecido. Le recordó una vez que estuvo pescando en la Tierra, en el estado de Washington. Pescaba percas. Eran muy listas, y se movían de un lado a otro…

—¡Mire! —indicó el otro soldado—. Ahí está su crucero.

Una enorme sombra imprecisa descendía lentamente sobre la pista. Solo se distinguía una corta fila de luces verdes.

—Apresúrese, señor —dijo un soldado—, no se van a quedar mucho rato.

—Gracias.

Kramer cruzó la pista en dirección a la forma negra que se cernía sobre su cabeza y que ocupaba todo el ancho de la pista. Se sujetó a la rampa que había bajado desde un costado del crucero. La rampa se elevó, y un momento después se hallaba a bordo de la nave. La compuerta se cerró tras él.

Mientras subía la escalerilla que llevaba al puente de mando, las turbinas rugieron y el vehículo abandonó la Luna, rumbo al espacio.

Kramer abrió la puerta del puente de mando. Se detuvo en el umbral, atónito, y sorprendido. No había nadie a la vista. La nave estaba vacía.

—Santo Dios —murmuró al comprender la realidad. Se sentó en un banco con la cabeza hundida entre las manos—. Santo Dios.

La nave se adentró en el espacio, alejándose cada vez más de la Luna y la Tierra.

Y no podía hacer nada por evitarlo.

I

—Así que fue usted quien efectuó la llamada —dijo por fin—. Fue usted quien me llamó por videófono, no un hospital de la Tierra. Todo formaba parte del plan. —Paseó la vista a su alrededor—. Y Dolores no…

—Tu esposa está bien —dijo el altavoz—. Fue una trampa. Lamento haberte engañado de esa manera, Philip, pero no se me ocurrió otra cosa. Un día más y habrías vuelto a la Tierra. No quiero permanecer en esta zona más de lo estrictamente necesario. Estaban tan seguros de que me

hallaba en las profundidades del espacio que no me costó nada merodear por las cercanías sin exponerme a ningún peligro. Claro que hasta la carta robada fue descubierta.

Kramer fumaba su cigarrillo con nerviosismo.

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Adónde vamos?

—En primer lugar, quiero hablar contigo. Tenemos muchas cosas de qué discutir. Me disgustó mucho que te marcharas con los demás. Confiaba en que te quedarías. —La monótona voz rio entre dientes—. ¿Te acuerdas de nuestras conversaciones, en los viejos tiempos? Han pasado muchos años.

La nave ganaba velocidad. Atravesó como un rayo el límite de la zona defensiva y se hundió en el espacio. Kramer se dobló en dos, a punto de vomitar.

Cuando se recuperó, la voz continuó hablando:

—Siento que vayamos tan rápidos, pero todavía estamos en peligro. Dentro de unos momentos iremos más despacio.

—¿Y las naves yuk? ¿Andan por aquí?

—Me he escabullido de algunas. Despierto su curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Intuyen que soy diferente, mucho más que sus minas orgánicas. Eso no les gusta. Creo que pronto abandonarán esta zona. Parece que no desean problemas conmigo. Es una raza extraña, Philip. Me hubiera gustado estudiarles a fondo, obtener todo tipo de información. Sostengo la opinión de que no utilizan materiales inertes. Todo su equipo e instrumental, de una u otra forma, están vivos. No construyen ni fabrican nada. Son ideas ajenas a su estructura mental. Utilizan formas de vida. Incluso sus naves…

—¿Adónde vamos? —preguntó Kramer—. Quiero saber adónde me lleva.

—Francamente, no estoy seguro.

—¿Que no está seguro?

—Me faltan por perfilar algunos detalles. Todavía hay ciertas deficiencias en mi programa, pero no tardaré en subsanarlas.

—¿En qué consiste su programa?

—En realidad, es muy sencillo. Será mejor que entres en la sala de control y tomes asiento. Las butacas son mucho más cómodas que los bancos metálicos.

Kramer obedeció y se sentó frente al tablero de control. Contemplar aquel instrumental inutilizado le causaba una sensación extraña.

—¿Qué te ocurre? —chirrió el altavoz que colgaba de la pared.

—Me siento impotente. —Kramer hizo un gesto vago—. No puedo hacer nada, y no me gusta. ¿Me lo reprocha?

—No, no te lo reprocho. Pronto recuperarás el control, no te preocupes. El hecho de mantenerte al margen es una situación meramente provisional. Ni siquiera me la había planteado. Olvidé que habían dado orden de disparar sobre mí en cuanto apareciera.

—Fue idea de Gross.

—No lo dudo. Se me ocurrió el plan tan pronto como me describiste el proyecto, aquel día en mi casa. Enseguida comprendí que estabais equivocados; lo ignoráis todo acerca de la mente. Me di cuenta de que trasplantar un cerebro humano de un cuerpo orgánico a una compleja nave artificial no implica la pérdida de las facultades intelectuales de la mente. Cuando un hombre piensa, existe.

»Una vez llegado a esta conclusión, vi la posibilidad de hacer realidad un viejo sueño. Yo era ya muy mayor cuando me conociste, Philip. Mi vida estaba tocando a su fin. La única perspectiva que se abría ante mí era la muerte, la extinción de mis ideas. No había dejado huella en el mundo, ninguna en absoluto. Mis estudiantes, uno por uno, pasaban de mis manos al mundo exterior, y entraban a trabajar en el

gran Programa de Investigación, dirigido a inventar armas mejores y más poderosas para continuar la guerra.

»La humanidad no ha cesado de guerrear durante mucho tiempo, primero consigo misma, después con los marcianos, luego con estos seres de Próxima Centauro de los que apenas sabemos nada. La sociedad ha consagrado la guerra como una institución cultural, al igual que la astronomía o las matemáticas. La guerra es parte de nuestras vidas, una carrera, una vocación respetable. Jóvenes de ambos sexos que poseen un gran talento se suben a esa rueda imparable, como en los tiempos de Nabucodonosor. Siempre ha sido así.

»¿Es algo innato en la humanidad? No lo creo. Ningún hábito social es innato. Hay muchos grupos humanos que no guerrean; los esquimales jamás lo hicieron, y los indios americanos nunca acogieron la idea con agrado.

»Pero estos disidentes fueron borrados del mapa, y se establecieron nuevos modelos culturales que se extendieron por todo el planeta, hasta impregnarnos por completo.

»Sin embargo, si en algún punto de la evolución se han producido discrepancias, si se han establecido costumbres diferentes a la concentración de hombres y material para…

—¿Cuál es su plan? —interrumpió Kramer—. Conozco la teoría. Formaba parte de una de sus asignaturas.

—Sí, disfrazada en la asignatura de selección de cultivos, según creo recordar. Cuando me hiciste esta proposición, comprendí que tal vez podría llevar mi idea a la práctica, después de todo. Si mi teoría de que la guerra es un simple hábito y no un instinto es correcta, una sociedad establecida fuera de la Tierra, con una mínima base cultural, tendría que evolucionar de manera diferente. Si se apartara de nuestro punto de vista, si partiera de otros presupuestos, se desviaría del punto en el que nos hemos estancado: un callejón sin salida, una sucesión de guerras que finalizará con la ruina y la destrucción del planeta.

»Al principio, un Vigilante debería guiar el experimento, por supuesto. No tardaría en desencadenarse una crisis, quizás en la segunda generación. Caín surgiría casi al instante.

»Por lo tanto, Kramer, considero que si reposo la mayor parte del tiempo en algún pequeño planeta o satélite, podré seguir funcionando durante casi cien años, tiempo suficiente para observar la evolución de la nueva colonia. Después… Bien, después la colonia debería valerse por sus propios medios.

»La única solución válida, por supuesto. Un día u otro, el hombre ha de llevar sus propias riendas. Cien años más y controlará su destino. Quizá me equivoque, quizá la guerra sea algo más que un hábito. Quizá la supervivencia mediante la violencia sea una ley del universo.

»Con todo, seguiré adelante, asumiré el riesgo de que sea un simple hábito, de que estoy en lo cierto, de que la guerra es algo a lo que estamos tan acostumbrados que no comprendemos su monstruosidad. ¡Hay que encontrar un lugar! Aún no lo tengo claro. Sin embargo, es imprescindible hacerlo.

»Y eso es lo que estoy haciendo ahora. Tú y yo vamos a inspeccionar algunos sistemas fuera de las rutas habituales, planetas con pocas perspectivas para desarrollar el comercio y, por tanto, despreciados por las expediciones terrestres. Conozco uno que podría ser un buen sitio. Consta en el manuscrito original de la expedición Fairchild. Miraremos en ese, para empezar.

La nave quedó en silencio.

I

Kramer estuvo sentado un rato con la vista fija en el piso de metal, que vibraba lentamente al compás de las turbinas. Al fin, levantó los ojos.

—Tal vez esté en lo cierto. Quizá nuestro punto de vista sea solo un hábito. —Kramer se puso de pie—. Pero es posible que no haya considerado un detalle.

—¿Cuál?

—Si se trata de un hábito integrado profundamente en nuestro comportamiento desde hace miles de años, ¿cómo va a conseguir que sus colonizadores efectúen la ruptura, abandonen la Tierra y las costumbres terrestres? ¿Qué ocurrirá con esta generación, los primeros, los que funden la colonia? Creo que es correcto afirmar que la siguiente generación se vería libre de esta maldición, en el caso de que hubiera un… —sonrió—… un viejo de la montaña que les enseñara otras cosas.

»¿Cómo conseguirá que la gente marche de la Tierra con usted si, según su teoría, esta generación está perdida, si todo empezará en la próxima?

El altavoz permaneció en silencio. Luego se oyó una débil risita.

—Me sorprendes, Philip. Buscaremos los colonizadores. No necesitamos demasiados, solo unos cuantos. —El altavoz rio de nuevo—. Te explicaré mi solución.

Una puerta se abrió al otro lado del pasillo. Se produjo un sonido, un sonido vacilante. Kramer se volvió.

—¡Dolores!

Dolores Kramer se quedó donde estaba, insegura, mirando la sala de control. Parpadeó de asombro.

—¡Phil! ¿Qué haces aquí? ¿Qué sucede?

Intercambiaron una mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dolores—. Me dijeron por videófono que habías resultado herido en una explosión lunar…

El altavoz volvió a la vida.

—Como ves, Philip, el problema ya está resuelto. No necesitamos mucha gente; bastará con una pareja.

—Comprendo —murmuró Kramer—. Solo una pareja: un hombre y una mujer.

—Podrían hacerlo muy bien, si hubiera alguien que velara para que el proceso no se desviara de su meta. No te podré ayudar mucho, Phil, muy poco, pero creo que saldremos adelante.

—Podría ayudarnos a dar nombre a los animales —ironizó Phil Kramer—. Entiendo que es el primer paso.

—Lo haré con gusto —dijo la voz monótona e impersonal—. Si no recuerdo mal, mi trabajo consiste en traértelos uno por uno. Luego te encargarás de ponerles nombre.

—No comprendo nada —balbuceó Dolores—. ¿De qué está hablando, Phil? Dar nombre a los animales. ¿Qué animales? ¿Adónde vamos?

Kramer se dirigió lentamente hacia la tronera y miró afuera en silencio con los brazos cruzados. Miríadas de chispas de luz destellaban en la lejanía, innumerables brasas resplandeciendo en el oscuro vacío. Estrellas, soles, sistemas. Infinitos, incalculables. Un universo de mundos. Una infinidad de planetas que les aguardaban, fulgurando y parpadeando en la oscuridad.

Se apartó de la tronera.

—¿Adónde vamos? —Sonrió a su esposa, que le contemplaba de pie, nerviosa y asustada, con la inquietud reflejada en sus grandes ojos—. No sé adónde vamos, pero eso no parece importante ahora… Empiezo a comprender el punto de vista del profesor; el resultado es lo que cuenta.

Y por primera vez en muchos meses rodeó con su brazo a Dolores.

Ella se puso rígida, al principio, aterrada y nerviosa todavía, pero luego se apretó contra él y las lágrimas humedecieron sus mejillas.

—Phil…, ¿crees de veras que podemos volver a empezar…, tú y yo?

Él la besó con ternura, y después con pasión.

Y la nave surcó a toda velocidad la infinita y desconocida eternidad del vacío…

EL ÚLTIMO EXPERTO [3]

Poco a poco recobró la conciencia. Regresó de mala gana; se sentía abrumado por el peso de los siglos, por una insoportable fatiga. El ascenso era penoso. Habría gritado, de tener algo con qué gritar. En cualquier caso, empezaba a estar contento.

Ocho mil veces había vuelto de esta manera, en cada ocasión con mayores dificultades. Algún día, fracasaría. Algún día, el pozo negro persistiría. Pero hoy no. Seguía vivo. La alegría del triunfo se sobreponía al dolor y a la angustia.

—Buenos días —dijo una voz jovial—. La mañana es espléndida. Descorreré las cortinas para que lo compruebes por ti mismo.

Podía ver y oír, pero no moverse. Continuó tendido, inmóvil, y dejó que las diversas sensaciones de la habitación

---

3 The Last of the Masters («Protection Agency») (15-7-1953). *Orbit Science Fiction,* noviembre-diciembre de 1951.

se derramaran sobre él. Alfombras, papel pintado, mesas, lámparas, cuadros. Escritorio y monitor. La luz del sol, brillante y amarilla, penetró por la ventana. Cielo azul. Colinas lejanas. Campos, edificios, carreteras, fábricas. Obreros y máquinas.

Peter Green se afanaba en ordenar las cosas, sin cesar de sonreír.

—Hay mucho que hacer hoy. Vendrá mucha gente a verte. Firmar facturas. Tomar decisiones. Hoy es sábado. Vendrá gente de sectores lejanos. Espero que el equipo de mantenimiento haya realizado un buen trabajo. Seguro que es así —se apresuró a añadir—. Hablé con Fowler de camino hacia aquí. Todo va a pedir de boca.

La agradable voz de tenor del joven se mezcló con el brillante sol. Sonido y visión, nada más. No sentía nada. Intentó mover el brazo, pero no lo logró.

—No te preocupes —dijo Green, al reparar en su terror—. Pronto vendrán con el resto. Te pondrás bien. Por fuerza. ¿Cómo sobreviviríamos sin ti?

Se tranquilizó. Bien sabía Dios que ya había sucedido muchas veces. Como siempre, experimentó una oleada de furia. ¿Por qué no podían coordinar? La recuperación debía ser instantánea, no gradual. Tendría que cambiar su planificación, exigir una organización mejor.

Al otro lado de la ventana bañada por el sol, un coche metálico achaparrado frenó. Hombres uniformados salieron, cargados con pesados aparatos, y se apresuraron hacia la entrada principal del edificio.

—Ya vienen —exclamó Green, aliviado—. Con algo de retraso, ¿eh?

—Otra retención de tráfico —gruñó Fowler cuando entró—. Los semáforos se han vuelto a estropear. Los vehículos que entraban interfirieron en el tráfico urbano. Embotellamientos por todas partes. Ojalá se decida cambiar la legislación.

Una confusión de movimientos se produjo a su alrededor. Las formas de Fowler y McLean se cernieron sobre él, como dos gigantescas lunas crecientes. Rostros profesionales le escrutaron con ansiedad. Le pusieron de lado. Conversaciones amortiguadas. Susurros apremiantes. Ruido de herramientas al entrechocar.

—Aquí —murmuró Fowler—. Ahora, aquí. No, eso más tarde. Con cuidado. Ahora, suba hacia aquí.

El trabajo prosiguió en un tenso silencio. Era consciente de su proximidad. Borrosas siluetas le ocultaban de vez en cuando la luz. Le movieron de un lado a otro, como un saco de harina.

—Muy bien —dijo Fowler—. Ensámblenlo.

Un largo silencio. Contempló la pared, el papel pintado azul y rosa, algo descolorido. Un antiguo dibujo que plasmaba a una mujer en miriñaque, un pequeño parasol sobre su exquisita espalda. Blusa blanca con volantes, las diminutas punteras de los zapatos. Un cachorrillo, sorprendentemente nítido, a su lado.

Después, le pusieron cara arriba. Cinco formas gruñeron y se esforzaron sobre él. Sus dedos volaron sobre su cuerpo, sus músculos se tensaron bajo las camisas. Por fin, se irguieron y retrocedieron. Fowler se secó el sudor de su cara. Todos se veían tensos, fatigados.

—Adelante —graznó Fowler—. Sáquenlo.

Experimentó una gran conmoción. Jadeó. Su cuerpo se arqueó, hasta relajarse poco a poco.

Su cuerpo. Podía sentir. Movió los brazos, a modo de prueba. Tocó su cara, su hombro, la pared. Era dura, real. De pronto, el mundo recuperó sus tres dimensiones.

El rostro de Fowler reflejó alivio.

—Gracias a… Dios. —Se derrumbó—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien —contestó, al cabo de un momento.

Fowler despidió al resto del equipo. Green, en una esquina, continuó quitando el polvo. Fowler se sentó en el borde de la cama y encendió su pipa.

—Escúchame —dijo—. Tengo malas noticias. Te las comunicaré como a ti te gusta, sin andarme por las ramas.

—¿Cuáles son? —preguntó.

Examinó sus dedos. Ya lo sabía.

Fowler tenía profundas ojeras. No se había afeitado. El aspecto de su rostro era tenso, enfermizo.

—Estuvimos levantados toda la noche, trabajando en tu sistema motriz. Hicimos una reparación, pero no aguantará más de unos meses. La situación empeora. No es posible cambiar las unidades básicas. Cuando se fundan, no hay más. Podemos soldar cables y relés, pero no podemos reparar las cinco bobinas de sinapsis. Existieron muy pocos hombres especializados en esa función, y murieron hace dos siglos. Si las bobinas se funden…

—¿Se han producido deterioros en las bobinas de sinapsis? —interrumpió.

—Aún no. Solo en las zonas motrices, sobre todo en los brazos. Lo que le está ocurriendo a tus piernas le ocurrirá a tus brazos, y por fin a tu sistema motriz. Cuando acabe el año, estarás paralizado. Podrás ver, oír y pensar. Y

transmitir. Pero eso es todo. Lo siento, Bors —añadió—. Hacemos lo que podemos.

—Muy bien, no hace falta que se excusen. Y gracias por tu sinceridad. Me lo… suponía.

—¿Preparado para bajar? Hoy tenemos a mucha gente con problemas. Todo estará parado hasta que llegues.

—Vamos. —Se concentró con cierto esfuerzo en los detalles del día—. Quiero que el programa de investigaciones sobre metales pesados se acelere. Va con retraso, como de costumbre. Quizá tenga que sacar a hombres empleados en tareas relacionadas y enviarles a los generadores. El nivel del agua no tardará en bajar. Quiero alimentar las líneas con energía mientras haya. En cuanto me doy la vuelta, todo se derrumba a mis espaldas.

Fowler hizo una señal a Green, que se acercó a toda prisa. Los dos se inclinaron sobre Bors, le izaron y transportaron a la puerta con un gran esfuerzo. Recorrieron el pasillo y salieron al exterior.

Le depositaron en el coche metálico achaparrado, la nueva camioneta de servicios. Su pulida superficie contrastaba grandemente con la abollada y corroída carrocería, manchada y carcomida. Era una máquina cubierta de una pátina descolorida, de acero y plástico arcaicos, que zumbó levemente, con el ruido de algo oxidado, cuando los

hombres se acomodaron en el asiento delantero y enfilaron con el coche hacia la autopista principal.

I

Edward Tolby, sudoroso, se subió un poco más la mochila, hundió los hombros, se apretó el cinto del revólver y blasfemó.

—Papá, no te pases —le censuró Silvia.

Tolby escupió con furia sobre la hierba que bordeaba la carretera. Rodeó con el brazo a su esbelta hija.

—Lo siento, Silv. Nada personal. El maldito calor.

El sol de media mañana arrancaba destellos de la polvorienta carretera. Nubes de polvo se alzaban y ondulaban alrededor de los tres a medida que avanzaban con lentitud. Estaban muertos de cansancio. El rotundo rostro de Tolby se veía enrojecido y hosco. Un cigarrillo apagado colgaba entre sus labios. Caminaba con su enorme y robusto cuerpo inclinado hacia adelante. Su hija tenía la camisa de lona empapada de sudor, se pegaba a sus brazos y pechos. Lunas de sudor se dibujaban en la espalda. Los duros músculos de sus piernas se tensaban bajo los tejanos.

Robert Penn iba algo rezagado, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija en la carretera. No pensaba en

nada. Estaba medio dormido por culpa de un doble viaje de hexobarbo que se había administrado en el último campamento de la Liga. Y el calor le atontaba. A cada lado de la carretera se extendían campos, prados, algunos árboles dispersos. Una granja derruida. Los restos herrumbrados de un refugio antibombas, de dos siglos de antigüedad. Algunas ovejas de color sucio.

—Ovejas —dijo Penn—. Arrancan la hierba del suelo, prácticamente. No volverá a crecer.

—Ahora se nos ha vuelto granjero —dijo Tolby a su hija.

—Papá, para de una vez —replicó Silvia.

—Es este calor. Este maldito calor. —Tolby volvió a blasfemar, a voz en grito, en vano—. No vale la pena. Por diez rosados, volvería y les diría que solo era un montón de excrementos de cerdo.

—Tal vez sea cierto —dijo Penn, en tono afable.

—Muy bien, entonces vuelve —gruñó Tolby—. Vuelve y diles que era un montón de excrementos de cerdo. Te colgarán una medalla. Quizá te asciendan un grado.

Penn lanzó una carcajada.

—Cállense los dos. Allí delante se ve una especie de ciudad.

El enorme cuerpo de Tolby se irguió con ansia.

—¿Dónde? —Se protegió los ojos con la mano—. Por Cristo, es cierto. Un pueblo. Y no es un espejismo. Lo ven, ¿verdad? —Recobró el buen humor y se frotó las manos—. ¿Qué opinas, Penn? Un par de cervezas, unas partidas de dados con algún lugareño… Quizá podamos pasar la noche. —Se humedeció los labios de anticipación—. Alguna de esas golfas que merodean cerca de las licorerías…

—Ya sé a qué tipo te refieres —cortó Penn—. A las que están cansadas de no hacer nada. Quieren ver los grandes centros comerciales. Quieren conocer a algún tipo que les compre mecachucherías y las lleve a sitios.

Un granjero les observaba con curiosidad desde la cuneta. Había refrenado a su caballo y estaba apoyado sobre su tosco arado, el sombrero echado hacia atrás.

—¿Cómo se llama esa ciudad? —gritó Tolby.

El granjero guardó silencio un momento. Era un hombre viejo, delgado y curtido por la intemperie.

—¿Esa ciudad? —repitió.

—Sí, la de ahí enfrente.

—Es una bonita ciudad. —El granjero echó un vistazo a los tres—. ¿Habían estado alguna vez por aquí?

—No, señor. Nunca —respondió Tolby.

—¿Su carro ha sufrido una avería?

—No, vamos a pie.

—¿Cuánta distancia han recorrido?

—Unos doscientos veinticinco kilómetros.

El granjero examinó las pesadas mochilas que cargaban a la espalda. Sus botas de excursión. Las ropas cubiertas de polvo, los rostros cansados, perlados de sudor. Los tejanos y las camisas de lona. Los bastones de ironita.

—Eso es mucho —dijo—. ¿Hasta dónde piensan ir?

—Hasta donde nos dé la gana —contestó Tolby—. ¿Hay algún lugar en la ciudad donde podamos alojarnos? ¿Hoteles, posadas?

—Esa ciudad es Fairfax —dijo el granjero—. Tiene un aserradero, uno de los mejores del mundo. Un par de alfarerías. Una tienda donde se pueden comprar ropas hechas a máquina. Mecaprendas normales. Una armería donde sirven los mejores tragos a este lado de las Rocosas. Y una panadería. También hay un médico, y hasta un abogado, y gente de libros que da clases a los niños. Convirtieron un viejo establo en escuela.

—¿Es muy grande la ciudad? —preguntó Penn.

—Vive mucha gente. No paran de nacer niños. Los viejos mueren. Los niños mueren. El año pasado hubo una epidemia. Murieron unos cien niños. El médico dijo que por culpa del agua del pozo. Cerramos el pozo. De todos modos, los niños siguieron muriendo. El doctor dijo que era la leche. Se cargaron a la mitad de las vacas. La mía no. Me aposté con mi rifle y disparé al primero que se acercó para cargarse a mi vaca. Los niños dejaron de morir en cuanto llegó el otoño. Creo que era el calor.

—Seguro que sí —admitió Tolby.

—Sí, hace calor por aquí. El agua está muy escasa. —Una sonrisa astuta iluminó su vieja cara—. ¿Quieren un trago? La jovencita parece cansada. Tengo algunas botellas de agua guardadas bajo la casa, en el barro. Buena y fría. —Vaciló—. Un rosado por vaso.

Tolby lanzó una carcajada.

—No, gracias.

—Dos vasos por un rosado —insistió el granjero.

—No nos interesa —dijo Penn. Señaló su cantimplora y los tres se pusieron en movimiento—. Hasta la vista.

—Malditos forasteros —rezongó. Siguió arando, irritado.

La ciudad sufría el embate del calor en silencio. Las moscas zumbaban y se posaban sobre los lomos de los caballos amodorrados, atados a postes. Había algunos coches estacionados. La gente deambulaba con apatía por las aceras. Ancianos enjutos dormitaban bajo los porches. Perros y gallinas dormían a la sombra de las casas. Las casas eran pequeñas, de madera astillada y desportillada, inclinadas, esquinadas y viejas. El tiempo y el calor las habían combado y agrietado. El polvo lo cubría todo, una espesa capa de polvo reseco que se posaba sobre las casas destartaladas, los hombres de rostro cansado y los animales.

Dos hombres larguiruchos salieron por una puerta abierta y les abordaron.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué desean?

Se detuvieron y extrajeron su identificación. Los hombres examinaron las tarjetas plastificadas. Fotografías, huellas dactilares, datos. Por fin, se las devolvieron.

—LA —dijo uno—. ¿De veras son de la Liga Anarquista?

—En efecto —contestó Tolby.

—¿También la chica? —El hombre contempló a Silvia con perezosa lascivia—. Voy a hacerles una propuesta: nos prestan a la chica un rato y nosotros nos olvidamos del impuesto de paso.

—No diga tonterías —gruñó Tolby—. ¿Desde cuándo la Liga paga impuestos? —Siguió caminando, impaciente—. ¿Dónde está la licorería? Me muero de sed.

A su izquierda había un edificio blanco de dos plantas. Algunos hombres holgazaneaban en el porche y les miraban con aire ausente. Penn se dirigió hacia allí, seguido de Tolby. Un letrero descolorido y desportillado, clavado en la fachada, rezaba: *Cerveza, vino a granel*.

—Ahí está —dijo Penn.

Ayudó a Silvia a subir los desgastados escalones, pasaron entre los hombres y entraron. Tolby les siguió. Se desató la mochila mientras caminaba.

El local era fresco y oscuro. Algunos hombres y mujeres estaban acodados en la barra; los demás clientes ocupaban las mesas. Unos cuantos jóvenes jugaban a los dados en la parte trasera. Un compositor de melodías mecánico zumbaba y componía en un rincón; era una máquina vieja, que solo funcionaba en parte. Detrás de la barra, un primitivo proyector de imágenes creaba y destruía vagas fantasmagorías: paisajes, picos montañosos, valles nevados, grandes colinas ondulantes, una mujer desnuda que al cabo de unos segundos se transformaba en un gigantesco seno. Un desfile monótono al que nadie miraba o hacía caso. La barra consistía en una hoja, increíblemente antigua, de plástico transparente, manchada, rota y teñida de amarillo

por el tiempo. Su capa externa había desaparecido de un extremo, y asomaban los ladrillos. La mezcladora de bebidas ya no funcionaba. Solo se servía vino y cerveza, pues nadie sabía preparar el combinado más sencillo.

Tolby se acercó a la barra.

—Cerveza —dijo—. Tres cervezas.

Penn y Silvia se sentaron a una mesa y se quitaron las mochilas, mientras el camarero servía a Tolby tres jarras de cerveza espesa y oscura. Enseñó su tarjeta y llevó las jarras a la mesa.

Los jóvenes de la parte trasera habían dejado de jugar. Contemplaron a los tres, mientras estos bebían cerveza y se desataban las botas. Al cabo de un rato, uno de los jóvenes se aproximó con paso lento.

—Caramba —dijo—. Ustedes son de la Liga.

—En efecto —murmuró Tolby.

Todo el mundo prestó atención. El joven se sentó frente a los tres; sus compañeros acudieron y se sentaron alrededor de ellos. Los jóvenes de la ciudad. Aburridos, inquietos, insatisfechos. Sus ojos examinaron los bastones de ironita, las pistolas, las botas de rebordes metálicos. Un murmullo se elevó del grupo. Tendrían unos dieciocho años. Bronceados, robustos.

—¿Cómo ingresaron? —preguntó uno de repente.

—¿En la Liga? —Tolby se reclinó en su silla, encontró una cerilla y encendió su cigarrillo. Se desabrochó el cinturón, eructó estruendosamente y se arrellanó en el asiento, satisfecho—. Se ingresa mediante un examen.

—¿Qué hay que saber?

Tolby se encogió de hombros.

—Un poco de todo.

Volvió a eructar y se rascó el pecho entre los botones, pensativo. Era consciente del anillo de gente que les rodeaba por todas partes. Un hombrecillo con barba y gafas de concha. En otra mesa, un individuo regordete, de prominente estómago, vestido con camisa roja y pantalones a rayas azules.

Jóvenes. Granjeros. Un negro vestido con una camisa blanca muy sucia y pantalones también blancos, con un libro bajo el brazo. Una rubia de mandíbula pronunciada, cabello enmarañado, uñas rojas, tacones altos y ceñido vestido amarillo, sentada con un ejecutivo de cabello gris y traje marrón oscuro. Un joven alto tomado de la mano de una muchacha de cabello negro, ojos enormes, falda y blusa blancas, los pies descalzos bajo la mesa. Su cuerpo esbelto estaba inclinado hacia adelante con interés.

—Hay que saber —continuó Tolby— cómo se formó la Liga. Hay que saber cómo derribamos a los gobiernos aquel día. Cómo los derribamos y destruimos. Cómo quemamos todos los edificios, y todos los registros. Millones y millones de microfilms y papeles. Grandes hogueras que ardieron durante semanas. Y el enjambre de diminutos seres blancuzcos que huyeron cuando destruimos los edificios.

—¿Les mataron? —preguntó el hombre gordo, torciendo los labios ávidamente.

—Les dejamos marchar. Eran inofensivos. Huyeron y se escondieron. Bajo las piedras. —Tolby rio—. Pequeñas cosas escurridizas. Insectos. Después, entramos y amontonamos todos los registros y los aparatos que servían para hacer los registros. Santo cielo, lo quemamos todo.

—Y a los robots —dijo un joven.

—Sí, acabamos con todos los robots de los gobiernos. No había muchos. Solo se utilizaban en asuntos muy importantes, cuando era necesario integrar muchos datos.

Los ojos del joven casi se salieron de las órbitas.

—¿Lo vieron? ¿Estaban presentes cuando destruyeron a los robots?

Penn lanzó una carcajada.

—Tolby se refiere a la Liga. Eso ocurrió hace doscientos años.

El joven sonrió nervioso.

—Claro. Háblenos de las manifestaciones.

Tolby terminó su jarra y la apartó.

—Me he quedado seco.

Llenaron enseguida la jarra. Gruñó las gracias y continuó, con voz profunda y ronca, henchida de fatiga.

—Las manifestaciones. Dicen que fue algo impresionante. En todo el mundo, la gente se puso en movimiento, dejó lo que estaba haciendo…

—Empezaron en la Alemania del Este —dijo la rubia de mentón pronunciado—. Los disturbios.

—Y luego se propagaron a Polonia —indicó el negro con timidez—. Mi abuelo me dijo que todo el mundo se sentó a ver la televisión. Se lo había contado su abuelo. Se propagaron a Checoslovaquia, y después a Rumania, Austria y Bulgaria. Luego, a Francia. Y a Italia.

—¡Francia fue la primera! —exclamó el hombrecillo de la barba y las gafas—. Estuvieron sin gobierno un mes. ¡La gente decía que era posible vivir sin gobierno!

—Las manifestaciones solo fueron el principio —corrigió la muchacha de cabello negro—. Fue la primera vez que se destruían los edificios gubernamentales. En Alemania del Este y Polonia. Grandes masas de obreros desorganizados.

—Rusia y Estados Unidos fueron los últimos —dijo Tolby—. Cuando se produjo la marcha sobre Washington, la formaban casi veinte millones de personas. ¡Qué grandes éramos en aquellos tiempos! Cuando nos pusimos en movimiento, no pudieron detenernos.

—Mataron a muchos —dijo la rubia.

—Sí, pero eso no detuvo a la gente. Gritaban a los soldados: «¡No dispares, Bill!», «¡Hola, Jack, soy yo!», «¡No disparen, somos sus amigos!», «¡No nos maten, únanse a nosotros!». Y por Dios que lo hicieron. Fueron incapaces de seguir disparando sobre sus propios compatriotas. Al final, tiraron los fusiles y no opusieron resistencia.

—Y entonces, encontraron el lugar —dijo la muchacha de pelo negro, sin aliento.

—Sí. Encontramos el lugar. Seis lugares. Tres en Estados Unidos. Uno en Inglaterra. Dos en Rusia. Nos costó diez años encontrar el último…, y asegurarnos que era el último.

—Y después, ¿qué? —preguntó el joven, los ojos abiertos como platos.

—Entonces, las inutilizamos todas. —Tolby se levantó, un hombre imponente, la jarra de cerveza en una mano, el rostro encarnado—. Todas las malditas bombas atómicas del mundo.

I

Se produjo un incómodo silencio.

—Sí —murmuró el joven—. Dieron buena cuenta de aquellos halcones.

—No queda ninguno —dijo el hombre gordo—. Nunca más habrá.

Tolby acarició su bastón de ironita.

—Puede que sí, o puede que no. Algunos sobrevivieron.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gordo.

Tolby enarcó sus cejas grises.

—Ya es hora que dejen de tomarnos el pelo. Saben muy bien a qué me refiero. Nos han llegado rumores. Cerca de aquí, escondidos, hay un montón.

Un murmullo airado se elevó de los congregados, estupefactos.

—¡Eso es mentira! —gritó el gordo.

—¿De veras?

El hombrecillo de la barba y las gafas se levantó de un brinco.

—¡Aquí no hay nadie relacionado con los gobiernos! ¡Somos buena gente!

—Cuide sus palabras —advirtió un joven a Tolby en voz baja—. A esta gente no le gusta que se le acuse sin motivo.

Tolby se puso en pie, aferrando su bastón de ironita. Penn le imitó.

—Si alguno de ustedes sabe algo —contestó Tolby—, será mejor que lo diga. Ahora mismo.

—Nadie sabe nada —intervino la rubia—. Ninguno de nosotros ha hecho nada malo.

—Ustedes salvaron nuestras vidas —dijo la muchacha de pelo negro—. Si no hubieran acabado con los gobiernos, todos habríamos muerto en la guerra. ¿Por qué les íbamos a ocultar algo?

—Eso es cierto —gruñó el gordo—. De no ser por la Liga, todos estaríamos muertos. ¿Nos cree capaces de conspirar contra la Liga?

—Ya está bien —dijo Silvia a su padre—. Vámonos.

Se levantó y tiró a Penn su mochila.

Tolby rezongó en tono beligerante. Por fin, tomó su mochila y se la cargo a la espalda. Un silencio de muerte se había apoderado del local. Todo el mundo permaneció inmóvil mientras los tres recogían sus cosas y se encaminaban hacia la puerta.

La muchacha de pelo negro les detuvo.

—La ciudad más cercana se encuentra a cuarenta y cinco kilómetros de aquí —dijo.

—La carretera está cortada —añadió su acompañante—. Los desprendimientos la cortaron hace años.

—¿Por qué no se quedan a pasar la noche con nosotros? En casa hay mucho espacio disponible. Descansen y reanuden el viaje por la mañana.

—No queremos molestar —murmuró Silvia.

Tolby y Penn intercambiaron una mirada.

—Si está segura que tienen mucho sitio…

El hombre gordo se aproximó.

—Escuchen, tengo diez papeletas amarillas. Quiero entregarlas a la Liga. Vendí mi granja el año pasado. No necesito más papeletas. Vivo con mi hermano y su familia. —Alargó las papeletas a Tolby—. Tenga.

Tolby las rechazó.

—Guárdelas.

—Por aquí —dijo el joven alto, mientras bajaban los hundidos peldaños y se internaban en una cegadora cortina de calor y polvo—. Tenemos coche. Un coche de gasolina antiguo. Mi padre lo arregló para que consumiera aceite.

—Tendrías que haber tomado las papeletas —dijo Penn a Tolby mientras entraban en el baqueteado coche.

Las moscas revolotearon a su alrededor. Apenas se podía respirar; el coche era un horno. Silvia se abanicó con un periódico enrollado. La chica de pelo negro se desabotonó la blusa.

—¿Para qué necesitamos el dinero? —rio Tolby—. En toda mi vida he pagado por nada, ni tampoco ustedes.

El coche tosió y avanzó poco a poco por la carretera. Empezó a ganar velocidad. El motor rugió y produjo algunos estampidos. No tardó en correr a sorprendente velocidad.

—Ya lo has visto —dijo Silvia, elevando la voz por encima del estruendo—. Nos dieron todo cuanto tenían. Salvamos sus vidas. —Señaló los campos, a los granjeros y sus reatas, las cosechas marchitas, las viejas granjas semiderruidas—. De no ser por la Liga, todos estarían muertos. —Aplastó una mosca—. Dependen de nosotros.

La muchacha de cabello negro se volvió hacia ellos mientras el coche corría por la deficiente carretera. El sudor perlaba su piel bronceada. Los movimientos del coche agitaban sus pechos apenas velados.

—Me llamo Laura Davis. Pete y yo poseemos una vieja granja que su padre nos regaló cuando nos casamos.

—Pueden ocupar toda la planta baja —añadió Pete.

—No hay electricidad, pero tenemos un enorme hogar. De noche hace frío. De día hace calor, pero cuando el sol se pone hace un frío terrible.

—Estaremos bien —murmuró Penn.

La vibración del coche le mareaba un poco.

—Sí —dijo la muchacha, con un extraño brillo en los ojos. Sus labios púrpura dibujaron una mueca. Se inclinó hacia Penn con una peculiar expresión en la cara—. Sí, les cuidaremos bien.

En aquel momento, el coche se salió de la carretera.

Silvia chilló. Tolby hundió la cabeza entre las rodillas y formó una bola con su cuerpo. Una súbita cortina verde estalló alrededor de Penn. Después, cuando el coche se precipitó por el borde, experimentó una aterradora vaciedad. El coche se estrelló con un ensordecedor estruendo que borró todo lo demás. Un titánico cataclismo de furia que se apoderó de Penn y esparció sus restos en todas direcciones.

I

—Bájenme —ordenó Bors—. Apóyenme un momento en esta barandilla antes de entrar.

Le depositaron sobre la superficie de hormigón y ajustaron abrazaderas magnéticas. Hombres y mujeres subían y bajaban la escalera con paso ligero, entraban y salían del enorme edificio que albergaba las oficinas de Bors.

La visión de estos escalones le complacía. Le gustaba pararse en este lugar y echar un vistazo a su mundo, a la civilización que había construido con tanto esmero. Cada pieza añadida con grandes sufrimientos, con infinito cuidado, año tras año.

No era grande. Estaba rodeado de montañas por todas partes. El valle era una cuenca llana, rodeada de colinas

violeta oscuro. Al otro lado de las colinas empezaba el mundo normal. Campos agostados. Ciudades arrasadas y empobrecidas. Carreteras en mal estado. Restos de casas y granjas destruidas. Coches y máquinas averiados. Gente cubierta de polvo que deambulaba sin rumbo vestida con andrajos y ropa hecha a mano.

Había visto el exterior. Sabía cómo era. En las montañas terminaban los rostros inexpresivos, las enfermedades, las cosechas arruinadas, los toscos arados y las viejas herramientas. Aquí, en el anillo de colinas, Bors había construido una reproducción fiel y detallada de la sociedad imperante dos siglos atrás. Tal como había sido el mundo en los viejos tiempos. El tiempo de los gobiernos. El tiempo abatido por la Liga Anarquista.

Dentro de sus cinco bobinas de sinapsis existían los planos, conocimientos, información y fotocopias de todo un mundo. En aquellos dos siglos había recreado minuciosamente aquel universo, reproducido una sociedad en miniatura que centelleaba y bullía a su alrededor. Calles, edificios, casas, industrias de un mundo muerto, fragmentos de un pasado construido con sus manos, sus dedos de metal y su cerebro.

—Fowler —dijo Bors.

Fowler se acercó. Estaba demacrado. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre.

—¿Qué pasa? ¿Quieres entrar?

La patrulla del amanecer pasó sobre sus cabezas. Un rosario de puntos negros que se destacaban contra el cielo despejado. Bors la contempló con satisfacción.

—Qué belleza.

—Ni más ni menos.

Fowler consultó su reloj. A su derecha, una columna de tanques serpenteaba por una autopista que corría entre campos verdes. Sus cañones brillaban. Una columna de infantería desfilaba detrás, los rostros ocultos tras máscaras antibacterias.

—Estoy pensando que quizá sea imprudente seguir confiando en Green —dijo Bors.

—¿Por qué demonios dices eso?

—Cada diez días me desactivan, para que tu equipo practique las reparaciones necesarias. —Bors se agitó, inquieto—. Durante doce horas estoy completamente indefenso. Green me cuida. Se encarga que no pase nada, pero…

—Pero ¿qué?

—Creo que un pelotón sería más seguro. Es demasiada tentación para un hombre solo.

Fowler frunció el ceño.

—No entiendo por qué. Y yo, ¿qué? Mi responsabilidad es inspeccionarte. Podría averiar algunos conductores. Recargar tus bobinas de sinapsis. Destruirlas.

Bors se giró en redondo, pero se tranquilizó enseguida.

—Es verdad, podrías hacerlo, pero ¿qué ganarías? Sabes que soy el único capaz de mantener todo esto en pie. ¡Soy el único que sabe cómo llevar adelante una sociedad planificada, no un caos! De no ser por mí, todo esto se derrumbaría, y solo quedaría polvo, ruinas y malas hierbas. ¡Los del exterior irrumpirían al instante para apoderarse de todo!

—Por supuesto. En ese caso, ¿por qué te preocupa Green?

Pasó una cuadrilla de obreros, montones de hombres con uniforme verdeazulado, arremangados, cargados con herramientas. Una cuadrilla de mineros que se dirigía a las montañas.

—Llévame dentro —dijo Bors con brusquedad.

Fowler llamó a McLean. Izaron a Bors y le transportaron al interior del edificio, hasta llegar a su despacho. Oficiales y

técnicos se apartaron respetuosamente cuando pasó el gran depósito agrietado y corroído.

—Muy bien —dijo Bors, impaciente—. Eso es todo. Pueden marcharse.

Fowler y McLean abandonaron el lujoso despacho, abarrotado de gruesas alfombras, muebles, cortinas y filas de libros. Bors ya estaba inclinado sobre el escritorio y examinaba montones de informes y documentos.

Fowler sacudió la cabeza mientras caminaban por el pasillo.

—No durará mucho.

—¿Lo dices por el sistema motriz? Podríamos reforzar…

—No me refiero a eso. Se está desmoronando mentalmente. Está sometido a una presión insoportable.

—Como todos los demás —murmuró McLean.

—La responsabilidad es excesiva; saber que todo depende de él. Saber que en cuanto dé la espalda o se derrumbe, todo se vendrá abajo. Tratar de vivir aislado del mundo real, mantener en funcionamiento su universo en miniatura, es un trabajo inmenso.

—Lo ha logrado durante mucho tiempo.

Fowler frunció el ceño.

—Tarde o temprano tendremos que hacer frente a la situación. —Recorrió con los dedos un largo destornillador—. Se está deteriorando. Tarde o temprano alguien tendrá que sustituirle. A medida que su decadencia se acelera… —Encajó el destornillador en su cinturón, junto con los alicates, el martillo y el soldador—. Un cable cruzado.

—¿Qué es eso?

Fowler rio.

—Él me ha dado la idea. Un cable cruzado y…, ¡puf! Pero luego, ¿qué? Esa es la gran pregunta.

—Quizá tú y yo podamos salirnos de esta carrera de ratas —dijo en voz baja McLean—. Tú, yo y los demás. Y vivir como seres humanos.

—Carrera de ratas —murmuró Fowler—. Ratas en un laberinto. Que obedecen los dictados de alguien.

McLean miró a Fowler.

—Alguien de otra especie.

I

Tolby se debatió vagamente. Silencio. Un leve goteo muy cerca. Algo inmovilizaba su cuerpo. Estaba atrapado entre los restos del coche siniestrado, cabeza abajo. El coche descansaba sobre un lado, en un barranco, encajado entre dos enormes árboles. Puntales torcidos y metal aplastado a su alrededor. Y cuerpos.

Empujó hacia arriba con todas sus fuerzas. El travesaño cedió y consiguió sentarse. Una rama de árbol había atravesado el parabrisas, empalando a la muchacha de cabello negro, todavía vuelta hacia el asiento posterior. La rama había penetrado por su espalda, saliendo por el pecho y clavándola al asiento. Se aferraba al respaldo con ambas manos, la cabeza caída y la boca entreabierta. El hombre que viajaba a su lado también había muerto. Sus manos habían desaparecido, pues el parabrisas había estallado a su alrededor. Yacía entre los restos del tablero de instrumentos y el brillo sanguinolento de sus órganos internos.

Penn estaba muerto. Tenía el cuello roto como el mango podrido de una escoba. Tolby apartó el cadáver y examinó a su hija. Silvia no se movió. Aplicó el oído a su camisa y escuchó. Estaba viva. Su corazón latía débilmente. Su pecho subía y bajaba.

Vendó con un pañuelo la herida del brazo, que todavía sangraba. La joven había sufrido muchos cortes y rasguños; tenía una pierna doblada bajo el cuerpo, rota. Tenía la ropa rasgada y el cabello pegajoso de sangre, pero estaba viva.

Tolby empujó la puerta retorcida y salió dando tumbos. Parpadeó, deslumbrado por el feroz sol de la tarde. Tomó el cuerpo inanimado de su hija y empezó a sacarlo del coche.

Un ruido.

Tolby alzó la vista, paralizado. Algo se aproximaba. Un insecto zumbador que descendía a toda velocidad. Soltó a Silvia, se agachó, miró a su alrededor, bajó por el barranco con movimientos torpes. Resbaló, cayó y rodó entre la vegetación y las rocas grisáceas. Se quedó tendido entre las húmedas sombras y empuñó la pistola.

El insecto aterrizó. Era un pequeño vehículo aéreo de propulsión a chorro. La visión le dejó sorprendido. Había oído hablar de tales aparatos, había visto fotografías, durante los cursos de adoctrinamiento histórico seguidos en los campamentos de la Liga. ¡Pero ver un avión!

De la nave surgieron numerosos hombres uniformados, que bajaron con cautela por el barranco hacia el coche destrozado. Sujetaban pesados rifles. Su aspecto era duro y experto. Arrancaron las puertas del coche y examinaron el interior.

—Falta uno —dijo una voz.

—No andará muy lejos.

—¡Miren, esta mujer está viva! Intentaba salir. Los demás han muerto.

Una exclamación de furia.

—¡Maldita Laura! ¡Tendría que haber saltado! ¡Estúpida fanática!

—Quizá no tuvo tiempo. Dios santo, la rama la atravesó de parte a parte. —Horror y consternación—. Ni siquiera podemos sacársela.

—Déjala.

El oficial al mando indicó con un gesto a los hombres que se apartaran del coche.

—Déjenles a todos.

—¿Qué hacemos con la mujer herida?

El líder titubeó.

—Mátenla —dijo por fin. Se apoderó de un rifle y alzó la culata—. Los demás, despliéguense y atrapen al otro. Es probable que…

Tolby disparó y el cuerpo del líder se partió en dos. La parte inferior se derrumbó poco a poco; la superior se disolvió en fragmentos de ceniza. Tolby empezó a moverse en círculo, disparando mientras se arrastraba. Alcanzó a dos hombres

más antes que los demás retrocedieran despavoridos hacia su insecto volador y cerraran la puerta.

El elemento sorpresa había obrado en su favor, pero ahora ya no. El enemigo era numeroso y fuerte. El insecto se alzó en el aire. Desde arriba sería muy fácil localizarle. Al menos, había salvado a Silvia. Con eso le bastaba.

Descendió hasta el lecho reseco de un río. Corrió sin rumbo; no tenía adónde ir. No conocía la región, carecía de medio de transporte. Resbaló en una piedra y cayó de bruces. Consiguió ponerse de rodillas, casi sin sentido. Había perdido la pistola, que había ido a parar entre los matorrales. Escupió fragmentos de dientes y sangre. Escrutó el radiante cielo del atardecer.

El insecto se dirigió hacia las colinas lejanas. Disminuyó de tamaño, se convirtió en una bola negra, después en un punto, y desapareció.

Tolby esperó un momento. Luego, escaló la pendiente hasta llegar junto al coche destruido. Si pudiera sacar a Silvia y buscar un escondite, tal vez en una granja, o volver a la ciudad.

Contempló el coche, estupefacto. Había tres cuerpos, los dos de delante y Penn atrás, pero Silvia había desaparecido.

Se la habían llevado con ellos. A su lugar de origen. La habían arrastrado hacia el insecto; un rastro de sangre ascendía por el barranco hasta la carretera.

Tolby se estremeció, pero consiguió controlarse. Entró en el coche y tomó la pistola que Penn llevaba en el cinturón. También tomó el bastón de ironita de Silvia, abandonado en el asiento. Después, se alejó por la carretera, caminando sin prisa, con cautela.

Un pensamiento irónico cruzó su mente. Había descubierto lo que perseguían. Los hombres uniformados estaban organizados, dependían de un poder central. Se desplazaban en un avión nuevo.

Detrás de las colinas había un gobierno.

I

—Señor —dijo Green.

Se alisó su corto cabello rubio, una mueca de ansiedad en su joven rostro.

Tropeles de técnicos, expertos y personas sin características específicas se movían por todas partes. Las oficinas bullían de actividad. Green se abrió paso entre la multitud hasta el escritorio frente al cual estaba sentado Bors, apuntalado con dos bastidores magnéticos.

—Señor —dijo Green—, ha pasado algo.

Bors levantó la vista. Apartó una pizarra chapada de metal y bajó la pluma. Sus células oculares cliquetearon y centellearon. En el interior de su tronco maltrecho, los engranajes del motor gimieron.

—¿Qué?

Green se acercó. Había una expresión en su cara que Bors nunca había visto. Una expresión de temor y transparente determinación. Una mirada vidriosa, fanática, como si su carne se hubiera convertido en piedra.

—Señor, una patrulla localizó a un grupo de la Liga que se dirigía hacia el norte. Interceptaron al grupo en las afueras de Fairfax. El incidente ocurrió nada más pasado el primer corte de carretera.

Bors no dijo nada. Por todas partes, oficiales, expertos, granjeros, obreros, gerentes de empresas, soldados, personas de la más diversa índole, murmuraban, protestaban e intentaban avanzar, impacientes. Intentaban llegar al escritorio de Bors. Para solucionar problemas. Para dar cuenta de situaciones. Los asuntos urgentes del día. Carreteras, fábricas, control de enfermedades. Reparaciones. Construcción. Manufactura. Diseño. Planificación. Problemas urgentes que Bors debía estudiar y resolver. Problemas que no tenían espera.

—¿El grupo de la Liga fue destruido? —preguntó Bors.

—Solo uno de sus miembros. Otro resultó herido y lo trajeron aquí. —Green vaciló—. El tercero escapó.

Bors guardó silencio durante largo rato. La gente murmuraba y se removía a su alrededor. No hizo caso. De pronto, acercó el monitor y conectó el circuito.

—¿Que uno escapó? Eso no me gusta nada.

—Mató a tres soldados de nuestra unidad, incluido el jefe. Los demás se asustaron. Recogieron a la muchacha herida y volvieron aquí.

Bors irguió su enorme cabeza.

—Cometieron un error. Tenían que haber localizado al fugitivo.

—Era la primera vez que se daba una situación…

—Lo sé, pero fue una equivocación. Habría sido preferible dejarles marchar que atrapar a dos y permitir que el tercero escapara. —Se volvió hacia el monitor—. Declaren una alerta de emergencia. Cierren las fábricas. Armen a los obreros y granjeros que sepan utilizar un arma. Corten todas las carreteras. Trasladen a las mujeres y a los niños a los refugios subterráneos. Saquen la artillería pesada y las municiones. Suspendan toda la producción no militar y… —

reflexionó un momento—. Detengan a todos los sospechosos. En virtud del apartado C, fusílenlos.

Desconectó el monitor.

—¿Qué pasará? —preguntó Green, atónito.

—Aquello para lo que nos hemos preparado: la guerra total.

—¡Tenemos armas! —exclamó Green, entusiasmado—. Dentro de una hora habrá diez mil hombres dispuestos a pelear. Tenemos aviones de propulsión a chorro, artillería pesada, bombas, proyectiles bacteriológicos. ¿Qué es la Liga? ¡Una pandilla de gente con mochilas a la espalda!

—Sí —repitió Bors—, una pandilla de gente con mochilas a la espalda.

—¿Cómo van a hacer algo? ¿Cómo se va a organizar un puñado de anarquistas? Carecen de estructura, de control, de poder central.

—Tienen todo el mundo. Mil millones de personas.

—¡Individuos! Un club que no acata la ley, formado por miembros voluntarios. Nosotros contamos con una organización disciplinada. Todos los aspectos de nuestra vida económica funcionan con la máxima eficacia. Nosotros,

usted, lo controlamos todo. Le basta con dar una orden. Poner la maquinaria en funcionamiento.

Bors asintió lentamente.

—Es verdad que los anarquistas no saben coordinarse. La Liga no sabe organizarse. Es una paradoja: un gobierno de anarquistas… Antigobierno, en realidad. En lugar de gobernar el mundo, andan por ahí procurando que nadie lo haga.

—Como un perro en el pesebre.

—Como usted dice, se trata de un club voluntario de individuos completamente desorganizados. Sin ley ni poder central. No forman una sociedad; no saben gobernar. Lo único que saben hacer es interponerse en el camino de cualquiera que lo intente. Unos alborotadores, pero…

—Pero ¿qué?

—También lo eran antes, hace dos siglos. Estaban desorganizados, desarmados, turbas inmensas, carentes de disciplina o autoridad. Sin embargo, derribaron a todos los gobiernos del mundo.

—Contamos con todo un ejército. Las carreteras están minadas. Artillería pesada, bombas, proyectiles. Cada uno de nosotros es un soldado. ¡Somos un campamento armado!

Bors estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Dice que han traído a un agente de la Liga?

—Una joven.

Bors hizo una señal al equipo de mantenimiento.

—Llévenme a su presencia. Quiero hablar con ella el rato que queda.

I

Silvia contempló en silencio a los hombres uniformados que entraban en la habitación. Se acercaron a la cama, tambaleantes, juntaron dos sillas, y depositaron sobre ellas con suma precaución el enorme bulto que cargaban.

Fijaron puntales protectores, sujetaron las sillas con cadenas, pusieron en funcionamiento abrazaderas magnéticas y se apartaron, agotados.

—Muy bien —dijo el robot—. Pueden marcharse.

Los hombres obedecieron. Bors miró a la muchacha que ocupaba la cama.

—Una máquina —susurró Silvia, pálida—. Eres una máquina.

Bors asintió sin hablar.

Silvia se removió en la cama, inquieta. Estaba débil. Tenía la pierna envuelta en un armazón de plástico transparente y la cara vendada. El brazo derecho le dolía. El sol del atardecer se colaba a través de las cortinas. Flores, hierba, setos. Y más allá de los setos, edificios y fábricas.

Aviones a reacción habían surcado el cielo sin cesar durante la última hora, grandes bandadas que volaban hacia las colinas lejanas. Camiones que arrastraban cañones y equipo militar recorrían a toda velocidad la carretera. Los hombres desfilaban en apretadas filas, hileras de soldados uniformados de gris, provistos de fusiles, cascos y máscaras antibacterias. Interminables filas de figuras idénticas, como salidas del mismo molde.

—Hay muchos —dijo Bors, señalando a su ejército.

—Sí.

Silvia vio que dos soldados pasaban corriendo ante la ventana. Jóvenes imberbes, de expresión preocupada. Cascos colgados de su cintura. Largos rifles. Cantimploras. Contadores. Pantallas antirradiación. Máscaras antibacterias sujetas de cualquier manera alrededor del cuello, preparadas para ser colocadas. Estaban asustados. Apenas eran unos críos. Les siguieron más. Un camión cobró vida. Los soldados subieron para reunirse con los demás.

—Van a luchar —dijo Bors— para defender sus hogares y fábricas.

—Ustedes fabrican todos esos artilugios, ¿verdad?

—En efecto. Nuestra organización industrial es perfecta. Somos totalmente productivos. Nuestra sociedad funciona de una forma racional, científica. Estamos preparados para hacer frente a esta emergencia.

De pronto, Silvia comprendió cuál era la emergencia.

—¡La Liga! Uno de ellos habrá escapado. —Se incorporó—. ¿Quién? ¿Penn o mi padre?

—No lo sé —murmuró el robot, indiferente.

Horror y pesar estremecieron a Silvia.

—Dios mío —dijo en voz baja—, no entiendes nada de nosotros. Diriges todo esto, pero eres incapaz de la menor empatía. Eres una simple computadora mecánica, uno de los antiguos robots integrados del gobierno.

—Exacto. Dos siglos de antigüedad.

La joven se quedó consternada.

—Y has estado vivo todo este tiempo. ¡Pensábamos que los habíamos destruido a todos!

—Me pasaron por alto. Había sufrido una avería y no estaba en mi sitio, sino en un camión, camino de Washington. Vi a las turbas y escapé.

—Hace doscientos años. Tiempos legendarios. Viste en directo los acontecimientos de los que tanto nos han hablado. Los viejos tiempos. Las grandes manifestaciones. El día que los gobiernos cayeron.

—Sí. Yo lo vi todo. Formamos un grupo en Virginia. Expertos, oficiales, obreros especializados. Más tarde, nos trasladamos aquí. Era un lugar aislado, apartado de todo.

—Oímos rumores. Una facción que aún resistía… Pero no sabíamos dónde ni cómo.

—Tuve suerte. Escapé por chiripa. Todos los demás fueron destruidos. Hemos tardado mucho en organizar lo que ves aquí. A veintitrés kilómetros de distancia hay un anillo de montañas. Este valle es una cuenca, rodeada de montañas. Hemos cortado las carreteras mediante desprendimientos naturales. Nadie entra. Ni siquiera en Fairfax, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, saben algo.

—Aquella chica, Laura…

—Patrullas. Tenemos patrullas de vigilancia en todas las regiones habitadas, en un radio de ciento cincuenta kilómetros. En cuanto ustedes entraron en Fairfax, recibimos la información. Enviamos una unidad aérea. Para

evitar preguntas lo intentamos disimular como un accidente de circulación, pero uno de ustedes escapó.

Silvia meneó la cabeza, perpleja.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo sigues adelante? ¿La gente no se rebela? —Intentó sentarse—. Deben saber lo que ocurrió en el resto del mundo. ¿Cómo les controlas? Ahora van a salir, uniformados…, pero ¿lucharán? ¿Confías en ellos?

—Ellos confían en mí. Yo les he proporcionado una gran cantidad de conocimientos. Información y técnicas que el resto del mundo ha perdido. ¿Acaso se fabrican en alguna otra parte del mundo aviones a reacción, monitores de vídeo y cables de alta tensión? Yo conservo todo ese conocimiento. Poseo unidades de memoria, bobinas de sinapsis. Gracias a mí tienen todo eso. Cosas que para ustedes solo son recuerdos confusos, vagas leyendas.

—¿Qué ocurrirá cuando mueras?

—¡No moriré! ¡Soy eterno!

—Te estás degradando. Tienen que llevarte a todas partes, y apenas puedes mover el brazo derecho. —La voz de Silvia era dura, despiadada—. Tu depósito está agrietado y oxidado.

El robot rechinó. Por un momento, fue incapaz de hablar.

—Mi conocimiento permanece —graznó por fin—. Siempre podré comunicarlo. Fowler ha establecido un sistema de transmisión. Incluso cuando hablo… —se interrumpió—. Incluso en ese momento, todo está controlado. He organizado todos los aspectos de la situación. He mantenido este sistema durante dos siglos. ¡Y así continuará!

Todo ocurrió en una fracción de segundo. La bota de su escayola atrapó las sillas sobre las cuales descansaba el robot. Empujó violentamente con el pie y las manos. Las sillas oscilaron, vacilaron…

—¡Fowler! —chilló el robot.

Silvia empujó con todas sus fuerzas. Un dolor espantoso recorrió su pierna. Se mordió el labio y lanzó su hombro contra el bulto agrietado del robot. La máquina agitó los brazos, zumbó frenéticamente, y las dos sillas cayeron poco a poco. El robot se derrumbó de espaldas, sin dejar de agitar las manos.

Silvia consiguió levantarse de la cama y se acercó a la ventana. Su pierna rota colgaba inutilizada, un peso muerto envuelto en su escayola de plástico transparente. El robot parecía un escarabajo: los brazos se movían sin descanso, las lentes oculares cliqueteaban, los oxidados engranajes chirriaban de miedo y rabia.

—¡Fowler! —volvió a chillar—. ¡Ayúdame!

Silvia llegó a la ventana. Tiró de los cerrojos, pero estaban bien asegurados. Tomó una lámpara de la mesa y la arrojó contra el cristal, que estalló en una lluvia de fragmentos mortíferos. Avanzó tambaleante…, y el equipo de reparaciones irrumpió en la habitación.

—¡Ayúdenme! —chilló el robot—. ¡Ayúdenme!

Un hombre agarró a Silvia por la cintura y la tiró sobre la cama. La joven pataleó y golpeó, hundió las uñas en la mejilla del hombre. Este la aplastó sobre la cama, boca abajo, y desenfundó la pistola.

—Quieta —jadeó.

Los demás estaban inclinados sobre el robot y procuraron incorporarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fowler. Se acercó a la cama, el rostro contorsionado en una mueca—. ¿Se ha caído?

Los ojos de Silvia brillaron de odio y desesperación.

—Le empujé. Casi logré llegar a la ventana. —Hinchó el pecho—. Mi pierna…

—¡Llévenme de vuelta a mis aposentos! —gritó Bors.

El equipo le cargó y trasladó por el pasillo hasta su despacho privado. Pocos momentos después se sentó tembloroso ante su escritorio, rodeado de papeles e informes. Su mecanismo latía violentamente.

Serenó su pánico y trató de reanudar su trabajo. Tenía que continuar adelante. El monitor bullía de actividad. Todo el sistema estaba en movimiento. Vio que un subcomandante ordenaba despegar a una nube de puntos negros, bombarderos a reacción que se elevaron como moscas y no tardaron en desaparecer.

Era preciso proteger el sistema. Se lo repitió una y otra vez. Tenía que salvarlo. Tenía que organizar a la gente y obligarla a salvarlo. Si la gente no luchaba, todo estaba perdido.

Estaba abrumado de furia y desesperación. El sistema no podía preservarse por sí mismo; no era algo aislado, algo que podía separarse de la gente que vivía en él. De hecho, era la gente. Eran equivalentes. Cuando la gente luchaba para proteger el sistema, luchaba para proteger su propia existencia.

Solo existían si el sistema existía.

Vio una columna de soldados que avanzaban hacia las colinas. Sus antiguas bobinas de sinapsis proyectaron incertidumbre, pero luego se normalizaron. Tenía dos siglos de edad. Había venido a la existencia en un mundo

diferente. Ese mundo le había creado; gracias a él, aún estaba vivo. Mientras él existiera, ese mundo existiría. Seguía funcionando, en miniatura. Su universo a escala, su recreación. Su mundo controlado y racional, en el que cada aspecto estaba organizado, analizado e integrado por completo.

Mantenía vivo a un mundo racional y progresista. Un oasis de productividad en un planeta polvoriento y parchado, en el que reinaban la decadencia y el silencio.

Bors esparció sus papeles y se puso a trabajar en el problema más acuciante: transformar una economía de paz en un esfuerzo militar total. La organización militar absoluta de todo hombre, mujer, niño, máquina y dina de energía bajo su dirección.

I

Edward Tolby salió con cautela. Sus ropas estaban desgarradas y rotas. Había perdido la mochila mientras se arrastraba entre la vegetación. Su cara y manos sangraban. Estaba agotado.

Más abajo distinguió un valle. Una inmensa cuenca. Campos, casas, carreteras. Fábricas. Maquinaria. Hombres.

Observó a los hombres durante tres horas. Ingentes muchedumbres que se internaban en las colinas, siguiendo

las carreteras y senderos. A pie, en camiones, coches, tanques, transportes de armas. Por el cielo, en veloces cazas y grandes bombarderos. Naves relucientes que tomaban posiciones sobre las tropas y se preparaban para la batalla.

Una batalla a lo grande. La guerra a gran escala que se suponía extinguida desde hacía dos siglos. Pero aquí estaba de nuevo, una visión del pasado. Lo había visto en viejas cintas, utilizadas en los cursos de orientación del campamento. Un ejército fantasma que resucitaba para combatir una vez más. Una inmensa agrupación de tropas, preparadas para luchar y morir.

Tolby inició el descenso con grandes precauciones. Un soldado había frenado su moto al pie de una pendiente rocosa para instalar una antena de comunicaciones y un transmisor. Tolby dio un rodeo, se agachó y procedió a acercarse con todo sigilo. Era un joven rubio, que manoteaba nerviosamente los cables y relés, se humedecía los labios, levantaba la vista y aferraba el rifle en cuanto oía el menor ruido.

Tolby respiró hondo. El joven le daba la espalda; estaba examinando un circuito eléctrico. Era ahora o nunca. Tolby saltó, levantó la pistola y disparó. El equipo y el rifle del soldado se volatilizaron.

—No hagas el menor ruido —dijo Tolby.

Paseó la mirada a su alrededor. Nadie le había visto. La línea principal se encontraba a un kilómetro de distancia a su derecha. El sol empezaba a ponerse. Grandes sombras caían sobre las colinas. Los campos viraron del verde pardusco a un violeta intenso.

—Levanta las manos sobre la cabeza, júntalas y ponte de rodillas.

El muchacho obedeció, aterrorizado.

—¿Qué va a hacer? —Vio el bastón de ironita y palideció—. ¡Usted es un agente de la Liga!

—Cierra el pico —ordenó Tolby—. Primero, hagamos un esquema de la cadena de mando. ¿Quién es tu superior?

El joven tartamudeó todo cuanto sabía. Tolby escuchó con atención. Quedó satisfecho. La habitual estructura monolítica. Exactamente lo que deseaba.

—El jefe supremo —dijo—. ¿Quién detenta la responsabilidad última?

—Bors.

—¡Bors! —Tolby frunció el ceño—. Eso no parece un nombre, sino… —Se interrumpió, asombrado—. ¡Teníamos que haberlo adivinado! Un antiguo robot gubernamental. Todavía en funcionamiento.

El joven vislumbró su oportunidad. Echó a correr como un poseso.

Tolby le disparó sobre la oreja izquierda. El muchacho cayó y permaneció inmóvil. Tolby corrió hacia él y le despojó a toda prisa del uniforme gris oscuro. Le quedaba pequeño, por supuesto, pero la moto era perfecta. Las había visto en cintas; quería una desde que era niño. Una moto veloz para pasear. Ya la tenía.

Media hora más tarde corría por una suave y ancha carretera hacia el centro del valle y los edificios que se alzaban hacia el cielo. Los faros perforaban la oscuridad. Aún oscilaba de un lado a otro, pero a todos los efectos prácticos la dominaba. Aceleró. Árboles y campos, graneros, maquinaria agrícola, quedaron atrás. Todo el tráfico marchaba en dirección contraria: las tropas se dirigían al frente.

Al frente. Lemmings camino del océano para suicidarse. Mil, diez mil figuras recubiertas de metal, armadas y vigilantes. Cargadas con fusiles, bombas, lanzallamas y proyectiles bacteriológicos.

Solo había un problema. Ningún ejército les hacía frente. Habían cometido un error. Se necesitaban dos bandos para iniciar una guerra, pero solo uno había resucitado.

Salió de la carretera a dos kilómetros de la concentración de edificios, detuvo la moto y la ocultó en un pajar. Pensó por un momento en dejar el bastón de ironita. Luego, se encogió de hombros y lo guardó, junto con su pistola. Siempre llevaba consigo su bastón; era el símbolo de la Liga. Representaba a los anarquistas caminantes que patrullaban el mundo a pie, la agencia mundial de protección.

Se encaminó con sigilo hacia los edificios. Había pocos hombres. No vio mujeres ni niños. Más adelante, habían levantado una alambrada electrificada. Las tropas, armadas hasta los dientes, estaban agazapadas detrás. Un reflector barría la carretera. Al otro lado, se cernían las antenas de radar, y más atrás, un feo cuadrado de hormigón. Las grandes oficinas del gobierno.

Observó durante un rato el reflector, hasta determinar el ritmo de sus movimientos. La luz destacaba los rostros de los soldados, pálidos y demacrados. Críos. Nunca habían combatido. Era la primera vez. Estaban aterrorizados.

Cuando la luz se alejó de él, se levantó y avanzó hacia la alambrada. Automáticamente, se abrió una brecha. Dos guardias se adelantaron y cruzaron las bayonetas frente a él.

—¡La documentación! —pidió uno.

Tenientes bisoños. Muchachos, de labios pálidos, nerviosos. Jugaban a los soldaditos.

Tolby lanzó una áspera carcajada, que expresaba su compasión y desprecio, y siguió adelante.

—Apártense de mi camino.

Uno de los jóvenes sacó una linterna de bolsillo.

—¡Alto! ¡El santo y seña!

Cortó el paso a Tolby con la bayoneta. Sus manos temblaban convulsivamente.

Tolby hundió la mano en el bolsillo, sacó la pistola y, cuando el haz del proyector se alejó, vaporizó a los dos guardias. Las bayonetas cayeron al suelo con un ruido metálico y él corrió hacia adelante. Gritos y sombras surgieron por todas partes. Gritos de angustia y terror. Disparos al azar. La noche se iluminó. Dobló la esquina de un almacén de suministros, subió una escalera y se precipitó en el interior del enorme edificio.

Tenía que darse prisa. Aferró el bastón de ironita y se internó en un tenebroso pasillo. Sus botas despertaban ecos. Sus perseguidores le pisaban los talones. Rayos de energía zumbaron a su alrededor. Una sección de techo se convirtió en cenizas y se desplomó detrás de él.

Llegó a otra escalera y subió a toda prisa. Se dispuso a abrir la puerta de la siguiente planta. Algo centelleó a su espalda. Se volvió, la pistola preparada…

Un fortísimo golpe le envió al suelo. Rebotó contra la pared y la pistola escapó de sus dedos. Una forma armada con un rifle se cernió sobre su cuerpo caído.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

No era un soldado. Un hombre sin afeitar, que vestía una camisa manchada y pantalones arrugados. Los ojos hinchados, enrojecidos. Del cinturón colgaban una serie de herramientas, martillo, alicates, destornillador, soldador.

Tolby se levantó con un gran esfuerzo.

—Si no tuviera ese rifle…

Fowler retrocedió.

—¡¿Quién es usted?! El acceso a esta planta está prohibido a las tropas. Ya sabe que… —Entonces, vio el bastón de ironita—. Santo Dios —dijo en voz baja—, usted es el que escapó. —Lanzó una carcajada temblorosa—. Usted es el que no pudieron atrapar.

Los dedos de Tolby se cerraron en torno al bastón, pero Fowler reaccionó al instante. La boca del rifle apuntó a la cara de Tolby.

—Cuidado —advirtió Fowler.

Se volvió un poco. Los soldados subían la escalera, corriendo y gritando. El hombre vaciló un momento, y después indicó el siguiente tramo con su arma.

—Arriba.

Tolby parpadeó.

—¿Qué…?

—¡Arriba! —La boca del rifle se hundió en el cuerpo de Tolby—. ¡De prisa!

Tolby, perplejo, obedeció. Fowler le siguió. En la tercera planta, Fowler le empujó con rudeza por la puerta, azuzándole con el cañón del rifle. Se encontró en un pasillo flanqueado de puertas. Interminables oficinas.

—No se detenga —ladró Fowler—. Pasillo adelante. ¡Rápido!

Mientras corría, la mente de Tolby daba vueltas.

—¿Qué demonios está…?

—Yo nunca podría lograrlo —jadeó Fowler junto a su oído—, ni en un millón de años, pero es preciso…

Tolby se detuvo.

—¿Qué pasa aquí?

Se plantaron cara con aire desafiador, echando chispas por los ojos.

—Está ahí —dijo Fowler, e indicó una puerta con el rifle—. Tiene la oportunidad. Aprovéchela.

Tolby vaciló una fracción de segundo. Después, se decidió.

—Muy bien. La aprovecharé.

Fowler le siguió.

—Tenga cuidado. Mire donde pisa. Hay una serie de puntos de control. Siga recto sin parar, hasta donde pueda. ¡Y dese prisa, por el amor de Dios!

Tolby corrió y abrió la puerta.

Se topó con una barrera de oficiales y soldados. Se lanzó sobre ellos, derribándolos. Continuó corriendo, mientras los caídos luchaban por incorporarse y manoteaban torpemente con los rifles. Atravesó una puerta que daba a una oficina y pasó frente a un escritorio, donde estaba sentada una muchacha asustada, que le miró con los ojos desorbitados y la boca abierta. Después, una tercera puerta, un cubículo.

Un joven de rostro desesperado dio un brinco y trató de sacar la pistola. Tolby estaba desarmado, atrapado en el cubículo. Los soldados ya se apelotonaban ante la puerta.

Aferró el bastón de ironita y se agachó, mientras el joven disparaba frenéticamente. El rayo se estrelló a unos centímetros de distancia y proyectó una onda de calor.

—¡Sucio anarquista! —chilló Green. Disparó una y otra vez, el rostro deformado por una mueca—. ¡Maldito espía anarquista!

Tolby lanzó con todas sus fuerzas el bastón de ironita, que describió un arco y alcanzó al joven en la cabeza. Green se tiró al suelo para esquivarlo. Se apartó con agilidad, sonriente. El bastón chocó contra la pared y cayó al suelo.

—¡Tu bastón! —jadeó Green, y disparó.

El rayo falló a propósito. Green estaba jugando con él. Tolby se agachó y tanteó en busca del bastón. Lo tomó. Green le contempló con la cara rígida y ojos brillantes.

—¡Tíralo otra vez! —rugió.

Tolby saltó. Pilló al joven por sorpresa. Green gruñó, se tambaleó hacia atrás por la fuerza del impacto y se revolvió con furia maníaca.

Tolby era más fuerte, pero estaba cansado. Había caminado por las montañas durante horas, interminablemente. Casi no le quedaban fuerzas. El accidente de coche, los días de caminar sin descanso. Green estaba en perfecta forma. Su cuerpo ágil y nervudo se

retorció. Levantó las manos. Los dedos se hundieron en la tráquea de Tolby; este le dio una patada en la ingle. Green retrocedió, doblado por la mitad a causa del dolor.

—Muy bien —masculló Green, el rostro contorsionado y teñido de púrpura.

Su mano agitó la pistola. El cañón se alzó.

Media cara de Green se volatilizó. Sus manos se abrieron y la pistola cayó al suelo. Su cuerpo permaneció erguido un momento, y después se derrumbó, como un traje vacío.

Tolby distinguió fugazmente el cañón de un rifle junto a él, empuñado por el hombre de las herramientas. Este le hizo señas frenéticamente.

—¡De prisa!

Tolby corrió por un pasillo alfombrado, entre dos grandes lámparas amarillas. Un grupo de oficiales y soldados le siguió, vacilante, disparando al azar. Abrió una gruesa puerta de roble y se detuvo.

Estaba en una lujosa cámara. Cortinas, exquisito papel pintado. Lámparas. Estanterías llenas de libros. La elegancia del pasado. Lo fastuoso de los viejos tiempos. Alfombras gruesas. Confortable calor. Un monitor de vídeo. Y al fondo, un enorme escritorio de caoba.

Una figura estaba sentada ante el escritorio. Trabajaba entre montañas de papeles e informes. La figura contrastaba con el lujo de los muebles. Era un gran depósito de metal, agrietado y corroído. Doblado y verdoso, remendado y reparado. Una máquina antigua.

—¿Eres tú, Fowler? —preguntó el robot.

Tolby avanzó, con el bastón de ironita preparado.

El robot se volvió, enfurecido.

—¿Quién eres? Trae a Green y bájenme al refugio. Un control de carretera acaba de informar que un agente de la Liga ha…

El robot calló. Sus frías lentes oculares inspeccionaron al hombre. Cliqueteó y zumbó, atónito.

—No te conozco.

Se fijó en el bastón de ironita.

—Un agente de la Liga —dijo el robot—. Tú eres el que ha conseguido penetrar en nuestras líneas. El tercero. En lugar de volver sobre tus pasos, has venido.

Sus dedos de metal toquetearon los objetos del escritorio, y después investigaron en el cajón. Encontró una pistola y la alzó con movimientos torpes.

Tolby dio un golpe al arma, que cayó al suelo.

—¡Corre! —gritó al robot—. ¡Empieza a correr!

El robot permaneció inmóvil. Tolby le asestó un golpe con el bastón. La frágil y compleja unidad cerebral del robot se partió en mil pedazos. Bobinas, cables, fluido de relés se derramaron sobre sus hombros y manos. El robot se estremeció. La maquinaria chirrió. Se tambaleó en la silla; después, osciló y cayó. Quedó destrozado sobre el suelo; piezas y engranajes salieron disparados en todas direcciones.

—Santo Dios —dijo Tolby, al comprender la verdad.

Se inclinó sobre los restos, tembloroso. Estaba estropeado.

Una multitud de hombres le rodeó.

—¡Ha matado a Bors! —Rostros aturdidos, sobresaltados—. ¡Bors ha muerto!

Fowler se acercó a paso lento.

—Le ha matado, cierto. Ya no queda nada.

Tolby continuaba sosteniendo el bastón de ironita con ambas manos.

—Pobre cacharro —susurró—. Completamente indefenso. Se quedó sentado y yo le maté. No tenía la menor posibilidad.

El edificio era un caos. Soldados y oficiales corrían de un lado a otro, abrumados de dolor, histéricos. Tropezaban entre sí, formaban grupos, gritaban y daban órdenes absurdas.

Tolby se abrió paso entre ellos; nadie le hacía caso. Fowler estaba recogiendo los restos del robot, las piezas y fragmentos destrozados. Tolby se detuvo a su lado. Como Humpty-Dumpty, expulsado de su muro, al que nunca volvería.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó a Fowler—. La agente de la Liga capturada.

Fowler se irguió lentamente.

—Le acompañaré.

Guio a Tolby por el enloquecido edificio hacia el ala del hospital.

Silvia se incorporó, vacilante, cuando los dos hombres entraron en la habitación.

—¿Qué sucede? —Reconoció a su padre—. ¡Papá! ¡Gracias a Dios! Eres tú quien se ha salvado.

Tolby cerró la puerta para aislarse del tumulto que sacudía el pasillo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cómo está tu pierna?

—Mejor. ¿Qué ha pasado?

—He matado al robot.

Los tres permanecieron unos instantes en silencio. En los pasillos, los hombres continuaban corriendo de un lado a otro. La noticia ya se había esparcido. Las tropas se habían congregado frente al edificio. Hombres desolados desertaban de sus puestos. Vacilantes. A la deriva.

—Todo ha terminado —dijo Fowler.

Tolby asintió.

—Lo sé.

—Se cansarán de estar acurrucados en las trincheras —dijo Fowler—. Las abandonarán poco a poco. En cuanto sepan la noticia, desertarán y tirarán sus armas.

—Estupendo —gruñó Tolby—. Cuanto antes mejor. —Indicó el rifle de Fowler—. Espero que usted también.

Silvia titubeó.

—¿Crees que…?

—¿Qué?

—¿Hemos cometido una equivocación?

Tolby dibujó una sonrisa de cansancio.

—Tenemos mucho tiempo para pensar en eso.

—Hacía lo que consideraba correcto. Levantaron sus hogares y fábricas. Toda esta zona… Producen muchos artículos. He estado mirando por la ventana. Eso me ha dado que pensar. Han hecho muchas cosas. Grandes avances.

—Muchos cañones —dijo Tolby.

—Nosotros también tenemos armas. Matamos y destruimos. Tenemos todos los inconvenientes y ninguna ventaja.

—Pero no tenemos guerra —respondió con calma Tolby—. Para defender esta pulcra organización hay diez mil hombres emboscados en las colinas, aguardando el momento de combatir, esperando el momento de lanzar sus bombas y proyectiles bacteriológicos, con el fin que este lugar continúe existiendo. No lo harán. Dentro de nada, se rendirán y empezarán a salir.

—Todo el sistema se derrumbará con gran rapidez —dijo Fowler—. Bors ya empezaba a perder el control. No podía mantener el reloj atrasado mucho más tiempo.

—Sea como fuera, todo ha terminado —murmuró Silvia. Hemos cumplido nuestra misión. —Sonrió—. Bors hizo su trabajo y nosotros el nuestro. Los tiempos jugaban en su contra y a nuestro favor.

—Eso es verdad —admitió Tolby—. Hemos hecho nuestro trabajo. Y nunca lo lamentaremos.

Fowler no dijo nada. Siguió inmóvil, con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Sus dedos tocaron algo. Tres bobinas de sinapsis incólumes. Elementos memorísticos intactos procedentes del robot muerto, que había tomado de los restos dispersos.

Por si acaso, se dijo. *Por si los tiempos cambian*.

SERVIR AL AMO [4]

Applequist tomó un atajo por un campo desierto, subió por un estrecho sendero que corría paralelo a la grieta bostezante de un precipicio, y entonces oyó la voz.

Se paró en seco y empuñó la pistola. Escuchó durante largo rato pero solo captó el lejano roce del viento entre los árboles truncados que bordeaban el risco, un murmullo que se confundía con el crujido de la hierba reseca bajo sus pies. La voz procedía del barranco. Su fondo se veía enmarañado y lleno de desperdicios. Se acuclilló en el borde y trató de localizar la voz.

No percibió ni un movimiento, nada que revelara el origen. Las piernas empezaron a dolerle. Las moscas zumbaron a su alrededor y se posaron en su frente sudorosa. El sol le

4 To Serve the Master («Be As Gods!») (21-10-1953). *Imagination*, febrero de 1956.

producía dolor de cabeza. Las nubes de polvo habían sido bastante finas durante los meses pasados.

Su reloj a prueba de radiaciones le informó de que eran las tres.

Por fin, se encogió de hombros y se levantó con dificultades. A la mierda. Que envíen una patrulla armada. No era su problema. Era un cartero de cuarta categoría, y un civil, por añadidura.

Mientras trepaba por la colina en dirección a la carretera volvió a escuchar el sonido. Y ahora, desde un lugar que dominaba el barranco, captó un fugaz movimiento. Experimentó temor e incredulidad. No era posible…, pero lo había visto con sus propios ojos. No era un rumor propagado por las circulares de noticias.

¿Que hacia un robot en el barranco desierto? Todos los robots habían sido destruidos años antes. Sin embargo, allí estaba, entre los desperdicios y las malas hierbas. Un amasijo oxidado medio corroído. Le había llamado con voz débil cuando pasaba por el sendero.

El anillo defensivo de la Compañía le permitió salvar los tres controles y penetrar en la zona del túnel. Descendió lentamente, absorto en sus pensamientos, hasta llegar al nivel de organización. Mientras se quitaba la saca de

correos, el supervisor asistente Jenkins se acercó a toda prisa.

—¿Dónde coño se ha metido? Son casi las cuatro.

—Lo siento. —Applequist devolvió la pistola al guardia más cercano—. ¿Qué posibilidades tengo de obtener un permiso de cinco horas? Me gustaría investigar algo.

—Ni una. Ya sabe que el ala derecha está desguarnecida. Es necesario que todo el mundo esté en alerta las veinticuatro horas.

Applequist procedió a separar las cartas. La mayoría eran de tipo personal, intercambiadas entre supervisores principales de Empresas Norteamericanas. Cartas dirigidas a mujeres de vida alegre, más allá de la periferia de la Compañía. Cartas dirigidas a familias, así como peticiones a oficiales de menor rango.

—En ese caso —dijo con aire pensativo—, tendré que ir como sea.

Jenkins escrutó al joven con suspicacia.

—¿Qué sucede? ¿Ha encontrado algún aparato incólume, un escondite subterráneo?

Applequist estuvo a punto de contárselo, pero no lo hizo.

—Tal vez —contestó con indiferencia—. Es posible.

Jenkins le dedicó una mueca de odio y abrió las puertas de la cámara de observación. Los oficiales estaban examinando las actividades del día ante un gran plano mural. Media docena de hombres maduros, la mayoría calvos, con el cuello de la camisa sucio y manchado, derrumbados en butacas. En una esquina, el supervisor Rudde dormía, sus gordas piernas extendidas frente a él. La camisa abierta dejaba al descubierto el vello del pecho. Estos eran los hombres que dirigían la compañía de Detroit. Diez mil familias, todo el refugio subterráneo, dependían de ellos.

—¿Qué tiene en mente? —retumbó una voz en el oído de Applequist. El director Laws había entrado en la cámara y pillado a todo el mundo desprevenido, como de costumbre.

—Nada, señor —respondió Applequist, pero los ojos acerados, azules como la porcelana, sondearon sus pensamientos—. La fatiga habitual. Me ha subido la tensión. Tenía la intención de tomar unas horas de permiso, pero con tanto trabajo…

—No trate de engañarme. No se necesitan carteros de cuarta categoría. ¿Cuál es su auténtica intención?

—Señor, ¿por qué fueron destruidos los robots? —preguntó Applequist de sopetón.

Se hizo el silencio. El rostro rotundo de Laws transparentó sorpresa, y después hostilidad. Applequist se apresuró a continuar antes de que el hombre pudiera hablar.

—Sé que está prohibido a mi clase hacer preguntas teóricas, pero es muy importante que lo averigüe.

—El tema está cerrado —replicó Laws en tono amenazador—. Incluso para el personal de máximo nivel.

—¿Cuál fue la relación de los robots con la guerra? ¿Por qué se declaró la guerra? ¿Cómo era la vida antes de la guerra?

—El tema está cerrado —repitió Laws.

Caminó con parsimonia hacia el plano mural y Applequist se quedó solo entre el ruido de las máquinas, entre los murmullos de los oficiales y burócratas.

Reanudó la selección de cartas como un autómata. Había estallado la guerra y los robots se vieron mezclados en ella. Eso lo sabía. Algunos habían sobrevivido. De niño, su padre le había llevado a un centro industrial y los había visto, trabajando en sus máquinas. En otro tiempo habían sido muy complejos. Ya habían desaparecido; pronto acabarían con los sencillos. Ya no se fabricaba ni uno más.

—¿Qué ocurrió? —había preguntado, cuando su padre se lo llevó a rastras—. ¿Adónde han ido a parar todos los robots?

No obtuvo ninguna respuesta. Eso había sucedido dieciséis años antes, y ahora ya no quedaba ninguno. Hasta el recuerdo de los robots estaba desapareciendo. Dentro de unos años, la palabra se borraría del diccionario. Robot. ¿Qué había pasado?

Terminó con las cartas y salió de la cámara. Ningún supervisor se dio cuenta; estaban discutiendo algún punto erudito de estrategia. Maniobras y contramaniobras entre las compañías. Tensión e intercambio de insultos. Encontró un cigarrillo arrugado en el bolsillo y lo encendió con mano inexperta.

—Llamada a cenar —anunció el altavoz del pasadizo—. Una hora de descanso para el personal de máximo nivel.

Algunos supervisores pasaron ruidosamente a su lado. Applequist apagó el cigarrillo y se dirigió a su puesto. Trabajaría hasta las seis. Después, sería su hora de cenar. Ningún otro descanso hasta el sábado. Claro que si no iba a cenar…

I

El robot debía de ser de poca categoría, perteneciente al grupo final liquidado. El tipo inferior que había visto de niño. No podía ser uno de los complicados robots de la guerra.

Haber sobrevivido en el barranco, haberse oxidado y podrido durante todos aquellos años transcurridos desde la guerra…

Su mente mantuvo a raya la esperanza. Entró en un ascensor, el corazón acelerado, y apretó el botón. Al anochecer lo sabría.

El robot yacía entre montones de escoria metálica y malas hierbas. Fragmentos mellados y oxidados dificultaron la progresión de Applequist, a medida que descendía con cautela por el barranco, la pistola en una mano y la máscara antirradiación ceñida a su cara.

El contador cliqueteó ruidosamente; el fondo del barranco estaba caliente. Charcos de contaminación sobre los fragmentos rojizos de metal, las mesas apiladas de acero, plástico y componentes de maquinaria fundidos. Apartó a puntapiés bolas de ennegrecidos cables enmarañados y se alejó con cautela del depósito de combustible bostezante de alguna máquina antigua, ahora invadido por plantas trepadoras. Una rata salió corriendo. El sol estaba a punto de ponerse. Sombras oscuras se extendían por doquier.

El robot le miró en silencio. La mitad ya no existía; solo quedaba la cabeza, los brazos y el tronco, un círculo mellado irregular, como si le hubieran arrancado de cuajo la parte inferior. Estaba inmovilizado. Tenía toda la superficie agrietada y corroída. Faltaba una lente ocular. Algunos dedos estaban torcidos de manera grotesca. Yacía de espaldas, cara al cielo.

Era un robot de los tiempos de la guerra, desde luego. En su único ojo brillaba una conciencia arcaica. No era el simple obrero que había visto de niño. La respiración de Applequist se aceleró. Era auténtico. Seguía sus movimientos sin descuidar detalle. Estaba vivo.

Todo este tiempo, pensó Applequist. Todos estos años. Se le erizó el vello de la nuca. Todo estaba en silencio, las colinas, los árboles, las mesas de ruinas. Nada se movía; los únicos seres vivos eran el viejo robot y él. Tirado en el barranco, esperando a que alguien apareciera.

Se levantó un viento frío y se ajustó automáticamente el sobretodo. Algunas hojas volaron sobre el rostro inmóvil del robot. Sobre su tronco habían crecido plantas trepadoras, se habían introducido en sus entrañas. Había llovido sobre él, el cielo lo había bañado. En invierno, la nieve lo había cubierto. Ratas y animales lo habían olfateado. Los insectos habían recorrido sus restos. Y continuaba vivo.

—Te oí —murmuro Applequist—, mientras caminaba por el sendero.

—Lo sé —contestó el robot—. Vi que te parabas. —Su voz era débil y seca. Como el sonido de las cenizas al rozar entre sí. Sin tono ni matices—. ¿Quieres decirme la fecha? Sufrí un corte de energía por tiempo indefinido. Las terminales de los cables se cortaron temporalmente.

—11 de junio de 2136.

El robot reunió las escasas fuerzas que le quedaban. Movió apenas un brazo, luego lo dejó caer. Su único ojo se veló, y engranajes oxidados chirriaron en su interior. Applequist comprendió de repente que el robot podía expirar en cualquier momento. Era un milagro que hubiera sobrevivido durante tanto tiempo. Se habían pegado caracoles a su cuerpo, recorrido por sendas pegajosas que se cruzaban. Un siglo…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Desde la guerra?

—Sí.

Applequist sonrió, nervioso.

—Eso es mucho tiempo. Más de cien años.

—Así es.

I

Anochecía con rapidez. Applequist buscó su linterna. Apenas distinguía las laderas del barranco. A lo lejos, un ave graznó en la oscuridad. Los arbustos se agitaron.

—Necesito ayuda —dijo el robot—. La mayor parte de mi motor fue destruido. No puedo moverme.

—¿En qué estado se encuentra el resto? Tu provisión de energía. ¿Cuánto tiempo puedes…?

—Se ha destruido un número considerable de células. Solo siguen funcionando unos pocos circuitos. Y están sobrecargados. —El ojo del robot volvió a mirarle—. ¿Cuál es la situación tecnológica? He visto volar naves aéreas. ¿Aún fabricáis equipos electrónicos?

—Tenemos en funcionamiento una unidad industrial cerca de Pittsburgh.

—Si describo unidades electrónicas básicas, ¿me entenderás?

—Carezco de conocimientos mecánicos. Estoy clasificado como cartero de cuarta categoría, pero tengo contactos en el departamento de reparaciones. Mantenemos en funcionamiento nuestras máquinas. —Se humedeció los labios, tenso—. Es arriesgado, por supuesto. Hay leyes.

—¿Leyes?

—Todos los robots fueron destruidos. Eres el único que queda. Los demás fueron liquidados hace años.

El único ojo del robot no expresó nada.

—¿Por qué has venido? —preguntó. Su ojo se desvió hacia la pistola que Applequist empuñaba—. Eres un funcionario de baja categoría en alguna jerarquía. Obedeces órdenes superiores. Un número que funciona mecánicamente dentro de un sistema más grande.

Applequist lanzó una carcajada.

—Supongo que sí. —Dejó de reír—. ¿Por qué estalló la guerra? ¿Cómo era la vida antes?

—¿No lo sabes?

—Por supuesto que no. No se permiten conocimientos teóricos, excepto al personal de máxima categoría. Ni los supervisores saben algo de la guerra. —Applequist se arrodilló y enfocó con la linterna el rostro del robot—. Las cosas eran diferentes antes, ¿verdad? No vivimos siempre en refugios subterráneos. El mundo no fue siempre una montaña de escoria. La gente no fue siempre esclava de las compañías.

—Antes de la guerra no había compañías.

Applequist lanzó un gruñido de triunfo.

—Lo sabía.

—Los hombres vivían en ciudades, que fueron arrasadas durante la guerra. Las compañías, que estaban protegidas, sobrevivieron. Altos cargos de estas compañías se convirtieron en el gobierno. La guerra se prolongó durante mucho tiempo. Todo lo valioso fue destruido. Has salido de un cascarón carbonizado. —El robot guardó silencio unos instantes y luego prosiguió—. El primer robot fue fabricado en 1979. En el año 2000, los robots realizaban todos los trabajos rutinarios. Los seres humanos gozaban de libertad para hacer lo que les apetecía. Arte, ciencia, espectáculos, lo que más les gustaba.

—¿Qué es el arte? —preguntó Applequist.

—Trabajo creativo, dirigido hacia la realización de una aspiración personal. Toda la población de la Tierra tenía libertad para desarrollarse culturalmente. Los robots mantenían el mundo; el hombre lo disfrutaba.

—¿Cómo eran las ciudades?

—Los robots reconstruyeron y rediseñaron nuevas ciudades a tenor de planos trazados por artistas humanos. Limpias, higiénicas, atractivas. Eran ciudades de dioses.

—¿Por qué estalló la guerra?

El único ojo del robot centelleó.

—Ya he hablado demasiado. Mi suministro de energía está peligrosamente bajo.

Applequist tembló.

—¿Que necesitas? Lo traeré.

—Ahora mismo necesito una cápsula atómica A, capaz de proporcionar diez mil unidades f.

—Sí.

—A continuación, necesitaré herramientas y secciones de aluminio. Cables de baja resistencia. Trae papel y lápiz… Te daré una lista. No la entenderás, pero alguien del departamento de mantenimiento electrónico lo hará. Lo primero que necesito es suministro de energía.

—¿Y me hablarás de la guerra?

—Por supuesto.

El robot se sumió en el silencio. Las sombras se arrastraban a su alrededor. El frío aire de la noche agitó las hierbas y los arbustos.

—Date prisa. Mañana, si es posible.

I

—Debería dar parte de usted —dijo el ayudante de supervisión Jenkins—. Media hora de retraso, y ahora esto. ¿Qué está haciendo? ¿Quiere que le despidan de la compañía?

Applequist se acercó al hombre.

—He de conseguir este material. El… escondite está bajo la superficie. He de construir un acceso seguro. De lo contrario, todo quedará sepultado bajo los escombros.

—¿Es muy grande el escondite? —El rostro abultado de Jenkins expresaba codicia y suspicacia a la vez. Ya estaba gastando la recompensa de la compañía—. ¿Ha podido verlo? ¿Contiene máquinas desconocidas?

—No reconocí ninguna —contestó Applequist, impaciente—. No perdamos el tiempo. La masa de cascotes está a punto de derrumbarse. He de proceder con celeridad.

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

—Voy a hacerlo solo. Usted proporcióneme el material y cubra mi ausencia. Esa es su parte.

Jenkins se debatió en un mar de dudas.

—Si me miente, Applequist…

—No miento —respondió Applequist irritado—. ¿Cuándo tendré la unidad de energía?

—Mañana por la mañana. Tendré que llenar un montón de formularios. ¿Esta seguro de que puede manejarla? Será mejor que le acompañe un equipo de reparaciones. Para asegurarnos…

—Puedo manejarla —le interrumpió Applequist—. Consígame el material. Yo me ocuparé de lo demás.

El sol de la mañana se filtraba entre los desperdicios. Applequist encajó la cápsula nueva, nervioso, enroscó los tornillos, sujetó el forro protector corroído, y se puso en pie, tembloroso. Tiró la cápsula antigua y aguardó.

El robot se movió. Su ojo cobró vida. Movió el brazo sobre su tronco y hombros de forma experimental.

—¿Todo bien? —preguntó Applequist con voz hueca.

—En apariencia, sí. —La voz del robot era más potente, claro y confiada—. La vieja cápsula estaba agotada. Fue una suerte que pasaras en aquel momento.

—Dices que los hombres vivían en ciudades —atacó Applequist—. ¿Los robots trabajaban?

—Los robots realizaban las tareas rutinarias necesarias para mantener el sistema industrial. Los humanos gozaban

de todo el tiempo libre que deseaban. Nos gustaba trabajar para ellos. Era nuestra misión.

—¿Qué pasó? ¿Qué salió mal?

El robot cogió papel y lápiz; mientras hablaba, trazaba cifras.

—Existía un grupo fanático de humanos. Una organización religiosa. Afirmaban que Dios ordenó al hombre ganarse el pan con el sudor de su frente. Querían que los robots desaparecieran y los hombres volvieran a las fábricas, para trabajar como esclavos en tareas rutinarias.

—¿Por qué?

—Afirmaban que el trabajo ennoblecía el espíritu. —El robot le entregó un papel—. Esto es la lista de lo que quiero. Necesitaré esos materiales y herramientas para reparar mi sistema.

Applequist manoseó el papel.

—Ese grupo religioso…

—Hombres divididos en dos bandos: los Moralistas y los Ociosos. Combatieron entre sí durante años, mientras nosotros nos manteníamos al margen, ignorantes de nuestra suerte. No entendí que los Moralistas se impusieran a la razón y el sentido común, pero fue así.

—¿Crees…? —empezó Applequist, y luego calló. Apenas se atrevía a verbalizar la idea que corroía su fuero interno—. ¿Existe alguna posibilidad de que vuelvan a existir robots?

—Tus palabras son oscuras. —El robot partió el lápiz en dos y lo tiró—. ¿Qué quieres decir?

—La vida no es agradable en las compañías. Muerte y trabajo duro. Formularios, turnos, períodos de trabajo y órdenes.

—Es vuestro sistema. Yo no soy el responsable.

—¿Qué recuerdas sobre la construcción de robots? ¿Qué eras tú, antes de la guerra?

—Era un controlador de unidades. Me dirigía a una unidad de fabricación de emergencia cuando mi nave fue derribada. —El robot señaló los restos que le rodeaban—. Eso fue mi nave y mi cargamento.

—¿Qué es un controlador de unidades?

—Dirigía la fabricación de robots. Diseñé y alenté la producción de tipos básicos de robot.

La cabeza de Applequist daba vueltas.

—Entonces, eres un experto en la construcción de robots.

—Sí. —El robot señaló el papel que Applequist tenía en la mano—. Consigue esos materiales y herramientas lo antes posible. Así estoy completamente indefenso. Debo recuperar mi movilidad. Si alguna nave sobrevolara este lugar…

—La comunicación entre compañías es deficiente. Entrego las cartas a pie. La mayoría de los países están devastados. Podrías trabajar sin que nadie te detectara. ¿Qué me dices de tu unidad de fabricación de emergencia? Tal vez no fue destruida.

El robot cabeceó lentamente.

—Fue ocultada concienzudamente. Existe una ínfima posibilidad. Era pequeña, pero muy bien equipada. Autosuficiente.

—Si consigo piezas de repuesto, ¿podrías…?

—Hablaremos de eso más adelante. —El robot se tendió sobre el suelo—. Cuando vuelvas, seguiremos hablando.

I

Jenkins le consiguió los materiales y un permiso de veinticuatro horas. Fascinado, se apoyó contra la ladera del barranco mientras el robot desarmaba su cuerpo y sustituía los elementos averiados. Al cabo de pocas horas, el nuevo

sistema motor había sido instalado. Colocó las células básicas de las piernas. A mediodía, el robot experimentaba con sus extremidades inferiores.

—Durante la noche pude establecer un débil contacto por radio con la unidad de fabricación de emergencia —explicó el robot—. Continúa intacta, según el monitor robot.

—¿Robot? ¿Quieres decir…?

—Una máquina automática de transmisión. No está viva, como yo. No soy un robot, en un sentido estricto. —Su voz expresó orgullo—. Soy un androide.

Applequist no captó la sutil distinción. Su mente febril examinaba las posibilidades.

—En este caso, podemos seguir adelante. Con tus conocimientos y los materiales disponibles.

—Tú no viste el terror y la destrucción. Los Moralistas nos machacaron sistemáticamente. Eliminaban a los androides de cada ciudad que conquistaban. A medida que los Ociosos retrocedían, los de mi raza eran liquidados sin más. Fuimos separados de nuestras máquinas y destruidos.

—¡Pero eso fue hace un siglo! Nadie quiere destruir ya a los robots. Necesitamos robots para reconstruir el mundo. Los Moralistas ganaron la guerra y devastaron el mundo.

El robot ajustó su sistema motor hasta lograr la coordinación de sus piernas.

—Su victoria fue una tragedia, pero comprendo la situación mejor que tú. Hemos de proceder con cautela. Si esta vez nos vencen, será para siempre.

Applequist siguió al robot, mientras este avanzaba con cautela hacia la ladera del barranco.

—El trabajo nos oprime. Esclavos en refugios subterráneos. No podemos seguir así. La gente agradecerá la vuelta de los robots. Te necesitamos. Cuando pienso en lo que debió ser la Edad de Oro, los cimientos y las flores, las hermosas ciudades de la superficie… Ahora solo hay ruinas y penuria. Los Moralistas ganaron, pero nadie es feliz. Nos encantaría…

—¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es este?

—Un poco al oeste del Mississippi, a unos cuantos kilómetros. Hemos de conseguir la libertad. No podemos vivir así, trabajando bajo tierra. Si tuviéramos tiempo libre, podríamos investigar los misterios de todo el universo. Encontré algunas viejas cintas científicas. Trabajos teóricos sobre biología. Aquellos hombres trabajaron durante años en tópicos abstractos. Tenían tiempo. Eran libres. Mientras los robots sostenían el sistema económico, aquellos hombres podían dedicarse…

—Durante la guerra —interrumpió el robot con aire pensativo—, los Moralistas situaron pantallas de detección sobre cientos de kilómetros cuadrados. ¿Todavía funcionan?

—No lo sé. Lo dudo. Todo lo que está fuera de los refugios de la compañía ha dejado de funcionar.

El robot se recluyó en sus pensamientos. Había sustituido su ojo averiado por una célula nueva. Ambos ojos brillaban de concentración.

—Esta noche haremos planes con respecto a tu compañía. Te comunicaré mi decisión en ese momento. Entretanto, no hables de la situación a nadie, ¿entiendes? Lo que me preocupa ahora es el sistema de carreteras.

—La mayoría de las carreteras están en ruinas. —Applequist intentó contener su entusiasmo—. Estoy convencido de que casi todos los miembros de mi compañía son Ociosos. Tal vez algunos peces gordos sean Moralistas. Algunos supervisores, en todo caso, pero las clases bajas y las familias.

—Muy bien —interrumpió el robot—. Nos ocuparemos de eso más tarde. —Miró a su alrededor—. Utilizaré parte del equipo averiado. Funcionará. De momento, al menos.

I

Applequist consiguió esquivar a Jenkins. Atravesó a toda prisa el nivel de organización y se encaminó a su puesto de trabajo. Su mente era un torbellino. Todo lo que le rodeaba se le antojaba vago poco convincente. Los supervisores pendencieros. Las máquinas ruidosas. Los funcionarios y burócratas de poca monta que corrían de un lado a otro con mensajes e informes. Cogió un puñado de cartas y empezó a distribuirlas mecánicamente.

—Has estado fuera —observó con ironía el director Laws—. ¿Alguna chica? Si se casó con alguien ajeno a la compañía, perderá la poca categoría que tiene.

Applequist apartó las cartas.

—Quiero hablar con usted, director.

El director Laws meneó la cabeza.

—Vaya con cuidado. Ya conoce las ordenanzas que rigen para el personal de cuarta categoría. Es mejor no hacer más preguntas. Concentre su mente en el trabajo y déjenos a nosotros las cuestiones teóricas.

—Director —preguntó Applequist—, ¿a quién apoyaba nuestra compañía, a los Moralistas o a los Ociosos?

Laws fingió no entender la pregunta.

—¿Qué quiere decir? —Sacudió la cabeza—. No conozco esas palabras.

—En la guerra, ¿de qué lado estábamos?

—¡Santo Dios! —exclamó Laws—. Del lado humano, por supuesto. —Una cortina impenetrable cayó sobre su rostro rotundo—. ¿Qué quiere decir «moralista»? ¿De qué me está hablando?

Applequist empezó a sudar de repente. Apenas le salía la voz.

—Algo no cuadra, director. La guerra fue entre dos grupos de humanos. Los Moralistas destruyeron a los robots porque desaprobaban que los humanos se entregaran al ocio.

—La guerra se libró entre hombres y robots —replicó Laws—. Nosotros ganamos. Destruimos a los robots.

—¡Pero si trabajaban para nosotros!

—Fueron construidos para trabajar, pero se rebelaron. Poseían una filosofía. Seres superiores: androides. Nos consideraban simple ganado.

Applequist temblaba de pies a cabeza.

—Pero aquel me dijo…

—Nos masacraron. Millones de humanos murieron antes de que les paráramos los pies. Asesinaron, mintieron, se escondieron, robaron, hicieron cualquier cosa con tal de sobrevivir. Eran ellos o nosotros; no hubo cuartel. —Laws agarró a Applequist por el cuello de la camisa—. ¡Maldito idiota! ¿Qué demonios ha hecho? ¡Contésteme! ¿Qué ha hecho?

I

El sol se puso mientras el vehículo blindado se detenía en el borde del barranco. Las tropas bajaron por la ladera. Laws saltó entre los primeros, seguido de Applequist.

—¿Es aquí? —preguntó Laws.

—Sí, pero ha desaparecido —tartamudeó Applequist.

—Por supuesto. Ya se había reparado. Nada le retenía aquí. —Laws hizo una señal a sus hombres—. Es inútil proseguir la búsqueda. Entierren una bomba A táctica y larguémonos. Es posible que la fuerza aérea lo localice. Rociaremos esto zona con gas radiactivo.

Applequist se acercó al borde del barranco, atontado. Abajo, entre las sombras, distinguió las malas hierbas y los escombros. No se veía al robot por parte alguna, naturalmente. Solo trozos de cable y partes del cuerpo

desechadas. La vieja cápsula de energía seguía donde la había tirado. Algunas herramientas. Nada más.

—Vámonos —ordenó Laws a sus hombres—. Tenemos mucho que hacer. Hay que poner en marcha el sistema de alarma general.

Las tropas empezaron a escalar el barranco. Applequist se encaminó hacia el vehículo.

—No —dijo Laws—. Usted no vendrá con nosotros.

Applequist vio la expresión de sus rostros: miedo, terror, odio. Intentó escapar, pero le apresaron casi al instante. Procedieron en silencio, inexorablemente. Cuando terminaron, apartaron de una patada sus restos casi vivos y subieron al vehículo. Cerraron las puertas y el motor rugió. El vehículo subió por la senda hasta la carretera. Al cabo de pocos momentos, desapareció de vista.

Estaba solo, con una bomba semienterrada y las sombras, y la inmensa oscuridad lo abarcaba todo.

EL MUNDO DE JON [5]

Kastner caminó alrededor de la nave sin hablar. Subió la rampa y entró con cautela en el interior. Durante un rato se pudo ver su silueta moviéndose de un lado a otro. Volvió a salir, con el ancho rostro algo animado.

—¿Y bien? —dijo Caleb Ryan—. ¿Qué opinas?

Kastner bajó la rampa.

—¿Está preparada para despegar? ¿No queda nada por hacer?

—Casi preparada. Los trabajadores están dando los últimos toques a las secciones que quedan. Conexiones de

5 «Jon's World» [21 de octubre de 1952], en *Time to Come*, publicada por August Derleth, Nueva York, 1954.

relés y líneas de alimentación. No existe ningún problema grave. Ninguno que podamos pronosticar, al menos.

Los dos hombres contemplaron la achatada caja metálica, las portillas, ventanas enrejadas y puntos de observación. La nave no era bonita. Carecía de adornos o puntales de cromo y rexeroide que suavizaran la figura del casco hasta darle la forma de una lágrima. La nave era cuadrada y protuberante, con torretas y salientes que surgían por todas partes.

—¿Qué pensarán cuando salgamos de eso? —murmuró Kastner.

—No hemos tenido tiempo de embellecerla. Claro que si quieres esperar un par de meses más…

—¿No puedes quitar algunas protuberancias? ¿Para qué sirven? ¿Cuál es su función?

—Válvulas. Examina los planos. Eliminan la carga por unidad de potencia cuando aumenta demasiado. Viajar por el tiempo va a ser peligroso. A medida que la nave retrocede se concentra una enorme carga. Hay que dejarla escapar poco a poco…, o se convertirá en una inmensa bomba cargada con millones de voltios.

—Aceptaré tu palabra.

Kastner tomó su maletín. Se dirigió a una salida. Los guardias de la Liga le cedieron el paso.

—Diré a los directores que está casi a punto. Por cierto, voy a revelarte algo.

—¿Qué?

—Ya hemos decidido quién va a ir contigo.

—¿Quién?

—Yo. Siempre quise saber cómo eran las cosas antes de la guerra. He visto documentales históricos, pero no es lo mismo. Quiero estar allí. Pasear. Ya sabes, dicen que antes de la guerra no había cenizas. La superficie era fértil. Podías recorrer kilómetros sin ver ruinas. Eso es lo que quiero ver.

—No sabía que estuvieras interesado en el pasado.

—¡Oh, sí! Mi familia conservó algunos libros ilustrados de aquella época. No me extraña que la AISU quiera apoderarse de los documentos de Schonerman. Si la reconstrucción se pusiera en marcha…

—Es lo que todos deseamos.

—Y tal vez lo consigamos. Hasta luego.

Ryan vio alejarse al rechoncho hombre de negocios, que sujetaba amorosamente su maletín. La fila de guardias de la Liga se apartó para permitirle el paso y se formó de nuevo en cuanto hubo salido.

Ryan volvió a concentrar su atención en la nave. Así que Kastner iba a ser su compañero. La AISU (Asociación de Industrias Sintéticas Unidas) poseía una representación paritaria en el viaje. Un hombre de la Liga, un hombre de la AISU. La AISU patrocinaba el Proyecto Reloj, tanto comercial como financieramente. Sin su ayuda, el proyecto nunca habría superado la fase teórica. Ryan se sentó en el banco e introdujo las cianocopias en el ordenador. Habían trabajado durante mucho tiempo. Quedaba poco por hacer. Unos escasos y dispersos toques.

La pantalla chasqueó levemente. Ryan paró el ordenador y se volvió para recibir la llamada.

—Ryan.

El monitor de la Liga apareció en la pantalla. La llamada provenía de la asociación.

—Llamada de emergencia.

—Pásemela. —Ryan frunció el ceño.

El monitor desapareció. Al cabo de un momento, se materializó un rostro rojizo y arrugado.

—Ryan…

—¿Qué ha ocurrido?

—Será mejor que regrese aquí lo antes posible.

—¿Qué sucede?

—Jon.

Ryan hizo un esfuerzo para recobrar la calma.

—¿Otro ataque? —preguntó con voz apagada.

—Sí.

—¿Como los otros?

—Exactamente como los otros.

Ryan lanzó la mano hacia el interruptor de cierre.

—Muy bien. Ahora mismo vuelvo. No deje que nadie le vea. Trate de mantenerle tranquilo. No permita que salga de su habitación. Doble la guardia si es necesario.

Ryan cortó la comunicación. Un momento después se dirigía hacia el tejado, hacia la nave interurbana estacionada en la azotea del edificio.

I

La nave interurbana voló sobre la interminable ceniza gris, guiada hacia Ciudad Cuatro mediante rezones automáticos.

Ryan miró por la portilla, distraído, sin apenas fijarse en la vista.

Volaba entre ciudades. La superficie estaba devastada: montones de escoria que se extendían hasta perderse de vista. Las ciudades surgían como hongos, separadas por kilómetros de masa gris. Hongos dispersos, torres y edificios, hombres y mujeres dedicados a su trabajo. Poco a poco, se iba recuperando la superficie. De la base lunar llegaban suministros y equipo.

Los humanos abandonaron la Tierra durante la guerra y se establecieron en la Luna. La Tierra estaba devastada. No era más que un globo de ruinas y ceniza. Cuando terminó, el hombre regresó gradualmente.

Se habían declarado dos guerras, en realidad. La primera, de hombres contra hombres. La segunda, de hombres contra garras, complejos robots creados como arma de guerra. Las garras se habían vuelto contra sus creadores y habían inventado nuevos tipos y aparatos.

La nave de Ryan empezó a descender. Se hallaba sobre Ciudad Cuatro. La nave se posó a los pocos segundos sobre el tejado de su imponente residencia privada en el centro de la ciudad. Ryan saltó al suelo y se dirigió al ascensor.

Un momento después entró en sus aposentos y se encaminó a la habitación de Jon.

Encontró al anciano observando a Jon por la parte acristalada de la habitación. Su semblante era grave. La habitación de Jon estaba parcialmente a oscuras. Jon, sentado en el borde de la cama, se apretujaba las manos. Tenía los ojos cerrados, la boca un poco abierta y, de vez en cuando, sacaba la lengua, tensa y rígida.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Ryan al anciano.

—Una hora, más o menos.

—¿Los otros ataques tuvieron el mismo desarrollo?

—Este es más grave. Cada vez son más graves.

—¿Solo usted le ha visto?

—Solo usted y yo. Le llamé cuando estuve seguro. Casi ha terminado. Va a salir de un momento a otro.

Al otro lado del cristal, Jon se levantó y se alejó de la cama con los brazos cruzados. El rubio cabello le caía desordenado sobre la cara. Continuaba con los ojos cerrados. Tenía el rostro pálido y rígido. Torcía los labios.

—Al principio, estaba completamente inconsciente. Le dejé solo un rato. Me encontraba en otra parte del edificio. Cuando volví le descubrí tendido en el suelo. Había estado leyendo. Tenía las cintas diseminadas a su alrededor. Su

rostro estaba azul y la respiración era irregular. Sufría espasmos musculares repetidos, como en otras ocasiones.

—¿Qué hizo usted?

—Entré en la habitación y le metí en la cama. Al principio estaba rígido, pero después empezó a relajarse. Le tomé el pulso. Era muy lento. Respiraba con mayor facilidad. Y entonces empezó.

—¿Qué?

—A hablar.

—¡Oh! —Ryan asintió con la cabeza.

—¡Ojalá hubiera estado aquí! Habló más que nunca. Sin cesar. Como una cotorra, sin pausa. Como si no pudiera parar.

—¿Hablaba…, hablaba de lo mismo?

—Igual que siempre. Tenía el rostro iluminado, encendido. Como siempre.

Ryan reflexionó.

—¿Puedo entrar en la habitación?

—Sí. Casi ha terminado.

Ryan se acercó a la puerta. Apoyó los dedos sobre la cerradura digital, y la puerta se hundió en la pared.

Entró en silencio, y Jon no advirtió su presencia. Paseaba de un lado a otro: tenía los ojos cerrados y se rodeaba el cuerpo con los brazos. Oscilaba un poco, meciéndose. Ryan llegó al centro de la habitación y se detuvo.

—¡Jon!

El muchacho parpadeó. Abrió los ojos. Agitó la cabeza con movimientos veloces.

—¿Ryan? ¿Qué…, qué quieres?

—Será mejor que te sientes.

Jon obedeció.

—Sí. Gracias.

Se sentó en la cama, inseguro. Tenía los ojos azules abiertos de par en par. Se apartó el pelo de la cara y dedicó una leve sonrisa a Ryan.

—¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro bien.

Ryan acercó una silla y se sentó frente a él. Cruzó las piernas y se apoyó en el respaldo. Examinó al muchacho durante un largo rato. Ninguno de los dos habló.

—Grant dice que has sufrido un pequeño ataque —empezó Ryan.

Jon asintió con la cabeza.

—¿Ha terminado ya?

—¡Oh, sí! ¿Cómo va la nave temporal?

—Muy bien.

—Prometiste que me dejarías verla cuando estuviera terminada.

—Y la verás. Cuando esté completamente terminada.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto. Dentro de unos días.

—Tengo muchas ganas de verla. He estado pensando en ello, imaginando que viajaba en el tiempo. Sería posible volver a Grecia. Sería posible ver a Pericles, a Jenofonte y a… Epicteto. Sería posible volver a Egipto y charlar con Akenatón. —Sonrió—. Me muero de ganas.

Ryan se removió en su silla.

—Jon, ¿estás seguro de que te encuentras en condiciones de salir? Tal vez…

—¿Si me encuentro en condiciones? ¿Qué quieres decir?

—Tus ataques. ¿De verdad crees que puedes salir? ¿Te sientes con fuerzas?

El rostro de Jon se nubló.

—En realidad, no son ataques. Me gustaría que no los llamaras ataques.

—¿No son ataques? Entonces, ¿qué son?

—Yo… —titubeó Jon—. Será mejor que no te lo diga, Ryan. No lo entenderías.

Ryan se puso en pie.

—Muy bien, Jon. Si piensas que no vale la pena hablar conmigo, volveré al laboratorio. —Se dirigió hacia la puerta—. Es una pena que no puedas ver la nave. Te encantaría.

Jon le siguió, quejumbroso.

—¿No podré verla?

—Tal vez si supiera algo más de tus…, tus ataques, podría decidir si estás en condiciones de salir.

El rostro de Jon tembló por un momento. Ryan le observó con atención. Podía ver los pensamientos que cruzaban la mente de Jon escritos en sus facciones. Se debatía en una lucha interna.

—¿Quieres decírmelo?

Jon respiró hondo.

—Son visiones.

—¿Cómo?

—Son visiones. —El rostro de Jon brillaba de animación—. Lo sé desde hace mucho tiempo. Grant dice que no, pero yo sé que sí. Si las vieras, tú también lo sabrías. No se parecen a nada. Son más reales que, bueno, esto. —Golpeó la pared—. Mucho más reales.

Ryan encendió un cigarrillo con parsimonia.

—Sigue.

—¡Más reales que cualquier otra cosa! —estalló Jon—. Es como mirar por una ventana. Una ventana abierta a otro mundo. Un mundo real. Mucho más real que este. Lo reduce a un mundo envuelto en sombras. Sombras apenas perceptibles. Formas. Imágenes.

—¿Sombras de una realidad?

—¡Sí! Exacto. El mundo que hay detrás de todo esto. —Jon paseaba arriba y abajo, excitado—. Todo esto. Lo que vemos. Edificios. El cielo. Las ciudades. La ceniza interminable. Nada es del todo real, sino oscuro y vago. No lo percibo igual que el otro. Cada vez se me antoja menos real. El otro se está expandiendo, Ryan; se hace más y más vívido. Grant dijo que era cosa de mi imaginación, pero no lo es. Es real. Más real que los objetos de esta habitación.

—En ese caso, ¿por qué no lo vemos los demás?

—No lo sé. ¡Ojalá pudierais! Deberías verlo, Ryan. Es hermoso. Una vez acostumbrado, te gustaría. Cuesta un poco adaptarse.

Ryan reflexionó unos segundos.

—Escucha —dijo por fin—, quiero saber exactamente qué ves. ¿Siempre ves lo mismo?

—Sí, siempre lo mismo, pero con mayor intensidad.

—¿Qué es? ¿Qué es eso tan real que ves?

Jon no contestó. Parecía absorto en sus pensamientos. Ryan contempló a su hijo mientras esperaba. ¿Qué pasaba por su mente? ¿Qué estaba pensando? Los ojos del muchacho se cerraron de nuevo. Se estrujó las manos hasta que los dedos perdieron el color. Se había marchado de nuevo a su mundo particular.

—Sigue —dijo Ryan en voz alta.

Así que el chico tenía *visiones*. Visiones de una realidad extrema. Como en la Edad Media. Su propio hijo. ¡Qué irónico! Justo cuando parecía que habían desterrado del hombre esa tendencia, su eterna incapacidad de enfrentarse a la realidad. El sueño eterno. ¿La ciencia no podría realizar jamás su ideal? ¿El hombre preferiría siempre la ilusión a la realidad?

Su propio hijo. Regresión. Mil años perdidos. Fantasmas, dioses, demonios y el secreto mundo interior. El mundo de la realidad extrema. Todas las fábulas, ficciones y metafísicas que el hombre había utilizado durante siglos para sublimar su miedo, su terror al mundo. Todos los sueños que había puesto en pie para esconder la verdad, el crudo mundo de la realidad. Mitos, religiones, cuentos de hadas. Un mundo mejor, sin mácula. El paraíso. Todo volvía, todo reaparecía, y en su propio hijo.

—Sigue —repitió Ryan, impaciente—. ¿Qué ves?

—Veo campos —dijo Jon—. Campos amarillos, tan brillantes como el sol. Campos y parques. Parques inmensos. Verde mezclado con amarillo. Senderos para que la gente pasee.

—¿Qué más?

—Hombres y mujeres. Con túnicas. Caminan por los senderos, entre los árboles. El aire es fresco y agradable. El cielo, de un azul radiante. Pájaros. Animales. Los animales deambulan por los parques. Mariposas. Océanos. Océanos tranquilos y de aguas claras.

—¿No hay ciudades?

—No son como nuestras ciudades. No son iguales. La gente vive en los parques. Pequeñas casas de madera esparcidas entre los árboles.

—¿Carreteras?

—Solo senderos. Ni naves ni nada. Solo se camina.

—¿Qué más ves?

—Eso es todo. —Jon abrió los ojos. Se había ruborizado. Sus ojos centelleaban y bailaban—. Eso es todo, Ryan. Parques y campos amarillos. Hombres y mujeres con túnicas. Y muchos animales. Los maravillosos animales.

—¿Cómo viven?

—¿Qué?

—¿Cómo vive la gente? ¿Qué los mantiene vivos?

—Cultivan cosas. En los campos.

—¿Eso es todo? ¿No tienen fábricas?

—Creo que no.

—Una sociedad agraria. Primitiva. —Ryan frunció el entrecejo—. Ni negocios ni comercio.

—Trabajan en los campos. Y hablan de cosas.

—¿Los oyes?

—Muy débilmente. A veces, los oigo un poco si me esfuerzo en escuchar. De todos modos, no descifro ninguna palabra.

—¿De qué hablan?

—De cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Jon hizo un gesto vago.

—Grandes cosas. El mundo. El universo.

Se quedaron en silencio. Ryan gruñó. No dijo nada. Por fin, apartó el cigarrillo.

—Jon…

—¿Sí?

—¿Crees que lo que ves es real?

—Sé que es real —sonrió Jon.

—¿Qué significa *real*? —preguntó Ryan, clavando la vista en su hijo—. ¿En qué sentido es real ese mundo del que hablas?

—Existe.

—¿Dónde existe?

—No lo sé.

—¿Aquí? ¿Existe aquí?

—No, aquí no.

—¿En otro lugar? ¿Muy lejos? ¿En otra parte del universo de la que no tenemos conocimiento?

—En otra parte del universo, no. No tiene nada que ver con el espacio. Está aquí. —Jon agitó la mano en torno a él—. Muy cerca. Está muy cerca. Lo veo a mi alrededor.

—¿Lo ves ahora?

—No. Va y viene.

—¿Deja de existir? ¿Solo existe en ocasiones?

—No, siempre está presente, pero no siempre puedo entrar en contacto con él.

—¿Cómo sabes que siempre está presente?

—Lo sé.

—¿Por qué no puedo verlo yo? ¿Por qué eres el único que puede verlo?

—No lo sé. —Jon se frotó la frente, cansado—. No sé por qué soy el único que puede verlo. ¡Ojalá pudieras verlo! ¡Ojalá lo viera todo el mundo!

—¿Cómo puedes demostrar que no es una alucinación? Careces de una prueba válida. Cuentas solo con tus sentidos, con tu estado de conciencia. ¿Cómo podría presentarse eso para un análisis empírico?

—Tal vez no sea posible. No lo sé ni me importa. No quiero presentarlo para un análisis empírico.

Se hizo el silencio. El rostro de Jon estaba tenso y sombrío, y apretaba la mandíbula. Ryan suspiró. Un callejón sin salida.

—Muy bien, Jon. —Se dirigió con lentitud hacia la puerta—. Hasta luego.

Jon no dijo nada.

Ryan se detuvo ante la puerta y se volvió.

—Dices que tus visiones se están intensificando, ¿verdad? Cada vez, más vívidas.

Jon asintió.

Ryan reflexionó unos instantes. Por fin, levantó la mano. La puerta se apartó para dejar que saliera al pasillo.

Grant fue a su encuentro.

—Estuve mirando por el espejo. Se ha encerrado mucho en sí mismo, ¿eh?

—Resulta difícil hablar con él. Parece creer que esos ataques son una especie de visiones.

—Lo sé. Me lo dijo.

—¿Por qué no me lo comunicó?

—No quería alarmarle más. Sé que está muy preocupado por él.

—Los ataques van de mal en peor. Dice que las visiones son más vívidas. Más convincentes.

Grant afirmó con la cabeza.

Ryan, absorto en sus pensamientos, avanzó por el pasillo, seguido de Grant.

—Es difícil inclinarse por la línea de conducta más acertada. Los ataques le absorben cada vez más. Empieza a tomárselos en serio. Están usurpando el puesto del mundo exterior. Y además…

—Y, además, usted no tardará en marcharse.

—¡Ojalá conociéramos más a fondo los viajes por el tiempo! Nos puede pasar de todo. —Ryan se acarició la mandíbula—. Quizá no volvamos. El tiempo es una fuerza poderosa. No se han llevado a cabo auténticas exploraciones. Ignoramos por completo en qué nos estamos metiendo.

Llegó al ascensor y se detuvo.

—Tendré que tomar una decisión ahora mismo. Debo hacerlo antes de marcharme.

—¿Una decisión?

Ryan entró en el ascensor.

—Ya le informaré más tarde. Vigile a Jon constantemente de ahora en adelante. No se aleje de él ni un momento. ¿Entiende?

Grant asintió.

—Entiendo. Quiere asegurarse de que no salga de su habitación.

—Le llamaré esta noche o mañana.

Ryan subió al tejado y entró en su nave interurbana. Ya en pleno vuelo, conectó la pantalla y tecleó el número de las oficinas de la Liga. Apareció el rostro del monitor de la Liga.

—Oficinas.

—Póngame con el centro médico.

El monitor desapareció. Al cabo de unos momentos se materializó en la pantalla Walter Timmer, el director médico. Sus ojos destellaron cuando reconoció a Ryan.

—¿En qué puedo serte útil, Caleb?

—Quiero que tomes una ambulancia y a varios hombres preparados, y vengas a Ciudad Cuatro.

—¿Por qué?

—Te comenté el asunto hace varios meses. Supongo que lo recordarás.

La expresión de Timmer se alteró.

—¿Tu hijo?

—He tomado la decisión. No puedo esperar más. Está empeorando, y pronto emprenderemos el viaje temporal. Quiero que se haga antes de que yo me marche.

—Muy bien. —Timmer garrapateó una nota—. Haremos los preparativos de inmediato, y enviaremos una nave para recogerle.

Ryan titubeó.

—¿Harán un buen trabajo?

—Por supuesto. James Pryor llevará a cabo la operación. —Timmer alargó la mano para desconectar la pantalla—. No te preocupes, Caleb. Hará un buen trabajo. Pryor es el mejor lobotomista del centro.

I

Ryan extendió el plano sobre la mesa y alisó los bordes.

—Es un plano temporal, ejecutado en forma de proyección espacial. De esta manera, veremos adónde vamos.

Kastner miró por encima del hombro de Ryan.

—¿Deberemos ceñirnos al proyecto, apoderarnos de los documentos de Schonerman…, o podremos explorar un poco?

—Solo se prevé el proyecto, pero a fin de asegurarnos del éxito tendremos que detenernos varias veces en este lado del continuo de Schonerman. Es posible que nuestro mapa temporal sea insuficiente, o que el propio impulso nos desvíe un poco.

El trabajo había concluido. Las últimas secciones se habían ajustado.

Jon se hallaba sentado en una esquina de la habitación, contemplándolo todo con semblante inexpresivo. Ryan le miró.

—¿Qué te parece?

—Estupendo.

La nave temporal parecía un insecto achaparrado, cubierto de verrugas y protuberancias. Una caja cuadrada con ventanas e innumerables torretas. Nada que recordara a una nave.

—Adivino que te gustaría venir —dijo Kastner—. ¿Estoy en lo cierto?

Jon asintió levemente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ryan.

—Muy bien.

Ryan examinó a su hijo. El chico había recobrado su color y casi toda su vitalidad anterior. Las visiones, por supuesto, ya no existían.

—Quizá puedas venir la próxima vez —dijo Kastner.

Ryan concentró de nuevo su atención en el plano.

—Schonerman realizó la mayor parte de sus investigaciones entre dos mil treinta y dos mil treinta y siete. Los resultados no fueron puestos en práctica hasta varios años más tarde. Solo se tomó la decisión de utilizar sus experimentos después de largas consideraciones. Los gobiernos estaban enterados de los peligros que existían.

—Pero no lo suficiente.

—No. —Ryan vaciló—. Y es posible que nosotros nos encontremos en la misma situación.

—¿Qué quieres decir?

—El descubrimiento del cerebro artificial efectuado por Schonerman se perdió cuando la última garra fue destruida. Nadie ha sido capaz de seguir sus pasos. Si recobramos sus apuntes, tal vez pongamos a la sociedad en peligro. Tal vez resucitemos a las garras.

Kastner negó con la cabeza.

—No. La obra de Schonerman no estaba directamente relacionada con las garras. El desarrollo de un cerebro artificial no implica un uso mortífero. Cualquier descubrimiento científico puede ser utilizado para destruir. Hasta la rueda fue empleada en los carros de guerra asirios.

—Me lo imaginaba. —Ryan miró a Kastner—. ¿Estás seguro de que la AISU no desea utilizar el trabajo de Schonerman para fines militares?

—La AISU no es un gobierno, sino un monopolio industrial.

—Les proporcionaría ventajas muy duraderas.

—La AISU ya es bastante poderosa.

—Dejémoslo. —Ryan enrolló el plano—. Podemos empezar cuando queramos. Tengo ganas de marcharme. Hemos trabajado en esto durante mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo.

Ryan se acercó a su hijo.

—Nos vamos, Jon. Volveremos pronto. Deséanos suerte.

—Mucha suerte.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Jon, ahora te encuentras mejor, ¿verdad? ¿Mejor que antes?

—Sí.

—¿No estás contento de haber dejado atrás todos aquellos problemas?

—Sí.

Ryan, vacilante, apoyó la mano sobre el hombro de su hijo.

—Hasta pronto.

Ryan y Kastner subieron por la rampa hasta la escotilla de la nave temporal. Desde la esquina, Jon les contempló en silencio. Algunos guardias de la Liga remoloneaban en la entrada del laboratorio, observando los preparativos con escaso interés.

Ryan se detuvo ante la escotilla y llamó a un guardia.

—Vaya a buscar a Timmer.

El guardia se dispuso a cumplir la orden.

—¿Qué sucede? —preguntó Kastner.

—Quiero darle unas últimas instrucciones.

Kastner le miró con suspicacia.

—¿Últimas? ¿Qué pasa? ¿Crees que nos va a ocurrir algo?

—No. Simple precaución.

Timmer llegó corriendo.

—¿Te vas, Ryan?

—Todo está a punto. Nada nos lo impide.

Timmer ascendió por la rampa.

—¿Qué quieres?

—Quizá sea innecesario, pero siempre existe la posibilidad de que algo vaya mal. En caso de que la nave no reaparezca en la fecha que he acordado con los miembros de la Liga…

—Quieres que me ocupe de Jon.

—Exacto.

—No te preocupes.

—Lo sé, pero ahora me siento más tranquilo. Alguien tendrá que cuidar de él.

Ambos desviaron la mirada hacia el muchacho silencioso e inexpresivo que estaba sentado en una esquina del laboratorio. Jon tenía la vista clavada en el frente, el rostro

vago, los ojos carentes de brillo. La vida le había abandonado.

—Buena suerte —les deseó Timmer. Ryan y él se estrecharon las manos—. Espero que todo vaya bien.

Kastner se introdujo en la nave y dejó en el suelo el maletín. Ryan le siguió, cerró y aseguró la escotilla. Cerró herméticamente el pestillo interior. Se encendió una batería de luces automáticas. La atmósfera adaptada empezó a invadir la cabina.

—Aire, luz, calor —dijo Kastner. Miró por la portilla a los guardias de la Liga—. Cuesta creerlo. Dentro de unos minutos todo esto desaparecerá. Este edificio, los guardias, todo.

Ryan tomó asiento ante el tablero de control y desplegó el plano temporal. Lo sujetó, cruzando la superficie con los extremos de los cables conectados al tablero.

—Tengo la intención de efectuar varias paradas de observación durante el trayecto, a fin de examinar algunos acontecimientos del pasado relacionados con nuestro trabajo.

—¿La guerra?

—Sobre todo. Me interesa ver a las garras en acción. En un tiempo, controlaron por completo la Tierra, según indican los archivos del Ministerio de la Guerra.

—No nos acerquemos demasiado, Ryan.

—No tomaremos tierra —rio Ryan—. Efectuaremos nuestras observaciones desde el aire. El único contacto directo será con Schonerman.

Ryan cerró el circuito de potencia. La energía fluyó por toda la nave y alimentó los medidores e indicadores del tablero de control. Las agujas saltaron indicando la carga.

—Hemos de fijarnos especialmente en nuestra energía máxima —explicó Ryan—. Si sobrepasamos la carga ideal de ergios temporales, la nave no podrá abandonar el flujo temporal. Seguiremos retrocediendo al pasado sin cesar, acumulando una carga cada vez mayor.

—Una enorme bomba.

—Exacto. —Ryan ajustó los controles. Las lecturas de medición cambiaron—. Allá vamos. Cógete fuerte.

Soltó los controles. La nave se estremeció al polarizarse y se deslizó en el flujo temporal. Los estabilizadores y las protuberancias cambiaron de posición, ajustados a la tensión. Los relés se cerraron para oponer resistencia a la corriente que fluía en torno a ellos.

—Es como el océano —murmuró Ryan—. La energía más potente del universo. La gran dinámica que impulsa todo movimiento. El Motor Primordial.

—Tal vez en otros tiempos se pensaba en Dios de esta manera.

Ryan asintió. La nave vibraba a su alrededor. Una mano gigantesca los aferraba, un puño inmenso que se iba cerrando en silencio. Se movían. Los hombres y los edificios que se divisaban tras la portilla empezaban a oscilar; dejaban de existir a medida que la nave abandonaba la fase del presente internándose más y más en el flujo temporal.

—No durará mucho —murmuró Ryan.

De repente, la escena se desvaneció. Ya no había nada. Nada a sus espaldas.

—No estamos en fase con objetos espacio-temporales —explicó Ryan—. Hemos desaparecido del universo. En este momento, existimos en el no-tiempo. No hay continuo en el que proceder.

—Confío en que podamos regresar. —Kastner, nervioso, clavaba la vista en la portilla—. Me siento como el primer hombre que bajó en un submarino.

—Eso fue durante la guerra de la independencia. El piloto hacía girar una manivela que impulsaba el submarino. El otro extremo de la manivela era una hélice.

—¿Llegó muy lejos?

—No. Se deslizó bajo una fragata inglesa y abrió un agujero en el casco de la fragata.

Kastner echó una ojeada al casco de la nave, que vibraba y resonaba a causa de la presión.

—¿Qué ocurriría si se produjera una brecha en la nave?

—Nos desintegraríamos; nos disolveríamos en el flujo que nos rodea. —Ryan encendió un cigarrillo—. Pasaríamos a formar parte del flujo temporal. Nos moveríamos adelante y atrás eternamente, de un extremo a otro del universo.

—¿Extremo?

—El tiempo tiene un final. El tiempo fluye en ambas direcciones. Ahora estamos retrocediendo, pero la energía ha de moverse en ambos sentidos a fin de conservar el equilibrio. De lo contrario, se concentraría una enorme cantidad de ergios temporales en un continuo concreto, y el resultado sería catastrófico.

—¿Crees que todo ello responde a algún propósito? Me pregunto cuál fue el origen del flujo temporal.

—Tu pregunta carece de sentido. Las cuestiones de finalidad o propósito no tienen validez objetiva. No pueden ser reducidas a ninguna forma de investigación empírica.

Kastner se sumió en el silencio. Se tiraba de la manga con nerviosismo, sin dejar de mirar por la portilla.

Los cables se movían sobre el mapa temporal, trazando una línea desde el presente hasta el pasado. Ryan examinó el movimiento de los cables.

—Estamos llegando a la etapa final de la guerra. Voy a modificar la fase de la nave para sacarla del flujo temporal.

—¿Volveremos al universo?

—Entre objetos. En un continuo concreto.

Ryan aferró el interruptor de energía y respiró profundamente. La nave había superado la primera prueba importante. Habían penetrado en el flujo temporal sin el menor problema. ¿Podrían salir con la misma facilidad? Accionó el interruptor.

La nave saltó. Kastner se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared. Un cielo gris se retorció y osciló al otro lado de la portilla. Una vez producidos los ajustes, la nave se estabilizó. La Tierra giraba bajo sus pies mientras la nave recobraba el equilibrio.

Kastner corrió hacia la portilla para echar un vistazo. Volaban a unas decenas de metros de la superficie, paralelos al suelo. La ceniza gris se extendía en todas direcciones, interrumpida a intervalos por montones de escoria. Ruinas de ciudades, edificios, muros. Restos de material militar. Nubes de ceniza flotaban en el cielo oscureciendo el sol.

—¿Todavía sigue la guerra? —preguntó Kastner.

—La Tierra continúa en poder de las garras. Podremos verlas.

Ryan elevó la nave temporal para ampliar el campo visual. Kastner examinó el terreno.

—¿Qué pasará si disparan contra nosotros?

—Huiremos al flujo temporal.

—Podrían capturar la nave y utilizarla para viajar al presente.

—Lo dudo. En esta fase de la guerra, las garras estaban muy ocupadas luchando entre ellas.

A su derecha corría una carretera tortuosa, que desaparecía en la ceniza y reaparecía poco después. Cráteres abiertos por las bombas la cortaban en algunos puntos. Algo se acercaba lentamente.

—Allí —señaló Kastner—, en la carretera. Una especie de columna.

Ryan maniobró la nave. Los dos escudriñaron la carretera. Una columna de color pardo oscuro desfilaba con determinación. Hombres, una columna de hombres que avanzaban en silencio por la llanura de ceniza.

—¡Son idénticos! —dijo Kastner con voz entrecortada—. ¡Todos son iguales!

Estaban viendo una columna de garras. Los robots, como soldaditos de plomo, avanzaban a través de la ceniza gris. Ryan contuvo el aliento. Esperaba presenciar un espectáculo parecido, por supuesto. Solo había cuatro tipos de garras. Los que entonces contemplaba habían salido de la misma fábrica subterránea, del mismo molde. Cincuenta o sesenta robots, réplicas de hombres jóvenes, desfilaban tranquilamente. Andaban muy despacio. Solo tenían una pierna.

—Habrán luchado entre ellos —murmuró Kastner.

—No. Este tipo era así. El Soldado Herido. Se construyeron para engañar a los centinelas e infiltrarse en los búnkers.

La visión de aquella silenciosa columna de hombres idénticos era abominable. Cada soldado se apoyaba en una muleta. Hasta estas eran idénticas. Kastner sintió náuseas, asqueado.

—Desagradable, ¿verdad? —dijo Ryan—. Menos mal que la raza humana huyó a la Luna.

—¿Los robots no salieron en su persecución?

—Unos cuantos, pero para entonces ya habíamos identificado a los cuatro tipos y los esperábamos. —Ryan aferró la palanca de potencia—. Sigamos.

—Espera. —Kastner levantó la mano—. Va a ocurrir algo.

Un grupo de figuras descendía rápidamente por la ladera de una colina, a la derecha de la carretera. Ryan soltó el interruptor y aguardó. Las figuras eran idénticas. Mujeres. Mujeres uniformadas, calzadas con botas, que avanzaban con sigilo hacia la columna que desfilaba por la carretera.

—Otra variedad —comentó Kastner.

De pronto, la columna de soldados se detuvo. Se dispersaron en todas direcciones. Algunos tropezaron y, soltando las muletas, cayeron. Las mujeres irrumpieron en la carretera. Eran esbeltas y jóvenes, de cabello y ojos oscuros. Un soldado herido abrió fuego. Una mujer rebuscó en su cinturón y lanzó algo.

—Qué… —musitó Kastner.

Se produjo un súbito fogonazo. Una nube de luz blanca surgió del centro de la carretera y se expandió en todas direcciones.

—Una especie de granada —dijo Ryan.

—Será mejor que nos larguemos de aquí.

Ryan tiró de la palanca. La escena empezó a oscilar. Se desvaneció de repente.

—¡Gracias a Dios que ha terminado! —suspiró Kastner—. De modo que así era la guerra.

—La segunda parte. La más larga. Garra contra garra. Menos mal que se pusieron a pelear entre sí. Menos mal para nosotros, claro.

—¿Adónde vamos ahora?

—Haremos otra parada de observación en los primeros tiempos de la guerra. Antes de que comenzaran a utilizarse las garras.

—¿Y después Schonerman?

Ryan apretó la mandíbula.

—Exacto. Una parada más, y después Schonerman.

Ryan ajustó los controles. Las agujas indicadoras se movieron con rapidez. Los cables trazaron un camino sobre el plano.

—No falta mucho —murmuró Ryan, que aferró la palanca y dispuso los relés—. Esta vez procederemos con más cuidado. Habrá más actividad bélica.

—Tal vez ni siquiera deberíamos…

—Quiero verlo. Era el hombre contra el hombre. La Región Soviética contra las Naciones Unidas. Tengo curiosidad por ver cómo era.

—¿Y si nos descubren?

—Nos iremos a toda máquina.

Kastner no dijo nada. Ryan manipuló los controles. Pasó el tiempo. La brasa del cigarrillo de Ryan quemó el borde del tablero. Por fin, se incorporó.

—Allá vamos. Prepárate. —Giró el conmutador.

Bajo sus pies se extendían llanuras verdes y marrones, salpicadas de cráteres abiertos por las bombas. Dejaron atrás una ciudad. Estaba ardiendo. Altas columnas de humo se elevaban hacia el cielo. En las carreteras se movían puntos negros; eran vehículos y gente que huía.

—Un bombardeo —dijo Kastner—. Reciente.

La ciudad desapareció y se encontraron sobre campo abierto. Camiones militares pasaban a toda velocidad. La mayor parte de la tierra se veía intacta. Algunos granjeros seguían trabajando en los campos. Se tiraron al suelo cuando la nave temporal pasó sobre ellos.

Ryan escudriñó el cielo.

—Atención.

—¿Un vehículo aéreo?

—No estoy seguro de dónde estamos. Desconozco el emplazamiento de ambos bandos. Tanto podríamos estar en territorio de las Naciones Unidas como de los soviéticos. —Ryan asió con fuerza la palanca.

Aparecieron dos puntos en el cielo azul. Fueron aumentando de tamaño. Ryan los observó con suma atención. Kastner, detrás de él, emitió un gruñido nervioso.

—Ryan, será mejor…

Los puntos se separaron. La mano de Ryan se cerró sobre la palanca de potencia. La cerró. Los puntos pasaron de largo mientras la escena se desvanecía. Después, solo vieron una cortina gris en el exterior.

En sus oídos todavía resonaba el rugido de los aviones.

—Por poco —dijo Kastner.

—Sí. No perdieron el tiempo.

—Espero que no desees parar más.

—No. Se acabaron las paradas de observación. Dediquémonos al proyecto. Nos encontramos cerca de la franja temporal de Schonerman. Empezaré a disminuir la velocidad de la nave. Será un momento crítico.

—¿Crítico?

—Localizar a Schonerman traerá problemas. Hemos de acertar en su continuo con toda exactitud, tanto en el tiempo como en el espacio. Es posible que esté custodiado. En cualquier caso, no nos concederán mucho tiempo para explicar quiénes somos. —Ryan dio un pequeño golpe sobre el plano temporal—. Y siempre cabe la posibilidad de que la información del plano sea incorrecta.

—¿Cuánto falta para que entremos en fase con el continuo de Schonerman?

Ryan consultó su reloj.

—Unos cinco o diez minutos. Prepárate para salir de la nave. Haremos parte del camino a pie.

I

Era de noche. No se oía nada; reinaba un silencio total. Kastner aplicó el oído al casco de la nave.

—Nada.

—Yo tampoco oigo nada.

Ryan, con cuidado, desbloqueó la escotilla. La abrió, aferró con fuerza su pistola. Escrutó las tinieblas.

El aire era fresco y reconfortante. Olía a toda clase de cultivos. Árboles y flores. Respiró profundamente. No veía nada. La oscuridad lo invadía todo. A lo lejos, un grillo chirrió.

—¿Has oído eso? —preguntó Ryan.

—¿Qué ha sido?

—Un insecto.

Ryan bajó precavidamente. La tierra era blanda. Su vista empezaba a acostumbrarse a la oscuridad. Algunas estrellas titilaban en lo alto. Distinguió árboles, un bosque. Y detrás de los árboles, una verja alta.

Kastner le siguió.

—Y ahora, ¿qué?

—Baja la voz. —Ryan indicó la verja—. Tomaremos esa dirección. Parece un edificio.

Cruzaron el campo en dirección a la verja. Al llegar, Ryan apuntó su pistola, pero graduó la carga al mínimo. La verja se derrumbó al ser chamuscada y el alambre adquirió una tonalidad rojiza.

Ryan y Kastner pasaron por encima de la verja. Divisaron un lado del edificio; era de hierro y hormigón. Ryan se lo indicó a Kastner con un gesto de la cabeza.

—Tendremos que proceder con rapidez. Y sin hacer ruido.

Se acuclilló, tomó aliento y se puso a correr, seguido de Kastner. Atravesaron el terreno hasta llegar al edificio. Distinguieron una ventana frente a ellos, y luego una puerta. Ryan cargó con todo su peso sobre la puerta.

La puerta se abrió, y Ryan se precipitó en el interior, tambaleante. Vislumbró una serie de rostros estupefactos, hombres que se ponían en pie de un salto.

Ryan disparó y barrió la habitación con su pistola. Brotaron llamas por todas partes. Kastner disparó también desde atrás. Se movían formas entre el fuego, tenues siluetas que caían y rodaban.

Las llamas se apagaron. Ryan avanzó pasando por encima de restos carbonizados. Un barracón. Literas, fragmentos de una mesa. Una lámpara caída y una radio.

Ryan examinó a la luz de la lámpara un mapa de campaña sujeto a la pared con alfileres. Recorrió el plano con el dedo, enfrascado en sus pensamientos.

—¿Estamos lejos? —preguntó Kastner, de pie junto a la puerta y con la pistola preparada.

—No. A unos cuantos kilómetros.

—¿Cómo llegaremos a nuestro destino?

—En la nave temporal. Es más segura. Hemos tenido suerte. Podría haber estado al otro lado del mundo.

—¿Habrá muchos guardias?

—Te lo diré cuando lleguemos. —Ryan se acercó a la puerta—. Vamos. Tal vez alguien nos haya visto.

Kastner tomó unos cuantos periódicos de la mesa destrozada.

—Me los llevaré. Quizá nos sirvan de algo.

—Buena idea.

Ryan posó la nave en una hondonada que separaba dos colinas. Desplegó los periódicos y los examinó.

—Hemos llegado antes de lo que pensaba. Unos pocos meses, suponiendo que sean recientes. —Señaló el papel—. Aún no se ha vuelto amarillo. Debe ser de ayer o anteayer.

—¿Cuál es la fecha?

—Veintiuno de septiembre de dos mil treinta.

Kastner miró por la portilla.

—El sol saldrá pronto. El cielo empieza a aclarar.

—Tendremos que actuar con rapidez.

—Tengo algunas dudas. ¿Qué debo hacer?

—Schonerman vive en un pueblo que hay detrás de esta colina. Estamos en Estados Unidos. En Kansas. Esta zona se halla rodeada de tropas; un círculo de nidos de ametralladoras y trincheras cubiertas. Estamos en el interior del perímetro. En este continuo, prácticamente nadie conoce a Schonerman. Sus investigaciones no han sido publicadas. En este momento, trabaja en un amplio programa de investigación promovido por el gobierno.

—Por tanto, no goza de ninguna protección especial.

—Más tarde, cuando su trabajo caiga en manos del gobierno, le protegerán día y noche. Le encerrarán en un laboratorio subterráneo, sin dejarle subir a la superficie. Será el investigador más valioso del país. Pero ahora…

—¿Cómo le reconoceremos?

Ryan tendió a Kastner un puñado de fotografías.

—Este es Schonerman. Todas las fotografías que han llegado hasta nosotros.

Kastner examinó las fotos. Schonerman era un hombrecillo que utilizaba gafas de concha. Sonreía tímidamente a la cámara; un hombre delgado y nervioso, de frente prominente. Tenía las manos bonitas, los dedos largos y ahusados. En una fotografía estaba sentado ante un escritorio, con una pipa al lado, y se cubría el pecho con un jersey de lana sin mangas. En otra se encontraba sentado con las piernas cruzadas, tenía un gato atigrado sobre el regazo y una jarra de cerveza frente a él.

Era una antigua jarra alemana esmaltada con escenas de caza y letras góticas.

—Así que este es el hombre que inventó las garras, o llevó a cabo el trabajo de investigación.

—Este es el hombre que puso las bases para el primer cerebro artificial práctico.

—¿Sabía que iban a utilizar su trabajo para fabricar las garras?

—Al principio, no. Los informes señalan que Schonerman se enteró cuando soltaron la primera remesa de garras. Las Naciones Unidas estaban perdiendo la guerra. Los soviéticos llevaban ventaja debido a sus ataques por sorpresa. Las garras fueron saludadas como un éxito del desarrollo occidental. Durante un tiempo pareció que iban a inclinar la balanza de la guerra.

—Y después…

—Y después, las garras empezaron a fabricar sus propias variedades y a atacar por igual a soviéticos y occidentales. Los únicos humanos que sobrevivieron fueron los que se encontraban en la base de las Naciones Unidas situada en la Luna. Unas escasas docenas de millones.

—Menos mal que las garras empezaron a luchar entre sí.

—Schonerman fue testigo del pleno desarrollo de su obra hasta las últimas fases. Dicen que vivía amargado.

Kastner le devolvió las fotos.

—¿Y dices que no se halla bajo vigilancia especial?

—En este continuo, no. Como cualquier otro investigador. Es joven. En este continuo, solo tiene veinticinco años. No lo olvides.

—¿Dónde le encontraremos?

—El proyecto gubernamental tiene su sede en lo que antes era una escuela. La mayor parte del trabajo se realiza en la superficie. Aún no se han construido los grandes enclaves subterráneos. Los investigadores viven en unos barracones, a medio kilómetro de los laboratorios. —Ryan consultó su reloj—. Lo mejor será echarle el guante cuando empiece a trabajar en su mesa del laboratorio.

—¿No lo haremos en los barracones?

—Todos sus documentos los guarda en el laboratorio. El gobierno no permite que salga ningún escrito. Todos los trabajadores son registrados cuando se marchan. —Ryan tocó su chaqueta con cautela—. Hemos de ir con cuidado. Schonerman no debe sufrir el menor daño. Solo queremos sus papeles.

—¿No emplearemos nuestros desintegradores?

—No. No podemos correr el riesgo de herirle.

—¿Estás seguro de que guarda los papeles en su mesa de trabajo?

—Tiene prohibido tajantemente sacarlos. Sabemos con exactitud dónde encontrar lo que queremos. Los papeles solo pueden estar en un sitio.

—Sus medidas de seguridad obran en nuestro favor.

—Exactamente —murmuró Ryan.

I

Ryan y Kastner se deslizaron colina abajo, corriendo entre los árboles. La tierra era dura y fría. Desembocaron en la periferia de la ciudad. Las escasas personas que ya estaban levantadas caminaban con parsimonia por la calle. La ciudad no había sufrido bombardeos. No se percibían daños de ningún tipo. Todavía. Las ventanas de las tiendas estaban protegidas con tablas, y enormes flechas indicaban los refugios subterráneos.

—¿Qué llevan puesto? —preguntó Kastner—. Hay gente que lleva algo en la cara.

—Máscaras antibacterias. Vamos.

Ryan aferró la pistola desintegradora. Ambos siguieron adelante. Nadie les prestó atención.

—Dos personas uniformadas más —dijo Kastner.

—Nuestra baza principal es la sorpresa. Nos hemos infiltrado en su muralla defensiva. Patrullas aéreas vigilan la aparición de naves soviéticas. Ningún agente soviético puede ser lanzado en paracaídas. En cualquier caso, este laboratorio de investigación es de poca importancia, y está en el centro de Estados Unidos. Los agentes soviéticos no tienen motivos para venir aquí.

—Pero habrá guardias.

—Todo está custodiado. Todo tipo de instalaciones científicas y laboratorios de investigación.

La escuela se alzaba frente a ellos. Algunos hombres se acercaban a la puerta. El corazón de Ryan se aceleró. ¿Sería Schonerman uno de ellos?

Los hombres fueron entrando uno a uno. Un guardia con casco y uniforme verificaba sus placas. Algunos llevaban máscaras antibacterias y solo se veían sus ojos. ¿Reconocería a Schonerman? ¿Y si llevaba máscara? El miedo atenazó a Ryan de repente. Si Schonerman llevaba máscara, no se distinguiría de los demás.

Ryan sacó su pistola e indicó con un gesto a Kastner que le imitara. Sus dedos se crisparon sobre el forro del bolsillo de la chaqueta. Cristales de gas adormecedor. Nadie estaba inmunizado todavía contra el gas adormecedor. No se había descubierto hasta un año después. El gas sumiría a la gente

situada dentro de un perímetro de varias decenas de metros en diferentes fases de sueño. Era una arma impredecible y engañosa…, pero perfecta para esa situación.

—Estoy dispuesto —murmuró Kastner.

—Aún no. Hemos de esperarlo a él.

Aguardaron. El sol se elevó y empezó a caldear la tierra. Aparecieron más investigadores; subían por el sendero hasta entrar en el edificio. Echaban nubes de vapor por la boca y se frotaban las manos. Ryan empezó a ponerse nervioso. Un guardia tenía la vista fija en Kastner y en él. Si despertaban sospechas…

Un hombrecillo cubierto con un grueso abrigo y provisto de gafas de concha trotaba por el sendero en dirección al edificio.

Ryan se puso en tensión. ¡Schonerman! Schonerman mostró su placa al guardia. Entró en el edificio como una exhalación y se despojó de sus mitones. Sucedió en un segundo. Un joven nervioso que se dirigía a trabajar, a concentrarse en sus papeles.

—¡Vamos! —dijo Ryan.

Kastner y él avanzaron. Ryan extrajo los cristales del forro del bolsillo. Los notó duros y fríos en la mano. Como diamantes. El guardia observó sus movimientos; tenía el fusil

dispuesto y el rostro impenetrable. Los estaba examinando. Nunca los había visto. Ryan, al mirar a la cara del guardia, leyó sus pensamientos sin la menor dificultad.

Ryan y Kastner se detuvieron con tranquilidad.

—Identifíquense.

El guardia no se movió.

—Aquí tiene nuestras credenciales —dijo Ryan.

Sacó la mano del bolsillo de la chaqueta y trituró los cristales.

Los músculos del guardia se relajaron, igual que su rostro, y cayó al suelo como un saco. El gas se esparció. Kastner atravesó el umbral y miró a su alrededor; los ojos le brillaban de excitación.

El edificio no era muy grande. Había mesas y material de laboratorio por todas partes. Los trabajadores estaban tendidos como bultos informes en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos y la boca abierta.

—¡De prisa!

Ryan adelantó a Kastner y atravesó corriendo el laboratorio. Schonerman se había derrumbado sobre su mesa de trabajo, en el extremo más alejado de la habitación.

Su cabeza descansaba sobre la superficie metálica. Se le habían caído las gafas. Tenía los ojos abiertos. Sus papeles estaban fuera del cajón. El candado y la llave seguían sobre la mesa. Sujetaba los papeles con las manos, unidas bajo la cabeza.

Kastner se precipitó hacia Schonerman y le arrebató los papeles, que guardó en el maletín.

—¡Cógelos todos!

—Ya está. —Kastner abrió el cajón y tomó los documentos que quedaban—. No falta ni uno.

—Vámonos. El gas no tardará en disiparse. —Corrieron hacia la entrada. Algunos trabajadores estaban tendidos ante la puerta.

—¡De prisa!

Huyeron por la única calle de la ciudad. La gente los miraba con asombro. Kastner jadeaba, falto de aliento, sin soltar el maletín.

—Me…, me ahogo.

—No te pares.

Rebasaron la periferia de la ciudad y se dirigieron hacia la colina. Ryan corría entre los árboles con el cuerpo echado

hacia adelante, sin mirar atrás. Algunos trabajadores empezaban a recobrar el sentido. Otros guardias se encaminaban hacia la zona. No tardarían mucho en dar la alarma.

Una sirena chilló a sus espaldas.

—Ya vienen.

Ryan se detuvo en lo alto de la colina para esperar a Kastner. La calle principal estaba atestada de hombres que surgían de los búnkers subterráneos. Aullaron más sirenas, con su lúgubre sonido.

—¡Abajo!

Ryan descendió corriendo la colina en dirección a la nave temporal, resbalando y patinando. Kastner, sin aliento, le seguía como podía. Los oficiales de los soldados que les perseguían no cesaban de gritar órdenes.

Ryan llegó a la nave. Agarró a Kastner y le empujó al interior.

—¡Cierra la escotilla! ¡Ciérrala!

Ryan se lanzó hacia el tablero de control. Kastner dejó caer el maletín y tiró de la escotilla. Un grupo de soldados apareció en la cumbre de la colina. Descendieron a toda velocidad y empezaron a disparar.

—¡Agáchate! —ladró Ryan. Las balas se estrellaron contra el casco de la nave—. ¡Agáchate!

Kastner disparó con la pistola desintegradora. Una oleada de llamas ascendió por la ladera hacia los soldados. La escotilla se cerró con un ruido ensordecedor. Kastner giró los pestillos y aseguró la cerradura interior.

—Preparado. Todo preparado.

Ryan movió la palanca de potencia. Afuera, los soldados supervivientes se debatían entre las llamas. Ryan vio sus rostros a través de la portilla, abrasados y chamuscados por la descarga.

Un hombre levantó el fusil con torpeza. La mayoría habían caído al suelo y pugnaban por incorporarse. Mientras la escena se desvanecía, vio que uno reptaba a cuatro patas. Sus ropas ardían. Salía humo de los brazos y los hombros. Su rostro se retorcía de dolor. Extendió la mano hacia la nave, hacia Ryan. Sus manos temblaban, y el cuerpo se le arqueaba.

Ryan, de súbito, se quedó petrificado.

Seguía mirando fijamente cuando la escena desapareció y no se vio nada. Nada en absoluto. Las agujas de lectura cambiaron. Los brazos se movieron lentamente sobre el plano, trazando líneas.

Ryan, en el último momento, había mirado la cara del hombre, la cara retorcida de dolor. Las facciones deformadas, contorsionadas. Había perdido las gafas de concha. Pero no había duda: era Schonerman.

Ryan se sentó y se mesó el cabello con una mano temblorosa.

—¿Estás seguro? —preguntó Kastner.

—Sí. Se habrá despertado enseguida. Afecta de manera diferente a cada persona. Y se hallaba en el extremo más alejado del laboratorio. Habrá salido en nuestra persecución.

—¿Estaba malherido?

—No lo sé.

Kastner abrió su maletín.

—En cualquier caso, aquí están los documentos.

Ryan asintió, sin apenas escucharle. Schonerman herido, abrasado; sus ropas ardiendo. No estaba previsto en el plan.

Pero, sobre todo, ¿era un hecho histórico?

Por primera vez empezaba a intuir las ramificaciones de lo que habían hecho. Su única preocupación se había centrado en apoderarse de los papeles de Schonerman, para que la

AISU pudiera hacer uso del cerebro artificial. El descubrimiento de Schonerman, bien empleado, sería de gran utilidad en la renovación de la destrozada Tierra. Ejércitos de robots-obreros recultivarían y reconstruirían. Un ejército mecánico que devolvería la fertilidad a la Tierra. Los robots harían en una generación lo que los humanos tardarían muchísimos años en conseguir. La Tierra renacería.

¿Habían introducido nuevos factores regresando al pasado? ¿Habían creado un nuevo pasado? ¿Habían alterado un determinado equilibrio?

Ryan se levantó y empezó a recorrer la cabina a grandes zancadas.

—¿Qué pasa? —inquirió Kastner—. Tenemos los documentos.

—Lo sé.

—La AISU estará contenta. La Liga recibirá toda la ayuda que necesite de ahora en adelante. Esto fortalecerá a la AISU definitivamente. Al fin y al cabo, fabricará los robots-obreros. El fin del trabajo humano. Máquinas que trabajen la tierra en lugar de hombres.

Ryan asintió con la cabeza.

—Fantástico.

—Entonces, ¿dónde está el fallo?

—Me preocupa nuestro continuo.

—¿Qué te preocupa, en concreto?

Ryan se acercó al cuadro de mandos y examinó el plano temporal. La nave volvía al presente. Los brazos trazaban el camino de regreso.

—Me preocupan los nuevos factores que hemos introducido en los continuos del pasado. En los informes no consta que Schonerman fuera herido. No consta este episodio. Tal vez haya puesto en marcha una cadena causal diferente.

—¿Como cuál?

—No lo sé, pero quiero averiguarlo. Vamos a detenernos ahora mismo para descubrir los nuevos factores que hemos introducido.

Ryan desvió la nave hacia el continuo inmediatamente posterior al incidente de Schonerman. Era a principios de octubre, apenas una semana después. Posó la nave en las tierras de un granjero, en las afueras de Des Moines, en Iowa, al anochecer. Una fría noche de otoño. Sintieron la tierra dura y quebradiza bajo sus pies.

Ryan y Kastner se internaron en la ciudad. Kastner aferraba con fuerza el maletín. Des Moines había sido bombardeada por los misiles teleguiados rusos. Casi todas las áreas industriales estaban destrozadas. En la ciudad solo quedaban soldados y trabajadores de la construcción. La población civil había sido evacuada.

Los animales vagaban por las calles desiertas, buscando comida. Por todas partes se veían cascotes y fragmentos de cristal. El frío y la desolación se habían adueñado de la ciudad. Las secuelas de los incendios causados por las bombas se hacían patentes en las calles. Los olores putrefactos de montones de basura se mezclaban con el de los cadáveres abandonados en los cruces y en los solares, e impregnaban el aire otoñal.

Ryan robó una revista de noticias, *Reseña Semanal*. Estaba húmeda y cubierta de moho. Kastner la ocultó en el maletín y regresaron a la nave temporal. Algunos soldados pasaron junto a ellos; sacaban armas y pertrechos de la ciudad. Nadie los detuvo.

Llegaron a la nave temporal, entraron y cerraron la escotilla. Los campos circundantes estaban desiertos. La granja se había quemado, y las cosechas estaban mustias y muertas. Los restos de un automóvil estaban abandonados a un lado del sendero. Un grupo de feos cerdos husmeaba las ruinas de la granja, buscando algo para comer.

Ryan se sentó y abrió la revista. La examinó durante largo rato, volviendo las páginas poco a poco.

—¿Algo interesante? —preguntó Kastner.

—Todo versa sobre la guerra. Se producen los primeros escarceos. Los rusos lanzan misiles teleguiados. Las discobombas norteamericanas bombardean Rusia.

—¿Alguna mención de Schonerman?

—No he visto ninguna. Ocurren demasiadas cosas a la vez.

Ryan siguió leyendo la revista. Por fin, en una de las últimas páginas, encontró lo que estaba buscando. Un pequeño artículo de un solo párrafo.

AGENTES SOVIÉTICOS SORPRENDIDOS

Un grupo de agentes soviéticos que intentaba destruir un centro de investigaciones gubernamental fue repelido por los centinelas y puesto en fuga a los pocos instantes. Los agentes escaparon, después de intentar burlar a los guardias y penetrar en las instalaciones del centro. Se hicieron pasar por agentes del FBI y trataron de penetrar cuando empezaba a trabajar el turno de la mañana. Los guardias los interceptaron y persiguieron. No se produjeron daños ni en los laboratorios ni en los aparatos. Dos guardias y un

trabajador resultaron muertos en el enfrentamiento. Los nombres de los guardias…

Ryan cerró la revista de un manotazo.

—¿Qué pasa? —se alarmó Kastner.

Ryan leyó el resto del artículo. Dejó la revista sobre la mesa y la empujó lentamente hacia Kastner.

—¿Qué pasa? —Kastner buscó la página.

—Schonerman murió en el tiroteo. Nosotros le matamos. Hemos alterado el pasado.

Ryan se levantó y se acercó a la portilla. Encendió un cigarrillo y recobró en parte la serenidad.

—Introdujimos nuevos factores y una línea nueva de acontecimientos. Es imposible saber dónde acabará.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que otra persona descubra el cerebro artificial. Es posible que el cambio se rectifique a sí mismo y el flujo temporal prosiga su curso normal.

—¿Cómo?

—No lo sé. Tal como están las cosas, nosotros le matamos y robamos sus documentos. Es imposible que el gobierno se

apodere de su trabajo. Ni siquiera sabrán que alguna vez existió, a menos que alguien lleve a cabo el mismo trabajo en la misma línea…

—¿Cómo lo sabremos?

—Tendremos que hacer más observaciones. Es la única manera de descubrirlo.

I

Ryan eligió el año 2051.

Las primeras garras habían aparecido en 2051. Los soviéticos estaban a punto de ganar la guerra. Las Naciones Unidas lanzaron las garras en un último y desesperado intento de cambiar el curso de la guerra.

Ryan posó la nave temporal en lo alto de una colina. Una llanura plana, sembrada de ruinas, alambradas y restos de armas se extendía a sus pies.

Kastner abrió la escotilla y salió al exterior con cautela.

—Ten cuidado —le advirtió Ryan—. No te olvides de las garras.

Kastner sacó su pistola desintegradora.

—No lo olvidaré.

—En este período todavía eran muy pequeñas, como de treinta centímetros de largo. Metálicas. Se escondían en la ceniza. Los tipos humanoides aún no existían.

El sol se alzaba en el cielo. Era casi mediodía. El aire era caliente y sofocante. Nubes de ceniza, empujadas por el viento, se desplazaban sobre la tierra.

Kastner se puso repentinamente en tensión.

—¡Mira! ¿Qué es eso? Se acerca por la carretera.

Un camión cargado de soldados, pesado y de color pardo, traqueteaba lentamente hacia ellos. El camión se dirigía hacia la base de la loma. Ryan desenfundó la pistola desintegradora; Kastner y él se prepararon.

El camión se detuvo. Algunos soldados saltaron al suelo y empezaron a subir por la ladera.

—Prepárate —murmuró Ryan.

Los soldados se pararon a unos metros de distancia. Ryan y Kastner, silenciosos, levantaron las armas.

—Apartadlas —rio un soldado—. ¿No sabéis que la guerra ha terminado?

—¿Terminado?

Los soldados se tranquilizaron. Su jefe, un hombretón de cara roja, se secó el sudor de la frente y se acercó a Ryan. Su uniforme estaba raído y sucio. Calzaba botas, rotas y manchadas de ceniza.

—La guerra terminó hace una semana. ¡Vamos! Hay mucho que hacer. Los llevaremos de vuelta.

—¿De vuelta?

—Estamos recorriendo todos los puestos de avanzada. ¿Se quedaron incomunicados?

—No —contestó Ryan.

—Pasarán meses antes de que todo el mundo se entere de que la guerra ha terminado. Vengan con nosotros. No perdamos el tiempo charlando.

—¿Dice que la guerra ha terminado? —Ryan se revolvió inquieto—. Pero…

—Es estupendo. No habríamos aguantado mucho tiempo más. —El oficial dio unos golpecitos a su cinturón—. ¿No tendrá por casualidad un cigarrillo?

Ryan extrajo el paquete y sacó los cigarrillos. Se los tendió al oficial. Luego, arrugó el paquete con cuidado y lo devolvió a su bolsillo.

—Gracias. —El oficial distribuyó los cigarrillos entre sus hombres—. Sí, es estupendo. Estábamos en las últimas.

—Las garras. ¿Qué ha pasado con las garras? —preguntó Kastner.

El oficial frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

—¿Por qué ha terminado la guerra tan…, tan de repente?

—Una contrarrevolución en la Unión Soviética. Llevábamos meses lanzando en paracaídas agentes y material. Sin embargo, no abrigábamos grandes esperanzas. Estaban mucho más debilitados de lo que nadie sospechaba.

—Entonces, ¿es cierto que la guerra ha terminado?

—Por supuesto. —El oficial tomó a Ryan por el brazo—. Vámonos. Hay trabajo que hacer. Estamos intentando eliminar esta maldita ceniza para plantar cosas.

—¿Plantar? ¿Cosechas?

—¡Claro! ¿Qué plantaría usted?

—Quiero aclarar esto —dijo Ryan, soltándose—. La guerra ha terminado. Se acabaron los combates. ¿Y dice que no sabe nada de las garras, un tipo de arma llamado así?

El oficial frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Asesinos mecánicos. Robots utilizados como arma.

El círculo de soldados retrocedió un poco.

—¿De qué demonios está hablando?

—Explíquese mejor —dijo el oficial, cuya expresión se había endurecido—. ¿Qué son esas garras?

—¿No se ha desarrollado ninguna arma de esas características?

Se hizo el silencio. Por fin, intervino un soldado.

—Me parece que ya sé de qué habla —gruñó—. Se refiere a la mina de Dowling.

—¿Cómo? —preguntó Ryan.

—Un físico inglés. Ha experimentado con minas artificiales, autogobernadas. Minas robot. Sin embargo, las minas no podían repararse a sí mismas. Por eso, el gobierno abandonó el proyecto y, en su lugar, se volcó en el trabajo de propaganda.

—Por eso, la guerra terminó —dijo el oficial, poniéndose en marcha—. ¡Vamos!

Los soldados le siguieron colina abajo.

—¿Vienen?

El oficial se detuvo, mirando a Ryan y a Kastner.

—Los seguiremos dentro de un rato —contestó Ryan—. Hemos de recoger nuestros pertrechos.

—Muy bien. El campamento se encuentra a unos ochocientos metros de aquí. La gente que ha vuelto de la Luna ha fundado un poblado.

—¿De la Luna?

—Empezamos a enviar unidades a la Luna, pero ahora ya no es necesario. Quizá sea mejor así. ¿Quién demonios quiere marcharse de la Tierra?

—Gracias por los cigarrillos —gritó uno de los soldados que se agrupaban en la parte posterior del camión.

El oficial se sentó al volante. El vehículo arrancó y continuó su camino, avanzando con estruendo por la carretera.

Ryan y Kastner lo vieron alejarse.

—Entonces, la muerte de Schonerman no fue equilibrada —murmuró Ryan—. Un pasado completamente nuevo…

—Me pregunto hasta qué punto influyó el cambio. Me pregunto si habrá afectado a nuestro tiempo.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—Quiero saberlo ya —afirmó Kastner—. Cuanto antes mejor. Vámonos.

Ryan asintió, absorto en sus pensamientos.

—Cuanto antes mejor.

Entraron en la nave temporal. Kastner dejó el maletín en el suelo. Ryan ajustó los controles. El paisaje que veían por la portilla dejó de existir. Se hallaban de nuevo en el flujo temporal, moviéndose hacia el presente.

—No puedo creerlo —dijo Ryan con expresión sombría—. Toda la estructura del pasado cambiada. Se ha creado una nueva cadena de acontecimientos, que se expande por todos los continuos y altera cada vez más nuestro curso.

—Por tanto, cuando volvamos, no será a nuestro presente. Es imposible predecir cuán diferente será. Y todo deriva de la muerte de Schonerman. Un único incidente da origen a una historia absolutamente nueva.

—No deriva de la muerte de Schonerman —le corrigió Ryan.

—¿Qué quieres decir?

—No deriva de su muerte, sino de la pérdida de sus papeles. Al morir Schonerman, el gobierno no contó con un método eficaz para construir un cerebro artificial. Por tanto, las garras nunca llegaron a existir.

—Es lo mismo.

—¿De veras?

Kastner levantó la vista al instante.

—Explícate.

—La muerte de Schonerman carece de importancia. La pérdida sus papeles es el factor determinante. —Ryan señaló el maletín de Kastner—. ¿Dónde están los documentos? Ahí. Nosotros los tenemos.

—Cierto —asintió Kastner.

—Podemos reconstruir la situación volviendo al pasado y entregando los papeles a alguna organización gubernamental. Schonerman es insignificante. Lo que cuenta son los papeles.

La mano de Ryan avanzó hacia la palanca de potencia.

—¡Espera! —dijo Kastner—. ¿No queríamos ver el presente? Sería interesante comprobar los cambios introducidos en nuestro tiempo.

Ryan vaciló.

—Tienes razón.

—Después, decidiremos lo que hay que hacer: si queremos devolver los documentos.

—Muy bien. Continuaremos hasta el presente y tomaremos una decisión.

Las cables que cruzaban el plano temporal casi habían vuelto a su posición anterior. Ryan examinó el plano durante mucho rato, sin soltar la palanca. Kastner abrazaba el pesado maletín de piel, apoyado en su regazo.

—Estamos a punto de llegar —dijo Ryan.

—¿A nuestro tiempo?

—De un momento a otro. —Ryan se levantó y aferró la palanca—. Me pregunto qué vamos a encontrar.

—Probablemente, nos resultará todo bastante extraño.

Ryan respiró profundamente y sintió el frío tacto del metal bajo sus dedos. ¿Sería muy diferente su mundo?

¿Reconocerían algo? ¿Habrían borrado de la existencia todo cuanto habían conocido?

Una inmensa cadena se había puesto en acción, una ola gigantesca que recorría el tiempo, alteraba todos los continuos y repercutía en todos los tiempos futuros. La segunda parte de la guerra nunca se había producido. La guerra había terminado antes de que las garras se inventaran. El concepto de cerebro artificial jamás había sido llevado a la práctica. La máquina bélica más poderosa nunca había existido. Las energías humanas se habían volcado en reconstruir el planeta.

Los indicadores y cuadrantes vibraban alrededor de Ryan. En unos segundos, estarían de vuelta. ¿Cómo sería la Tierra? ¿Quedaría algo igual?

Las Cincuenta Ciudades. Probablemente no existirían. Jon, su hijo, sentado en silencio en su sala de lectura. La AISU. El gobierno. La Liga, sus laboratorios y oficinas, sus edificios, pistas de aterrizaje situadas en los tejados, y los guardias. Toda la compleja estructura social. ¿Habrían desaparecido sin dejar huella? Tal vez.

—¿Qué vamos a encontrar en lugar de lo que dejamos?

—Lo sabremos dentro de un minuto —murmuró Ryan.

—Ya falta poco. —Kastner se levantó y caminó hacia la portilla—. Quiero verlo. Será un mundo desconocido.

Ryan apretó la palanca de potencia. La nave dio un salto y abandonó el flujo temporal. Mientras la nave se enderezaba, algo giraba a toda velocidad al otro lado de la portilla. Los controles de la gravedad automática se ajustaron. La nave volaba sobre la superficie del suelo.

Kastner dio un respingo.

—¿Has visto algo? —preguntó Ryan, controlando la velocidad de la nave—. ¿Qué hay ahí afuera?

Al cabo de unos segundos, Kastner se apartó de la portilla.

—Muy interesante. Echa un vistazo.

—¿Qué hay ahí afuera?

Kastner se sentó lentamente y recogió su maletín.

—Esto inaugura una nueva línea de pensamiento.

Ryan se acercó a la portilla y miró afuera. La Tierra se extendía bajo la nave, pero no era la Tierra de la que habían partido.

Campos, interminables campos amarillos. Y parques. Parques y campos amarillos. Cuadrados verdes entre el amarillo, que se alejaban hasta perderse de vista. Nada más.

—No hay ciudades —dijo Ryan con voz ronca.

—No. ¿Te acuerdas? La gente vive en el campo o pasea por los parques. Discute sobre la naturaleza del universo.

—Es lo que Jon veía.

—Tu hijo fue extremadamente preciso.

Ryan movió los controles: tenía el rostro demudado. No podía pensar. Se sentó y activó los rezones de aterrizaje. La nave cayó en picado hasta sobrevolar los campos. Hombres y mujeres levantaron la vista, estupefactos. Hombres y mujeres vestidos con túnicas.

Pasaron sobre un parque. Un rebaño de animales huyó aterrorizado. Parecían ciervos.

Ese era el mundo que su hijo había visto. Esa era su visión. Campos y parques, y hombres y mujeres ataviados con largas túnicas flotantes. Paseando por los senderos. Charlando sobre los problemas del universo.

Y el otro mundo, su mundo, ya no existía. La Liga había desaparecido. El trabajo de toda su vida, destruido. No existía en ese mundo. Jon, su hijo, borrado del mapa. Nunca le volvería a ver. Su trabajo, su hijo, todo cuanto había conocido, se habían esfumado.

—Hemos de regresar —dijo Ryan, de súbito.

—¿Cómo dices? —Kastner parpadeó.

—Hemos de devolver los documentos a su continuo. No podremos recrear la situación con total exactitud, pero entregaremos los papeles al gobierno. Los factores importantes quedarán restaurados.

—¿Hablas en serio?

Ryan se puso en pie, vacilante, y avanzó hacia Kastner.

—Dame los papeles. La situación es muy grave. Hemos de proceder con rapidez. Hay que ordenarlo todo nuevamente.

Kastner retrocedió y sacó su pistola. Ryan se precipitó sobre él. Golpeó a Kastner con el hombro y derribó al diminuto hombre de negocios. El desintegrador se deslizó por el suelo hasta chocar contra la pared. Los papeles salieron volando en todas direcciones.

—¡Maldito imbécil!

Ryan, de rodillas, empezó a recoger los documentos.

Kastner se abalanzó sobre el desintegrador. Se apoderó del arma; en su rostro se reflejaba una obstinada determinación. Ryan le vio con el rabillo del ojo. Por un momento, se sintió tentado de estallar en carcajadas. Las mejillas de Kastner se habían teñido de un púrpura intenso. Trataba de apuntarle con sus manos temblorosas.

—Kastner, por el amor de Dios…

Los dedos del ejecutivo se cerraron sobre el gatillo. Un temor repentino invadió a Ryan. Se levantó a toda prisa. La pistola rugió y un haz de llamas surcó la nave temporal. Ryan saltó a un lado y pudo esquivar por poco la estela de fuego.

Los papeles de Schonerman, esparcidos sobre el suelo, ardieron durante breves segundos. El resplandor se apagó poco después. Solo quedaba un puñado de cenizas. El olor acre del chorro irritó la nariz de Ryan e hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Lo siento —murmuró Kastner.

Dejó el desintegrador sobre el tablero de control.

—¿No crees que sería mejor aterrizar? Estamos muy cerca de la superficie.

Ryan avanzó mecánicamente hacia el tablero de control. Se sentó al cabo de un momento y empezó a ajustar los controles para aminorar la velocidad de la nave, sin pronunciar palabra.

—Ahora empiezo a comprender lo que le pasaba a Jon —murmuró Kastner—. Debía poseer una especie de percepción del tiempo paralelo, un cierto conocimiento sobre otros futuros posibles. A medida que progresaba la construcción de la nave temporal, sus visiones aumentaban, ¿verdad? Sus visiones adquirían cada día mayor realismo. Y la nave temporal ganaba cada día mayor concreción.

Ryan asintió.

—Esto abre ante nosotros nuevas posibilidades especulativas. Las visiones místicas de los santos medievales. Tal vez eran de otros futuros, otros flujos temporales. Las visiones del infierno debieron de pertenecer a flujos temporales peores. Las celestiales corresponderían a flujos mejores. El nuestro debe de ocupar un lugar intermedio. Y la visión de un mundo eterno e invariable tal vez constituya una visión del no-tiempo. No se trata de otro mundo, sino de este, visto desde fuera del tiempo. Tendremos que pensar más en todo esto.

La nave aterrizó en la orilla de un parque. Kastner se acercó a la portilla y miró los árboles que se alzaban en el exterior.

—Había fotos de árboles en algunos de los libros que mi familia conservó —dijo pensativamente—. Mira esos árboles que hay ahí. Son pimenteros. Aquellos otros reciben el nombre de árboles de hoja perenne. Se conservan así durante todo el año. De ahí el nombre.

Kastner tomó el maletín con firmeza. Se dirigió hacia la escotilla.

—Vamos a encontrarnos con esa gente. Nos pondremos a charlar de cosas, cosas metafísicas. —Dedicó una amplia sonrisa a Ryan—. Siempre me gustaron los temas metafísicos.

ALGUNAS CLASES DE VIDA [6]

—¡Joan, por el amor de Dios!

Joan Clarke captó la irritación en la voz de su marido, aun a través del altavoz mural. Saltó de la silla en la que estaba sentada junto a la videopantalla y corrió hacia el dormitorio. Bob hurgaba furiosamente en el armario ropero, sacando chaquetas y trajes, y arrojándolos sobre la cama. Su cara estaba roja de exasperación.

—¿Qué buscas?

---

6 «Some Kinds of Life» («The Belaguered») [3 de noviembre de 1952], en *Fantastic Universe* (octubre-noviembre de 1954), bajo el seudónimo Richard Phillips.

—Mi uniforme. ¿Dónde está? ¿No está aquí?

—Claro que sí. Déjame mirar.

Bob se apartó con semblante hosco. Joan pasó a su lado y conectó el distribuidor automático. Los trajes aparecieron en rápida sucesión, desfilando para que los inspeccionara.

Eran las nueve de la mañana. El cielo lucía un azul radiante. No se veía ni una nube. Un cálido día primaveral de finales de abril. Las lluvias del día anterior habían humedecido y ennegrecido la tierra que se extendía frente a la casa. Brotes verdes empezaban a asomar en el suelo ablandado. La humedad oscurecía la acera. Amplias parcelas de césped centelleaban a la luz del sol.

—Aquí está.

Joan desconectó el distribuidor. El uniforme cayó en sus brazos y se lo pasó a su marido.

—La próxima vez no te enfades tanto.

—Gracias —sonrió Bob, violento. Dio unas palmadas a la chaqueta—. Fíjate, está arrugada. Creía que me lo tendrías todo a punto.

—Te quedará muy bien.

Joan conectó el hacecamas. Este alisó las sábanas y las mantas; luego, las dobló. El cobertor se acomodó cuidadosamente sobre las almohadas.

—Cuando la hayas llevado un rato te sentará de maravilla. Bob, eres el hombre más quisquilloso que conozco.

—Lo siento, cariño —murmuró Bob.

—¿Qué te pasa? —Joan se acercó a él y apoyó la mano sobre su ancha espalda—. ¿Estás preocupado por algo?

—No.

—Cuéntamelo.

Bob empezó a desabrochar el uniforme.

—Nada importante. No quería preocuparte. Erickson me llamó ayer al trabajo para decirme que mi grupo va a partir de nuevo. Por lo visto, ahora llaman a los grupos de dos en dos. Pensaba que descansaría durante otros seis meses.

—¡Oh, Bob! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Erickson y yo hablamos mucho rato. «¡Por el amor de Dios!», le dije, «acabo de llegar». «Lo sé, Bob», me contestó. «Lo siento muchísimo, pero no puedo hacer nada. Navegamos en el mismo barco. En cualquier caso, no durará mucho. Es posible que terminemos de una vez. Se trata de

la situación en Marte. A todo el mundo le está molestando». Eso es lo que me dijo. Fue muy amable. Para ser un organizador sectorial, Erickson es un buen tipo.

—¿Cuándo…, cuándo has de marcharte?

Bob consultó su reloj.

—Debo estar en la pista a mediodía. Me quedan tres horas.

—¿Cuándo volverás?

—¡Oh!, dentro de un par de días…, si todo va bien. Ya sabes cómo están las cosas. Varían de un día a otro. ¿Te acuerdas cuando en octubre estuve ausente toda una semana? Claro está que no ocurre a menudo. Los grupos se turnan ahora con tal rapidez que prácticamente estás de vuelta antes de empezar.

Tommy entró como una tromba en el dormitorio.

—¿Qué pasa, papá? —Reparó en el uniforme—. Caray, ¿le toca a tu grupo de nuevo?

—Exacto.

Tommy sonrió de oreja a oreja: era una complacida sonrisa de adolescente.

—¿Vais a poner en vereda a los marcianos? Estaba viendo las noticias. Esos marcianos parecen un montón de hierbas

secas atadas en un manojo. ¿Estáis seguros de que podréis liquidarlos?

Bob rio y palmeó la espalda de su hijo.

—Pregúntaselo a ellos, Tommy.

—Tenía muchas ganas de ir contigo.

La expresión de Bob cambió. Sus ojos se endurecieron como el pedernal.

—No, muchacho, ni hablar. No digas eso.

Se produjo un silencio incómodo.

—Era una broma —murmuró Tommy.

—Olvídalo —rio Bob—. Ahora, largaos. Quiero cambiarme.

Joan y Tommy salieron de la habitación. La puerta se cerró. Bob se vistió a toda prisa, tiró la bata y el pijama sobre la cama y se ciñó el uniforme de color verde oscuro. Se ató las botas y abrió la puerta.

Joan había sacado una maleta del armario del vestíbulo.

—Te la vas a llevar, ¿verdad? —preguntó.

—Gracias. —Bob tomó la maleta—. Vamos al coche.

Tommy ya estaba absorto en la videopantalla, empezando los deberes de aquel día. Una lección de biología desfilaba lentamente por la pantalla.

I

Bob y Joan bajaron los peldaños delanteros y se encaminaron por el sendero hacia el vehículo de superficie, estacionado al borde de la carretera. La puerta se abrió cuando se acercaron. Bob arrojó la maleta dentro y se sentó al volante.

—¿Por qué hemos de luchar contra los marcianos? —preguntó Joan, de repente—. Dímelo, Bob. Dime por qué.

Bob encendió un cigarrillo. Dejó que el humo gris se esparciera por la cabina del coche.

—¿Por qué? Lo sabes tan bien como yo. —Alargó su enorme mano y golpeó el bello cuadro de mandos del coche—. Por esto.

—¿Qué quieres decir?

—El mecanismo de control necesita rexeroide. Y los únicos depósitos de rexeroide de todo el sistema se encuentran en Marte. Si perdemos Marte, perdemos esto. —Recorrió con la mano el brillante cuadro de mandos—. Y si perdemos esto, ¿cómo vamos a ir de un lado a otro? Contéstame.

—¿No podemos volver a la conducción manual?

—Hace diez años sí, pero hace diez años conducíamos a menos de ciento cincuenta kilómetros por hora. Hoy en día, ningún ser humano podría conducir a aquellas velocidades. Es imposible volver a la conducción manual sin reducir la velocidad.

—¿Por qué no?

—Cariño —rio Bob—, vivimos a ciento cuarenta kilómetros de la ciudad. ¿De verdad crees que podría conservar mi trabajo si corriera todo el rato a sesenta kilómetros por hora? Me pasaría la vida en la carretera.

Joan calló.

—Por tanto, hemos de conseguir ese maldito material, el rexeroide. Nuestros aparatos de control dependen de él. Nosotros dependemos de él. Lo necesitamos. Las minas de Marte deben seguir en funcionamiento. No podemos permitir que los marcianos se apoderen de los depósitos de rexeroide. ¿Entiendes?

—Entiendo. Y el año pasado fue el kryon de Venus. Era imprescindible, así que fuiste a luchar a Venus.

—Querida, las paredes de nuestras casas no mantendrían una temperatura constante sin el kryon. El kryon es la única sustancia muerta del sistema que se adapta a los cambios de

temperatura. Bueno, tendríamos…, tendríamos que volver a los radiadores, como en los tiempos de mi abuelo.

—Y el año anterior fue el lonolite de Plutón.

—El lonolite es la única sustancia conocida que puede utilizarse para fabricar los bancos de memoria de las calculadoras. Es el único metal con auténtica capacidad memorística. Sin lonolite perderíamos todos nuestros ordenadores. Y ya sabes adónde iríamos a parar sin ellos.

—Muy bien.

—Cariño, tú ya sabes que no quiero ir, pero debo hacerlo. Todos hemos de hacerlo. —Bob indicó la casa con un ademán—. ¿Quieres quedarte sin todo esto? ¿Quieres volver al pasado?

—No. —Joan se apartó del coche—. De acuerdo, Bob. Hasta dentro de uno o dos días.

—Eso espero. Este problema se acabará pronto. Han llamado a casi todos los grupos de Nueva York. Los de Berlín y Oslo ya están allí. Será breve.

—Buena suerte.

—Gracias. —Bob cerró la puerta. El motor se puso en marcha automáticamente—. Despídeme de Tommy.

El coche se alejó mientras aceleraba. El cuadro de mandos automático lo introdujo con pericia en el grueso del tráfico que circulaba por la autopista. Joan se quedó mirando hasta que el coche desapareció en la interminable oleada de destellantes cascos metálicos que atravesaban el campo y formaban una cinta brillante que se extendía hasta la lejana ciudad. Después, regresó poco a poco hacia la casa.

I

Bob nunca regresó de Marte, por así decirlo. Tommy pasó a ser el hombre de la casa. Joan consiguió que le eximieran de acudir a la escuela, y el muchacho empezó a trabajar, pasado un tiempo, en el Proyecto de Investigaciones Gubernamentales, situado a unos cuantos kilómetros de su casa.

Bryan Erickson, el organizador sectorial, les visitó una noche para saber cómo les iba.

—Tenéis una casa muy bonita —dijo Erickson, paseando la vista a su alrededor.

Tommy se sintió lleno de orgullo.

—¿En serio? Siéntese y póngase cómodo.

—Gracias. —Erickson echó un vistazo a la cocina. Estaban preparando la cena—. Excelente cocina.

Tommy se puso a su lado.

—¿Ve esa máquina que hay sobre la encimera?

—¿Para qué sirve?

—Es el selector de la cocina. Cada día nos proporciona un menú diferente. No tenemos que pensar en la comida.

—Sorprendente. —Erickson miró a Tommy—. Parece que os va muy bien.

Joan levantó la vista de la videopantalla.

—Tan bien como se podría esperar.

Habló con voz apagada, inexpresiva. Erickson gruñó y volvió a la sala de estar.

—Bien, creo que voy a marcharme.

—¿Para qué ha venido? —preguntó Joan.

—Para nada en particular, señora Clarke.

Erickson vaciló al llegar a la puerta. Era un hombre grande, de cara rojiza, entrado en la treintena.

—Bien, sí, hay un problema.

—¿Cuál es? —preguntó Joan con frialdad.

—Tom, ¿te has sacado ya el carnet de la Unidad Sectorial?

—¡Mi carnet de la Unidad Sectorial!

—Según la ley, estás registrado como miembro de este sector…, mi sector. —Rebuscó en su bolsillo—. Llevo encima unos cuantos carnets en blanco.

—¡Caray! —exclamó Tommy, algo asustado—. ¿Tan pronto? Creí que no me lo daban hasta cumplir los dieciocho años.

—Han cambiado la legislación. Nos dieron una buena paliza en Marte. Algunos sectores no pueden llegar al cupo. A partir de ahora se irá rebajando el límite de edad. —Erickson sonrió, complacido—. Este sector es muy bueno. Nos divertimos mucho haciendo instrucción y probando los nuevos equipos. He conseguido por fin que Washington nos envíe todo un escuadrón de los pequeños cazas de doble reactor nuevos. A cada hombre de mi sector se le asigna un caza.

—¿De veras? —Los ojos de Tommy se iluminaron.

—De hecho, el piloto puede llevarse a casa el aparato durante el fin de semana. Se puede estacionar en el jardín.

—¿Va en serio?

Tommy se sentó ante el escritorio y rellenó el carnet de la Unidad Sectorial muy contento.

—Sí, nos lo pasamos muy bien —murmuró Erickson.

—Entre guerra y guerra —dijo Joan en voz baja.

—¿Qué ha dicho, señora Clarke?

—Nada.

Erickson tomó el carnet y lo guardó en su cartera.

—A propósito… —empezó.

Tommy y Joan se volvieron hacia él.

—Supongo que habrán visto imágenes de la guerra del gleco por la videopantalla y que estarán enterados de todo.

—¿La guerra del gleco?

—Extraemos todo nuestro gleco de Calixto. Se obtiene de las pieles de ciertos animales. Bien, los nativos nos están dando algunos problemas. Afirman…

—¿Qué es el gleco? —preguntó Joan con severidad.

—El material gracias al cual su puerta principal se abre solo para usted. Es sensible a la presión específica de su mano. El gleco se obtiene de esos animales.

El silencio que siguió podía cortarse con un cuchillo.

—Me marcho. —Erickson avanzó hacia la puerta—. Nos veremos en la próxima sesión de instrucción, Tom. ¿De acuerdo? —Abrió la puerta.

—De acuerdo —murmuró Tommy.

—Buenas noches.

Erickson salió y cerró la puerta a su espalda.

I

—Pero ¡debo ir! —exclamó Tommy.

—¿Por qué?

—Todo el sector va. Es obligatorio.

—Eso no es cierto —replicó Joan, mirando por la ventana.

—Pero si no vamos, perderemos Calixto, y si perdemos Calixto…

—Lo sé. Tendremos que volver a utilizar llaves para abrir las puertas. Como en los tiempos de nuestros abuelos.

—Exacto. —Tommy sacó pecho, volviéndose de un lado y del otro—. ¿Qué tal estoy?

Joan no respondió.

—¿Qué tal estoy? ¿Tengo buen aspecto?

Tommy tenía buen aspecto con su uniforme de color verde oscuro. Era delgado, caminaba con la espalda recta y su apariencia era mucho mejor que la de Bob. Bob había engordado. Se estaba quedando calvo. El cabello de Tommy era espeso y negro. Sus mejillas estaban rojas de excitación, sus ojos relampagueaban. Se puso el casco y se ajustó la correa.

—¿Bien? —preguntó.

—Estupendo —asintió Joan.

—Dame un beso de despedida. Me voy a Calixto. Volveré dentro de un par de días.

—¡Adiós!

—No pareces muy contenta.

—No lo estoy. No estoy nada contenta.

Tommy volvió de Calixto sin un rasguño, pero durante la guerra del trektón que se desarrolló en Europa algo falló en su pequeño caza de doble reactor y la Unidad Sectorial regresó sin él.

—El trektón se usa en los tubos de las videopantallas —explicó Bryan Erickson—. Es muy importante, Joan.

—Ya veo.

—Sabe bien lo que significan las videopantallas. Toda nuestra educación e información dependen de ellas. Los niños aprenden gracias a ellas, igual que si fueran a la escuela. Y por la noche nos entretenemos con los canales de diversión. No querrá que volvamos a…

—No, no… Por supuesto que no. Lo siento. —Joan movió la mano y la mesita de café entró en la sala de estar; traía una cafetera humeante—. ¿Crema, azúcar?

—Solo azúcar, gracias.

Erickson tomó su taza y siguió sentado en el sofá sin pronunciar palabra, bebiendo y removiendo el café con la cucharilla. La casa estaba en silencio. Eran cerca de las once de la noche. Las persianas estaban bajadas. La videopantalla funcionaba a bajo volumen en el rincón. En el exterior, todo estaba oscuro e inmóvil, a excepción de un débil viento que soplaba entre los cedros que se alzaban al final de los jardines.

—¿Alguna novedad en los diversos frentes? —preguntó Joan al cabo de un rato, reclinándose en el sofá y alisándose la falda.

—¿Los frentes? —Erickson reflexionó—. Bien, algunos avances en la guerra del iderium.

—¿Dónde ocurre?

—En Neptuno. Sacamos nuestro iderium de Neptuno.

—¿Para qué se usa el iderium?

La voz de Joan era tenue y lejana, como si llegara desde un lugar remoto. Su rostro, teñido de una intensa blancura, reflejaba aflicción, como si una máscara lo recubriera, una máscara a través de la cual ella miraba desde una distancia enorme.

—Todos los periódicos automáticos requieren iderium —explicó Erickson—. El revestimiento de iderium hace posible que detecten los acontecimientos mientras ocurren y los despachen de inmediato a las videopantallas. Sin el iderium volveríamos a los reportajes escritos a mano, con la consiguiente parcialidad del periodista. Noticias contaminadas por los prejuicios personales. Los periódicos automáticos que funcionan con iderium son imparciales.

Joan asintió con la cabeza.

—¿Alguna otra novedad?

—Poco más. Se dice que puede haber disturbios en Mercurio.

—¿Qué obtenemos de Mercurio?

—Ambrolina. Utilizamos la ambrolina en toda clase de unidades selectivas. El selector de su cocina, por ejemplo. El selector de comida que le proporciona los menús. Es una unidad de ambrolina.

Joan miró con aire ausente su taza de café.

—Los nativos de Mercurio…, ¿nos van a atacar?

—Se han producido desórdenes, alborotos, esa clase de cosas. Algunas unidades sectoriales ya han entrado en acción. Las de París y Moscú. Grandes unidades, según creo.

—Bryan, estoy segura que ha venido a verme por algo concreto —dijo Joan al cabo de un rato.

—¡Oh, no! ¿Por qué lo dice?

—Lo presiento. ¿De qué se trata?

El rostro bondadoso de Erickson enrojeció.

—Es muy sagaz, Joan. Sí, he venido por algo concreto.

—¿Qué es?

Erickson introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un papel mimeografiado doblado. Se lo pasó a Joan.

—Le aseguro que no ha sido idea mía. No soy más que una pieza de una gigantesca maquinaria. —Se mordió el labio, nervioso—. Es por culpa de las enormes pérdidas sufridas durante la guerra del trektón. Necesitan cerrar filas. Según he oído, se han opuesto a la medida.

—¿Qué significa todo esto? —Joan le devolvió el papel—. No entiendo nada de esta jerga legal.

—Bien, significa que las mujeres van a ser admitidas en las unidades sectoriales en…, en ausencia de los miembros varones de la familia.

—¡Oh! Ya entiendo.

Erickson se levantó rápidamente, aliviado de que su misión hubiera concluido.

—Tengo que irme. Solo quería enseñarle esto. Lo están repartiendo por todas partes.

Guardó el papel en el bolsillo. Parecía muy cansado.

—Ya no queda mucha gente, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Primero los hombres. Después, los niños. Ahora, las mujeres. Cualquiera vale.

—Como sucede entre los animales, supongo. Bien, tiene que haber un motivo. Hemos de mantener esos frentes. No podemos quedarnos sin esas materias. Hay que lograrlo.

—Supongo que sí. —Joan se levantó lentamente—. Hasta pronto, Bryan.

—Volveré a finales de semana. Hasta pronto, Joan.

I

Bryan Erickson llegó justo cuando acababa de estallar la guerra de la ninfita en Saturno. Dedicó una sonrisa de disculpa a la señora Clarke cuando esta le abrió la puerta.

—Siento molestarla tan temprano —dijo Erickson—. Tengo mucha prisa. He de recorrer todo el sector.

—¿Qué pasa?

Joan cerró la puerta. El hombre llevaba su uniforme de organizador, verde pálido con franjas plateadas sobre los hombros. Joan aún no se había cambiado la bata.

—Qué bien y qué caliente se está aquí —dijo Erickson, acercando las manos a la pared para calentárselas.

Era un día claro y frío de noviembre. La nieve, como una manta blanca, lo cubría todo. Algunos árboles desnudos brotaban de la tierra; sus ramas estaban yermas y heladas.

La brillante cinta de coches que antes ocupaba la autopista se había reducido a un ínfimo hilo. Muy poca gente iba ya a la ciudad. Casi todos los vehículos de superficie estaban en el depósito.

—Supongo que se habrá enterado de lo que pasa en Saturno —murmuró Erickson.

—He visto algunas imágenes en la videopantalla.

—Una auténtica rebelión. Esos nativos de Saturno son muy grandes. ¡Dios mío!, deben de medir quince metros de alto.

Joan movió la cabeza con aire ausente y se frotó los ojos.

—Es una pena que necesitemos algo de Saturno. ¿Ha desayunado, Bryan?

—¡Oh, sí!, gracias… Ya he desayunado. —Erickson apoyó la espalda en la pared—. Es estupendo refugiarse del frío. Tiene su casa muy limpia y aseada. ¡Ojalá mi esposa hiciera lo mismo!

Joan se acercó a las ventanas y subió las persianas.

—¿Qué sacamos de Saturno?

—Entre tantas cosas, tenía que ser la ninfita. Renunciaríamos a cualquier otra materia, pero no a la ninfita.

—¿Para qué se utiliza la ninfita?

—Para todos los aparatos de pruebas de aptitud. Sin ninfita seríamos incapaces de saber cuál es la persona más idónea para una ocupación, incluido el presidente del Consejo Mundial.

—Entiendo.

—Con los analizadores de ninfita determinamos para qué sirve cada persona y también qué trabajo debe hacer. La ninfita es la herramienta básica de la sociedad moderna. Gracias a ella a todos se nos adjudica una clasificación y un grado. Si algo les ocurriera a los suministros…

—¿Y toda proviene de Saturno?

—Me temo que sí. Los nativos se han sublevado e intentan apoderarse de las minas de ninfita. La lucha será encarnizada. Son muy grandes. El gobierno se verá obligado a reclutar a toda la gente disponible.

Joan tragó saliva.

—¿A todo el mundo? —Se llevó la mano a la boca—. ¿Incluidas las mujeres?

—Me temo que sí. Lo siento, Joan. Ya sabe que no ha sido idea mía. Nadie quiere hacerlo, pero si hemos de salvar todo cuanto poseemos…

—Pero ¿quién va a quedar?

Erickson no respondió. Se sentó ante el escritorio y rellenó un carnet. Se lo pasó a Joan, que lo tomó automáticamente.

—Su carnet de unidad.

—¿Quién va a quedar? —repitió Joan—. Dígamelo. ¿Quién va a quedar?

I

La nave procedente de Orión aterrizó con un gran estruendo. Las exhaustas válvulas arrojaron nubes de materiales de desecho cuando los compresores de reacción se enfriaron en silencio.

No se oyó el menor sonido durante un rato. Después, la escotilla se abrió con cautela hacia dentro. N'tgari-3 salió con grandes precauciones, moviendo un cono atmosférico frente a él.

—¿Resultados? —preguntó su compañero, comunicando sus pensamientos a N'tgari-3.

—Demasiado tenue para que nosotros la respiremos, pero suficiente para otras formas de vida. —N'tgari-3 miró a su alrededor, examinando las colinas y llanuras—. Muy tranquilo, desde luego.

—Ni un sonido o signo de vida. —Su compañero salió—. ¿Qué es eso?

—¿Dónde? —preguntó N’tgari-3.

—En esa dirección. —Luci’n-6 se lo indicó con su antena polar—. ¿Lo ves?

—Parecen unidades de construcción. Como estructuras de gran tamaño.

Los dos orionianos alzaron la lancha a la altura de la escotilla y la depositaron en tierra. N’tgari-3 se puso al volante y cruzaron la llanura en dirección al punto visible en el horizonte. Crecían plantas por todas partes, algunas altas y robustas, y otras frágiles, pequeñas y provistas de flores de muy diversos colores.

—Lleno de formas inmóviles —observó Luci’n-6.

Atravesaron un campo de plantas anaranjadas y grises, miles de tallos que crecían uniformemente, infinitas plantas idénticas.

—Parece que las han sembrado de forma artificial —murmuró N’tgari-3.

—Aminora la velocidad. Estamos llegando a una especie de edificio.

N’tgari-3 redujo la velocidad al mínimo. Los dos orionianos miraron por la ventanilla, muy interesados.

Una encantadora estructura se erguía entre plantas de todas clases, plantas altas, alfombras de plantas pequeñas, lechos de plantas provistas de flores asombrosas. La estructura era esbelta y atractiva, sin duda producto de una civilización avanzada.

N’tgari-3 saltó de la lancha.

—Quizá estemos a punto de tropezar con los legendarios seres de la Tierra.

Atravesó corriendo la alfombra de plantas, larga y uniforme, hasta llegar al porche delantero del edificio.

Luci’n-6 le siguió. Ambos examinaron la puerta.

—¿Cómo se abre? —preguntó Luci’n-6.

Practicaron un limpio agujero en la cerradura y la puerta se abrió. Las luces se encendieron automáticamente. Las paredes caldearon la casa.

—¡Qué…, qué desarrollo tan increíble! ¡Qué gran adelanto!

Fueron de habitación en habitación; examinaron la videopantalla, la complicada cocina, los muebles del dormitorio, las cortinas, las sillas, la cama.

—Pero ¿dónde están los terrícolas? —preguntó, por fin, N'tgari-3.

—Volverán enseguida.

I

N'tgari-3 paseaba arriba y abajo.

—Todo esto me produce una extraña sensación. Mi antena no lo capta. Una especie de incomodidad. —Vaciló—. Es imposible que no vuelvan, ¿verdad?

—¿Por qué?

Luci'n-6 se puso a juguetear con la videopantalla.

—Muy improbable. Les esperaremos. Volverán.

N'tgari-3 miró por la ventana, nervioso.

—No los veo, pero tienen que andar por aquí cerca. No me cabe en la cabeza que se marcharan y dejaran todo esto. ¿Adónde habrán ido?, ¿y por qué?

—Volverán. —Luci’n-6 captó un poco de estática en la pantalla—. Esto no es muy impresionante.

—Tengo la sensación de que no volverán.

—Si los terrícolas no regresan —dijo pensativamente Luci’n-6, manipulando los mandos de la pantalla—, se convertirán en uno de los más grandes enigmas de la arqueología.

—Seguiré esperándolos —dijo N’tgari-3, imperturbable.

LA FE DE NUESTROS PADRES [7]

En las calles de Hanoi se topó con un vendedor ambulante sin piernas que conducía un carrito de madera y se dirigía con gritos estridentes a todos los peatones. Chien aminoró la marcha para oír lo que decía, pero no se detuvo; los asuntos del Ministerio de Artefactos Culturales ocupaban su mente y lo distraían; era como si estuviera solo, como si todos los transeúntes que circulaban en bicicletas, scooters y turbomotos no existieran. Y como si el vendedor sin piernas tampoco existiera.

—Camarada —insistió el vendedor, persiguiéndolo en su carrito; una batería de helio impulsaba el motor, proporcionándole una gran velocidad—. Poseo una amplia

7 The faith of our parents [17 de enero de 1966], en *Dangerous Visions*, editado por Harlan Ellison, Garden City, 1967

variedad de remedios tradicionales a base de hierbas, con la garantía de miles de usuarios fieles. Cuéntame tu dolencia y te podré ayudar.

—No tengo ninguna dolencia —dijo Chien.

«Salvo —pensó—, la enfermedad crónica de los empleados del Comité Central, la del oportunismo arribista que tantea constantemente las puertas de cada puesto oficial. Incluido el mío.»

—Por ejemplo, puedo curar la radiotoxemia —entonó el vendedor sin detenerse—. O aumentar, si es necesario, el elemento de la potencia sexual. Puedo revertir las manifestaciones carcinomatosas, incluso los temidos melanomas, lo que llaman cáncer negro. —Alzando una bandeja de frascos, pequeñas latas de aluminio y polvos diversos en recipientes de plástico, el vendedor canturreó—: Si un rival insiste en tratar de usurpar tu rentable puesto burocrático, puedo suministrar un ungüento que, bajo la apariencia de un bálsamo dérmico, es en realidad una toxina de letales efectos. Mis precios son bajos, camarada. Y como favor especial para alguien de porte tan distinguido como el tuyo, aceptaré los inflacionarios dólares de papel de posguerra, que presuntamente gozan de cotización internacional pero que, en realidad, no valen más que el papel higiénico.

—Vete al infierno —dijo Chien, y llamó a un aerotaxi que pasaba. Llevaba tres minutos y medio de retraso para su primera cita del día, y sus fofos superiores del Ministerio ya estarían haciendo rápidos cálculos mentales. Y más aún sus subalternos.

—Pero camarada, debes comprarme —murmuró el vendedor.

—¿Por qué? —preguntó Chien con indignación.

—Porque soy veterano de guerra, camarada. Luché contra los imperialistas en la Colosal Guerra Final de Liberación Nacional, con el Frente Unido Democrático Popular. Perdí mis extremidades inferiores en la batalla de San Francisco. —Y añadió con voz triunfal y satisfecha—: Es la ley. Si te niegas a comprar mercancías ofrecidas por un veterano, te arriesgas a una multa y una posible condena de prisión… además de la vergüenza.

Con cara de cansancio, Chien indicó al aerotaxi que pasara de largo.

—Es verdad —dijo—. Debo comprarte.

Echó una rápida ojeada a la modesta exhibición de remedios a base de hierbas, buscando uno al azar. Señaló un paquete de papel en la última hilera.

El vendedor ambulante rió.

—Eso, camarada, es un espermicida. Lo compran las mujeres que, por razones políticas, no tienen derecho a la píldora. Pero sería de escasa utilidad para ti, pues tú eres un caballero.

—La ley no exige que te compre nada útil —rezongó Chien—, sólo que te compre algo. Me llevaré esto.

Hurgó en su abrigo acolchado en busca de su billetera, abultada con los billetes inflacionarios de posguerra que, cuatro veces por semana, recibía como funcionario oficial.

—Cuéntame tus problemas —dijo el vendedor.

Chien lo miró de hito en hito, pasmado por esta invasión de su intimidad, realizada por alguien ajeno al gobierno.

—De acuerdo, camarada —dijo el vendedor, viendo su expresión—. No me inmiscuiré. Excúsame. Pero como médico, como sanador, es conveniente que yo sepa todo lo posible. —Reflexionó, arrugando sus consumidos rasgos—. ¿Miras demasiada televisión? —preguntó de pronto.

—Todas las noches —dijo Chien, cogido por sorpresa—. Salvo los viernes, cuando voy a mi club para practicar un esotérico arte importado del derrotado Occidente, el enlazado de novillos.

Era el único placer que se permitía. Por lo demás, se consagraba totalmente a las actividades del Partido. El vendedor escogió un paquete de papel gris.

—Sesenta dólares comerciales —dijo—. Con garantía plena. Si no surte el efecto prometido, me devuelves lo que no has usado y obtienes un reembolso total y amistoso.

—¿Y qué efecto tiene? —preguntó Chien con voz cortante.

—Descansa los ojos fatigados por la visión de discursos oficiales sin sentido. Un sedante; tómalo cuando te encuentres expuesto a los duros y prolongados sermones que…

Chien pagó lo solicitado, cogió el paquete y se alejó.

«Pamplinas —pensó—. Esa ordenanza que transforma a los veteranos de guerra en clase privilegiada es una estafa. Acosan a los más jóvenes como velocirraptores.»

El paquete gris quedó olvidado en el bolsillo de su abrigo cuando Chien entró en el imponente edificio de posguerra del Ministerio de Artefactos Culturales, y en su imponente oficina, para iniciar su día de trabajo.

Un hombre blanco, corpulento y maduro, que usaba un traje pardo de seda de Hong Kong, cruzado y con chaleco, esperaba en su oficina. Junto al desconocido estaba su

superior, Tso-pin. Tso-pin hizo las presentaciones en cantonés, un dialecto que pronunciaba mal.

—Tung Chien, le presento a Darius Pethel. El señor Pethel será el director del nuevo establecimiento ideológico y cultural de carácter didáctico que pronto inauguraremos en San Fernando, California. El señor Pethel ha consagrado una vida plena e intensa a respaldar la lucha del pueblo contra los países del bloque imperialista mediante métodos pedagógicos. De ahí su alto cargo.

Se estrecharon la mano.

—¿Té? —ofreció Chien. Presionó el interruptor de su hibachi a infrarrojos y el agua de su ornamentado cuenco japonés de cerámica comenzó a burbujear de inmediato. Mientras se sentaba al escritorio, vio que la eficiente señorita Hsi le había dejado un informe confidencial sobre el camarada Pethel. Le echó un vistazo, fingiendo que no hacía nada de particular.

—El Benefactor Absoluto del Pueblo —dijo Tso-pin— se ha reunido personalmente con el señor Pethel y confía en él. Esto es excepcional. La escuela de San Fernando aparentará enseñar filosofía taoísta, pero en realidad constituirá un canal de comunicación con el segmento juvenil liberal e intelectual del oeste de Estados Unidos. Muchos de ellos han sobrevivido, de San Diego a Sacramento. Por lo menos diez mil, según nuestras estimaciones. La escuela aceptará dos

mil. La inscripción será obligatoria para aquellos que sean escogidos. La relación de usted con la programación del señor Pethel es fundamental. Ejem —se interrumpió—, el agua del té está hirviendo.

—Gracias —murmuró Chien, echando el saquito de té Lipton.

—Aunque el señor Pethel supervisará la configuración de los cursos de instrucción que la escuela impartirá a su cuerpo estudiantil —continuó Tso-pin—, todos los exámenes se le remitirán a usted para un experto y atento estudio ideológico. En otras palabras. Chien, usted determinará quién es fiable de entre los dos mil estudiantes, quiénes responden realmente a la programación y quiénes no.

—Serviré el té —dijo Chien, y lo hizo ceremoniosamente.

—Lo que debemos comprender —pontificó Pethel en un cantonés aún peor que el de Tso-pin— es que la juventud de Estados Unidos, una vez derrotada en su guerra global contra nosotros, ha desarrollado un gran talento para simular.

Dijo la última palabra en inglés. Chien no la entendió y miró inquisitivamente a su superior.

—Mentir —explicó Tso-pin.

—Repiten las consignas por pura apariencia, pero en su interior las creen falsas —dijo Pethel—. Los exámenes de este grupo se parecerán a los de auténticos…

—¿Me está diciendo que los exámenes de dos mil estudiantes pasarán por mi oficina? —interrumpió Chien. No podía creerlo—. Es una tarea descomunal. No tengo tiempo para nada semejante. —Estaba pasmado—. Para dar una aprobación o negación crítica y oficial tan exhaustiva como la que usted reclama…

—Tonterías —le espetó Pethel en inglés.

Tso-pin pestañeó ante esa vulgaridad occidental.

—Usted tiene personal —dijo—. Además puede utilizar varias personas más de la planta. El presupuesto del Ministerio, incrementado este año, se lo permitirá. Y recuerde: el Benefactor Absoluto del Pueblo ha escogido personalmente al señor Pethel.

El tono, ominoso pero sutil, estaba destinado a vencer la histeria de Chien y transformarla en sumisión. Al menos por el momento. Para enfatizar su exhortación, Tso-pin caminó hacia el otro extremo de la oficina y se detuvo ante el retrato tridimensional del Benefactor Absoluto. Al cabo de un momento, su proximidad activó la cinta que había detrás del retrato. El rostro del Benefactor Absoluto se movió, y su conocida voz recitó una famosa homilía.

«Luchad por la paz, hijos míos», declamó con suavidad y firmeza.

—Ha —respondió Chien, ocultando su turbación.

Quizás uno de los ordenadores del Ministerio pudiera clasificar los exámenes; se podía utilizar una estructura sí-no-quizá, en conjunción con un preanálisis del patrón de corrección (e incorrección) ideológica. La tarea se podía convertir en algo rutinario. Quizá.

—Tengo conmigo un material que me gustaría que usted examinara, señor Chien —dijo Darius Pethel. Abrió un feo y anticuado maletín de plástico—. Dos ensayos presentados en un examen —confirmó mientras le pasaba los documentos a Chien—. Esto nos indicará si usted es adecuado para este trabajo. —Miró de soslayo a Tso-pin. Sus miradas se cruzaron—. Entiendo que si usted tiene éxito en este proyecto lo nombrarán viceconsejero del Ministerio, y Su Grandeza, el Benefactor Absoluto del Pueblo, le otorgará personalmente la medalla de Kisterigian.

Él y Tso-pin sonrieron cautamente.

—La medalla de Kisterigian —repitió Chien. Aceptó los exámenes y los miró haciendo ostentación de una perezosa indiferencia. Pero en su corazón vibraba una mal disimulada tensión—. ¿Por qué estos dos? Es decir, ¿qué debo buscar?

—Uno de ellos —dijo Pethel— es obra de un progresista dedicado, un leal miembro del partido cuya fidelidad está totalmente corroborada. El otro pertenece a un joven stilyagi sospechoso de tener criptoideas degeneradas, pequeñoburguesas e imperialistas. A usted le corresponde determinar quién es quién.

«Muchas gracias», pensó Chien. Pero asintió y leyó el título del primer examen.

DOCTRINAS DEL BENEFACTOR ABSOLUTO

ANTICIPADAS EN LA POESÍA DE BAHA AD-DIN ZUHAYR,

DE LA ARABIA DEL SIGLO XIII

Al mirar las primeras páginas, Chien vio una cuarteta conocida. Se llamaba La muerte y Chien estaba familiarizado con ella.

Puede errar un par de veces;

sólo escoge una de muchas horas.

No ve valles ni colinas,

sólo una llana planicie donde recoge flores.

—Un poema con fuerza —dijo Chien.

—Él utiliza el poema —dijo Pethel, observando el movimiento de labios de Chien mientras releía la cuarteta— para referirse al sabio y tradicional aserto, manifestado por el Benefactor Absoluto en nuestra vida actual, de que nadie está a salvo. Todos somos mortales, y sólo sobrevive la causa suprapersonal, históricamente esencial. Como debe ser. ¿Usted coincide con este estudiante? O… —Pethel hizo una pausa—. ¿Acaso estará satirizando las proclamas del Benefactor Absoluto?

—Permítame revisar el otro examen —dijo Chien con cautela.

—No necesita más información. Decida.

Chien titubeó.

—Pero nunca pensé en el poema de esta manera —dijo con irritación—. De todos modos, no es de Baha ad-Din Zuhayr; forma parte de la antología de las Mil y Una Noches. Sin embargo, admito que es del siglo XIII.

Leyó rápidamente el texto que acompañaba el poema. Parecía ser un refrito rutinario de los clichés del Partido, que él conocía desde la cuna. El ciego monstruo imperialista que crecía para someter (metáfora confusa) la aspiración humana, las especulaciones de los enemigos del Partido que sobrevivían en el este de Estados Unidos… Se sentía aburrido, tan poco inspirado como ese examen. Debemos

perseverar, declaraba el ensayo. Eliminar los baluartes del Pentágono que sobreviven en las montañas Catskill, someter Tennessee, y sobre todo, el reducto de enconados reaccionarios de las rojas colinas de Oklahoma. Suspiró.

—Creo —dijo Tso-pin— que debemos conceder al señor Chien la oportunidad de estudiar este espinoso asunto con mayor tranquilidad. Chien, tiene autorización para llevarlos a su casa esta noche y estudiarlos en su tiempo libre.

Hizo una reverencia, a medias burlona, a medias solícita. En todo caso, aunque fuera un insulto, había sacado a Chien del atolladero, y Chien se lo agradecía.

—Es usted muy amable —murmuró— al permitirme realizar esta nueva y estimulante tarea en mi tiempo libre. Mikoyan lo aprobaría.

«Canallas —pensó. Tanto su superior como Pethel—. Arrojarme una patata caliente como ésta, y en mi tiempo libre. Obviamente el PC de Estados Unidos está en apuros. Sus academias de adoctrinamiento no logran convencer a los excéntricos y tozudos jóvenes yanquis. Y se han ido pasando la patata caliente hasta que llegó a mí. Gracias por nada», pensó con rencor.

Esa noche, en su pequeño pero bien situado apartamento, leyó el otro examen, perteneciente a una tal Marion Culper, y descubrió que también trataba sobre un poema.

Obviamente esto formaba parte de un curso de poesía, y no le gustó. Siempre le había molestado el uso de la poesía —o de cualquier arte— con propósitos sociales. De todos modos, repantigado en su mecedora de imitación de cuero, que mantenía erguida la columna vertebral, encendió un inmenso puro Cuesta Rey Number One English Market y se puso a leer.

La señorita Culper, autora del ensayo, había escogido como texto un fragmento de un poema de John Dryden, el autor inglés del siglo XVII, los últimos versos de la célebre Canción para el Día de Santa Cecilia.

Así, cuando la última y espantosa hora

devore el decrépito espectáculo,

la trompeta se oirá en lo alto:

los muertos vivirán, los vivos morirán,

y la música hará que el cielo desafine.

«Qué barbaridad —pensó Chien ácidamente—. ¿Debemos creer que Dryden anticipó la caída del capitalismo? ¿A eso se refería con el "decrépito espectáculo"? Cielos.» Se inclinó para coger su puro y descubrió que se había apagado. Hurgó en sus bolsillos, buscando el encendedor japonés. De pronto, el televisor lanzó un pitido desde el extremo del salón.

«Ajá —pensó Chien—. El Líder va a dirigimos la palabra. El Benefactor Absoluto del Pueblo, desde Pekín, donde vive desde hace noventa años. ¿O son cien? O, como a veces lo llamamos, el Asno…»

«Que diez mil capullos de abyecta pobreza voluntaria florezcan en vuestro patio espiritual», dijo el locutor.

Con un gruñido, Chien se levantó e hizo la reverencia obligatoria de respuesta. Cada televisor estaba equipado con dispositivos de monitorización para confirmar a la Polseg, la Policía de Seguridad, que el dueño hacía la reverencia y miraba el programa.

En la pantalla apareció un rostro claramente definido, los anchos, saludables y lozanos rasgos del Líder del PC Oriente, hombre de ciento veinte años que gobernaba sobre muchos hombres. «Demasiados», pensó Chien. «Al cuerno contigo», se dijo, y se instaló de nuevo en su mecedora, delante de la pantalla.

«Mis pensamientos —dijo el Benefactor Absoluto con voz matizada y lenta— están con vosotros, hijos míos. Sobre todo con Tung Chien de Hanoi, que se enfrenta a una dificultosa labor, una labor que enriquecerá al pueblo del Oriente Democrático, y también a la costa Oeste de Estados Unidos. Debemos pensar al unísono en este hombre noble y dedicado y en la tarea a la que se enfrenta. He decidido

tomar algunos instantes de mi tiempo para honrarle y alentarle. ¿Estás escuchando, Chien?»

—Sí, Su Grandeza —dijo Chien, y se preguntó cuántas probabilidades había de que el Líder del Partido lo hubiera escogido a él esa noche en especial. La respuesta le hizo sentir un cinismo indigno de un camarada. No era convincente. Quizás esta transmisión se enviara sólo a su edificio, o a esta ciudad. O quizá fuera una sincronización labial hecha en Hanoi TV. En todo caso debía escuchar, observar y asimilar. Lo hizo, siguiendo la práctica de toda una vida. Por fuera parecía rígidamente atento. Por dentro aún pensaba en los dos exámenes, preguntándose cuál era cuál. ¿Dónde terminaba el devoto entusiasmo partidario y dónde comenzaba el sarcasmo? Costaba diferenciarlo…, lo cual explicaba por qué le habían endilgado ese trabajo.

De nuevo buscó su encendedor en los bolsillos. Encontró el sobrecito gris que le había vendido el veterano de guerra. «Cielos», pensó, recordando cuánto le había costado. Dinero tirado. ¿Y para qué servía este remedio? Nada. Dio la vuelta al sobre y en el dorso vio un pequeño texto impreso. «Bien», pensó, y comenzó a abrirlo con cuidado. Las palabras habían llamado su atención pues ése era su propósito.

¿Fallas como miembro del Partido y como humano?

¿Temes volverte obsoleto y ser arrojado

a la pila de cenizas de la historia por…?

Leyó el texto deprisa, sin prestarle demasiada atención, tratando de averiguar qué había comprado. Entretanto el Benefactor Absoluto seguía con su cháchara.

Rapé. El paquete contenía rapé. Finísimos gránulos negros como pólvora cuyo atractivo aroma le cosquilleaba en la nariz. Esta mezcla, descubrió, se llamaba Princes Special y era muy agradable. En una época había probado rapé, ya que durante un tiempo se había prohibido fumar tabaco, por razones de salud, cuando estudiaba en la Universidad de Pekín. Estaba de moda, sobre todo las mezclas amatorias preparadas en Chung-king, hechas de quién sabía qué. ¿Esto era lo mismo? Cualquier sustancia aromática podía añadirse al rapé, desde una esencia hasta cangrejo pulverizado; al menos así lo parecía, sobre todo una mezcla inglesa llamada High Dry Toast, la cual había bastado para terminar con sus deseos de inhalar tabaco.

En la pantalla, el Benefactor Absoluto peroraba monótonamente mientras Chien olía ese polvo y leía la descripción: lo curaba todo, desde llegar tarde al trabajo, hasta enamorarse de una mujer de ideas políticas dudosas. Interesante. Pero típico de la publicidad. Llamaron a la puerta.

Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió con pleno conocimiento de lo que encontraría. Allí estaba Mou Kuei, el

menudo guardián del edificio, con sus ojos duros, siempre alerta. Se había puesto el brazalete y el casco de metal, demostrando que esto iba en serio.

—Camarada trabajador Chien, recibí una llamada de las autoridades televisivas. Usted no mira su pantalla de televisión y en cambio manipula un paquete de contenido dudoso. —Extrajo un formulario y un lapicero—. Dos marcas rojas; ahora se le ordena sumariamente adoptar una postura cómoda y relajada ante la pantalla para brindar al Líder toda su atención. Sus palabras, esta noche, van dirigidas particularmente a usted, camarada, a usted.

—Lo dudo —refunfuñó Chien.

—¿Qué quiere decir? —dijo Kuei, pestañeando.

—El Líder gobierna a ocho mil millones de camaradas. No va a escogerme a mí.

Estaba furibundo. La precisión de la reprimenda del guardián lo irritaba.

—Pero lo oí claramente con mis propios oídos —dijo Kuei—. Usted fue mencionado.

Chien fue hasta el televisor y subió el volumen.

—Pero ahora está hablando de los fracasos en la India Popular. Eso no es relevante para mí.

—¡Todo lo que declara el Líder es relevante! —Mou Kuei trazó una nueva marca en el formulario, se inclinó formalmente y se alejó—. Vine aquí a reprocharle su indolencia porque me llamaron de la Central. Obviamente ellos consideran que su atención es importante. Debo ordenarle que active su circuito de grabación automática de transmisiones y reproduzca los fragmentos anteriores del discurso del Líder.

Chien le hizo una pedorreta y cerró la puerta.

«De vuelta al televisor —pensó—. Al lugar donde pasamos nuestras horas de ocio.» Y allí estaban los dos exámenes. Esto también lo agobiaba. «Y en mi tiempo libre —pensó airadamente—. Al cuerno con ellos. Que se pudran.» Caminó hacia el televisor, dispuesto a apagarlo. Una luz roja de advertencia le informó que no tenía permiso para apagar el televisor. No podía deshacerse de ese discurso ni de esa imagen, ni siquiera si lo desenchufaba. «Los discursos obligatorios —pensó— nos matarán, nos enterrarán; si pudiera estar libre del ruido de los discursos, libre de la algarabía del Partido, que ladra mientras persigue a la humanidad…»

Pero ninguna ordenanza conocida le impedía consumir rapé mientras miraba al Líder. Abrió el paquete gris y descargó un montículo de gránulos negros en el dorso de su mano izquierda. Luego, con experiencia, se llevó la mano a las fosas nasales y aspiró, introduciendo el rapé en la nariz.

«Imagina esa vieja superstición —pensó—. Que las cavidades nasales están conectadas con el cerebro, y por ende una inhalación afecta directamente al córtex cerebral.» Sonrió, volvió a sentarse, fijó la mirada en la pantalla y el individuo gesticulante que todos conocían tan bien.

El rostro se encogió y desapareció, al igual que el sonido. Tenía delante un vacío. La pantalla estaba en blanco y el altavoz emitía un tenue susurro.

«El maldito rapé», pensó. Inhaló ávidamente el resto del polvo que tenía en la mano, introduciéndolo en las cavidades nasales y en el cerebro, o al menos tuvo esa sensación. Hundió la nariz en el rapé, absorbiéndolo con euforia.

La pantalla permaneció en blanco hasta que paulatinamente se formó y se consolidó otra imagen. No era el Líder. No era el Benefactor Absoluto del Pueblo, ni siquiera era un rostro humano.

Era una construcción mecánica, hecha de circuitos de transistores, con seudópodos ondulantes, lentes y altavoz. El altavoz empezó a arengarlo con un zumbido estrepitoso.

Miró fijamente. «¿Qué es esto? —se preguntó—. ¿Realidad? No, alucinación. El vendedor ambulante encontró algunas drogas psicodélicas usadas durante la

Guerra de Liberación. Está vendiendo esa mercancía y yo he tomado un poco, no, he tomado mucho.»

Fue a trompicones hasta el videófono, marcó el número de la división de Polseg más cercana al edificio.

—Deseo denunciar a un traficante de drogas alucinógenas —dijo.

—Su nombre, camarada, y su dirección —respondió un eficiente, atento e impersonal burócrata de la policía.

Dio la información y regresó tambaleándose a la mecedora de imitación de cuero, para presenciar nuevamente la aparición que había en la pantalla de televisión. «Esto es letal —pensó—. Debe de ser algún preparado desarrollado en Washington o Londres… mucho más fuerte y extraño que el LSD-25 que arrojaron con tan buenos resultados en nuestros tanques de agua. Y pensé que me libraría del peso de los discursos del Líder…, esto es mucho peor, esta monstruosidad electrónica de plástico y metal que gira y escupe y parlotea. Esto es aterrador.

»Tener que enfrentarme a ello el resto de mi vida…»

Los dos agentes de Polseg tardaron diez minutos en llamar a la puerta. Para entonces, la imagen del Líder había regresado gradualmente a la pantalla, reemplazando a esa espantosa construcción artificial que agitaba sus seudópodos y hablaba sin cesar. Recibió a los dos policías, y

temblando los condujo a la mesa donde había dejado el resto del rapé.

—Una toxina psicodélica —masculló—. De escasa duración. La corriente sanguínea la absorbe directamente a través de los capilares nasales. Les diré dónde la conseguí, quién me la dio, todo eso.

Aspiró profundamente. La presencia de la policía era reconfortante.

Los agentes esperaron con los lapiceros preparados. En el trasfondo, el Líder seguía con su discurso incesante. Como lo había hecho mil noches antes en la vida de Tung Chien. «Pero nunca será igual —pensó—, no para mí. No después de inhalar ese rapé casi tóxico.» ¿Eso era lo que ellos querían?

Qué raro, pensar en ellos. Raro, pero acertado. Titubeó al dar los detalles. Pensó en escatimar información, para que la policía no encontrara a ese sujeto.

—Un vendedor ambulante —empezó a decir—. No sé dónde, no recuerdo.

Pero recordaba. Recordaba la intersección exacta. Al fin, con inexplicable mala gana, se lo dijo todo.

—Gracias, camarada Chien. —El jefe del equipo de policía recogió el resto del rapé, del que quedaba la mayor parte, y

lo guardó en el bolsillo de su pulcro y planchado uniforme—. Lo haremos analizar cuanto antes y le informaremos de inmediato si se requieren precauciones médicas. Algunas de esas sustancias psicodélicas de la guerra terminaban por ser fatales, como sin duda habrá leído.

—Lo he leído —convino. Había pensado específicamente en eso.

—Buena suerte y gracias por avisarnos —dijeron ambos policías al marcharse. A pesar de su eficiencia, el asunto no pareció inquietarlos. Era evidente que se trataba de una denuncia rutinaria.

El informe del laboratorio llegó pronto, asombrosamente pronto, dada la vasta burocracia estatal. Le llegó por videófono, antes de que el Líder hubiera terminado su discurso.

—No es alucinógeno —le informó el técnico de Polseg.

—¿No? —preguntó él, intrigado. Curiosamente, no sintió el menor alivio. En absoluto.

—Al contrario. Es una fenotiacina, que como sin duda usted sabe es antialucinógena. Una alta concentración por gramo de mezcla, pero inofensiva. Puede bajar la presión sanguínea o provocar somnolencia. Probablemente robada de un almacén de suministros médicos de la guerra,

abandonado por los bárbaros en retirada. Yo no me preocuparía.

Chien colgó el videófono lentamente. Se acercó hasta la ventana de su apartamento —una bonita vista de otros rascacielos de Hanoi— para pensar.

Sonó el timbre de la puerta. Como en trance, cruzó el salón enmoquetado para abrir. Había una muchacha con un impermeable color tostado y un pañuelo sobre el cabello oscuro, lustroso y largo.

—¿Camarada Chien? —preguntó con voz tímida—. ¿Tung Chien, del Ministerio…?

Él la dejó entrar con cautela y cerró la puerta.

—Usted ha monitorizado mi videófono —le dijo. Era sólo una sospecha, pero algo le decía que no se equivocaba.

—¿Se llevaron el resto del rapé? —La muchacha miró a su alrededor—. Oh, espero que no. Hoy en día es difícil de conseguir.

—El rapé es fácil de conseguir —dijo él—. La fenotiacina no. ¿A eso se refiere?

La muchacha alzó la cabeza y lo estudió con sus enormes ojos oscuros.

—Sí, señor Chien… —Ella parecía insegura, todo lo contrario de los agentes de Polseg—. Cuénteme lo que vio. Para nosotros es muy importante confirmarlo.

—¿Tuve alguna opción? —preguntó él con sorna.

—Sí, en efecto. Eso es lo que nos confunde. No salió como habíamos planeado. No lo entendemos. No concuerda con ninguna teoría. —Con ojos aún más oscuros e interrogantes, dijo—: ¿Era esa forma espantosa y acuática? ¿Esa cosa viscosa y dentuda, la criatura extraterrestre? Por favor, dígamelo. ¡Tenemos que saberlo!

Respiraba agitadamente, con esfuerzo, y el impermeable tostado subía y bajaba. Él se sorprendió al observar ese ritmo.

—Una máquina —dijo.

—Ah. —Ella asintió vigorosamente—. Sí, entiendo. Un organismo mecánico que en nada se parece a un humano. No una imitación, ni algo construido para parecerse a un hombre.

—Eso no se parecía a un hombre.

«Ni siquiera intentaba hablar como un hombre», pensó.

—Usted entiende que no era una alucinación.

—Se me informó oficialmente que tomé fenotiacina. Es todo lo que sé —respondió Chien con parquedad. No quería hablar sino oír. Oír lo que esa muchacha podía decirle.

—Bien, señor Chien… —Ella inhaló profunda e irregularmente—. Si no era una alucinación, ¿qué era? ¿Qué nos queda? ¿Aquello que llaman extraconciencia? ¿Podría ser eso?

Él no respondió. Dándole la espalda, recogió con desgana los dos exámenes y les echó un vistazo, sin hacerle caso; esperando el próximo intento.

Ella olía a lluvia de primavera, a dulzura y agitación. Había belleza en su olor y su aspecto. «Y en sus palabras —pensó—. Tan diferente de los envarados discursos que oímos por televisión, que vengo oyendo desde mi infancia.»

—Al ingerir estelacina —dijo jadeante—, algunos ven una aparición, otros ven otra. Usted ingirió estelacina, señor Chien. Sin embargo, existen diferencias claras, no hay una variedad infinita. Algunos ven lo que usted vio; lo llamamos el Chirriante. Otros ven un horror acuático, el Borbollón. Y luego está el Ave, y el Tubo Trepador y… —se interrumpió—. Existen otras reacciones que son poco reveladoras; para nosotros, al menos. —Continuó, titubeante—. En cuanto a lo que le ha sucedido, señor Chien, nos gustaría que se uniera al grupo de los que ven lo que usted ve. El Grupo Rojo. Queremos saber qué es realmente y… —Gesticuló con sus

dedos largos y suaves—. No puede ser todas esas manifestaciones.

Su tono era candorosamente apremiante. Chien se relajó un poco.

—¿Usted qué ve? —le preguntó.

—Formo parte del Grupo Amarillo. Yo veo una tormenta. Un torbellino ululante y tenaz. Lo arranca todo de cuajo, aplasta apartamentos construidos para durar un siglo. —Sonrió vagamente—. El Triturador. Doce grupos en total, señor Chien. Doce experimentos totalmente distintos, todos con las mismas fenotiacinas, todas con el Líder hablando por televisión. Mejor dicho, esa cosa.

Le sonrió. Tenía las pestañas largas, quizás alargadas artificialmente, y una mirada seductora, incluso confiada. Como si pensara que él sabía algo o podía hacer algo.

—Mi deber de ciudadano es denunciarla —dijo al fin.

—No hay ley sobre esto. Estudiamos documentos judiciales soviéticos antes de encontrar gente para distribuir la estelacina. No tenemos mucha. Debemos distribuirla con mucho cuidado. Usted nos parecía una buena opción… un joven burócrata de posguerra en ascenso. —Cogió los exámenes que él tenía en la mano—. ¿Le han pedido una pol-lectura?

—¿Pol-lectura? —No conocía el término.

—Estudiar algo que se ha dicho o escrito para ver si coincide con el actual punto de vista del Partido. La gente de su nivel lo llama lectura, ¿verdad? —De nuevo sonrió—. Cuando ascienda un paso más, con el señor Tso-pin, conocerá esa expresión. —Y añadió sombríamente—: Y con el señor Pethel. Él también está muy arriba. Señor Chien, no hay escuela ideológica en San Fernando. Estos exámenes son falsos y están diseñados para que ellos puedan realizar un análisis exhaustivo de su ideología política, señor Chien. ¿Ha podido distinguir cuál de ellos es el ortodoxo y cuál el herético? —Hablaba con voz de duendecillo pícaro—. Si elige mal, su incipiente carrera quedará frenada. Si elige bien…

—¿Usted sabe cuál es cuál?

—Sí. Tenemos dispositivos de escucha en las oficinas de Tso-pin. Monitorizamos su conversación con el señor Pethel, que no es el señor Pethel sino el inspector Judd Craine de Polseg. Quizás haya oído hablar de él. Actuó como asistente principal del juez Vorlawsky en el juicio por crímenes de guerra de Zúrich, en el 98.

—Entiendo —dijo Chien con dificultad.

Eso lo explicaba todo.

—Mi nombre es Tanya Lee —dijo la muchacha.

Él no dijo nada. Se limitó a asentir, demasiado pasmado para pensar.

—Técnicamente, soy una empleada menor de su Ministerio —dijo la señorita Lee—. Sin embargo, usted jamás se ha topado conmigo, que yo recuerde. Tratamos de obtener puestos donde sea posible. Tan alto como sea posible. Mi jefe…

—¿Es prudente que me cuente esto? —Chien señaló el televisor, que seguía encendido—. ¿No estarán vigilando?

—Hemos introducido un factor ruido en la salida de vídeo y audio de este edificio. Tardarán casi una hora en localizar la interferencia. Así que tenemos… —Echó un vistazo al reloj que llevaba en la delgada muñeca—. Quince minutos más. Todavía estamos seguros.

—Dígame qué examen es el ortodoxo.

—¿Eso es todo lo que le importa? ¿De veras?

—¿Qué otra cosa debería importarme?

—¿No lo entiende, señor Chien? Usted ha descubierto algo. El Líder no es el Líder. Es otra cosa, pero aún no sabemos qué. Señor Chien, con el debido respeto, ¿alguna vez hizo analizar el agua que bebe? Sé que parece paranoico, ¿pero lo ha hecho?

—No, claro que no.

Sabía qué le diría ella.

—Nuestros análisis —dijo la señorita Lee— indican que está saturada de alucinógenos. Lo está, lo ha estado y lo estará. No los que se usaban durante la guerra. No los que provocan desorientación, sino un derivado sintético del cornezuelo llamado Datrox 3. Usted lo bebe en este edificio desde que se levanta. Lo bebe en restaurantes y en otros apartamentos que visita. Lo bebe en el Ministerio. Todo se distribuye desde una fuente central y común. —El tono era lúgubre y feroz—. Hemos resuelto ese problema. En cuanto lo descubrimos, supimos que cualquier buena fenotiacina serviría para contrarrestarlo. Lo que no sabíamos era que había una variedad de experiencias auténticas. Racionalmente no tiene sentido. La alucinación debería diferir de una persona a otra, y la experiencia real debería ser universal…; está todo al revés. Doce alucinaciones mutuamente excluyentes, eso sería fácil de entender. Pero no una alucinación y doce realidades.

Dejó de hablar y estudió los dos exámenes, arrugando el entrecejo.

—El del poema árabe es el ortodoxo. Si usted responde esto, confiarán en usted y le darán un puesto más alto. Subirá otro peldaño en la jerarquía del Partido. —Con una sonrisa (sus dientes eran perfectos y adorables) concluyó—:

Mire lo que ha recibido a cambio de su inversión de esta mañana. Su cabeza estará segura durante un tiempo. Con nuestro respaldo.

—No la creo. —Instintivamente, era presa de su recelo, el recelo de alguien que se había pasado una vida entre los esbirros de la rama Hanoi del PC Oriente. Conocían infinitos modos de eliminar a sus rivales, y él había empleado algunos, y también los había sufrido en carne propia. Este podía ser un método nuevo que él desconocía. Todo era posible.

—Esta noche el Líder lo mencionó en su discurso —dijo la señorita Lee—. ¿No le pareció extraño? ¿Usted entre todo el mundo? Un burócrata menor de un Ministerio modesto…

—Lo admito. Sí, me pareció extraño.

—Pero era auténtico. El Benefactor Absoluto está preparando un cuadro selecto de jóvenes de la posguerra, para infundir nueva vida a la reseca y moribunda jerarquía de viejos carcas y propagandistas del Partido. Su Grandeza lo escogió por el mismo motivo que nosotros. Si da los pasos correctos, su carrera puede llevarlo a la cima. Al menos por un tiempo…, según sabemos. Así son las cosas.

«Así que todos tienen fe en mí —pensó Chien—. Todos excepto yo. Y menos después de esta experiencia con el rapé antialucinatorio.» Había hecho temblar años de confianza, y

justificadamente. Sin embargo, comenzaba a recobrar el equilibrio. Lo sintió regresar, al principio un goteo, luego un torrente.

Fue al videófono, alzó el receptor y se dispuso, por segunda vez esa noche, a marcar el número de la Policía de Seguridad de Hanoi.

—Entregarme —dijo la señorita Lee— sería la segunda decisión más regresiva que usted podría tomar. Les diré que me trajo aquí para sobornarme. Que usted creía, dado mi puesto en el Ministerio, que yo sabría qué examen escoger.

—¿Y cuál sería la primera decisión más regresiva?

—No tomar otra dosis de fenotiacina —dijo la señorita Lee sin alterarse.

Colgando el teléfono, Tung Chien pensó: «No sé lo que me ocurre. Dos fuerzas. Por una parte, el Partido y Su Grandeza. Por la otra, esta muchacha y su presunto grupo. Unos quieren que ascienda en la jerarquía del Partido. Los otros…» ¿Qué quería Tanya Lee? Por debajo de las palabras, más allá de la pátina casi trivial de desprecio por el Partido, por el Líder, por las pautas éticas del Frente Unido Democrático Popular… ¿qué quería de él?

—¿Usted se opone al Partido? —preguntó con curiosidad.

—No.

—Pero… —Chien gesticuló dubitativamente—… eso es todo lo que hay. Partido y antipartido. Usted debe de estar a favor del Partido, entonces. —La miró desconcertado. Ella sostuvo la mirada sin inmutarse—. Ustedes tienen una organización, y se reúnen. ¿Qué se proponen destruir? ¿La actividad normal del gobierno? ¿Son ustedes como los traidores estudiantes universitarios de Estados Unidos durante la guerra de Vietnam, que detenían envíos de tropas, se manifestaban…?

—Las cosas no fueron así —suspiró la señorita Lee—. Pero eso no importa. Sólo queremos saber quién o qué nos lidera. Debemos infiltrarnos lo suficiente para contar con alguien, un joven teórico en ascenso, por ejemplo, a quien puedan invitar a charlar personalmente con el Líder, ¿entiende? —dijo levantando la voz. Consultó el reloj, obviamente ansiosa de marcharse. Los quince minutos terminarían pronto—. Pocas personas ven al Líder, como usted sabe. Es decir, pocos lo ven de veras.

—Está casi recluido debido a su avanzada edad.

—Tenemos una esperanza. Si usted supera esta tramposa prueba, y con mi ayuda lo hará, será invitado a una de las fiestas exclusivas que el Líder celebra de vez en cuando, y que no se mencionan en los periódicos. ¿Entiende ahora? —Elevó la voz con frenética desesperación—. Entonces sabríamos. Si usted pudiera entrar allí bajo la influencia de

la droga antialucinógena, si pudiera verlo cara a cara tal cual es…

—Y así terminar mi vida de funcionario público. Quizá mi vida a secas.

—Usted está en deuda con nosotros —replicó Tanya Lee palideciendo—. Si no le hubiera dicho qué examen escoger, habría elegido mal y su laboriosa carrera habría concluido de todos modos. Habría sido suspendido sin siquiera saber que le estaban examinando.

—Tenía una probabilidad del cincuenta por ciento —protestó él débilmente.

—No. —Ella sacudió la cabeza—. El ensayo herético está lleno de expresiones propias de la jerga del Partido. Prepararon a propósito los dos textos para tenderle una trampa. Ellos querían que usted fracasara.

Una vez más estudió los dos exámenes, sintiéndose confundido. ¿Tenía razón la señorita Lee? Quizá. Podría ser. Era creíble, conociendo a los funcionarios del Partido como él los conocía, y sobre todo a Tso-pin, su superior. Se sintió fatigado, derrotado.

—Usted quiere un quid pro quo. Ya hizo algo por mí; obtuvo la respuesta a ese examen del Partido. Usted ya ha cumplido su parte. ¿Qué me impide echarla con cajas destempladas? No tengo por qué hacer nada.

Su voz resonaba con la frialdad emocional que era tan habitual en los círculos del Partido.

—Habrá otras pruebas mientras continúa su ascenso —dijo la señorita Lee—. Y también lo ayudaremos.

Estaba tranquila, serena. Sin duda había previsto esta reacción.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —preguntó Chien.

—Ahora me iré. No tenemos prisa. No lo van a invitar a la villa del río Yangtsé la próxima semana, ni siquiera el próximo mes. —Fue hasta la puerta, la abrió, se detuvo—. A medida que vaya siendo sometido a esas pruebas subrepticias, nos comunicaremos con usted para darle las respuestas. En esas ocasiones se verá con alguno de nosotros. Quizá no sea yo. Probablemente sea ese veterano de guerra lisiado quien le venda las respuestas correctas cuando usted salga del Ministerio. —Sonrió fugazmente, una sonrisa velada—. Pero un día, inesperadamente, recibirá una pomposa invitación formal y oficial, y cuando vaya a la villa estará sedado con estelacina; quizá la última dosis de nuestra menguante provisión. Buenas noches.

Cerró la puerta. Se había ido.

«Por Dios —pensó Chien—. Ellos pueden extorsionarme por lo que hice, y ella ni siquiera se molestó en mencionarlo. En semejante situación, ni vale la pena mencionarlo.

»¿Pero extorsionarme para qué? —Ya había dicho a la Polseg que le habían dado una droga que resultó ser una fenotiacina—. Entonces ellos saben —comprendió—. Me vigilarán. Estarán alerta. Técnicamente, he infringido una ley, pero… estarán vigilando, sin duda.»

Pero, en definitiva, vigilaban siempre. Se relajó un poco al pensar en eso. A través de los años se había acostumbrado, igual que todos los demás.

«Veré al Benefactor Absoluto del Pueblo tal como es —pensó—. Lo cual quizá nadie haya hecho. ¿Cómo será? ¿Cuál de las categorías no alucinatorias? Categorías que yo ni siquiera conocía, una visión que puede trastornarme por completo. ¿Cómo podré soportar la velada, mantener la compostura, si es como la forma que vi en la pantalla de televisión? El Triturador, el Chirriante, el Ave, el Tubo Trepador, el Borbollón… o algo peor.»

Se preguntó en qué consistirían las otras visiones, y desistió de esa especulación. No llevaba a ninguna parte y era demasiado angustiante.

A la mañana siguiente Tso-pin y Darius Pethel se reunieron con él en su oficina, ambos estaban tranquilos pero

expectantes. Sin decir nada, él les entregó uno de los exámenes. El ortodoxo, con su breve y conmovedor poema árabe.

—Este es obra de un dedicado miembro del Partido, o aspirante a ello —declaró Chien. Golpeó las hojas restantes—. El otro es basura reaccionaria. —Manifestó un acceso de furia—. A pesar de una superficial…

—De acuerdo, señor Chien —dijo Pethel, moviendo la cabeza—. No es preciso entrar en detalles. Su análisis es correcto. ¿Oyó que el Líder lo mencionó en su discurso de anoche?

—Por supuesto.

—Entonces sin duda ha inferido que nuestro proyecto es de suma importancia. El Líder le ha echado el ojo, eso está claro. De hecho, se ha comunicado conmigo para hablarme de usted. —Pethel abrió su abultado maletín y hurgó en su interior—. Perdí esa maldita cosa. De todos modos —miró de soslayo a Tso-pin, quien asintió con un leve gesto—, Su Grandeza desea que usted se presente para cenar en la villa del río Yangtsé el próximo jueves por la noche. La señora Fletcher, sobre todo, agradecería…

—¿La señora Fletcher? —preguntó Chien—. ¿Quién es la señora Fletcher?

Después de una pausa, Tso-pin dijo en tono adusto:

—La esposa del Benefactor Absoluto. Cuyo nombre, que por supuesto usted jamás oyó, es Thomas Fletcher.

—Es un hombre blanco —explicó Pethel—. En sus orígenes pertenecía al Partido Comunista de Nueva Zelanda. Participó en la difícil toma del poder allí. Esta noticia no es estrictamente secreta, pero tampoco se ha difundido a voz en cuello. —Titubeó, jugando con su reloj de cadena—. Quizá sea mejor que se olvide de ello. Por cierto, en cuanto lo conozca, verá que es un hombre blanco. Como muchos de nosotros.

—La raza no tiene nada que ver con la lealtad al Líder y al Partido —señaló Tso-pin—. Como indica nuestro señor Pethel.

«Pero Su Grandeza», pensó Chien, conmocionado. En la pantalla de televisión no parecía ser occidental.

—En televisión… —balbuceó.

—La imagen —interrumpió Tso-pin— está sometida a una serie de habilidosos ajustes con propósitos ideológicos. La mayoría de las personas que ocupan altos cargos son conscientes de ello.

Miró con dureza a Chien.

«Conque todos están de acuerdo —pensó Chien—. Lo que vemos todas las noches no es real. ¿Pero hasta qué punto es irreal? ¿Lo es total o parcialmente?»

—Estaré preparado —dijo con voz tensa. Y pensó: «Ha habido un fallo. La gente que Tanya representa no estaba preparada para que me invitaran tan pronto. ¿Dónde está el antialucinógeno? ¿Puede conseguírmelo o no? Quizá no, a tan corto plazo.»

Curiosamente, se sentía aliviado. Comparecería en presencia de Su Grandeza con la posibilidad de verlo como ser humano, verlo como él y todos los demás lo veían en televisión. Sería una cena estimulante y jovial, con algunos de los miembros del Partido más influyentes de Asia. «Creo que podré prescindir de la fenotiacina», pensó.

Y se sintió aún más aliviado.

—Hela aquí, por fin —dijo de pronto Pethel sacando un sobre blanco del maletín—. Su invitación. El jueves por la mañana volará a la villa del Líder en sinocohete; allí el oficial de protocolo lo instruirá sobre la conducta que se espera de usted. Será ropa formal, con esmoquin, pero la atmósfera será cordial. Siempre hay muchos brindis.

—Yo ya he asistido a un par de estas reuniones. El señor Tso-pin todavía no ha tenido ese honor. —Arrugó la cara en

una sonrisa—. Pero, como dicen, todo llega para quien sabe aguardar. Lo dijo Benjamin Franklin.

—Para el señor Chien ha llegado prematuramente, diría yo —señaló Tso-pin encogiéndose de hombros con resignación—. Pero en ningún momento se me ha pedido opinión.

—Una cosa —le dijo Pethel a Chien—. Cuando vea a Su Grandeza en persona, quizá sufra alguna decepción. En tal caso, procure no evidenciarlo. Siempre tendemos a verlo como algo más que un hombre. Así nos han entrenado. Pero a la mesa es… un poco vulgar. En ciertos aspectos es como nosotros. Quizá se complazca, por ejemplo, en una actividad oral agresiva y pasiva moderadamente humana; puede que cuente alguna anécdota subida de tono o beba demasiado. Con franqueza, nadie sabe de antemano cómo resultarán estas cosas, pero en general se prolongan hasta la madrugada. Así que sería prudente aceptar la dosis de anfetaminas que le ofrecerá el oficial de protocolo.

—¿Cómo? —dijo Chien. Esto era novedoso e interesante.

—Para tener más energía, y para contrarrestar el efecto de la bebida. Su Grandeza tiene una notable capacidad para permanecer despierto. Con frecuencia sigue en pie y pletórico de energías cuando todos los demás se han derrumbado.

—Un hombre notable —intervino Tso-pin—. Creo que sus extravagancias sólo demuestran que es un individuo excepcional. Y adaptable. Es como el hombre renacentista ideal, como Lorenzo de Médicis.

—En efecto —concedió Pethel.

Estudió a Chien con tal intensidad que él sintió los mismos escalofríos de la noche anterior. «¿Me conducen de una trampa a otra? —se preguntó—. ¿Esa muchacha, sería una agente de la Polseg que me sondeaba, dispuesta a descubrir una vena desleal y antipartidaria en mí? Eludiré a ese veterano sin piernas al salir del trabajo. Cogeré otro camino para regresar a mi apartamento.»

Tuvo éxito. Ese día eludió al vendedor ambulante, y también el siguiente, y así hasta el jueves.

El jueves por la mañana el vendedor salió de debajo de un camión aparcado y le cerró el paso, situándose frente a él.

—¿Y mi medicación? —preguntó el vendedor—. ¿Ayudó? Sé que fue así. La fórmula se remonta a la dinastía Sung. Sé que ayudó.

—Déjame pasar —dijo Chien.

—¿Tendrías la bondad de responder?

No hablaba con el tono gimoteante que se podría esperar de un vendedor callejero marginal, y su voz firme impactó en Chien; la oía con toda claridad. Loud and clear, como decían las tropas títeres imperialistas tiempo atrás.

—Sé lo que me diste —dijo Chien—. Y no quiero más. Si cambio de parecer, puedo comprarlo en una farmacia. Gracias.

Echó a andar, pero el vendedor lisiado lo persiguió con su carrito. —La señorita Lee habló conmigo —dijo el vendedor en voz alta. Chien gruñó y apretó el paso; vio un aerotaxi y se dispuso a llamarlo.

—Esta noche irás a la cena de la villa del río Yangtsé —dijo el vendedor, jadeando en su esfuerzo para alcanzarlo—. Toma la medicación ahora —imploró, ofreciéndole un sobre—. Por favor, camarada Chien. Por tu bien, por el bien de todos nosotros. Así sabremos con qué nos enfrentamos. Cielo santo, quizá no sea de la Tierra. Es lo que más tememos. ¿No lo entiendes, Chien? ¿Qué es tu condenada carrera comparada con eso? Si no averiguamos…

El taxi se posó en la acera y abrió las puertas. Chien se dispuso a abordarlo.

El sobre voló junto a él, rebotó en la entrada del taxi y aterrizó en el piso mojado por la lluvia.

—Por favor —dijo el vendedor—. Y no te costará nada. Hoy es gratis. Sólo tómala, úsala antes de la cena. Y no consumas las anfetaminas. Estimulan el tálamo, y están contraindicadas cuando se usa un supresor adrenal como la fenotiacina.

La puerta del taxi se cerró detrás de Chien, y éste se sentó.

—¿Adonde, camarada? —preguntó el piloto robot. Chien dio el número de identificación de su apartamento.

—Ese vendedor imbécil logró introducir su sórdida mercancía en mi pulcro interior —dijo el robot—. Fíjese, está junto a sus pies.

Chien vio el paquete. Apenas un sobre común. «Supongo —pensó— que así es como te llegan las drogas. De pronto están allí.» Vaciló un instante y lo recogió.

Como la vez anterior, había un texto además del producto, pero esta vez estaba escrito a mano. Una letra femenina. La señorita Lee:

Nos sorprendió la súbita invitación, pero gracias al cielo estábamos preparados. ¿Dónde estuvo usted el martes y el miércoles? De todos modos, aquí tiene, y buena suerte. Me comunicaré con usted durante la semana. No quiero que trate de encontrarme.

Quemó la nota en el cenicero del taxi. Y conservó los gránulos oscuros.

«Todo este tiempo —pensó—. Alucinógenos en el suministro de agua. Año tras año. Durante décadas. Y no en tiempos de guerra, sino en tiempos de paz. Y no en el bando enemigo sino en el nuestro. Malditos canallas, quizá deba consumir esto. Quizá deba averiguar qué es e informar al grupo de Tanya. Lo haré», decidió. También sentía una gran curiosidad.

Una emoción inconveniente, como bien sabía. La curiosidad podía ser fatal en el trabajo, sobre todo en las actividades del Partido.

Y en ese momento lo dominaba por completo. Se preguntó si duraría toda la noche. Sí, cuando llegara el momento, inhalaría lo del sobre.

El tiempo lo diría. Diría eso y todo lo demás. «Somos flores que se recogen en la planicie», pensó. Como decía el poema árabe. Trató de recordar el resto del poema pero no pudo. Quizá fuera mejor así.

El oficial de protocolo de la villa, un japonés llamado Kimo Okubara, alto y gruñón, obviamente ex luchador, lo estudió con innata hostilidad, incluso después de haber presentado su invitación con letras caladas y demostrado su identidad.

—Sorprende que molestarte en venir —masculló Okubara—. ¿Por qué no quedarte a ver televisión? Nadie echarte de menos. Hasta ahora pasarlo bien sin ti.

—Ya he mirado la televisión —replicó Chien. De todos modos estas cenas rara vez se televisaban. Eran demasiado lujuriosas.

Los hombres de Okubara lo cachearon en busca de armas, incluyendo la posibilidad de un supositorio anal. Luego le devolvieron su ropa. Sin embargo, no encontraron la fenotiacina, porque él ya la había ingerido. Los efectos de esa droga duraban cuatro horas; sería más que suficiente. Y, como había dicho Tanya, era una gran dosis. Se sentía torpe, mareado. Su lengua se movía espasmódicamente, parecía el mal de Parkinson, un desagradable efecto colateral que él no había previsto.

Pasó una muchacha desnuda de la cintura para arriba, con un largo cabello cobrizo que le caía sobre los hombros y la espalda. Interesante.

Del otro lado, apareció otra muchacha desnuda, esta vez desde el trasero para arriba. Interesante, también. Ambas muchachas parecían ausentes y aburridas, y totalmente dueñas de sí.

—Tú también entrar como ellas —le dijo Okubara.

—Entendí que era con esmoquin —dijo Chien, sobresaltado.

—Broma —dijo Okubara—. A costa tuya. Sólo las chicas ir desnudas. Divertirte, a menos que ser homosexual.

«Bien —pensó Chien—, será mejor que me guste.» Se mezcló con los demás invitados, que usaban esmoquin como él, o vestido largo, si eran mujeres, y se sintió incómodo, a pesar del efecto tranquilizador de la estelacina. «¿Por qué estoy aquí?», se preguntó. Comprendía la ambigüedad de su situación. Estaba ahí para promover su carrera en el aparato del Partido, para obtener la íntima y personal aprobación de Su Grandeza. Y también estaba ahí para desenmascarar a Su Grandeza como un fraude; no sabía qué clase de fraude, pero así era: un fraude contra el Partido, contra todos los pueblos democráticos y pacíficos de la Tierra. «Irónico», pensó. Y siguió mezclándose con los demás.

Una muchacha de pechos pequeños, brillantes y luminosos se le acercó para pedirle fuego. Con movimiento lento sacó su encendedor.

—¿Qué es lo que hace brillar tus pechos? —le preguntó—. ¿Inyecciones radiactivas?

Ella se encogió de hombros y siguió de largo sin responder. Evidentemente no había sido una pregunta atinada. «Quizá sea una mutación de la guerra», pensó.

—Bebidas, señor.

Un criado le ofreció una bandeja. Él cogió un martini, que estaba de moda entre las clases altas del Partido en la China Popular. Saboreó la bebida helada y seca. «Buen gin inglés», se dijo. O quizás era el compuesto holandés original; enebro o lo que fuera. No estaba mal. Siguió caminando, sintiéndose mejor. De hecho, la atmósfera le resultaba agradable. Los invitados irradiaban confianza. Habían triunfado y ahora podían distenderse. La noción de que la cercanía de Su Grandeza producía angustia neurótica era un mito. No veía indicios de ella, y él no la sentía.

Un hombre mayor, corpulento y calvo lo detuvo apoyándole la copa en el pecho.

—Esa criatura menuda que te pidió fuego —dijo el hombre mayor, riendo entre dientes—. La de pechos navideños. Era un muchacho vestido de mujer. —Rió—. Aquí debes andarte con cuidado.

—¿Dónde se encuentran las mujeres auténticas? —preguntó Chien—. ¿Usan esmoquin?

—No vas desencaminado —dijo el hombre mayor, y se alejó con una turba de invitados hiperactivos, dejando a Chien a solas con su martini.

Una mujer alta, guapa y elegante apoyó la mano en el brazo de Chien. Él sintió que los dedos de la mujer le apretaban el brazo.

—Aquí viene Su Grandeza. Para mí es la primera vez. Estoy un poco asustada. ¿Mi pelo está bien?

—Sí —dijo Chien con aprobación, y siguió la mirada de la mujer, buscando su primera visión del Benefactor Absoluto. Lo que cruzaba la sala, dirigiéndose a la mesa del centro, no era humano.

Tampoco era una construcción mecánica. No era lo que él había visto en televisión. Evidentemente eso era sólo un artilugio para los discursos, del mismo modo que Mussolini había usado un brazo artificial para saludar durante los largos y tediosos desfiles.

«Dios», pensó, y sintió náuseas. ¿Esto era lo que Tanya Lee había llamado el horror acuático? No tenía forma. Ni seudópodos, de carne o metal. En cierto sentido ni siquiera estaba allí; cuando Chien lograba mirarla directamente, la forma desaparecía; podía ver a través de ella, veía la gente que estaba al otro lado, pero no la forma. Pero si movía la cabeza y miraba de soslayo, podía determinar sus límites.

Era atroz, arrasador. Al desplazarse sorbía la vida de cada persona, una cada vez; devoraba a la gente agrupada, seguía su camino, devoraba de nuevo y devoraba más con un

apetito incesante. Odiaba. Chien podía sentir ese odio. Detestaba a todos los presentes. Más aún, Chien compartía ese sentimiento. De pronto, Chien y todos los que estaban presentes en la gran villa eran babosas crispadas, y la criatura se detenía con delectación en todos sus cadáveres, pero siempre iba directamente hacia él. ¿O eso era una alucinación? «Si es una alucinación —pensó Chien—, es la peor que he tenido; si no lo es, es una realidad maligna. Es una cosa maligna que mata y destruye.» Vio los restos de mujeres y hombres pisoteados y triturados; vio que trataban de recomponerse, de arreglar sus cuerpos mutilados; oyó que intentaban hablar.

«Sé quién eres —pensó Tung Chien—. Tú, el jefe supremo de la estructura mundial del Partido. Tú, que destruyes cada objeto viviente que tocas; veo ese poema árabe, veo que buscas las flores de la vida para devorarlas. Te veo en la planicie que para ti es la Tierra, una extensión chata sin colinas ni valles. Vas a cualquier parte, apareces en cualquier momento, devoras cualquier cosa; modelas la vida y la engulles, y disfrutas con ello. Eres Dios», pensó.

«Chien —dijo la voz, pero sonaba dentro de su cabeza en vez de salir del espíritu sin boca que se perfiló delante de él—. Me alegra verte de nuevo. Tú no sabes nada. Lárgate. No tengo interés en ti. ¿Por qué debería interesarme la baba? Baba. Estoy sumergido en ella, debo excretarla, y eso hago. Podría destruirte. Incluso puedo destruirme a mí mismo. Hay piedras filosas debajo de mí. Desparramo cosas

filosas y puntiagudas en el cieno. Hago que los escondrijos, los lugares profundos, hiervan como un cuenco; para mí el mar es como un ungüento. Los copos de mi carne están unidos a todo. Tú eres yo. Yo soy tú. No hay diferencia, del mismo modo que no importa si la criatura de pechos luminosos es varón o hembra. Tú podrías aprender a gozar de ambos.»

Rió.

Chien no podía creer que le hablara a él. No podía ni imaginar que lo hubiera escogido. Era demasiado terrible.

«Os he escogido a todos —dijo la voz—. Nadie es demasiado pequeño, cada cual cae y muere y yo estoy allí para observar. No necesito hacer nada salvo observar. Es automático. Fue dispuesto de este modo.»

Dejó de hablar y se disgregó. Pero Chien aún lo veía. Sentía su presencia múltiple. Era una esfera que colgaba en el salón, con cincuenta mil ojos, un millón de ojos, miles de millones; un ojo por cada cosa viviente mientras esperaba que cada cosa cayera, y luego pisaba cada cosa viviente y caída. Para esto había creado las cosas, y Chien comprendió. Lo que en el poema árabe parecía la muerte no era la muerte sino Dios; mejor dicho, Dios era la muerte, era una fuerza, un cazador, una entidad caníbal, y fallaba algunas veces pero, disponiendo de toda la eternidad, podía permitirse el lujo de fallar. Ambos poemas, comprendió; también el de

Dryden. El decrépito desfile; ése es nuestro mundo, por obra tuya. Lo distorsionas para que sea así; nos tuerces.

«Pero al menos —pensó—, aún tengo mi dignidad.» Con dignidad dejó el vaso, se dio la vuelta y caminó hacia las puertas de la sala. Traspuso las puertas y recorrió un largo pasillo enmoquetado. Un criado vestido de rojo le abrió una puerta; se encontró en la oscuridad de la noche, en una veranda, a solas. No, a solas no.

Esa cosa lo había seguido. O había llegado antes. Sí, lo estaba esperando. Aún no había terminado con él.

—Allá voy —dijo Chien.

Se lanzó hacia la barandilla. Estaba a seis pisos de altura, y allá abajo relucían el río y la muerte, no lo que decía el poema árabe. Cuando Chien iba a saltar, la criatura lo sujetó por un hombro.

—¿Por qué? —preguntó Chien. Pero se detuvo. Intrigado. Sin entender.

—No te arrojes por mí —dijo la criatura.

No podía verla porque se había puesto detrás de él. Pero la prolongación que le tocaba el hombro cobró la forma de una mano humana. La criatura rió.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó Chien, vacilando sobre la barandilla, sostenido por la seudomano.

—Estás haciendo el trabajo por mí. No esperas. ¿No tienes tiempo para esperar? Te seleccionaré entre los demás. No tienes por qué acelerar el proceso.

—¿Y si lo hago? Por repulsión a ti.

La cosa rió. No respondió.

—Ni siquiera respondes —dijo Chien.

Tampoco esta vez recibió respuesta. Se alejó de la barandilla. La presión de la seudomano cedió.

—¿Tú fundaste el Partido? —preguntó Chien.

—Yo fundé todo. Fundé el antipartido, y el Partido que no es un partido, y a sus simpatizantes y opositores, los que llamas imperialistas yanquis, los reaccionarios, y así sucesivamente. Lo fundé todo. Como si fueran hojas de hierba.

—¿Y estás aquí para disfrutarlo?

—Lo que quiero es que me veas tal como soy, como me has visto, y luego confíes en mí.

—¿Qué? —preguntó Chien con voz trémula—. ¿Que confíe en ti para qué?

—¿Crees en mí?

—Sí, puedo verte.

—Entonces vuelve a tu trabajo en el Ministerio. Dile a Tanya Lee que viste a un anciano agotado y obeso que bebe demasiado y pellizca el trasero de las chicas.

—Santo Dios.

—Mientras sigas viviendo, sin poder detenerte, te atormentaré. Te privaré poco a poco de todo lo que posees o deseas. Y cuando estés a punto de morir, te desvelaré un misterio.

—¿Cuál es el misterio?

—Los muertos vivirán, los vivos morirán. Yo mato lo que vive. Salvo lo que ha muerto. Y te diré esto: hay cosas peores que yo. Pero no las conocerás porque para entonces te habré matado. Ahora regresa al comedor y prepárate para la cena. No cuestiones lo que hago. Lo hice mucho antes de que hubiera un Tung Chien y lo seguiré haciendo mucho después.

Chien golpeó con todas sus fuerzas. Y experimentó un dolor violento en la cabeza. Y oscuridad, sensación de caída.

Después de eso, oscuridad de nuevo.

«Te atraparé —pensó—. Haré que tú mueras también. Que sufras. Sufrirás, igual que nosotros, tal como sufrimos nosotros. Te destruiré. Juro por Dios que te destruiré. Y te dolerá. Tanto como a mí me duele ahora.» Cerró los ojos.

Alguien lo sacudió bruscamente y oyó la voz de Kimo Okubara.

—De pie, borrachín. Andando.

—Necesito un taxi —dijo él sin abrir los ojos.

—Taxi ya esperar. Tú a casa. Vergüenza. Escena violenta, escandalosa.

Levantándose penosamente, abrió los ojos y se miró. «El Líder a quien seguimos —pensó—, es el Dios Único y Verdadero. Y el enemigo contra quien luchamos y hemos luchado también es Dios. Tienen razón; está en todas partes. Pero yo no entendía lo que eso significaba. —Mirando al oficial de protocolo, pensó—: Tú también eres Dios. Así que no hay modo de escapar, ni siquiera saltando. Como pensaba hacer, por instinto.» Tiritó.

—Mezclar bebida con drogas —protestó Okubara—. Carrera arruinada. Verlo ocurrir muchas veces. Largo de aquí.

Caminó tambaleándose hacia la gran puerta central de la villa del río Yangtsé. Dos criados con penachos de plumas,

vestidos como caballeros medievales, abrieron la puerta ceremoniosamente.

—Buenas noches, señor —saludó uno de ellos.

—Púdrete —dijo Chien, y se perdió en la noche.

A las tres menos cuarto de la mañana, mientras permanecía insomne en el salón de su apartamento, fumando un Cuesta Rey Astoria tras otro, llamaron a la puerta.

Al abrirla, vio a Tanya Lee arrebujada en su abrigo, el rostro encogido de frío. Los ojos de la muchacha ardían de curiosidad.

—No me mires así —dijo él con malos modos. El puro se había apagado. Volvió a encenderlo—. Ya me han mirado bastante.

—Lo viste —dijo ella.

Él asintió.

Tanya se sentó en el brazo del diván.

—¿Qué puedes decirme? —preguntó al rato.

—Vete de aquí, tan lejos como puedas —dijo Chien—. Vete muy lejos. —Y luego recordó: nunca habría distancia suficiente. Recordó que también había leído eso—. Olvídalo.

Se levantó y fue a la cocina a preparar café. Tanya lo siguió.

—¿Tan malo fue? —preguntó.

—No se puede ganar —dijo él—. Tú no puedes ganar. Yo no me incluyo. No estoy en esto. Sólo quería hacer mi trabajo en el Ministerio y olvidarlo. Olvidar este condenado asunto.

—¿No es de la Tierra?

—No.

—¿Es hostil hacia nosotros?

—Sí. No. Ambas cosas. Ante todo es hostil.

—Entonces debemos…

—Vete a casa. Vete a dormir. —Chien la miró con atención. Había permanecido sentado largo rato y había cavilado mucho. Sobre muchas cosas—. ¿Estás casada?

—No. Ahora no. En otro tiempo sí.

—Quédate conmigo esta noche. El resto de esta noche, al menos. Hasta que salga el sol. La parte nocturna es espantosa…

—Me quedaré —dijo Tanya, desabrochándose el cinturón del impermeable—, pero necesito algunas respuestas.

—¿Qué quería decir Dryden al hablar de la música que haría desafinar al cielo? No lo entiendo. ¿Qué le hace la música al cielo?

—Todo el orden celestial del universo termina —dijo ella mientras colgaba el impermeable en el armario del dormitorio. Debajo llevaba un suéter rayado color naranja y pantalones ceñidos.

—¿Y eso es malo? —preguntó él.

Ella reflexionó.

—No lo sé. Supongo que sí.

—Es atribuirle demasiado poder a la música —dijo él.

—¿Conoces esa expresión pitagórica acerca de la música de las esferas? —respondió Tanya. Se sentó en la cama y se quitó los zapatos.

—¿Crees en eso? —preguntó él—. ¿O crees en Dios?

—¡Dios! —Tanya se echó a reír—. Eso se terminó con la locomotora de vapor. ¿De qué hablas? ¿De Dios, o de un dios?

Se le acercó, escrutándole el rostro.

—No me mires así —dijo él con brusquedad—. No quiero que nadie me vuelva a mirar.

Se alejó, irritado.

—En mi opinión, si Dios existe se interesa muy poco por los asuntos humanos —dijo Tanya—. Esa es mi teoría. Le importa un rábano si triunfa el mal, o si la gente y los animales son heridos y mueren. Con franqueza, no lo veo por aquí. Y el Partido siempre ha negado toda forma de…

—¿Alguna vez viste a Dios? ¿Cuando eras niña?

—Claro. Cuando niña. Pero también creía…

—¿Alguna vez has pensado que el bien y el mal son distintos nombres de la misma cosa? ¿Que Dios podría ser bueno y malo al mismo tiempo?

—Te prepararé un trago —dijo Tanya, y caminó descalza hacia la cocina.

—El Triturador. El Chirriante. El Borbollón y el Ave y el Tubo Trepador… además de otros nombres y formas, no sé. Tuve una alucinación durante la cena. Enorme. Terrible.

—Pero la estelacina…

—Provocó una peor.

—¿Existe algún modo de luchar contra esa cosa que viste? ¿Esa aparición que llamas alucinación pero que obviamente no lo era?

—Cree en ella —dijo Chien.

—¿Y qué gano con eso?

—Nada —suspiró él—. Nada en absoluto. Estoy cansado. No quiero un trago. Sólo vamos a la cama.

—De acuerdo. —Ella regresó al dormitorio y empezó a quitarse el suéter—. Luego hablaremos más con más calma.

—Una alucinación es piadosa comparada con esto —dijo Chien—. Ojalá tuviera una. Quiero otra vez la mía. Quiero ser lo que era antes de que tu vendedor me diera esa fenotiacina.

—Ven a la cama. Está calentita. Tibia y acogedora.

Él se quitó la corbata, la camisa… y vio en su hombro derecho la marca, el estigma, que la criatura le había dejado al impedir que saltara. Huellas lívidas que parecían imborrables. Se puso la chaqueta del pijama para ocultarlas.

—De cualquier modo —dijo Tanya mientras él se metía en la cama— tu carrera ha avanzado muchísimo. ¿No estás contento?

—Claro —dijo él, moviendo la cabeza a ciegas en la oscuridad—. Muy contento.

—Ven aquí —dijo Tanya, rodeándolo con los brazos—. Y olvídate de todo lo demás. Al menos por ahora.

Chien se acercó a ella, haciendo lo que ella pedía y lo que él quería. Tanya era habilidosa, y pronto entró en acción. Logró excitarlo e hizo su parte. No se molestaron en hablar hasta que al fin ella suspiró y se relajó.

—Ojalá pudiéramos seguir para siempre —dijo él.

—Fue para siempre —dijo Tanya—. Esto está fuera del tiempo. Es ilimitado como un mar. Es el modo en que éramos en tiempos cámbricos, antes de migrar a tierra. Son las antiguas aguas primarias. Sólo logramos regresar cuando hacemos esto. Por eso significa tanto. Y en aquellos días no estábamos separados. Era como una gran gelatina, como esas cosas viscosas que llegan flotando a la playa.

—Llegan flotando y mueren —dijo él.

—¿Me traes una toalla? ¿O un paño? —pidió Tanya—. Lo necesito.

Él entró en el baño en busca de una toalla. Allí —ahora estaba desnudo— se fijó de nuevo en su hombro, vio la huella de la criatura que lo había sujetado, rescatado, quizá para jugar con él un poco más. Inexplicablemente, la marca sangraba.

Se limpió la sangre con una esponja y siguió brotando, sin parar. Al ver eso, se preguntó cuánto tiempo le quedaba. Quizá sólo unas horas. Regresó a la cama.

—¿Podemos seguir? —preguntó.

—Claro. Si aún tienes energías. De ti depende.

Ella lo miró sin pestañear, apenas visible en la penumbra.

—Aún tengo —dijo él, y la abrazó.

SERVICIO TÉCNICO [8]

Convendría explicar lo que estaba haciendo Courtland justo antes de que sonara el timbre de la puerta.

En su lujoso apartamento de la calle Leavenworth, donde Russian Hill desciende hacia la llanura de North Beach y, tras ella, a la propia bahía de San Francisco, David Courtland, encorvado, leía una serie de informes de rutina, los datos técnicos extraídos de una semana entera de pruebas en el

8 «Service Call» [11 de octubre de 1954], en *Science Fiction*, julio 1955.

monte Diablo. Como director de investigación de Pinturas Pesco, a Courtland le preocupaba especialmente la durabilidad comparativa de diversos revestimientos fabricados por su compañía. Las maderas tratadas habían pasado quinientos sesenta y cuatro días asándose al sol de California. Era hora de ver qué masilla para poros soportaba mejor la oxidación y ajustar en consecuencia los programas de producción.

Concentrado en el complejo análisis de los datos, Courtland no oyó el timbre en un primer momento. En un rincón del salón, el amplificador, el plato y los altavoces de su Bogen de alta fidelidad estaban reproduciendo una sinfonía de Schumann. Su esposa, Fay, fregaba los platos de la cena en la cocina. Los dos niños, Bobby y Ralf, ya se habían ido a la cama y estaban dormidos. Courtland alargó el brazo hacia su pipa, se apartó un momento de la mesa, se pasó una gruesa mano por su cada vez más escaso cabello cano…, y oyó el timbre.

—Joder —dijo. Inconscientemente se preguntó cuántas veces habría sonado el discreto timbre sin que se diera cuenta. Guardaba un recuerdo subliminal como de varias llamadas. ¿Quién coño podía ser? Según su reloj de pulsera eran las nueve y media. La verdad es que aún era temprano para quejarse.

—¿Quieres que abra? —se ofreció Fay desde la cocina.

—Ya voy yo. —Courtland se levantó trabajosamente, metió los pies en los zapatos y atravesó el salón, pasando junto al sofá, la lamparita de mesa, el revistero, el fonógrafo y la librería que había antes de la puerta. Era un corpulento ingeniero de mediana edad y no le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba trabajando.

En el pasillo había un desconocido.

—Buenas noches, señor —dijo éste mientras examinaba con atención un portapapeles—. Siento molestarlo.

Courtland dirigió una mirada entre agria y hostil al joven. Lo más probable es que fuera un vendedor. Flaco, rubio, traje azul de un solo bolsillo con pajarita y camisa blanca, el joven llevaba su portapapeles en una mano y un voluminoso maletín negro en la otra. Sus angulosas facciones exhibían una expresión de grave concentración. Un aire de erudita confusión lo envolvía; ceño arrugado, labios fruncidos y un tic provocado por una evidente preocupación que hacía temblar los músculos de sus mejillas. Levantó la mirada y preguntó:

—¿Es el 1846 de Leavenworth? ¿Apartamento 3.º A?

—Exacto —dijo Courtland con la paciencia infinita que hubiera reservado para un animal estúpido.

La tensión del rostro del joven remitió ligeramente.

—Bien, señor —dijo con tono de cierta urgencia. Trató de asomarse al interior del apartamento, más allá de Courtland, y continuó—: Siento molestarlo tan tarde y mientras trabaja, pero como probablemente sepa, hemos estado muy ocupados durante los últimos días. Por eso no hemos podido responder antes a su llamada.

—¿Mi llamada? —repitió Courtland. Bajo el cuello desabrochado de su camisa, su piel empezaba a cobrar una leve coloración rojiza. Seguro que se trataba de alguna tontería de Fay; algo que su mujer había considerado digno de su atención, algo indispensable para sus vidas—. ¿De qué demonios está hablando? —preguntó con tono autoritario—. Al grano.

El joven se ruborizó, tragó saliva ostensiblemente, trató de sonreír y, por fin, dijo con voz ronca y atropellada:

—Soy el técnico que han pedido; vengo a arreglarles el sible.

A la mente de Courtland acudió una réplica ingeniosa que más tarde lamentaría no haber usado. «Tal vez» tendría que haber dicho «no quiera que me arreglen el sible. Tal vez me guste como está». Pero no lo dijo. En lugar de hacerlo parpadeó, entreabrió un poco más la puerta y preguntó:

—¿Mi qué?

—Sí, señor —insistió el hombre—. El expediente de la instalación de su sible nos ha llegado siguiendo los procedimientos de rutina. Normalmente nos limitamos a hacer un sondeo de ajuste automático, pero con su llamada… De modo que aquí me tiene, con el equipo completo.

»Ahora, por lo que se refiere a la naturaleza de su queja… —El hombre sometió a una frenética revisión los documentos de su portapapeles—. Bueno, es una tontería buscarlo; puede explicármelo usted mismo. Como imagino que ya sabrá, señor, oficialmente no formamos parte de la distribuidora… Tenemos lo que se llama una cobertura equivalente a un seguro, que se activa automáticamente desde el mismo momento de la adquisición. Como es natural, puede usted cancelarla si lo desea. —Sin demasiado entusiasmo, añadió—: He oído que hay un par de empresas competidoras en el negocio.

Entonces su rostro adoptó una expresión de severa moralidad. Irguió todo lo que pudo su fino cuerpo y concluyó:

—Pero permítame que le diga que llevamos en el negocio de reparación de sibles desde que el viejo R. J. Wright introdujo el primer modelo experimental de impulso A.

Durante un momento, Courtland no dijo nada. Una serie de pensamientos espectrales revoloteaban por su mente:

ideas fortuitas de carácter cuasitecnológico, evaluaciones reflejas y notaciones sin importancia. Así que los sibles se estropeaban, ¿eh? Operaciones comerciales de gran magnitud… Técnicos enviados en cuanto se confirmaba la venta. Tácticas monopolísticas… Aplastar la competencia antes de que tuviera la menor oportunidad. Sobornos a la compañía matriz, probablemente. Contabilidades turbias.

Pero ninguno de estos pensamientos tenía nada que ver con el meollo del asunto. Con un violento esfuerzo logró devolver su atención al joven ansioso que esperaba con evidente nerviosismo en el descansillo, armado de un portapapeles y un maletín técnico.

—No —dijo con rotundidad—. No, se ha equivocado usted de dirección.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el joven con un tono entre tembloroso y educado, mientras una oleada de pasmo y consternación cruzaba sus facciones—. ¿No es aquí? Ay, Dios, no me diga que en Envíos han vuelto a hacerse un lío con el nuevo…

—Vuelva a mirar sus papeles —dijo Courtland mientras hacía ademán de cerrarle la puerta en las narices—. Sea lo que sea un sible, no tengo ninguno; y yo no les he llamado.

Justo antes de cerrar la puerta vio el horror definitivo del rostro del joven, su parálisis estupefacta. Entonces la

superficie de madera pintada de la puerta ocultó su cara y Courtland regresó caminando pesadamente a su mesa.

Un sible. ¿Qué demonios era un sible? Él estaba al día desde el punto de vista tecnológico. Leía el *U. S. News* y *The Wall Street Journal*. Si existían los sibles él tendría que conocerlos…, a menos que se tratara de algún nuevo y ruidoso cacharro para la casa. Puede que fuera eso.

—Oye —le gritó a su mujer al ver que aparecía un momento en la puerta de la cocina con un trapo y un plato de sauces azules en las manos—. ¿Sabes lo que son los sibles?

Fay sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿No has comprado un sible de cromo y plástico AC/DC en Macy's?

—Desde luego que no.

Puede que fuera algo para los chicos. Tal vez la última locura que estaba haciendo furor en la escuela, el bolo, las tarjetas de aprendizaje o el «Toc-Toc, quién es» de su época. Pero los niños de nueve años no compraban cosas que necesitaran técnicos con maletines de herramientas, sobre todo cuando esos niños tenían sólo cincuenta centavos de paga.

Su curiosidad le ganó a su versión. Tenía que saber, aunque fuese por razones científicas, lo que era un sible. Se puso en pie como impulsado por un resorte y, acercándose a paso vivo a la puerta de la casa, la abrió de par en par.

El descansillo estaba vacío, claro. El joven se había marchado. Aún flotaba en el aire un tenue olor a colonia masculina y sudor, pero nada más.

Nada, aparte de un papel arrugado que se había caído del portapapeles del técnico. Courtland se agachó y lo recogió de la alfombra. Era una copia en papel carbón de una ruta, con su código de identificación, el nombre de la compañía y la dirección del cliente.

Calle Leavenworth 1846, S. F. Llam. rec. por Ed Fuller, 9:20 p. m. 28-5. Sible 30sI5H (de lujo). Sugerencia: comprobar alimentación lateral y archivo de reemplazo neuronal de seguridad. AAw3-6.

Los números y la información no le dijeron nada. Cerró la puerta y volvió lentamente a su mesa. Alisó la arrugada hoja de papel y volvió a leer las palabras, tratando de extraerles algún significado. La cabecera impresa rezaba:

INDUSTRIAS DE SERVICIOS ELECTRÓNICOS

Calle Montgomery, 455, San Francisco 14, Ri8-4456n

Desde 1963

Ahí estaba. La sucinta afirmación impresa: «Desde 1963». En un movimiento reflejo, las manos temblorosas de Courtland buscaron su pipa. Eso explicaba que nunca hubiera oído hablar de los sibles. Explicaba por qué no tenía uno…, y por qué, por muchas puertas del edificio de apartamentos a las que llamara, el joven técnico nunca encontraría a nadie que lo tuviera.

Los sibles no se habían inventado aún.

Tras un intervalo de furiosa y concentrada reflexión, Courtland cogió el teléfono y marcó el número de su subordinado en Pesco.

—Me da igual —dijo con detenimiento— lo que estés haciendo esta noche. Voy a darte una lista de instrucciones y quiero que las cumplas ahora mismo.

Desde el otro lado de la línea le llegó el intento de réplica airada de Jack Hurley.

—¿Esta noche? Escucha, Dave, la empresa no es mi madre. Tengo una vida propia. Si pretendes que salga corriendo en plena…

—Esto no tiene nada que ver con Pesco. Quiero una grabadora y una cámara de vídeo con un objetivo infrarrojo. Quiero que me consigas un estenógrafo judicial. Y quiero a uno de los electricistas de la empresa. Me da igual quién sea,

pero elige al mejor. Y trae también a Anderson, de la sección de ingeniería. Si no puede ser él, a cualquiera de nuestros diseñadores. Y a alguien de la cadena de montaje. Un mecánico con experiencia que conozca bien el oficio. Que conozca las máquinas.

Con tono dubitativo, Hurley dijo:

—Bueno, tú eres el jefe. Al menos del departamento de investigación. Pero creo que todo eso tiene que aprobarlo la compañía. ¿Te importa si llamo a Pesbroke para pedirle autorización?

—Adelante. —Courtland tomó una rápida decisión—. O, mejor aún, voy a llamarlo yo mismo. Creo que tiene que saber lo que ha pasado.

—¿Y qué ha pasado? —inquirió Hurley con curiosidad—. Nunca te había oído así… ¿Alguien ha inventado una pintura que se aplica sola?

Courtland colgó, esperó unos tensos segundos y finalmente marcó el número de su superior, el propietario de Pinturas Pesco.

—¿Tienes un segundo? —preguntó con voz tensa. La esposa de Pesbroke había tenido que despertar al anciano de pelo cano para que contestara el teléfono, pues se había

quedado adormilado después de la cena—. Tengo algo importante; quiero hablar contigo de ello.

—¿Tiene que ver con la pintura? —murmuró Pesbroke, medio en broma, medio en serio—. Si no…

Courtland lo interrumpió. Lentamente, le relató con todo lujo de detalles su encuentro con el técnico del sible.

Cuando terminó, su jefe guardó silencio.

—Bueno —dijo Pesbroke al cabo de un instante—. Supongo que podríamos hacer algunas pruebas rutinarias. Has conseguido captar mi interés. Muy bien, me lo tragaré. Pero —añadió bajando la voz— como se trate de una tomadura de pelo, vas a tener que responder por el uso de los hombres y el equipo.

—¿Por una tomadura de pelo se refiere a que no saquemos nada lucrativo?

—No —repuso Pesbroke—. Me refiero a que sepas que se trata de una mentira; a que sea una broma pesada y lo sepas. Tengo jaqueca y no estoy de humor para bromas. Si hablas en serio, si de verdad crees que puede ser algo serio, cargaré los gastos a la compañía.

—Hablo muy en serio —dijo Courtland—. Los dos somos demasiado viejos para andar con jueguecitos.

—Bueno —caviló Pesbroke—, cuanto más viejo te haces más dispuesto estás a llegar hasta el fondo de las cosas; y esto parece estar muy en el fondo. —Su tono de voz denotaba que había tomado una decisión—. Llamaré a Hurley para darle luz verde. Puedes usar lo que necesites… Supongo que vas a tratar de localizar a ese técnico y averiguar quién es en realidad.

—Eso pensaba, sí.

—Supongamos que lo consigues… ¿Y luego?

—Bueno —dijo Courtland con cautela—, luego quiero averiguar lo que es un sible. Para empezar. Y puede que después de eso…

—¿Crees que volverá?

—Puede que sí. No encontrará la dirección. De eso estoy seguro. En este barrio nadie ha llamado a un técnico de sibles.

—¿Y qué más da lo que sea un sible? ¿Por qué no intentas averiguar cómo ha llegado hasta aquí desde su época?

—Creo que ese tío sabe lo que es un sible…, pero no creo que sepa cómo ha llegado hasta aquí. Ni siquiera sabe lo que es «aquí».

—Parece razonable —asintió Pesbroke—. Si voy para allá, ¿me dejarás participar? Puede que sea divertido.

—Claro —dijo Courtland con la mirada clavada en la puerta del piso. Había empezado a sudar—. Pero tendrás que hacerlo desde otra habitación. No quiero que nada ponga esto en peligro… Puede que no volvamos a tener una oportunidad parecida.

El malhumorado e improvisado equipo de la empresa invadió el apartamento y se dispuso a recibir las instrucciones de Courtland. Jack Hurley, con una camisa hawaiana, unos pantalones cortos y unos zapatos de suela de crepé, se acercó a su superior con aire malhumorado y agitó su cigarro frente a su cara.

—Aquí nos tienes. No sé qué le has dicho a Pesbroke, pero lo has convencido, eso está claro. —Recorrió el apartamento con la mirada y preguntó—: ¿Nos vas a contar de una vez lo que pasa? Esta gente no va a poder hacer gran cosa hasta que no sepa lo que tiene que buscar.

En la puerta del dormitorio se encontraban los dos hijos de Courtland, con los ojos entornados por el sueño. Fay, nerviosa, se los llevó al interior del cuarto. Hombres y mujeres tomaron diversas posiciones por el salón, con una mezcla de indignación, intranquila curiosidad y hastiada indiferencia en el rostro. Anderson, el ingeniero de diseño, se mostraba distante e indiferente. MacDowell, el tornero

de espalda encorvada y tripa cervecera, observaba el caro mobiliario del apartamento con un resentimiento proletario que luego, al fijarse en sus botas de trabajo y sus pantalones manchados de grasa, dio paso a una apatía avergonzada. El técnico de sonido estaba tendiendo unos cables desde los micrófonos a la grabadora de la cocina. Una esbelta joven, la estenógrafa judicial, trataba de ponerse cómoda en una silla del rincón. En el sofá, Parkinson, eléctrico de emergencia de la planta, mataba el tiempo hojeando un ejemplar de *Fortune*.

—¿Dónde está la cámara? —inquirió Courtland.

—De camino —respondió Hurley—. ¿Quieres sorprender a alguien haciendo trampas a las cartas?

—Para eso no necesitaría un ingeniero y un electricista —dijo Courtland con voz cortante. Tenso, paseó de un lado a otro del salón—. Lo más probable es que no se presente; que haya vuelto ya a su tiempo o que esté dando vueltas por ahí, Dios sabe dónde.

—¿Quién? —exclamó Hurley, dejando escapar el humo de su cigarro con creciente nerviosismo—. ¿Qué está pasando aquí?

—Alguien se presentó en mi puerta —le explicó Courtland someramente—. Me habló de una máquina, algo de lo que nunca había oído hablar. Una cosa llamada «sible».

Por toda la sala, los presentes intercambiaron miradas vacías.

—Vamos a tratar de deducir lo que puede ser un sible —continuó Courtland con gravedad—. Anderson, empieza tú. ¿Qué podría ser un sible?

Anderson sonrió.

—Una caña de pescar que persigue a los peces.

Parkinson aportó su propia especulación:

—Un coche inglés con una sola rueda.

A regañadientes, Hurley fue el siguiente:

—Alguna tontería. Una máquina para las mascotas que destrozan la casa.

—Un nuevo modelo de sujetador de plástico —sugirió la estenógrafa.

—No sé —murmuró MacDowell con tono amargo—. Nunca había oído hablar de algo así.

—Muy bien —asintió Courtland mientras volvía a consultar su reloj. Estaba al borde de la histeria. Había pasado una hora y el técnico seguía sin dar señales de vida—. No lo sabemos. Ni siquiera podemos especular. Pero algún día,

dentro de nueve años, un hombre llamado Wright inventará el sible y será un negocio muy importante. Alguien los fabricará y la gente los comprará y pagará por ellos. Los técnicos irán a sus casas a repararlos.

En ese momento se abrió la puerta del apartamento y entró Pesbroke, con la gabardina al hombro y un sombrero Stetson calado hasta las cejas.

—¿Ha vuelto a aparecer? —Sus ojos ancianos y alertas exploraron velozmente la habitación—. Parecéis a punto de salir.

—Ni rastro de él —dijo Courtland con tristeza—. Joder. Lo eché de casa. No me di cuenta hasta que se marchó. —Le entregó a su jefe la arrugada hoja de papel carbón.

—Ya veo —dijo Pesbroke mientras se la devolvía—. Y si vuelve a aparecer quieres grabar lo que diga y fotografiar todo su equipo. —Señaló a Anderson y a MacDowell—. ¿Y ellos? ¿Para qué los necesitas?

—Quiero gente aquí capaz de hacer las preguntas apropiadas —le explicó Courdand—. Sólo así obtendremos respuestas. Si ese hombre se presenta, se quedará aquí un tiempo limitado. Durante ese tiempo debemos averiguar… —Se interrumpió al ver que se le acercaba su esposa—. ¿Qué pasa?

—Los niños quieren verlo —le explicó Fay—. ¿Pueden? Me han prometido que se estarán callados. —Y luego añadió, con cierta inseguridad—: A mí también me gustaría.

—Pues quédate —respondió Courtland secamente—. Aunque puede que no haya nada que ver.

Mientras Fay les servía un café a todos, continuó con su explicación:

—Lo primero que queremos averiguar es si ese hombre es lo que dice ser. Nuestras primeras preguntas irán encaminadas a desenmascararlo; quiero que estos especialistas estén muy atentos. Si es un farsante, lo más probable es que se den cuenta.

—¿Y si no? —preguntó Anderson con expresión interesada—. Si lo que estás diciendo es…

—Si no, es que viene de la próxima década, y en ese caso quiero exprimirlo al máximo. Pero… —Hizo una pausa—. Dudo que tenga grandes conocimientos teóricos. No me dio la impresión de ser un especialista. Probablemente, lo mejor que podamos conseguir sea una descripción empírica de su trabajo. A partir de ahí tendremos que hacernos una composición de lugar, realizar nuestras propias especulaciones.

—Piensas que podrá decirnos lo que hace para ganarse la vida —dijo Pesbroke atinadamente—, pero poco más.

—Podemos darnos por satisfechos si aparece —dijo Courtland. Se sentó en el sofá y empezó a golpear metódicamente la pipa contra el cenicero—. Lo único que podemos hacer es esperar. Que cada uno de vosotros piense lo que va a preguntarle. Tratad de decidir qué preguntas se le pueden hacer a un hombre del futuro que no sabe que es del futuro y que se dedica a arreglar un aparato que ni siquiera existe.

—Tengo miedo —dijo la estenógrafa, pálida y con los ojos muy abiertos. La taza de café temblaba en su mano.

—Pues yo estoy harto —musitó Hurley con los ojos clavados en el suelo y expresión malhumorada—. Aquí el aire está muy cargado.

Fue en este momento cuando el técnico de sibles reapareció y volvió a llamar tímidamente a la puerta.

Estaba un poco nervioso. Y su nerviosismo empezó a aumentar inmediatamente.

—Discúlpeme, señor —dijo sin preámbulos—. Veo que tiene visita, pero he vuelto a revisar los detalles de la ruta y estoy convencido de que ésta es la dirección correcta. —Y,

en tono casi lastimero, añadió—: Lo he intentado en otros apartamentos, pero nadie sabía de qué les hablaba.

—Pase —atinó a decir Courtland. Se hizo a un lado para dejarlo pasar. Luego se interpuso entre la puerta y él, y lo acompañó al salón.

—¿Es éste? —preguntó Pesbroke con su voz grave cargada de duda y los ojos grises entrecerrados.

Courtland ignoró la pregunta.

—Siéntese —ordenó al técnico. Por el rabillo del ojo pudo ver que Hurley y MacDowell se acercaban. Parkinson soltó su *Fortune* y se puso rápidamente en pie. De la cocina llegaba el ruido de la cinta al pasar por la cabeza grabadora.

—Puedo pasar en otro momento… —dijo el técnico con aprensión, mirando el círculo de gente que convergía sobre él—. No quiero molestarlo cuando tiene visitas, señor.

Courtland, sentado sobre el brazo del sofá con cierto aire de centinela, dijo:

—Este es un momento tan bueno como cualquier otro. Mejor, de hecho. —Su figura rebosaba alivio de una manera tan palpable que resultaba casi violento. Ahora tenían su oportunidad—. Antes me he confundido. Por supuesto que tengo un sible. Está en el comedor.

Una carcajada espasmódica recorrió las facciones del técnico.

—Vaya, vaya —dijo con voz ahogada—. ¿En el comedor? Es el chiste más gracioso que he oído hace semanas.

Courtland miró a Pesbroke de soslayo. ¿Qué coño tenía de gracioso? Entonces se le puso la carne de gallina; una capa de sudor cubrió su frente y las palmas de sus manos. ¿Qué demonios era un sible? Si no lo averiguaban cuanto antes, puede que no lo hicieran nunca. Puede que estuvieran metiéndose en algo más serio de lo que creían. Puede —y la idea no le gustaba— que fuera mejor que se quedasen sin saberlo.

—Me ha confundido —dijo— el término. Yo no suelo llamarlo por ese nombre. —Cautelosamente, añadió—: Sé que es así como lo llama la gente, pero con algo tan caro me gusta utilizar su denominación formal.

El técnico de sibles parecía totalmente confuso. Courtland se dio cuenta de que había vuelto a cometer un error. Al parecer, sible sí que era su verdadero nombre.

Pesbroke intervino:

—¿Cuánto tiempo lleva usted reparando sibles, señor…? —Esperó un instante, pero no recibió respuesta de aquel

rostro flaco y perplejo—. ¿Cómo se llama, joven? —preguntó con tono autoritario.

—¿Que cómo me qué…? —El técnico se apartó casi violentamente—. No le entiendo, señor.

«Dios mío», pensó Courtland. Iba a ser mucho más complicado de lo que había pensado…, de lo que habían pensado todos.

Pesbroke, enojado, continuó:

—Tendrá usted un nombre. Todo el mundo lo tiene.

El joven tragó saliva y, ruborizado, bajó la vista hacia la moqueta.

—De momento sólo estoy en el grupo técnico cuatro, señor. Así que aún no tengo nombre.

—No se preocupe —dijo Courtland. ¿Qué clase de sociedad concedía los nombres como privilegio de posición?—. Sólo quiero asegurarme de que es usted un técnico competente —le explicó—. ¿Cuánto tiempo lleva reparando sibles?

—Seis años y tres meses —afirmó el técnico. Un patente orgullo reemplazó a su azoramiento—. En el instituto obtuve

tres sobresalientes consecutivos en tratamiento de sibles. —Su flaco pecho se hinchó—. Soy un sibleador nato.

—Qué bien —asintió Courtland con cierta inquietud. Le costaba creer que la industria fuera tan grande. ¿Se estudiaba en el instituto? ¿La reparación de sibles se consideraba una materia básica, como la manipulación de símbolos o la destreza manual? ¿El trabajo con sibles se había convertido en algo tan fundamental como el talento musical o la capacidad de concebir las relaciones espaciales?

—Bueno —dijo el joven con cierta brusquedad mientras recogía su voluminoso maletín—. Estoy preparado para empezar. He de estar de vuelta en la tienda dentro de poco… Tengo muchas más visitas.

Bruscamente, Pesbroke se plantó delante del flaco joven.

—¿Qué es un sible? —le exigió—. Estoy cansado de dar vueltas como un idiota. Dice usted que trabaja con ellos. ¿Qué son? Es una pregunta muy sencilla; algo serán.

—Vaya —balbuceó el hombre—. O sea, es difícil de decir… Supongamos… Supongamos que me preguntara qué es un perro o un gato. ¿Cómo es posible responder a eso?

—Así no vamos a ninguna parte —dijo Anderson—. Los sibles se fabrican, ¿no? Pues tendrá usted un plano, entonces. Entréguenoslo.

El joven técnico levantó su maletín de herramientas como si fuera un escudo.

—¿Qué diablos pasa aquí, señor? Si esto es lo que entiende usted por una broma… —Se volvió hacia Courtland—. Tendría que empezar a trabajar; de verdad que no me sobra el tiempo.

De pie en un rincón, con las manos metidas en los bolsillos, MacDowell dijo lentamente:

—Yo llevo algún tiempo pensando en comprarme un sible. La parienta cree que deberíamos tener uno.

—Oh, desde luego —asintió el técnico. Con las mejillas teñidas de rubor, continuó—: Me sorprende que no lo tengan ya; de hecho, no entiendo qué les pasa a todos ustedes. Actúan de manera… rara. Si me permiten la pregunta, ¿de dónde son? ¿Cómo es que están tan…, vaya, tan mal informados?

—Estos amigos —le explicó Courtland— vienen de una zona del país donde no hay sibles.

Al instante, la sospecha endureció el rostro del técnico.

—¿En serio? —preguntó con tono inquisitivo—. ¿Y de qué zona se trata?

Courtland había vuelto a meter la pata. Se dio cuenta inmediatamente. Mientras trataba de dar con una respuesta, MacDowell se aclaró la garganta y continuó sin vacilar:

—Bueno —dijo—, el caso es que queremos uno. ¿No llevará algunos folletos? ¿O fotografías de los diferentes modelos?

—Me temo que no, señor —respondió el otro—. Pero si me da usted su dirección, haré que el departamento de ventas le envíe la información. Y si le parece bien, un representante cualificado lo llamará a la hora que mejor le parezca para explicarle las ventajas de los sibles.

—¿El primer modelo se inventó en 1963? —preguntó Hurley.

—Exacto. —Sus sospechas parecieron quedar aplacadas por un instante—. Y ni un minuto tarde, por cierto. Si se me permite decirlo, si Wright no hubiera creado aquel primer modelo, no quedaría un solo ser humano sobre la faz de la Tierra. Dicen que no saben lo que es un sible, así que puede que no comprendan esto. Desde luego, actúan como si fuera así, pero la verdad es que si ahora mismo están vivos es gracias al viejo J. R. Wright. Si el mundo sigue girando es gracias a los sibles.

Abrió el maletín y extrajo de su interior un complejo aparato lleno de tubos y cables. Llenó un émbolo con un fluido transparente, lo cerró, probó que funcionaba correctamente y se incorporó.

—Empezaré con una dosis de dx. Normalmente eso vuelve a activarlos.

—¿Qué es el dx? —preguntó Anderson inmediatamente.

El técnico, sorprendido por la pregunta, respondió:

—Un concentrado alimenticio rico en proteínas. El noventa y cinco por ciento de las llamadas que recibimos se deben a dietas inadecuadas. La gente no sabe cómo cuidar de los sibles que acaban de comprar.

—Dios mío —dijo Anderson con un hilo de voz—. Es algo vivo.

La mente de Courtland cayó en picado. Se había equivocado; no era exactamente un técnico lo que se había presentado allí, con su equipo. El hombre había ido a su casa a arreglar el sible, sí, pero su profesión era diferente de la que Courtland suponía. No era un técnico; era un veterinario.

Tras sacar varios instrumentos y aparatos de medida, el joven les explicó:

—Los nuevos son mucho más complicados que los primeros modelos. Necesito todo esto antes de empezar. La culpa es de la guerra.

—¿La guerra? —repitió Courtland con tono aprensivo.

—No me refiero a la primera, sino a la grande, la del 75. La del 61 no fue gran cosa. Supongo que saben que Wright era ingeniero militar, destinado en…, bueno, creo que se llamaba Europa. Creo que la idea se le ocurrió al ver a todos esos refugiados que cruzaban la frontera. Sí, estoy seguro de que fue así. En la pequeña guerra, la del 61, eran millones. Dios mío, la gente iba y venía de un campo a otro. Era horroroso.

—Yo no lo tenía tan claro —dijo Courtland con voz tensa—. Nunca presté demasiada atención en el colegio. La guerra del 61…, ¿fue entre Rusia y Estados Unidos?

—Eh… —respondió el técnico—, fue entre todo el mundo. Rusia encabezaba el bando oriental, claro. Y Estados Unidos, el occidental. Pero todo el mundo participó. Sin embargo, ésa fue la pequeña, la que no cuenta.

—¿Pequeña? —inquirió Fay, espantada.

—Bueno —admitió el técnico—, supongo que en su momento les pareció otra cosa. Pero me refiero a que,

cuando acabó, aún quedaban edificios en pie. Y sólo duró unos meses.

—¿Y quién… ganó? —preguntó Anderson con voz rota.

El técnico titubeó.

—¿Ganar? Curiosa pregunta. Bueno, en el bloque oriental sobrevivió más gente, si se refiere a eso. En cualquier caso lo más importante de la guerra del 61 fue…, y estoy seguro de que esto lo enseñan en el colegio, que aparecieron los sibles. A R. J. Wright se le ocurrió la idea al ver la cantidad de refugiados que provocó. Así que en el 75, cuando llegó la guerra de verdad, teníamos sibles a montones. —Tras pensarlo un momento, añadió—. De hecho, yo diría que fue una guerra por los sibles. O sea, la última guerra. Una guerra entre la gente que quería sibles y la que no los quería. —Con tono de complacencia, concluyó—: Huelga decir que ganamos nosotros.

Al cabo de unos instantes, Courtland logró decir:

—¿Y qué pasó con los demás, los que… no querían sibles?

—Bueno —dijo el técnico con voz neutra—, los sibles se encargaron de ellos.

Courtland, con las manos temblorosas, volvió a encender su pipa.

—Eso no lo sabía.

—¿Qué quiere decir? —exigió Pesbroke con voz ronca—. ¿Cómo se encargaron de ellos? ¿Qué hicieron?

Confundido, el técnico sacudió la cabeza.

—No sabía que los legos estuvieran tan mal informados. —Era evidente que su posición de experto lo complacía; hinchó su flaco pecho y procedió a dar una lección de historia elemental al círculo de rostros atentos que lo rodeaba—. El primer sible de impulso A inventado por Wright era un poco tosco, claro está. Pero cumplía con su cometido. Al principio sólo era capaz de dividir a los refugiados entre dos grupos: los que realmente habían visto la luz y los que no eran sinceros, los que pensaban desertar…, los desleales. Las autoridades querían saber cuáles de los refugiados lo eran de verdad y cuáles eran espías y agentes secretos. Esa era la función original del sible. Pero aquello no era nada comparado con lo de ahora.

—No —asintió Courtland, paralizado—. Nada en absoluto.

—Ahora —dijo el técnico tranquilamente— no hacemos las cosas de manera tan tosca. Es absurdo creer que un individuo que ha aceptado la ideología de un país va a darle la espalda más adelante. En cierto modo es irónico, ¿no? Después de la guerra del 61 sólo había una ideología antagónica: la de los que se oponían a los sibles.

Se echó a reír con alegría.

—Así que los sibles se ocuparon de aquellos que no querían que los diferenciaran los sibles. Eso sí que fue una guerra. Porque no fue una guerra sucia, con bombas y gasolina cristalizada. Fue una guerra científica, no un caos de destrucción aleatoria. Los sibles entraron en los sótanos, las ruinas y los escondrijos y encontraron a las Contrapersonas, una a una. Hasta la última de ellas. Y así, ahora —terminó mientras recogía su equipo—, no tenemos que preocuparnos de guerras ni nada que se les parezca. Ya no habrá más conflictos, porque no existen ideologías antagónicas. Como Wright nos enseñó, no importa la ideología que tengamos; no importa el comunismo, el capitalismo, el fascismo o la esclavitud. Lo que importa es que exista un consenso total, que todos seamos absolutamente leales. Y mientras tengamos nuestros sibles… —le hizo un guiño de complicidad a Courtland—. Bueno, como nuevo propietario de un sible, ya habrá empezado a descubrir sus ventajas. Ya conoce la sensación de seguridad y satisfacción que proporciona el saber que su ideología es totalmente congruente con la del resto del mundo, que no existe ninguna posibilidad, ni la más mínima, de que uno se extravíe…, y un sible que pase por ahí se alimente de uno.

MacDowell fue el primero que consiguió reponerse.

—Sí —dijo con tono irónico—. Parece justo lo que la parienta y yo estamos buscando.

—Oh, deben tener su propio sible —lo instó el técnico—. Piénselo: si tiene su propio sible, él los ajustará automáticamente. Los llevará por el buen camino sin contratiempos ni sobresaltos. Sabrán siempre que están haciendo lo correcto. No se olviden del eslogan de los sibles: «¿Por qué ser medio leal?». Con su propio sible, su punto de vista se verá conveniente e indoloramente corregido… Pero si esperan, si únicamente creen estar en el camino, cualquier día podrían entrar en el salón del vecino y encontrarse con que su sible los abre en canal y los engulle. Claro que —reflexionó— también podría atraparlos un sible que pasara por ahí cuando aún haya tiempo de enderezarlos. Pero normalmente no es así. Normalmente… —sonrió—. Normalmente, una vez que la gente empieza a extraviarse, la redención es imposible.

—¿Y su trabajo —murmuró Pesbroke— es asegurarse de que funcionan como es debido?

—Si no los vigilamos se desajustan.

—¿No es un poco paradójico? —continuó el anciano—. Los sibles nos controlan a nosotros y nosotros los controlamos a ellos… Es un círculo cerrado.

Sus palabras intrigaron al técnico.

—Sí, es un modo interesante de verlo. Pero debemos mantener el control sobre los sibles, claro. Para que no se mueran —añadió con un escalofrío—. O algo peor.

—¿Morir? —preguntó Hurley, aún sin entender—. Pero si los construyen… —Con las cejas arrugadas, dijo—: O son máquinas o están vivos. ¿Qué son?

Pacientemente, el técnico le explicó los fundamentos físicos de los sibles:

—El sible es un fenotipo orgánico criado en un medio proteínico en condiciones controladas. El tejido neurológico rector que forma su base está vivo, sin duda, en el sentido de que crece, piensa, se alimenta y excreta desperdicios. Sí, está vivo, claro. Pero el sible, como un todo funcional, es un objeto manufacturado. El tejido orgánico se inserta en el tanque maestro, que luego se sella. Yo, desde luego, no podría reparar algo así; me limito a suministrarle los nutrientes necesarios para restaurar su equilibrio interno y trato de eliminar los organismos parasitarios que puedan haberse instalado en él. Mi objetivo es mantenerlo sano y en buen estado. Pero, por descontado, el equilibrio del organismo es totalmente mecánico.

—¿El sible tiene acceso a las mentes humanas? —preguntó Anderson, fascinado.

—Naturalmente. Es un mataorganismos telepático desarrollado artificialmente. Con él, Wright solucionó el problema esencial de los tiempos modernos: la existencia de facciones ideológicas diversas y antagónicas, la prevalencia de la deslealtad y la disensión. Como dice el famoso aforismo del general Steiner: «La guerra es la extensión del desacuerdo desde las cabinas electorales al campo de batalla». Y, según el preámbulo de la Carta del Servicio Mundial: «Si queremos eliminar la guerra hemos de eliminarla de la mente de los hombres, porque es en la mente de los hombres donde comienza el desacuerdo». Hasta 1963 no había forma de entrar en la mente de los hombres. Hasta 1963, el problema era irresoluble.

—A Dios gracias —dijo Fay con voz claramente audible.

El técnico, sin embargo, no la oyó. Estaba arrebatado por su propio entusiasmo.

—Por medio del sible hemos logrado transformar el problema sociológico básico de la lealtad en una cuestión de rutina técnica: en un mero asunto de mantenimientos y reparaciones. Nuestra única preocupación es mantener los sibles en buen estado de funcionamiento. El resto es cosa de ellos.

—En otras palabras —dijo Courtland en voz baja—, que ustedes, los técnicos, son el único elemento de control que

tenemos sobre los sibles. Representan el único poder humano sobre esas máquinas.

El técnico reflexionó un momento.

—Supongo que sí —admitió con modestia—. Sí, tiene razón.

—Con la única excepción de gente como usted, podría decirse que los sibles controlan la raza humana.

El flaco pecho se hinchó de complaciente y confiado orgullo.

—Supongo que podría decirse así.

—Mire —dijo Courtland con voz tensa. Asió al hombre del brazo—. ¿Cómo demonios puede estar tan seguro? ¿De verdad tienen el control? —Una absurda esperanza estaba creciendo en su interior: mientras el ser humano retuviera el control, siempre existía la posibilidad de revertir las cosas. Los sibles podían ser desmontados, deshechos pieza por pieza. Mientras tuvieran que someterse al control de los humanos, aún quedaba esperanza.

—¿Cómo dice, señor? Pues claro que tenemos el control. No se preocupe. —Con firmeza, se zafó de los dedos de Courtland—. Bueno, ¿dónde tiene el suyo? —Miró a su

alrededor—. Habrá que darse prisa. No tengo mucho tiempo.

—No tengo ningún sible —dijo Courtland.

Por un momento sus palabras no calaron en el técnico. Entonces, una expresión extraña y compleja afloró a su rostro.

—¿Que no tiene sible? Pero si antes ha dicho que…

—Algo ha ido mal —dijo Courtland con voz tensa—. No existen los sibles. Es demasiado pronto. Aún no los han inventado. ¿Me entiende? ¡Ha llegado antes de tiempo!

El joven abrió los ojos de par en par. Recogió todo su equipo, retrocedió dos pasos, parpadeó, abrió la boca y trató de hablar.

—¿Antes… de tiempo? —Entonces comprendió. De repente pareció envejecer varios años—. Ya me parecía… Todos los edificios intactos…, el mobiliario arcaico. ¡La maquinaria de transmisión ha debido de sufrir un error de fase! —La furia lo invadió—. Maldito servicio instantáneo. Sabía que tenían que haber mantenido el viejo sistema mecánico. Les dije que había que hacer más pruebas. Dios. Alguien va a tener que pagar por esto. Si es que conseguimos arreglarlo, cosa que dudo mucho.

Se agachó nerviosamente y volvió a guardar su equipo en el maletín. De un solo movimiento lo cerró, echó el seguro, se enderezó y saludó a Courtland con una rápida reverencia.

—Buenas noches —dijo con voz glacial. Y se esfumó.

El círculo de observadores se quedó mirando el vacío. El técnico de sibles había vuelto al lugar del que procedía.

I

Al cabo de unos momentos, Pesbroke se volvió y le hizo una seña al hombre de la cocina.

—Ya puede apagar la grabadora, si quiere —murmuró tristemente—. No hay nada más que grabar.

—Dios mío —dijo Hurley, conmocionado—. Un mundo dirigido por máquinas.

Fay estaba temblando.

—No puedo creer que ese sujeto tuviera tanto poder. Creí que sólo era un funcionario de menor rango.

—Está al mando, totalmente —repuso Courtland con crudeza.

Se hizo el silencio.

Uno de los dos niños bostezó. Fay se volvió hacia ellos y los condujo eficientemente a sus camas.

—Ya es hora de irse a dormir —les ordenó con un tono de falsa alegría.

Los dos niños protestaron sin demasiado entusiasmo durante unos instantes, antes de volver a su cuarto. Su madre cerró la puerta. Poco a poco, la habitación fue entrando en movimiento. El hombre de la grabadora empezó a rebobinar la cinta. La estenógrafa judicial recopiló sus notas con manos temblorosas y guardó sus lápices. Hurley encendió un pitillo y permaneció en pie, exhalando el humo con aire huraño y una expresión lúgubre en el rostro.

—Supongo —dijo Courtland al fin— que todos lo hemos aceptado. Podemos asumir que no se trata de ningún engaño.

—Bueno —señaló Pesbroke—, se ha volatilizado. Eso es prueba suficiente. Y el equipo que llevaba en ese maletín…

—Sólo son nueve años —dijo Parkinson, el electricista, con aire absorto—. Wright estará vivo. Lo encontraremos y le sacaremos las tripas.

—Es ingeniero militar —convino MacDowell—. R. J. Wright. Seguro que es posible localizarlo. Tal vez aún tengamos tiempo de impedirlo.

—¿Cuánto tiempo creéis que esos tipos podrán mantener los sibles bajo control? —preguntó Anderson.

Courtland se encogió de hombros. Parecía agotado.

—Cualquiera sabe. Puede que años…, puede que un siglo. Pero tarde o temprano ocurrirá algo, algo con lo que no contaban. Y entonces esas máquinas se nos echarán encima.

Fay se estremeció violentamente.

—Es horrible. Me alegro de que aún falte mucho tiempo.

—Eres igual que ese técnico… —dijo Courtland con amargura—. Mientras no os afecte directamente…

Fay tenía los nervios a flor de piel. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Ya hablaremos de eso luego. —Se volvió hacia Pesbroke con una sonrisa falsa—. ¿Más café? Iré a prepararlo. —Se volvió y salió precipitadamente del salón.

Mientras llenaba la cafetera de agua sonó el timbre de la puerta.

Todos los ocupantes de la habitación se quedaron paralizados. Se miraron unos a otros, mudos y horrorizados.

—Ha vuelto —dijo Hurley con voz tensa.

—Puede que no sea él —sugirió Anderson débilmente—. Puede que sea la cámara, por fin.

Pero nadie se acercó a la puerta. Al cabo de un instante el timbre volvió a sonar, durante más tiempo y con más insistencia.

—Tenemos que abrir —dijo Pesbroke con tono neutro.

—A mí no me miren —dijo la estenógrafa.

—No es mi apartamento —señaló MacDowell.

Courtland se movió con rigidez hacia la puerta. Antes incluso de tocar el picaporte supo lo que pasaba. El departamento de Envíos había vuelto a usar su novísimo sistema de transmisión. Una tecnología capaz de colocar instantáneamente a los técnicos y a los grupos de trabajo en su destino. Para que el control de los sibles fuera absoluto y perfecto; para que nada pudiera salir mal.

Pero algo había ido mal. El control había fallado. Funcionaba completamente al revés. Era su propio enemigo y era demasiado perfecto. Courtland aferró el picaporte y abrió la puerta.

En el pasillo había cuatro hombres, ataviados con sencillos uniformes grises y gorras del mismo color. El primero de ellos se descubrió, echó una ojeada a una hoja de papel

manuscrita y finalmente saludó a Courtland con un educado asentimiento de cabeza.

—Buenas noches, señor —dijo con amabilidad. Era un sujeto fornido y ancho de hombros, con una mata de pelo castaño sobre una frente cubierta de brillante sudor—. Nos hemos…, eh…, extraviado un poco, según parece. Hemos tardado en llegar.

Tras echar un vistazo al interior del apartamento, se subió los pantalones tirando del grueso cinturón gris, guardó en el bolsillo la hoja y se frotó sus grandes y competentes manos.

—Está abajo, en el camión —anunció mirando a Courtland y a todos los presentes—. Díganme dónde lo quieren y lo subimos. Vamos a necesitar un espacio grande. Ahí, junto a la ventana, por ejemplo. —Se volvió y, acompañado por los demás, se encaminó a paso vivo hacia el montacargas—. Estos sibles de última generación ocupan mucho sitio.

EL HOMBRE VARIABLE

I

El oficial de Seguridad Reinhart subió rápidamente la escalera y entró en el edificio del Consejo. Los guardias se hicieron a un lado, y penetró en aquel lugar tan familiar. Las máquinas zumbaban. Reinhart, con el rostro extasiado y los ojos iluminados por la emoción, contempló el ordenador central SRB y estudió los últimos datos.

—Hemos avanzado bastante en el último cuarto de hora —observó Kaplan, el jefe del laboratorio. Sonrió con orgullo, como si el mérito fuera exclusivamente suyo—. No está mal, oficial.

—Les estamos alcanzando —replicó Reinhart—, pero con demasiada lentitud. Hemos de conseguirlo… y pronto.

Kaplan tenía ganas de hablar.

—Nosotros inventamos nuevas armas ofensivas, ellos mejoran sus defensas. ¡Y todo sigue igual! Un progreso continuo, pero ni nosotros ni Centauro podemos parar de lanzar inventos el tiempo necesario para estabilizar la producción.

—Esto acabará cuando la Tierra fabrique un arma para la que Centauro no encuentre defensa —declaró Reinhart con frialdad.

—Hay una protección para cada arma. Una idea implica su contraria. Cae en desuso de inmediato. Nada dura lo bastante como para…

—Lo que cuenta es el desfase —interrumpió Reinhart, irritado. Clavó sus duros ojos grises en el jefe del laboratorio, y Kaplan se calló—. El desfase entre su tecnología y la nuestra. El desfase varía. —Hizo un gesto impaciente en dirección a los bancos de datos—. Usted lo sabe muy bien.

En aquel momento, las nueve y media de la mañana del siete de mayo de 2136, las máquinas indicaban una relación estadística de 21 a 17, favorable a Centauro. Las cifras, una vez analizados todos los datos, demostraban que Próxima Centauro rechazaría con éxito un nuevo ataque militar de la Tierra. La relación se basaba en el conjunto de datos

recogidos por las máquinas SRB, recibidos constantemente desde todos los sectores de los sistemas de Sol y Centauro.

21-17 a favor de Centauro. Un mes antes, la ventaja del enemigo era de 24-18. Las cosas mejoraban, con lentitud pero sin tregua.

Centauro, más viejo y menos vigoroso que la Tierra, era incapaz de rivalizar con el avance tecnológico de esta, que reducía distancias.

—Si declaráramos la guerra ahora —reflexionó en voz alta Reinhart—, perderíamos. No podemos arriesgarnos a un ataque directo —una expresión de crueldad desfiguró sus atractivas facciones, hasta convertirlas en una máscara rígida—, pero las cifras nos son favorables. Nuestros inventos ofensivos van superando poco a poco a sus defensas.

—Ojalá estalle pronto la guerra —convino Kaplan—. Todos estamos con los nervios a flor de piel. Esta maldita espera…

Reinhart intuía que la guerra no tardaría en llegar. La atmósfera estaba cargada de tensión, el *élan*. Abandonó la sala de las computadoras y se apresuró por el pasillo hacia su bien vigilado despacho en el ala de Seguridad. Ya quedaba menos. Sentía el cálido aliento del destino en la nuca…, una sensación agradable. Esbozó una sonrisa carente de humor en sus delgados labios, dejando al descubierto una fina

hilera de dientes blancos que contrastaban con su bronceada piel. La idea le complacía, pues llevaba trabajando en ello mucho tiempo.

El primer contacto, cien años atrás, había desatado un conflicto instantáneo entre las posiciones avanzadas de Próxima Centauro y las naves de exploración de la Tierra. Ataques relámpago, súbitas erupciones de fuego y rayos desintegradores.

Luego se sucedieron los largos y tediosos años de inactividad, porque el contacto entre los enemigos exigía años de viaje, incluso desplazándose casi a la velocidad de la luz. Los dos sistemas estaban emparejados. Pantalla protectora contra pantalla protectora. Nave de guerra contra estación de energía. El imperio de Centauro rodeaba la Tierra como un anillo de acero irrompible, por más oxidado y corroído que estuviera. La Tierra necesitaba nuevas armas para romper el cerco.

A través de las ventanas de su despacho Reinhart divisó interminables calles y edificios. Los terrestres hormigueaban por todas partes. Manchitas brillantes que eran naves de transporte, pequeños huevos en los que viajaban hombres de negocios y oficinistas. Enormes trenes en donde se hacinaban masas de obreros rumbo a las fábricas y los campos de trabajo. Y todos esperando el estallido de la guerra. Esperando el día.

Reinhart conectó el canal confidencial del videófono.

—Póngame con Proyectos Militares —ordenó secamente.

Mientras la pantalla se iluminaba siguió sentado, tenso y erguido en la butaca. De repente, se materializó la voluminosa imagen de Peter Sherikov, director de la vasta red de laboratorios subterráneos situada bajo los Urales.

Las grandes facciones barbudas de Sherikov se endurecieron cuando reconoció a Reinhart. Enarcó sus negras y pobladas cejas hasta que formaron una línea continua.

—¿Qué quiere? Ya sabe que estoy muy ocupado. Tenemos mucho trabajo. No hace falta que vengan a molestarnos los… políticos.

—Pensaba ir a verle —contestó Reinhart con displicencia. Se ajustó su inmaculada capa gris—. Quiero una completa descripción de su trabajo y de los avances realizados.

—Encontrará el informe rutinario, tramitado por los cauces habituales, en algún lugar de su despacho. Si se refiere a que desea saber exactamente lo que…

—Eso no me interesa. Quiero ver lo que están haciendo. Espero que esté preparado para describirme su trabajo con todo lujo de detalles. Estaré ahí dentro de media hora.

Reinhart cortó la comunicación. Las rotundas facciones de Sherikov oscilaron y se desvanecieron. Reinhart se relajó y dejó escapar el aliento. Le disgustaba trabajar con Sherikov. Nunca le había caído bien. El gran científico polaco era un individualista que se negaba a integrarse en la sociedad. Independiente, de ideas fijas. Consideraba al individuo como un fin en sí mismo, contrariamente a la *Weltansicht*, la condición orgánica aceptada.

Sin embargo, Sherikov era el investigador más destacado, a cargo del departamento de Proyectos Militares. Y el futuro de la Tierra dependía de ese departamento. Vencer a Centauro o seguir esperando, atrapados en el Sistema Solar, cercados por un imperio hostil y depravado, sumido en la ruina y la decadencia, pero todavía fuerte.

Reinhart se levantó y salió del despacho. Atravesó el vestíbulo y abandonó el edificio del Consejo.

Unos minutos más tarde surcaba el cielo de la mañana en su crucero de alta velocidad, camino de los Urales, camino de los laboratorios de Proyectos Militares.

Sherikov le recibió en la entrada.

—Escuche, Reinhart, no piense que voy a aceptar sus órdenes. No voy a…

—Tranquilícese. —Ambos atravesaron los controles y entraron en los laboratorios auxiliares—. No se van a ejercer

presiones sobre usted o su equipo. Es libre para continuar su trabajo como le parezca conveniente… de momento. Dejémoslo claro de una vez: mi propósito es integrar su trabajo en el conjunto de nuestras necesidades sociales. Mientras sea productivo…

Reinhart dejó de pasear arriba y abajo.

—Bonito, ¿verdad? —ironizó Sherikov.

—¿Qué demonios es?

—Lo llamamos Ícaro. ¿Recuerda el mito griego? La leyenda de Ícaro. Ícaro voló… Este Ícaro también volará, un día de estos. —Sherikov se encogió de hombros—. Examínelo, si quiere. Supongo que es lo que ha venido a ver.

Reinhart avanzó unos pasos.

—¿Es el arma en la que han estado trabajando?

—¿Qué le parece?

En el centro de la sala se alzaba un cilindro achaparrado de metal, un gran cono gris oscuro. Un grupo de técnicos se dedicaba a empalmar cables. Reinhart vislumbró un sinfín de tubos y filamentos, un laberinto de cables, terminales y piezas que se entrecruzaban capa a capa.

—¿Qué es?

Reinhart se acomodó en un banco y apoyó la espalda contra la pared.

—Una idea de Jamison Hedge, el mismo que desarrolló nuestros videotransmisores instantáneos interestelares hace cuarenta años. Trataba de encontrar un método para viajar más rápido que la luz cuando murió, destruido junto con la mayor parte de su trabajo. Después, la investigación fue abandonada, como si no tuviera futuro.

—¿No se demostró que nada puede viajar más rápido que la luz?

—¡Los videotransmisores interestelares lo hacen! No, Hedge desarrolló un sistema de propulsión más rápido que la luz. Consiguió lanzar un objeto a cincuenta veces la velocidad de la luz, pero a medida que el objeto aumentaba de velocidad, su tamaño disminuía y su masa se incrementaba. Esto concordaba con los conceptos de la transformación masa-energía, tan difundidos en el siglo XX. Llegamos a la conclusión de que en tanto el objeto de Hedge ganara velocidad, continuaría perdiendo tamaño y aumentando de masa, hasta que su tamaño fuera cero y su masa infinita. Nadie puede imaginar un objeto semejante.

—Siga.

—Le contaré lo que sucedió. El objeto de Hedge continuó perdiendo tamaño y ganando masa hasta que alcanzó el

límite de velocidad teórico, la velocidad de la luz. En este punto, el objeto simplemente dejó de existir, a pesar de que siguió aumentando de velocidad. Al carecer de tamaño, dejó de ocupar un espacio. Desapareció. Pese a todo, el objeto no se había destruido. Continuó su camino, ganando impulso a cada momento, alejándose del Sistema Solar y cruzando la galaxia en una trayectoria de arco. El objeto de Hedge entró en otro plano de existencia, más allá de nuestra capacidad de comprensión. La siguiente fase del experimento de Hedge consistía en buscar una forma de decelerar el objeto por debajo de la velocidad de la luz, a fin de devolverlo a nuestro universo. Consiguió su propósito.

—¿Cuál fue el resultado?

—La muerte de Hedge y la destrucción de casi todo su equipo. Su objeto experimental, al volver a entrar en el universo espaciotemporal, invadió un espacio ya ocupado por materia. Poseedor de una masa increíble, casi infinita, el objeto de Hedge estalló y causó un cataclismo titánico. Quedó patente la imposibilidad de llevar a cabo un viaje espacial con semejante propulsión. Todo espacio contiene virtualmente alguna materia. La vuelta al espacio originaría la destrucción automática. Hedge descubrió la propulsión superior a la velocidad de la luz y la forma de contrarrestarla, pero nadie ha sido capaz de emplearlas en la práctica.

Reinhart se acercó al enorme cilindro metálico. Sherikov le siguió.

—No lo entiendo —comentó Reinhart—. Acaba de afirmar que el experimento no es útil para los viajes espaciales.

—Así es.

—Entonces ¿para qué sirve esto? Si la nave estalla en cuanto regrese a nuestro universo…

—Esto no es una nave. —Sherikov sonrió levemente—. Ícaro es la primera aplicación práctica de los principios de Hedge. Es una bomba.

—Así que esta es nuestra arma —dijo Reinhart—. Una bomba. Una bomba inmensa.

—Una bomba que se mueve a mayor velocidad que la luz. Una bomba que no existirá en nuestro universo. Los centaurianos no la podrán detectar o detener. ¿Cómo podrían? En cuanto sobrepase la velocidad de la luz cesará de existir… más allá de toda detección.

—Pero…

—Ícaro será disparada desde la superficie. Apuntará automáticamente a Próxima Centauro y aumentará de velocidad a cada momento. Cuando alcance su destino viajará a cien veces la velocidad de la luz. Ícaro será devuelta a nuestro universo en el mismo corazón de Centauro. La explosión destruirá la estrella y barrerá la mayoría de sus planetas…, incluido su cuartel general, el planeta Armun.

Una vez lanzado, no hay forma de detener a Ícaro. No hay defensa posible. Nada puede neutralizarlo. Es un hecho que no admite objeción.

—¿Cuándo estará listo?

Los ojos de Sherikov llamearon.

—Pronto.

—¿Cuándo exactamente?

El polaco titubeó.

—De hecho, solo hay una cosa que nos lo impide.

Sherikov condujo a Reinhart al otro lado del laboratorio. Apartó de un empujón a un guardia.

—¿Ve esto? —Golpeó con la punta de los dedos una esfera del tamaño de un pomelo, abierta por un lado—. Es lo que nos detiene.

—¿Qué es?

—La torreta del control central. Este objeto hace que la velocidad de Ícaro descienda por debajo de la lumínica en el momento adecuado. Debe poseer una exactísima precisión. Ícaro permanecerá en la estrella alrededor de un microsegundo. Si la torreta no funciona a la perfección, Ícaro pasará al otro lado y estallará fuera del sistema de Centauro.

—¿Cuánto falta para completar esta torreta?

Sherikov se mostró evasivo y extendió sus grandes manos.

—¿Quién sabe? Hay que montarla con un equipo infinitamente minucioso: aparatos microscópicos, cables invisibles a simple vista.

—¿Podría fijar una fecha aproximada?

Sherikov sacó del interior de su chaqueta un sobre de papel manila.

—He reseñado los datos para las máquinas SRB, añadiendo una fecha de terminación. Introdúzcalos. Consigné un período máximo de diez días. Que las máquinas trabajen a partir de ello.

Reinhart aceptó el sobre con cautela.

—¿Está seguro de la fecha? No estoy convencido de que pueda confiar en usted, Sherikov.

La expresión del científico se ensombreció.

—Tendrá que arriesgarse, comisionado. No confío en usted más de lo que usted confía en mí. No ignoro que le encantaría encontrar una excusa para echarme de aquí y colocar a uno de sus títeres.

Reinhart examinó al polaco pensativamente. Sherikov era duro de pelar. Proyectos era responsable ante Seguridad, no ante el Consejo. Sherikov estaba perdiendo credibilidad, pero todavía representaba un peligro potencial. Tozudo, individualista, empeñado en no subordinar su bienestar al bien común.

—De acuerdo. —Reinhart introdujo el sobre en su chaqueta—. Lo haré, pero será mejor que tenga razón. No permitiremos más errores. Rodarán muchas cabezas en los próximos días.

—Si las cifras cambian a nuestro favor, ¿dará la orden de movilización?

—Sí —afirmó Reinhart—. Daré la orden en el momento en que las cifras cambien.

I

De pie frente a las máquinas, Reinhart aguardaba los resultados. Eran las dos de la tarde. Hacía calor. En el exterior del edificio, la vida cotidiana del planeta se desarrollaba como de costumbre.

¿Como de costumbre? No exactamente. Había algo en el ambiente, una creciente ansiedad. La Tierra había esperado mucho tiempo. El ataque a Próxima Centauro iba a llegar… y cuanto antes, mejor. El antiguo imperio centauriano

ahogaba a la Tierra, confinaba a la raza humana en los límites de su sistema, como una vasta y sofocante red desplegada en el cielo; impedía a la Tierra alcanzar los relucientes diamantes que se veían en la lejanía… La situación era insostenible.

Las máquinas SRB zumbaron y la combinación visible desapareció. Reinhart se puso tenso, el cuerpo rígido. Esperó.

La nueva proporción se hizo visible.

Reinhart jadeó. 7 a 6. ¡A favor de la Tierra!

No habían pasado ni cinco minutos cuando la alerta roja que anunciaba la movilización de emergencia ya se había encendido en todas las dependencias del gobierno. El Consejo y la presidenta Duffe habían sido convocados a una reunión inmediata. Todo sucedía muy rápido.

Sin embargo, no había dudas, 7 a 6, favorable a la Tierra. Reinhart se apresuró a poner sus papeles en orden para la reunión del Consejo.

I

El mensaje confidencial atravesó el laboratorio central hasta llegar a las manos del oficial en jefe.

—¡Mire esto! —Fredman depositó el mensaje sobre el escritorio de su superior—. ¡Léalo!

Harper lo recogió y lo leyó con rapidez.

—Parece que va en serio. Pensaba que no viviríamos para verlo.

Fredman salió del despacho, corrió por el pasillo y entró en la sala de la burbuja temporal.

—¿Dónde está la burbuja? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Ha retrocedido doscientos años en el pasado —respondió uno de los técnicos—. Estamos obteniendo interesantes datos sobre la guerra de 1914. De acuerdo con el material, la burbuja ya ha…

—Olvídelo. Se acabó el trabajo rutinario. Haga volver la burbuja al presente. A partir de este momento, todo el equipo queda a disposición del mando militar.

—Pero… la burbuja se regula automáticamente.

—Hágala volver manualmente.

—Es arriesgado —advirtió el técnico—. Si la emergencia lo requiere, supongo que podríamos cortar el automático.

—La emergencia lo requiere todo —señaló Fredman con énfasis.

I

—Pero las cifras podrían cambiar —dijo, inquieta, Margaret Duffe, presidenta del Consejo—. Pueden invertirse en cualquier momento.

—¡Es nuestra oportunidad! —estalló Reinhart—. ¿Qué demonios le ocurre? Hemos esperado años.

Un murmullo ansioso se elevó del Consejo. Margaret Duffe, mostrando preocupación en sus ojos azules, vaciló.

—Reconozco que esta es nuestra oportunidad, al menos estadísticamente, pero las nuevas cifras acaban de aparecer. ¿Cómo sabemos que se van a mantener? Se apoyan sobre la base de una única arma.

—Se equivoca. No acaba de comprender la situación. —Reinhart se controló con un gran esfuerzo—. El arma de Sherikov invirtió la proporción en nuestro favor, pero las cifras nos han ido favoreciendo durante meses. Solo era cuestión de tiempo. Resultaba inevitable, tarde o temprano. No se trata tan solo de Sherikov; es un factor más. Cuentan los nueve planetas del Sistema Solar…, no un hombre solo.

Uno de los consejeros se levantó.

—La presidenta ha de tener en cuenta que todo el planeta arde en deseos de terminar la espera. Todas nuestras actividades en los últimos ochenta años se han orientado a…

Reinhart se acercó a la esbelta presidenta del Consejo.

—Si no autoriza la guerra, la gente se sublevará. La reacción pública será violenta, muy violenta. Y usted lo sabe.

Margaret Duffe le dedicó una fría mirada.

—Usted ordenó la alerta para forzarme. Sabía muy bien lo que hacía. Sabía que, una vez dada la orden, los acontecimientos se precipitarían.

Un clamor unánime estremeció las filas del Consejo.

—¡Hemos de declarar la guerra…! ¡Fue nuestro compromiso…! ¡Es demasiado tarde para echarse atrás!

Los gritos y las voces airadas aumentaron de volumen.

—Soy tan favorable a la guerra como cualquier otro —declaró Margaret Duffe—. Solo estoy exigiendo moderación. Una guerra entre sistemas es algo muy grave. Vamos a la guerra porque una máquina dice que tenemos una probabilidad estadística de ganarla.

—Es absurdo declarar una guerra si no la podemos ganar —dijo Reinhart—. Las máquinas SRB nos informan de las posibilidades.

—Nos dicen que tenemos la oportunidad de ganar, pero no nos garantizan nada.

—¿Qué más podemos pedir, aparte de una buena ocasión de ganar?

Margaret Duffe apretó los dientes.

—De acuerdo, ya les he oído. No interferiré en la decisión del Consejo. Procederemos a la votación. —Sus fríos e inteligentes ojos se posaron sobre Reinhart—. Especialmente porque la alerta de emergencia ha llegado a todos los ministerios del gobierno.

—Bien. —Reinhart se alejó, aliviado—. Está decidido. Iniciaremos la movilización total.

Se tomaron las medidas cuanto antes. Las siguientes cuarenta y ocho horas bulleron de actividad.

Reinhart asistió a una reunión militar informativa, presidida por el comandante en jefe de la flota, Carleton, en los salones del Consejo.

—Observen nuestra estrategia. —Carleton trazó un diagrama en la pizarra—. Sherikov ha declarado que la

bomba MRL (Más Rápida que la Luz) tardará unos ocho días en estar preparada. La flota apostada en las cercanías del Sistema de Centauro aprovechará este tiempo para tomar posiciones. Mientras la bomba se dispara, la flota iniciará operaciones contra las naves centaurianas que queden. Muchos no sobrevivirán a la explosión, por supuesto, pero con Armun destruido no costará demasiado liquidarlos.

Reinhart sustituyó al comandante Carleton.

—Informaré sobre la situación económica. Todas las fábricas de la Tierra se dedican a la producción de armas. Eliminado Armun, provocaremos insurrecciones masivas en las colonias centaurianas. Cuesta mucho mantener un imperio de dos sistemas, incluso con naves que se aproximan a la velocidad de la luz. Surgirían cabecillas locales por todas partes. Queremos disponer de armas para ellos, y naves que los localicen ahora, cuando aún nos queda tiempo. Más tarde diseñaremos una política unitaria a la que se puedan acoger todas las colonias. Nuestro interés es más económico que político. No nos importa la clase de gobierno que tengan mientras nos proporcionen los productos que necesitamos, al igual que lo hacen nuestros ocho planetas.

Carleton prosiguió con su informe.

—Una vez dispersada la flota centauriana se iniciará el instante crucial de la guerra: el desembarco de hombres y

material desde las naves estacionadas en puntos clave del Sistema de Centauro. En esta fase…

Reinhart se marchó. Parecía imposible que solo hubieran pasado dos días desde que se diera la orden de movilización. Todo el sistema estaba vivo, y funcionaba con febril actividad. Se habían resuelto muchísimos problemas…, pero todavía quedaban bastantes.

Entró en el ascensor y subió a la sala de las SRB, para ver si se había producido algún cambio en los datos de las máquinas. Comprobó que eran los mismos. Hasta ahora todo iba bien. ¿Conocían los centaurianos la existencia de Ícaro? Sin duda, pero no podían hacer nada. Al menos, en el plazo de ocho días.

Kaplan se acercó a Reinhart para enseñarle los últimos datos. El jefe del laboratorio escudriñó los papeles.

—Hay un informe muy divertido. Tal vez le interese.

Tendió el mensaje a Reinhart.

Provenía de Investigaciones Históricas:

9 de mayo de 2136

Les comunicamos que al retornar la burbuja temporal al presente, utilizamos por primera vez el mando manual. Hubo algunos problemas, y cierta cantidad de material del

pasado fue transportada a nuestros días. Este material incluía un individuo de comienzos del siglo XX que escapó del laboratorio inmediatamente. Aún no ha sido puesto bajo custodia. Investigaciones Históricas lamenta este incidente, atribuible a la emergencia.

E. FREDMAN

Reinhart devolvió el informe a Kaplan.

—Interesante. Un hombre del pasado… que cae en medio de la mayor guerra jamás vista.

—Ocurren cosas extrañas. Me pregunto qué pensarán las máquinas.

—No me lo imagino. Quizá nada.

Reinhart salió de la sala y se dirigió a su despacho.

En cuanto estuvo en él llamó a Sherikov por el videófono, utilizando la línea confidencial.

Aparecieron las marcadas facciones del polaco.

—Buenos días, oficial. ¿Cómo van los preparativos para la guerra?

—Bien. ¿Cómo va el montaje de la torreta?

Un ligero aire de preocupación ensombreció el rostro de Sherikov.

—De hecho, oficial…

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con brusquedad.

—Ya sabe cómo son las cosas —divagó Sherikov—. Sustituí mi equipo por operarios robot. Son mucho más diestros, pero no pueden tomar decisiones. El asunto exige algo más que pericia. Exige… —buscó la palabra—… un artista.

Reinhart montó en cólera.

—Escuche, Sherikov: tiene ocho días para completar la bomba. Los datos introducidos en las máquinas SRB contenían esta información. La proporción siete a seis se basa en esta estimación. Si no logra…

—No se altere, oficial. —Sherikov se agitó, molesto—. La completaremos.

—Eso espero. Llámeme tan pronto como haya terminado.

Reinhart cortó la conexión. Si Sherikov le fallaba, acabaría con él. Toda la guerra dependía de la bomba MRL.

La pantalla se iluminó de nuevo. Se formó el rostro de Kaplan, lívido y descompuesto.

—Oficial, le ruego que acuda a la sala de las SRB. Ha sucedido algo.

—¿Qué?

—Ya se lo enseñaré.

Reinhart, alarmado, salió corriendo de su despacho. Encontró a Kaplan parado frente a las máquinas.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Reinhart.

Echó una ojeada a la pantalla de datos. No habían sufrido alteraciones.

Kaplan le tendió un informe.

—Lo introduje hace un momento en las máquinas. En cuanto vi los resultados, lo eliminé. Es el párrafo que le mostré, el que nos enviaron de Investigaciones Históricas, sobre el hombre del pasado.

—¿Qué ocurrió cuando lo introdujo?

Kaplan se alteró, inquieto.

—Se lo enseñaré. Lo haré otra vez. Exactamente como antes. —Depositó la tarjeta magnética en la cinta transportadora—. Observe los dígitos.

Reinhart miró, tenso y rígido. Nada sucedió de momento. Continuaba parpadeando la relación 7-6. Después… las cifras desaparecieron. Las máquinas hicieron una pausa. Enseguida se iluminaron cifras nuevas. 4-24 a favor de Centauro. Reinhart jadeó, horrorizado. Las cifras se borraron, y surgieron otras: 16-38 a favor de Centauro. Luego, 48-86. 79-15 a favor de la Tierra. Después, nada. Las máquinas zumbaban, pero no ocurrió nada.

Nada en absoluto. Ninguna cifra. Un espacio en blanco.

—¿Qué significa esto? —musitó Reinhart, aturdido.

—Es fantástico. No pensábamos que esto podría…

—¿Qué ha pasado?

—Las máquinas son incapaces de integrar los datos. No se obtiene lectura alguna. No pueden utilizarlos para el cálculo de probabilidades, y se borran las demás cifras.

—¿Por qué?

—Es…, es una variable. —Kaplan temblaba, pálido, tenía los labios lívidos—. Algo de lo que no se puede deducir nada. El hombre del pasado. Las máquinas no lo integran. ¡El hombre variable!

II

Thomas Cole estaba afilando un cuchillo con la amoladera cuando se desencadenó el tornado.

El cuchillo pertenecía a la señora que vivía en la gran casa verde. Cada vez que Cole pasaba por allí con su carreta Fixit, la señora le daba algo para afilar. En cierta ocasión le invitó a una taza de café, café oscuro y caliente de una vieja cafetera. Le gustó el detalle; disfrutaba con el buen café.

El día estaba encapotado y lluvioso. Los negocios no iban bien. Un automóvil había asustado a sus dos caballos. Cuando hacía mal tiempo, muy poca gente salía a la calle, de modo que debía bajar de la carreta y llamar a los timbres.

Con todo, el hombre de la casa amarilla le había dado un dólar por reparar su nevera eléctrica. Nadie lo había conseguido, ni siquiera el empleado de la fábrica. El dólar cundiría mucho. Un dólar era casi una fortuna.

Supo que era un tornado antes de que se abatiera sobre él. Todo estaba en silencio. Se hallaba inclinado sobre su piedra de afilar, con las riendas entre las rodillas, absorto en su trabajo.

Se había esmerado con el cuchillo; ya estaba terminado. Escupió sobre la hoja, lo alzó para ver si… y el tornado llegó.

En un segundo le rodeó por completo una espesura grisácea. La carreta, los coches y él parecían encontrarse en un punto tranquilo, situado en el centro del tornado. Se movían con gran silencio entre la niebla gris.

Y mientras se preguntaba qué hacer, y cómo devolvería el cuchillo a la anciana, se produjo un choque repentino y el tornado le arrojó al suelo. Los caballos relincharon de terror, tratando de mantener el equilibrio. Cole se levantó enseguida.

¿Dónde estaba?

La espesura grisácea había desaparecido. Por doquier se erguían paredes blancas. Una luz intensa, similar a la del sol, iluminaba la escena. La yunta inclinaba la carreta con su peso; equipo y herramientas cayeron al suelo. Cole enderezó la carreta y saltó al pescante.

Y por primera vez vio a la gente.

Hombres uniformados de rostros blancos y estupefactos. ¡Y una gran sensación de peligro!

Cole dirigió los caballos hacia la puerta. Atronaron el suelo con sus cascos, acero contra acero, mientras la atravesaban y dispersaban a los perplejos hombres en todas direcciones. Desembocaron en un amplio vestíbulo de un edificio parecido a un hospital.

Más hombres, surgidos de todos lados, convergieron en el vestíbulo. Gritaban y movían los brazos, fuera de sí, como hormigas blancas. Un rayo violeta oscuro pasó cerca de su cabeza; chamuscó una esquina de la carreta, y de la madera brotó humo.

Cole sintió miedo. Azuzó a los aterrorizados caballos. Se estrellaron violentamente contra una gran puerta. La puerta cedió… Estaban en el exterior y el sol se alzaba sobre ellos. La carreta se ladeó durante un segundo estremecedor, a punto de volcar. Después, los caballos galoparon a mayor velocidad y atravesaron un espacio abierto, en dirección a una lejana mancha verde. Cole sujetaba con firmeza las riendas.

A su espalda, los hombrecillos de cara pálida habían salido y permanecían agrupados de pie, gesticulando frenéticamente. Oyó sus débiles chillidos.

Pero se había escapado. Estaba a salvo. Frenó los caballos y respiró con tranquilidad.

Los bosques eran artificiales. Algún tipo de parque, exuberante, descuidado. Una densa jungla de plantas retorcidas. Todo crecía en desorden.

El parque estaba vacío. No había nadie. Por la posición del sol calculó que amanecía o atardecía. El perfume de las flores y de la hierba, la humedad de las hojas, indicaban la

mañana. Caía la tarde cuando el tornado le succionó. Y el cielo estaba encapotado y lluvioso.

Cole reflexionó. Resultaba evidente que se había desplazado un buen trecho. El hospital, los hombres de caras blancas, la extraña iluminación, el acento de las palabras que había captado…, todo hacía suponer que ya no se encontraba en Nebraska, quizá ni siquiera en Estados Unidos.

Había perdido algunas herramientas durante la huida. Cole reunió las que quedaban, las dividió en grupos y las acarició con ternura. Había perdido algunos escoplos y formones, así como la mayoría de las piezas más pequeñas. Cogió lo que se había salvado y lo volvió a colocar en la caja con todo cuidado. Recuperó una sierra, le quitó el polvo con un trapo aceitado y la guardó en la caja.

El sol trepaba lentamente en el cielo. Cole levantó la vista y se protegió los ojos con su encallecida mano. Era un hombre muy alto, ancho de hombros. Iba sin afeitar y su ropa estaba sucia y raída, pero sus ojos eran claros, de color azul pálido, y sus manos esbeltas.

No podía quedarse en el parque. Le habían visto adentrarse en esa zona y le estarían buscando.

Algo cruzó velozmente el cielo a increíble altura. Un diminuto punto negro que se desplazaba con inverosímil

celeridad. Un segundo punto le siguió. Los dos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. No hacían el menor ruido.

Cole frunció el ceño, preocupado. Los puntos le inquietaban. Tendría que volver a ponerse en marcha…, y buscar comida. Su estómago ya empezaba a gruñir y a quejarse.

Trabajo. Podía hacer muchas cosas: cuidar jardines, afilar, moler, reparar máquinas y relojes, arreglar toda clase de objetos domésticos, incluso pintar, y otros trabajos esporádicos, como carpintería.

Podía hacer cualquier cosa, lo que le pidieran, a cambio de comida y unas pocas monedas.

Thomas Cole arreó los caballos y siguió adelante. Iba encorvado en el pescante, con la vista atenta, mientras la carreta Fixit rodaba sobre la hierba enmarañada, atravesando la jungla de árboles y flores.

I

Reinhart puso el crucero a toda velocidad, seguido por un segundo vehículo, su escolta militar. La tierra se deslizaba bajo él, una mancha verde y gris.

Contempló los restos dispersos de Nueva York, un retorcido y confuso montón de ruinas invadido por hierbas y maleza. Las grandes guerras atómicas del siglo XX habían convertido prácticamente toda la zona costera en una interminable extensión de escoria.

Escoria y maleza. Y, de súbito, el caos que había sido Central Park.

Divisó Investigaciones Históricas. Reinhart aterrizó en la pequeña pista detrás de los edificios principales.

Harper, el oficial en jefe del departamento, se reunió con Reinhart en cuanto aterrizó.

—Francamente, no entendemos por qué le concede tanta importancia a este asunto —declaró Harper, intranquilo.

Reinhart le dirigió una fría mirada.

—Yo juzgaré lo que es importante o no. ¿Fue usted quien dio la orden de recuperar la burbuja manualmente?

—Lo hizo Fredman, de acuerdo con las instrucciones que usted le dio para facilitar…

Reinhart se encaminó a la entrada del edificio de investigaciones.

—¿Dónde está Fredman?

—Dentro.

—Quiero verle. Vamos.

Fredman salió a su encuentro. Saludó a Reinhart con calma, sin demostrar la menor emoción.

—Lamento haberle causado problemas, comisionado. Intentamos adaptar la estación a la situación bélica. Trajimos de regreso la burbuja tan pronto como pudimos. La policía no tardará en detener a ese hombre.

—Quiero conocer todos los detalles de lo ocurrido.

—No hay mucho que contar. —Fredman se agitó, inquieto—. Di la orden de cancelar el sistema automático, y recuperamos la burbuja manualmente. Cuando enviamos la señal, la burbuja se hallaba en la primavera de mil novecientos trece. Al abandonar el pasado bruscamente, se llevó consigo una extensión de tierra en la que estaban parados el hombre y su carreta. El individuo, por supuesto, fue traído al presente dentro de la burbuja.

—¿Ninguno de sus instrumentos detectó que la burbuja llevaba un peso suplementario?

—Estábamos demasiado ansiosos para atender a las lecturas. La burbuja se materializó en la sala de observaciones media hora después de activar el control manual. La descargamos de energía antes de saber lo que

había dentro. Intentamos detenerle, pero salió con la carreta al vestíbulo, arrollándonos a todos. Los caballos estaban aterrorizados.

—¿Cómo era la carreta?

—Tenía una especie de rótulo pintado con letras negras en ambos lados. Nadie tuvo tiempo de leerlo.

—Siga. ¿Qué ocurrió después?

—Alguien le disparó un rayo Slem, pero falló. Los caballos le sacaron del edificio. Cuando llegamos a la salida estaba a medio camino del parque.

—Si aún está en el parque, no tardaremos en cogerle —reflexionó Reinhart—, pero debemos ser precavidos.

Sin más palabras dio media vuelta y se encaminó hacia su nave. Harper correteó detrás de él.

Reinhart se paró junto a la nave. Hizo señas a unos guardias gubernamentales para que se acercaran.

—Pongan bajo arresto al personal ejecutivo de este departamento. Serán juzgados por alta traición. —Sonrió con ironía al rostro mortalmente pálido de Harper—. Estamos en guerra. Tendrán suerte si salen con vida.

Reinhart montó en su aparato y se elevó en el cielo. Su escolta militar le siguió. Reinhart sobrevoló el mar de escoria gris, la extensa zona devastada. Pasó sobre un cuadrado verde en medio del océano gris. Lo estuvo mirando hasta que desapareció.

Central Park. Vio vehículos policiales y transportes de tropas que volaban hacia el cuadrado verde. Cañones pesados y vehículos de superficie avanzaban en columnas hacia el parque desde todas direcciones.

Pronto capturarían al hombre. Pero, entretanto, las máquinas SRB no funcionaban. Y de la información suministrada por las SRB dependía la guerra.

La carreta llegó al extremo del parque a mediodía. Cole descansó un momento y permitió a los caballos pacer en la espesa hierba. La silenciosa extensión de escoria le intrigaba. ¿Qué habría sucedido? Nada se movía. Ni edificios, ni señales de vida. Hierba y maleza brotaban ocasionalmente en algunos puntos de la superficie plana, pero, aun así, el espectáculo le hacía estremecer.

Cole condujo la carreta hasta la escoria y examinó el cielo. Fuera del parque no tenía donde esconderse. La escoria era llana, uniforme, como el océano. Si le localizaban…

Un enjambre de diminutos puntos negros cruzó el cielo, acercándose rápidamente. Al cabo de un instante se

desviaron a la derecha y desaparecieron. Más aviones, aviones metálicos sin alas. Los vio alejarse.

Media hora después divisó algo más adelante. Cole disminuyó la marcha de la carreta y forzó la vista. La escoria llegaba a su fin.

Había alcanzado su límite. A continuación empezaba un terreno oscuro en el que crecían hierbas y matojos. En el horizonte se dibujaba una fila de edificios, casas o cobertizos.

Casas, probablemente, pero muy diferentes de las que conocía.

Las casas eran idénticas entre sí. Varios centenares, como pequeñas cáscaras verdes. Todas tenían un jardín con césped, un sendero, un porche delantero y algunas hileras de arbustos rodeándolas. Todas eran iguales, y diminutas.

Sí, pequeñas cáscaras verdes. Condujo con cautela la carreta hacia las casas.

No parecía haber nadie en las cercanías. Enfiló por una calle abierta entre dos hileras de casas. Los cascos de los caballos resonaban en el silencio. Estaba en algún tipo de ciudad, pero no se veían niños ni perros. Todo estaba limpio y silencioso, como una maqueta o una exposición. Su inquietud creció.

Un joven que caminaba por la acera le miró, asombrado. Iba extrañamente vestido, con una capa parecida a una toga que le llegaba hasta las rodillas como único atavío. Y sandalias. O algo similar a sandalias. Tanto la capa como las sandalias eran de un singular material reflectante. Centelleaba a la luz del sol. En vez de tela, parecía metal.

Una mujer regaba las flores en el extremo del jardín. Se enderezó cuando los caballos se aproximaron. Sus ojos se dilataron de asombro…, y luego de pánico. Su boca dibujó una silenciosa «o» y la regadera se deslizó de sus dedos y cayó sobre la hierba.

Cole se sonrojó y volvió la cabeza al instante. ¡La mujer apenas iba vestida! Chasqueó las riendas y obligó a los caballos a trotar.

La mujer se le quedó mirando. Cole echó un vistazo breve y apresurado hacia atrás… y azuzó al tiro de caballos con un grito ronco, las orejas coloradas. No se había equivocado. La mujer solo llevaba un par de pantalones cortos transparentes, nada más. Una íntima pieza del mismo material reflectante que brillaba y centelleaba. El resto de su menudo cuerpo estaba totalmente desnudo.

Aflojó el paso de la carreta. Era bonita. Cabello y ojos castaños, gruesos labios rojos. Una hermosa silueta. Cintura breve, piernas suaves, flexibles y delicadas, pechos

abundantes… Reprimió el pensamiento con furia. Tenía que encontrar un trabajo. Los negocios…

Cole detuvo la carreta Fixit y saltó a la acera. Eligió una casa al azar y avanzó con precaución. La casa era atrayente, poseía una cierta belleza, pero parecía frágil, al igual que las otras.

Subió al porche. No había timbre. Lo buscó, tanteando con la mano sobre la superficie de la puerta. Al instante oyó un clic, un golpecito seco a la altura de sus ojos. Levantó la vista, sobresaltado. Una lente desaparecía tras la sección de puerta que se cerraba. Le habían fotografiado.

Mientras reflexionaba sobre lo sucedido, la puerta se abrió de súbito. Un hombre se recortó en el umbral, un hombre de gran envergadura con uniforme de color canela que bloqueaba el acceso ominosamente.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre.

—Busco trabajo —murmuró Cole—. Cualquier tipo de trabajo. Puedo hacer de todo, arreglar lo que sea, reparar objetos rotos… Lo que sea.

—Diríjase al Departamento de Empleo de la Junta de Control de Actividades Federales —dijo el hombre con voz firme—. Ya sabe que toda la terapia ocupacional se canaliza a través de ellos. —Observó a Cole con curiosidad—. ¿Por qué se ha puesto esos vestidos tan antiguos?

—¿Antiguos? Caramba, yo…

El hombre desvió la mirada y se fijó en la carreta Fixit y en los dos adormecidos caballos.

—¿Qué es eso? ¿Qué clase de animales son? ¿Caballos? —El hombre se frotó la barbilla y examinó a Cole con atención—. Qué extraño.

—¿Extraño? —murmuró Cole—. ¿Por qué?

—Hace cien años que no hay caballos. Murieron todos en el curso la quinta guerra atómica. Por eso es extraño.

Cole se puso en guardia. Advertía algo en los ojos del hombre, cierta dureza, una mirada perspicaz. Cole retrocedió hacia el sendero. Tenía que ser precavido. Algo iba mal.

—Ya volveré —musitó.

—Hace cien años que no hay caballos —repitió el hombre, y se acercó a Cole—. ¿Quién es usted? ¿Por qué viste así? ¿Dónde consiguió ese vehículo y los dos caballos?

—Ya volveré —repitió Cole, alejándose.

El hombre extrajo algo de su cinturón, un delgado tubo de metal. Se lo tendió a Cole.

Era un documento enrollado, una fina hoja de metal en forma de tubo. Palabras, un tipo desconocido de caligrafía. No pudo descifrarla. La foto del hombre, filas de números, cálculos…

I

—Me llamo Winslow, y soy el director del Departamento de Conservación de Materias Primas —dijo el hombre—. Hable de inmediato, o dentro de cinco minutos llegará un coche de Seguridad.

Cole se movió… rápido. Recorrió a grandes zancadas el sendero, en dirección a la calle.

Algo le golpeó con fuerza. Un muro de fuerza se estrelló contra su rostro. Quedó tendido en el suelo, aturdido y desconcertado. El cuerpo le dolía y sufría convulsiones, que fueron disminuyendo poco a poco.

Se puso en pie temblorosamente. La cabeza le daba vueltas. Se sentía débil, destrozado, al borde del colapso. El hombre se aproximaba. Cole montó en la carreta, jadeando y con ganas de vomitar. Los caballos se lanzaron adelante. Cole salió despedido contra el pescante, mareado por el zarandeo del vehículo.

Se apoderó de las riendas y consiguió enderezarse. La carreta aumentó de velocidad y dobló una esquina. Las casas quedaron atrás.

Cole azuzó con sus escasas fuerzas al tiro de caballos, respirando entrecortadamente. Las casas y las calles se convertían en manchas borrosas a medida que la carreta corría más y más de prisa.

De pronto se terminaron la ciudad y las casitas impecables. Se hallaba en una especie de autopista, bordeada por grandes edificios y fábricas. Figuras, hombres que le contemplaban boquiabiertos.

Al cabo de un rato, las fábricas se desvanecieron. Cole aflojó las riendas. ¿Qué había dicho el hombre? La quinta guerra atómica. Los caballos extinguidos. Carecía de sentido. Y tenían cosas de las que no sabía nada. Campos de fuerza. Aviones sin alas…, silenciosos.

Cole rebuscó en sus bolsillos. Encontró el tubo de identificación que el hombre le había entregado. Se lo había llevado sin darse cuenta. Desenrolló el tubo y lo examinó. La escritura le resultaba extraña.

Pasó un buen rato estudiándolo. Luego, advirtió algo en la esquina superior derecha.

Una fecha: 6 de octubre de 2128.

La visión de Cole se hizo borrosa. Todo giró a su alrededor. Octubre, 2128. ¿Sería posible?

El documento estaba allí, en su mano. Una fina hoja de papel metálico. Como una chapa. No había duda: estaba escrito en la esquina de la hoja.

Cole enrolló el tubo despacio, abrumado por la certeza. Doscientos años. Parecía imposible. Pese a todo, las cosas empezaban a encajar. Estaba en el futuro, a doscientos años de su época.

Sumido en estos pensamientos, no advirtió el veloz vehículo negro de Seguridad que descendía rápidamente hacia la carreta.

I

El videófono de Reinhart zumbó. Lo conectó enseguida.

—¿Sí?

—Informe de Seguridad.

—Pásemelo.

Reinhart esperó con impaciencia a que la pantalla volviera a iluminarse.

—Soy Dixon, del Comando Regional Occidental. —El oficial carraspeó y ordenó sus papeles—. El hombre del pasado ha sido localizado alejándose de la zona de Nueva York.

—¿En qué parte de la red?

—Fuera. Evadió el dispositivo montado alrededor de Central Park al entrar en una de las pequeñas ciudades que limitan con la zona de escoria.

—¿Evadió?

—Supusimos que evitaría las ciudades. La red no consiguió abarcarlas todas, por supuesto.

Reinhart apretó las mandíbulas.

—Siga.

—Penetró en la ciudad de Petersville pocos minutos antes de que la red se cerrara alrededor del parque. Lo rastreamos, pero no encontramos nada, claro. Ya se había ido. Una hora después recibimos un informe de un residente de Petersville, un oficial del Departamento de Conservación de Materias Primas. El hombre del pasado había llamado a su puerta en busca de trabajo. Winslow, el oficial, le entretuvo con la intención de capturarle, pero se escapó en la carreta. Winslow llamó a Seguridad inmediatamente, pero ya era demasiado tarde.

—Téngame al corriente de lo que pase. Hemos de atraparle… cuanto antes.

Reinhart desconectó el aparato.

Se sentó en la butaca a esperar.

I

Cole vio la sombra del vehículo de Seguridad y reaccionó sin demora. Un segundo después la sombra pasó sobre él. Cole saltó de la carreta, corriendo y tropezando. Rodó por el suelo, alejándose lo máximo posible de ella.

Hubo un destello cegador y un rayo de luz blanca. Un viento caliente se precipitó sobre Cole. Le levantó y zarandeó como a una hoja. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Rebotó contra el suelo varias veces. Grava y piedras le arañaron la cara, las rodillas y las palmas de las manos.

Cole chilló, presa del pánico. Sentía arder su cuerpo. Se estaba consumiendo, abrasado por el cegador globo blanco de fuego. El globo se expandió, aumentó de tamaño, hinchándose como un sol monstruoso, inflado y deforme. Había llegado el fin. No quedaba la menor esperanza. Apretó los dientes…

El globo se desvaneció gradualmente. Chisporroteó, titiló y quedó reducido a cenizas. Un olor ácido impregnaba el

aire. Sus ropas ardían y humeaban. Bajo él sentía la tierra caliente, seca, agostada por la descarga. Pero estaba vivo. Al menos, de momento.

Cole abrió los ojos poco a poco. La carreta había desaparecido, y en su lugar se veía un gran agujero, un hueco irregular en el centro de la autopista. Una fea nube, negra y ominosa, flotaba sobre el cráter. En lo alto, el avión sin alas volaba en círculos, rastreando posibles señales de vida.

Cole permaneció tendido, luchando por recobrar la respiración. Pasó el tiempo. El sol se desplazaba en el cielo con agonizante lentitud. Debían de ser las cuatro de la tarde, según el cálculo mental de Cole. Dentro de tres horas se haría de noche. Entonces, si aún estaba vivo…

¿Habría visto el piloto del avión que saltaba de la carreta?

Yació sin moverse. El sol de la tarde caía sobre su inmóvil cuerpo. Se sentía enfermo, mareado y febril. Tenía la boca seca.

Algunas hormigas se deslizaron sobre su mano. La inmensa nube negra empezaba a disiparse y se convertía en una gota informe.

La carreta había desaparecido. El pensamiento le atormentaba y palpitaba en su mente, mezclándose con los trabajosos latidos de su pulso.

Había desaparecido. Destruida. Solo quedaban cenizas. La revelación le aturdía.

El avión abandonó la búsqueda y se perdió en el horizonte. El cielo estaba despejado de obstáculos.

Cole consiguió a duras penas ponerse en pie. Se limpió la cara con manos temblorosas. Le dolía todo el cuerpo. Escupió un par de veces para aclararse la garganta. Era probable que el avión enviara un mensaje. Vendría gente a buscarle. ¿Adónde iría?

Una cadena de colinas, una distante masa verde, se alzaba a su derecha. Tal vez podría llegar hasta ellas. Se puso en camino. Tenía que comportarse con cautela. Le buscaban… y llevaban armas. Armas increíbles.

Sería afortunado si seguía con vida cuando el sol se pusiera. Su yunta, la carreta Fixit y todas sus herramientas habían desaparecido. Cole investigó en sus bolsillos. Extrajo algunos pequeños destornilladores, un par de pinzas, un poco de cable, un poco de soldadura, la piedra de afilar y, por fin, el cuchillo de la anciana.

Le quedaba muy poco instrumental. Lo había perdido casi todo, pero les sería más difícil localizarle sin la carreta, si se desplazaba a pie.

Cole apresuró el paso. Atravesó los campos en dirección a la lejana cadena de montañas.

Reinhart recibió la llamada casi de inmediato. El rostro de Dixon se formó en la pantalla del videófono.

—Tengo un nuevo informe, oficial. Buenas noticias. El hombre del pasado fue visto saliendo de Petersville, en la autopista trece, a unos quince kilómetros. Nuestra nave lo bombardeó sin demora.

—¿Acabaron…, acabaron con él?

—El piloto no advirtió signos de vida después del disparo.

El pulso de Reinhart casi se detuvo. Se hundió en la butaca.

—Por lo tanto, ¡está muerto!

—No podemos asegurarlo hasta que examinemos los restos. Un vehículo de superficie se dirige hacia el lugar de los hechos. Completaremos el informe en breve. Le pondremos al corriente en cuanto lo tengamos.

Reinhart extendió la mano y apagó la pantalla. ¿Habían matado al hombre del pasado? ¿O había escapado de nuevo? ¿Lo cogerían alguna vez? ¿Había alguna posibilidad de capturarlo? Y, entretanto, las máquinas SRB seguían silenciosas, inactivas.

Reinhart se hundió en la butaca, dispuesto a esperar el inminente informe del vehículo de superficie.

I

Caía la tarde.

—¡Vamos! —gritó Steve, corriendo como un poseso detrás de su hermano—. ¡Vuelve!

—Cógeme.

Earl bajó corriendo la ladera de la colina, dejó atrás un almacén militar, saltó una valla de neotex y aterrizó en el patio trasero de la señora Norris.

Steven, casi sin aliento, chillando y jadeando, persiguió a su hermano.

—¡Vuelve! ¡Devuélveme eso!

—¿Qué te ha cogido? —preguntó Sally Tate, cortando el paso a Steven por sorpresa.

Steven se paró y trató de recuperar el aliento.

—Me ha robado mi videotransmisor intersistémico. —Su carita se contrajo en una mueca de rabia y tristeza—. ¡Será mejor que me lo devuelva!

Earl se acercó, dando un rodeo por la derecha. La cálida oscuridad del anochecer le hacía casi invisible.

—Aquí estoy —anunció—. ¿Qué piensas hacer?

Steven le miró con hostilidad. Sus ojos se fijaron en la caja cuadrada que Earl sostenía en las manos.

—¡Devuélvemelo o se lo diré a papá!

—Oblígame —rio Earl.

—Papá te obligará.

—Será mejor que me lo des —dijo Sally.

—Cógeme.

Earl emprendió la huida. Steven apartó de un empujón a Sally y se precipitó sobre su hermano. Lo placó y lo dejó tendido en el suelo. La caja salió despedida de las manos de Earl, rebotó sobre el pavimento y se rompió junto a un poste indicador luminoso.

Earl y Steven se incorporaron lentamente. Miraron con tristeza la caja rota.

—¿Lo ves? —chilló Steven con lágrimas en los ojos—. ¿Ves lo que has hecho?

—Has sido tú. Me has empujado.

—¡Has sido tú!

Steven se agachó y recogió la caja. Se aproximó al poste luminoso y se sentó para examinarla.

Earl avanzó unos pasos.

—Si no me hubieras empujado, no se habría roto.

Se hacía de noche con mucha rapidez. La cadena de colinas que se alzaban sobre la ciudad estaban envueltas casi por completo en la oscuridad. Se habían encendido algunas luces. La noche era cálida. Las puertas de un vehículo de superficie se cerraron con estrépito a lo lejos. Transportes aéreos llenos de obreros que volvían de trabajar en las grandes fábricas subterráneas zumbaban en el cielo.

Thomas Cole se dirigió resueltamente hacia los tres niños que conversaban junto al poste luminoso. Andaba con dificultad a causa de la fatiga y el dolor. A pesar de que ya era de noche, todavía no se consideraba a salvo.

Estaba agotado y hambriento. Había caminado mucho. Y necesitaba comer algo… pronto.

Cole se detuvo a escasa distancia de los niños. Los tres estaban absortos en la caja que Steven tenía sobre las rodillas. Se callaron de repente. Earl alzó la mirada lentamente.

La enorme silueta de Thomas Cole parecía más amenazadora recortada contra la luz mortecina. Sus largos

brazos pendían flojamente. Las sombras ocultaban su rostro. Su cuerpo era una masa informe, indistinta. Una gran estatua amorfa, erguida en silencio a pocos pasos, inmóvil en la semioscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó Earl con voz insegura.

—¿Qué quieres? —inquirió Sally. Los niños se apartaron, nerviosos—. Lárgate.

Cole se aproximó. Se inclinó un poco. El resplandor del poste luminoso hizo visibles sus rasgos: nariz larga y ganchuda, pálidos ojos azules…

Steven se puso en pie de un salto sin soltar el videotransmisor.

—¡Fuera de aquí!

—Esperad. —Cole les dirigió una sonrisa tímida. Su voz era seca y áspera—. ¿Qué tenéis ahí? —Señaló con sus largos y esbeltos dedos—. ¿Qué es esa caja?

Los niños enmudecieron. Steven habló por fin.

—Es mi videotransmisor intersistémico.

—Pero no funciona —añadió Sally.

—Earl lo ha roto. —Steven miró de reojo a su hermano—. Earl lo ha tirado y lo ha roto.

Cole sonrió. Se acomodó en el borde de la curva y suspiró, aliviado. Había andado demasiado. Le dolía todo el cuerpo. Estaba cansado y hambriento. Estuvo sentado durante un buen rato, demasiado exhausto para hablar. Se secó el sudor del cuello y de la cara.

—¿Quién eres? —preguntó Sally—. ¿Por qué llevas ese traje tan raro? ¿De dónde vienes?

—¿De dónde? —Cole miró a los niños de uno en uno—. De muy lejos. Muy lejos.

Sacudió la cabeza intentando despejarse.

—¿Cuál es tu terapia? —preguntó Earl.

—¿Mi terapia?

—¿Qué haces? ¿Dónde trabajas?

Cole inspiró hondamente y dejó escapar el aire poco a poco.

—Arreglo cosas, toda clase de cosas. Lo que sea.

—Nadie arregla cosas —se burló Earl—. Si se rompen, las tiras.

Cole no le escuchó. Una súbita necesidad le obligó a ponerse de pie.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar trabajo? Lo arreglo todo: relojes, máquinas de escribir, neveras, ollas y cacerolas. Goteras en el techo. Todo.

Steven le tendió su videotransmisor intersistémico.

—Arregla esto.

Hubo un silencio. Los ojos de Cole se posaron despacio sobre la caja.

—¿Eso?

—Mi transmisor. Earl lo ha roto.

Cole cogió la caja. Le dio vueltas y la expuso a la luz. Frunció el entrecejo y se concentró. Sus largos y ágiles dedos exploraron la superficie.

—¡Te lo va a robar! —exclamó Earl.

—No. —Cole meneó la cabeza—. Soy de fiar.

Sus sensibles dedos encontraron los tornillos que mantenían la caja sujeta. Los desenroscó con pericia. La caja se abrió y reveló su complicado interior.

—Lo ha abierto —susurró Sally.

—¡Dámelo! —pidió Steven, algo asustado—. Quiero que me lo devuelvas.

Los tres niños observaron a Cole con aprensión. Cole rebuscó en sus bolsillos. Sacó sus diminutos destornilladores y las pinzas. Los dispuso frente a él. No hizo el menor gesto de devolver la caja.

—Quiero que me lo devuelvas —rogó Steven.

Cole levantó la vista. Sus pálidos ojos azules contemplaron a los tres niños que estaban de pie en la oscuridad.

—Te lo voy a arreglar. ¿No me lo has pedido?

—Quiero que me lo devuelvas. —Steven se apoyaba en un pie y luego en el otro, indeciso y dudoso—. ¿De verdad que lo puedes arreglar? ¿Funcionará otra vez?

—Sí.

—De acuerdo. Arréglalo.

Una débil sonrisa iluminó el rostro fatigado de Cole.

—Espera un momento. Si te lo arreglo, ¿me traerás algo de comer? No lo voy a hacer gratis.

—¿Algo de comer?

—Comida. Necesito comida caliente. Incluso un poco de café.

—Sí —asintió Steven—, te la traeré.

—Estupendo, eso es estupendo. —Cole volvió su atención a la caja que tenía entre las rodillas—. En ese caso, te lo arreglaré, y te lo dejaré como nuevo.

Sus dedos volaron, palpando, explorando, examinando, comprobando cables y relés. Investigaron el videotransmisor intersistémico. Descubrieron cómo funcionaba.

Steven se precipitó en el interior de la casa a través de la puerta de emergencia. Avanzó de puntillas hacia la cocina, tomando toda clase de precauciones. Pulsó los botones de la cocina al azar; el corazón le latía desacompasadamente. El horno empezó a zumbar. Los indicadores se desplazaron hasta señalar el fin de la operación.

El horno se abrió y apareció una bandeja de pescado humeante. El mecanismo se desconectó. Steven se apoderó del contenido de la bandeja y lo llevó en brazos por el pasillo hasta la puerta de emergencia, y de ahí al patio, que estaba a oscuras.

Consiguió llegar al poste luminoso sin que se le cayera nada.

Thomas Cole se enderezó cuando divisó a Steven.

—Aquí está —anunció Steven al llegar a la curva. Depositó su carga sobre el suelo—. Aquí está la comida. ¿Has terminado?

Cole le tendió el videotransmisor intersistémico.

—Está listo. Menudo destrozo.

Earl y Sally le miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Funciona? —preguntó Sally.

—Por supuesto que no —manifestó Earl—. ¿Cómo podría funcionar? Es incapaz de…

—¡Conéctalo! —Sally le dio un codazo a Steven—. A ver si funciona.

Steven llevó la caja bajo la luz para examinar los mandos. Apretó el botón principal. La luz indicadora se iluminó.

—Se enciende —dijo.

—Di algo.

—¡Hola! ¡Hola! Llamando el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen? Aquí el operador seis, zeta, siete, cinco. ¿Me oyen?

Thomas Cole se sentó a comer en la oscuridad, lejos del resplandor del poste luminoso. Comió en silencio, con auténtico placer. Buena comida, bien cocinada y sazonada. Se tomó un envase de zumo de naranja, y luego una bebida dulce que no reconoció. No sabía qué clase de comida era, pero le daba igual. Había caminado mucho y todavía le

quedaba un largo trecho por delante. Tenía que adentrarse en las colinas antes de que saliera el sol. El instinto le decía que estaría a salvo entre los árboles y la enmarañada vegetación…, al menos relativamente a salvo.

Comió con voracidad y sin parar. No levantó la vista hasta que terminó. Después se puso en pie y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Los tres niños habían formado un círculo y manipulaban el videotransmisor intersistémico. Estuvo contemplándoles un rato. Ninguno apartaba la atención de la cajita. Estaban absortos en lo que hacían.

—¿Y bien? —preguntó Cole por fin—. ¿Funciona?

Steven le miró al cabo de un momento, con una extraña expresión en el rostro. Asintió lentamente.

—Sí. Sí, funciona. Mejor que nunca.

—Estupendo —gruñó Cole. Se desplazó fuera del alcance de la luz—. Así me gusta.

Los niños siguieron con la mirada la figura de Thomas Cole hasta que hubo desaparecido por completo. Después se miraron entre sí, y luego la caja que Steven tenía entre las manos. La miraron con una mezcla de respeto y temor creciente. Steven echó a andar hacia su casa.

—He de enseñársela a papá —murmuró, extasiado—. Ha de saberlo. ¡Alguien tiene que saberlo!

III

Erick Reinhart examinó el videotransmisor cuidadosamente, dándole vueltas una y otra vez.

—Así que escapó de la explosión —admitió Dixon a regañadientes—. Debió de saltar de la carreta justo antes de que la bomba la alcanzara.

—Escapó —asintió Reinhart—. Es la segunda vez que se le escapa. —Apartó a un lado el videotransmisor y se inclinó bruscamente hacia el hombre que esperaba de pie con inquietud al otro lado de su escritorio—. Dígame otra vez su nombre.

—Elliot. Richard Elliot.

—¿El nombre de su hijo?

—Steven.

—¿Sucedió anoche?

—Alrededor de las ocho.

—Siga.

—Steven llegó a casa. Actuaba de una manera extraña. Llevaba consigo su videotransmisor intersistémico. —Señaló con el dedo la caja que reposaba sobre el escritorio de Reinhart—. Eso. Estaba nervioso, alterado. Le pregunté si algo iba mal. Estuvo un rato callado. Parecía muy trastornado. —Elliot inspiró una larga bocanada de aire—. Entonces me enseñó el videotransmisor. Me di cuenta enseguida de que era diferente. Como sabe, soy ingeniero electrónico. Lo había abierto una vez para colocar pilas nuevas. Conocía bastante bien sus entresijos. —Elliot vaciló—. Oficial, lo habían cambiado. Alambres removidos, los relés conectados de manera diferente, faltaban piezas, otras nuevas improvisadas en lugar de las viejas… Por fin descubrí lo que me hizo llamar a Seguridad. El videotransmisor… funcionaba de veras.

—¿Funcionaba?

—Verá, no era más que un juguete. Su alcance se limitaba a unas pocas manzanas, para que los niños pudieran llamarse desde sus casas; una especie de videófono portátil. Oficial, probé el videotransmisor, apreté el botón de llamada y hablé en el micrófono. Yo… me comuniqué con una nave, una nave de guerra situada cerca de Próxima Centauro…, a unos ocho años luz de aquí. La distancia máxima a la que operan nuestros videotransmisores. Entonces llamé a Seguridad, sin pensarlo dos veces.

Reinhart estuvo callado un rato. Por último, golpeó con la punta de los dedos la cajita.

—¿Usted se comunicó con una nave de la flota… con esto?

—Exacto.

—¿Cuál es el tamaño de los videotransmisores normales?

—Pesan unas veinte toneladas —anunció Dixon.

—Eso es lo que me temía. —Reinhart agitó la mano con impaciencia—. Muy bien, Elliot, gracias por la información. Eso es todo.

Un policía de Seguridad condujo a Elliot fuera del edificio.

Reinhart y Dixon intercambiaron una mirada.

—Esto es grave —dijo secamente Reinhart—. Posee cierto talento, ciertos conocimientos de mecánica. Ingenio, tal vez, para hacer algo semejante. Recuerde de qué época llega, Dixon: principios del siglo XX. Antes de que empezaran las guerras mundiales. Fue un período único. Había vitalidad, ingenio. Fue una época de desarrollo y descubrimientos increíbles. Edison, Pasteur, Burbank, los hermanos Wright. Inventos y máquinas. La gente manejaba con inusitada habilidad las máquinas, como si poseyeran algún tipo de intuición… de la que nosotros carecemos.

—Quiere decir…

—Quiero decir que una persona de estas características que llega a nuestro tiempo es negativa en sí misma, haya o no guerra. Es demasiado diferente. Parte de otros presupuestos. Tiene habilidades que a nosotros nos faltan, por ejemplo, su capacidad para arreglar cosas. Nos deja fuera de juego. Y con la guerra…

»Ahora empiezo a comprender por qué las máquinas SRB no podían integrarlo. Nos resulta imposible comprender este tipo de persona. Winslow dijo que buscaba trabajo, cualquier trabajo. El hombre dijo que podía hacer de todo, arreglar lo que fuera. ¿Sabe a qué me refiero?

—No —dijo Dixon—. ¿Qué significa?

—Nosotros no sabemos arreglar nada, nada de nada. Somos seres especializados. Cada uno tiene su propia ocupación, su propio trabajo. Yo entiendo del mío, usted del suyo. La evolución tiende a una especialización cada vez mayor. La sociedad humana es un ecosistema que obliga a la adaptación. La progresiva complejidad impide que ninguno de nosotros adquiera conocimientos fuera de nuestro campo personal… Me resulta imposible entender lo que está haciendo el hombre que trabaja a mi lado. Demasiados conocimientos acumulados en cada campo. Y demasiados campos.

»Este hombre es diferente. Lo arregla todo, hace de todo. No trabaja a partir del conocimiento, ni a partir de la preparación científica…, la acumulación de hechos clasificados. No sabe nada. No se trata de un proceso mental, una forma de aprendizaje. Trabaja guiado por la intuición… Su poder reside en sus manos, no en la cabeza. Es un factótum. ¡Sus manos! Como un pintor, un artista. En sus manos… Atraviesa nuestras vidas como la hoja de un cuchillo.

—¿Y el otro problema?

—El otro problema es que ese hombre, este hombre variable, anda huido en las montañas Albertine. Nos llevará muchísimo tiempo encontrarle. Es inteligente… de una forma extraña, como un animal. No será fácil atraparle.

Reinhart despidió a Dixon. Al cabo de un momento reunió los informes que tenía sobre el escritorio y subió a la sala de las SRB. Estaba cerrada y protegida por un anillo de guardias de Seguridad. Peter Sherikov, con los brazos en jarras y la barba temblorosa por la cólera, discutía airadamente con los policías.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no puedo entrar a ver las cifras?

—Lo siento. —Reinhart apartó al policía—. Entre conmigo. Se lo explicaré. —Las puertas se abrieron y entraron. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, volvió a formarse el

anillo de guardias—. ¿Cómo es que ha abandonado su laboratorio?

Sherikov se encogió de hombros.

—Por varios motivos. Quería verle. Le llamé por el videófono y me dijeron que estaba ilocalizable. Pensé que algo había sucedido. ¿Qué es?

—Se lo diré en cuestión de minutos. —Reinhart llamó a Kaplan—. Coja estos informes e introdúzcalos inmediatamente. Quiero saber si las máquinas pueden integrarlos.

—Desde luego, oficial.

Kaplan tomó las tarjetas y las colocó en la bandeja transportadora. Las máquinas volvieron a la vida.

—Pronto lo sabremos —dijo Reinhart con un hilo de voz.

—¿Qué es lo que sabremos? —Sherikov lo atravesó con la mirada—. Dígamelo. ¿Qué ocurre?

—Tenemos problemas. Hace veinticuatro horas que las máquinas no nos proporcionan ni un dato. Cero.

Una expresión de incredulidad alteró las facciones de Sherikov.

—Eso no es posible. Siempre hay algún dato.

—Existen, pero las máquinas no pueden extraer cálculos.

—¿Por qué no?

—Porque hemos introducido un factor variable. Un factor que las máquinas no pueden integrar. Les impide hacer predicciones.

—¿Y no lo rechazan? ¿No pueden… simplemente ignorarlo?

—No. Existe, es un dato real. Además, afecta al equilibrio del material, la suma total de todos los datos disponibles. Si lo rechazaran, el resultado sería falso. Las máquinas no pueden rechazar ningún dato auténtico.

Sherikov se tiró de la barba.

—Me gustaría saber qué clase de factor desconcierta a las máquinas. Pensaba que podían integrar cualquier dato perteneciente a la realidad contemporánea.

—Pueden. Este factor no tiene nada que ver con la realidad contemporánea. Ese es el problema. Investigaciones Históricas, al recuperar la burbuja temporal del pasado, se excedió y cortó el circuito con demasiada rapidez. La burbuja temporal llegó con una carga extra…, un hombre del siglo XX. Un hombre del pasado.

—Comprendo. Un hombre de hace doscientos años. —El polaco frunció el ceño—. Y con una *Weltanschauung* radicalmente diferente, sin conexión con nuestra sociedad actual, alejado de nuestras perspectivas. Ya entiendo por qué las máquinas SRB están desconcertadas.

—¿Desconcertadas? —rio entre dientes Reinhart—. Me lo imagino. En cualquier caso, no pueden hacer nada con los datos relativos a este hombre, el hombre variable. Ni estadísticas ni predicciones. Lo altera todo. Dependemos de la información facilitada por las máquinas. La estrategia de la guerra se basa en ella.

—El clavo de la herradura. ¿Recuerda el viejo poema? «Por falta de un clavo se perdió la herradura. / Por falta de la herradura se perdió el caballo. / Por falta del caballo se perdió el jinete. / Por falta de…».

—Exacto. Un solo factor, un único individuo puede arruinarlo todo. Parece imposible que una sola persona pueda desequilibrar toda una sociedad…, pero es verdad.

—¿Qué piensa hacer con este hombre?

—La policía de Seguridad ha organizado una batida en masa para capturarle.

—¿Resultados?

—Anoche se escabulló en las montañas Albertine. Será difícil encontrarle. Creemos que continuará en libertad otras cuarenta y ocho horas. Es el tiempo que nos costará reducir a cenizas la zona. Incluso es posible que tardemos más. Y entretanto…

—Todo a punto, oficial —interrumpió Kaplan—. Los nuevos resultados.

Las máquinas SRB habían terminado de analizar los nuevos datos. Reinhart y Sherikov se apresuraron a colocarse frente a las pantallas.

Por un momento nada sucedió. Después aparecieron las cifras.

Sherikov jadeó. 99-2 a favor de la Tierra.

—¡Es fantástico! Ahora…

Las cifras se desvanecieron para dar paso a otras nuevas: 97-4 a favor de Centauro. Sherikov lanzó un gruñido de disgusto.

—Espere —le dijo a Reinhart—. Aún no se ha terminado.

Las cifras se desvanecieron. Una violenta sucesión de números invadió la pantalla, cambiando a cada instante. Por último, las máquinas enmudecieron.

No se veía nada: ni cifras ni datos.

—¿Lo ve? —murmuró Reinhart—. ¡Lo mismo de siempre!

—Reinhart, es usted demasiado anglosajón, demasiado impulsivo. Sea más eslavo. Este hombre será capturado y eliminado dentro de dos días. Me lo acaba de decir. Entretanto, trabajamos día y noche con vistas a la guerra. Nuestro ejército aguarda cerca de Próxima, tomando posiciones para atacar a los centaurianos. Todas nuestras fábricas trabajan al máximo de su capacidad. El día del ataque tendremos dispuesto un ejército perfectamente equipado para iniciar el largo viaje hasta las colonias de Centauro. Toda la población de la Tierra ha sido movilizada. Los ocho planetas no cesan de enviarnos material. A pesar de la falta de cifras, el proceso está en marcha. Este hombre morirá mucho antes de que el ataque se desencadene, y las máquinas proporcionarán datos de nuevo.

—Sin embargo, no deja de preocuparme que ese hombre siga en libertad, un hombre cuyos movimientos son imposibles de predecir. Va contra la ciencia. Hemos extraído informes estadísticos de la sociedad durante dos siglos. Poseemos una inmensa cantidad de datos. Las máquinas son capaces de predecir lo que hará una persona o un grupo en un momento dado, en una situación determinada, pero este hombre desafía las predicciones. Es una variable. Es contrario a la ciencia.

—La partícula indeterminada.

—¿Qué es eso?

—La partícula que se mueve de tal forma que nos impide predecir la posición que ocupará en un segundo determinado. Fortuita. La partícula fortuita.

—Exacto. Es…, es inhumano.

—No se preocupe, oficial —rio con sarcasmo Sherikov—. El hombre será capturado y todo volverá a la normalidad. No tendrá dificultades en predecir el comportamiento de las personas, como ratas de laboratorio en un laberinto. Por cierto…, ¿cómo es que esta sala se encuentra bajo custodia?

—No quiero que nadie se entere de que las máquinas fallan. Supone un riesgo para la moral.

—¿Margaret Duffe, por ejemplo?

Reinhart asintió de mala gana.

—Esos parlamentarios son demasiado pusilánimes. Si descubren que las máquinas SRB no funcionan, detendrán la guerra y optarán por seguir esperando.

—Demasiada lentitud, ¿verdad, oficial? Leyes, debates, reuniones, discusiones… El poder concentrado en manos de un solo hombre ahorra mucho tiempo. Un hombre que le

diga a la gente lo que ha de hacer, lo que ha de pensar…, un líder.

Reinhart dirigió a Sherikov una mirada de reproche.

—A propósito… ¿Cómo va Ícaro? ¿Ha hecho progresos con la torreta de control?

El científico frunció el entrecejo.

—¿La torreta de control? —Hizo un gesto vago con la mano—. Yo diría que todo se cumple según lo previsto. Terminaremos a tiempo.

—¿Terminaremos? ¿Quiere decir que aún no lo han hecho?

—Ya falta poco; terminaremos. —Sherikov retrocedió hacia la puerta—. Vamos a tomar un café. Se preocupa demasiado, oficial. Tómese las cosas con más calma.

—Creo que tiene razón. —Los dos hombres se encaminaron al vestíbulo—. Estoy muy nervioso. Ese hombre variable… No puedo sacármelo de la cabeza.

—¿Ha hecho algo grave?

—No, nada importante. Reajustar el juguete de un niño. Un videotransmisor.

—¿Ah, sí? —se interesó Sherikov—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué hizo?

—Se lo enseñaré.

Reinhart guio a Sherikov hasta su despacho. Entraron y Reinhart cerró la puerta con llave. Tendió el juguete a Sherikov y le explicó lo que Cole había hecho. El rostro de Sherikov se demudó. Buscó los tornillos de la caja y los aflojó. La caja se abrió. El polaco se sentó ante el escritorio y se puso a examinar el interior del juguete.

—¿Está seguro de que fue el hombre del pasado quien arregló esto?

—Por supuesto. En un abrir y cerrar de ojos. El niño lo estropeó mientras jugaba. El hombre variable apareció y el niño le pidió que se lo arreglara. Y lo hizo.

—Increíble. —A Sherikov casi se le salían los ojos de las órbitas—. Qué delicadas conexiones. ¿Cómo es posible…?

—¿El qué?

—Nada. —Sherikov se levantó bruscamente y cerró la caja con sumo cuidado—. ¿Puedo llevármela a mi laboratorio? Me gustaría examinarla con más atención.

—Desde luego. ¿Por qué?

—Por nada en especial. Vamos a tomar ese café. —Sherikov fue hacia la puerta—. ¿Dice que espera capturar al hombre antes de que pasen veinticuatro horas?

—Matarle, no capturarle. Nos conviene eliminarle como un dato a tener en cuenta. En este mismo momento estamos agrupando las formaciones de ataque. No permitiremos el menor error. Procederemos a un bombardeo masivo de la cordillera. Debe ser destruido antes de cuarenta y ocho horas.

—Claro —murmuró Sherikov con aire ausente. Una expresión preocupada alteró sus facciones—. Lo comprendo perfectamente.

I

Thomas Cole se acuclilló ante el fuego que había encendido y se calentó las manos. Estaba a punto de amanecer. El cielo viraba al gris violeta. El aire de la montaña era fresco y tonificante. Cole se estremeció y se acercó más al fuego.

Le gustaba sentir el calor en las manos. Sus manos. Las miró, rojas y amarillas a la luz de la hoguera. Las uñas estaban negras, mal cortadas. Callos en las palmas, en cada dedo. Pero eran unas buenas manos, y los dedos eran largos y ahusados, los respetaba aunque, en cierta forma, no los comprendía.

Cole se abismó en sus pensamientos y meditó sobre la situación.

Había pasado dos noches y un día en las montañas. La primera había sido la peor. Tropiezos, caídas, penosas ascensiones por las escarpadas laderas, a través de los intrincados matorrales…

Pero cuando el sol salió se encontró a salvo, en el corazón de las montañas, entre dos grandes picos. Y cuando el sol se puso ya había conseguido un refugio y los útiles necesarios para encender una hoguera. Construyó una trampa con una soga de hierba trenzada, un hoyo y una estaca mellada. Un conejo colgaba de las patas traseras y la trampa volvía a estar dispuesta para el siguiente.

El cielo cambió del gris violáceo a un gris frío, un color metálico. Las montañas estaban silenciosas y vacías. Un pájaro cantó a lo lejos, y el sonido despertó ecos en las laderas y en los barrancos. Otros pájaros se le unieron. Algo se quebró a su derecha, entre los matorrales; tal vez un animal al acecho.

Se hacía de día, su segundo día. Cole se levantó y empezó a desatar el conejo. Era hora de comer. ¿Y después? No tenía planes. Intuía que lograría sobrevivir con las herramientas que guardaba, con el talento de sus manos. Podría cazar y desollar sus presas, construir un refugio duradero y hacerse ropa con las pieles. En invierno…

No valía la pena ir tan lejos. Cole, de pie junto al fuego, miró al cielo con los brazos en jarras. Forzó la vista, tenso de repente. Algo se movía en el cielo, surcando la semioscuridad. Un punto negro.

Apagó el fuego enseguida. ¿Qué podía ser? ¿Un pájaro?

Un segundo punto se reunió con el primero. Dos puntos. Tres. Cuatro. Cinco. Un escuadrón que se movía con rapidez en el cielo del alba. Hacia las montañas.

Hacia él.

Cole se alejó corriendo del fuego. Agarró el conejo y se lo llevó al refugio que había improvisado. Una vez dentro no lo verían. Nadie podría encontrarlo. Pero si habían divisado el fuego…

Desde el refugio, agazapado, vio cómo los puntos aumentaban de tamaño. En efecto, eran aviones, aviones negros sin alas que se acercaban cada vez más. Ya podía oír su débil zumbido opaco, y, casi al instante, un estrépito que hizo temblar la tierra bajo sus pies.

El primer avión se dejó caer en picado, como una piedra, una gran forma negra. Cole jadeó y encogió el cuerpo. El avión describió un arco, muy cerca del suelo. Unos fardos se desprendieron, fardos blancos que caían y se dispersaban como semillas.

Los fardos descendieron rápidamente hacia el suelo. Aterrizaron. Eran hombres, hombres uniformados.

El segundo avión también se lanzó en picado. Dejó caer su carga. Los bultos blancos llenaron el cielo. El tercer avión le imitó, y después el cuarto. El aire bullía de fardos blancos, una cortina de esporas que se derramaban sobre la tierra.

Al llegar al suelo, los soldados formaron varios grupos. Cole oyó sus gritos desde el refugio. El miedo le atenazaba. Le estaban cortando la retirada. No quedaba ni un hueco por el que escapar; los dos últimos aviones habían soltado su carga.

Se puso en pie y salió del refugio. Algunos soldados habían descubierto el fuego, las cenizas y las brasas. Uno de ellos se agachó y tocó las brasas con la mano. Hizo señas a los demás. Formaron un círculo, gritando y gesticulando. Uno comprobó una especie de fusil, mientras otros sacaban una serie de tubos e instrumentos y los encajaban.

Cole corrió. Rodó por una ladera, se enderezó de un salto al llegar al fondo y se arrojó entre los matorrales. Hojas y ramas le hirieron en la cara. Cayó de nuevo, enredado en una masa de retorcidos arbustos. Manoteó desesperadamente para liberarse. Si pudiera sacar el cuchillo del bolsillo…

Voces. Pasos. Los hombres bajaban por la ladera en su persecución. Cole se debatió en una sorda lucha con las ramas que le cerraban el paso hasta conseguir liberarse.

Un soldado se arrodilló y levantó el fusil. Algunos de sus compañeros hicieron lo mismo.

Cole gritó a pleno pulmón. Cerró los ojos y relajó el cuerpo. Esperó, con los dientes apretados. El sudor le resbaló por el cuello y se introdujo por debajo de la camisa. El hombre del pasado se aplastó contra la masa de follaje que le rodeaba.

Silencio.

Cole abrió los ojos poco a poco. Los soldados se habían reagrupado. Un hombre corpulento bajaba por la ladera vociferando órdenes.

Dos soldados penetraron en los matorrales. El primero sujetó a Cole por el hombro.

—No lo dejéis escapar. —El hombre corpulento se aproximó, con su barba negra oscilando—. Cogedle.

Cole jadeó en busca de aliento. Le habían capturado. Ya no podía hacer nada. Los soldados invadían la hondonada y le rodeaban por completo. Le examinaban con curiosidad y murmuraban. Cole meneó la cabeza sin decir una palabra.

El hombre corpulento de la barba se paró frente a él con los brazos en jarras y le miró de arriba abajo.

—No trate de huir —dijo—. Es imposible. ¿Me comprende?

Cole asintió con la cabeza.

—Estupendo. Muy bien. —Los soldados inmovilizaron los brazos y las muñecas de Cole con cintas metálicas. Jadeó de dolor cuando el metal se hundió en su carne. Luego le sujetaron las piernas—. Las llevará hasta que salgamos de aquí. Vamos a hacer un viaje muy largo.

—¿Adónde…, adónde vamos?

Peter Sherikov examinó al hombre variable durante un momento antes de responder.

—¿Adónde? Iremos a mi laboratorio, bajo los Urales. —Echó un rápido vistazo al cielo—. Será mejor que nos demos prisa. La Policía de Seguridad iniciará el ataque dentro de pocas horas. Queremos estar muy lejos cuando empiece.

I

Sherikov se arrellanó con un suspiro en su cómoda butaca reforzada.

—Es agradable volver. —Hizo una señal a uno de sus guardias—. Está bien. Desátele.

Cole se vio libre de las cintas metálicas que inmovilizaban sus brazos y piernas. Un inmenso cansancio le asaltó de repente. Sherikov le observaba en silencio.

Cole se sentó en el suelo. Se frotó las muñecas y las piernas sin decir nada.

—¿Qué quiere? —preguntó Sherikov—. ¿Quiere comer? ¿Tiene hambre?

—No.

—¿Algún medicamento? ¿Se encuentra mal? ¿Está herido?

—No.

Sherikov arrugó la nariz.

—Un baño no le sentaría mal. Luego nos ocuparemos de ello.

Encendió un puro y exhaló una nube de humo gris. Dos guardias con los fusiles a punto vigilaban en la puerta de la habitación, ocupada solo por Sherikov y Cole.

Thomas Cole seguía sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en el pecho. No se movía. Su cuerpo encorvado

parecía más largo y encogido que nunca. Tenía el pelo despeinado y revuelto, la barbilla y las mejillas pedían a gritos un afeitado, y las ropas estaban sucias y desgarradas de reptar entre los matorrales. Presentaba heridas y cicatrices en el cuello, las mejillas y la frente. Permanecía en silencio. Su pecho subía y bajaba rítmicamente. Tenía los pálidos ojos azules entornados. Parecía muy viejo, un anciano reseco y marchito.

Sherikov llamó a uno de los guardias.

—Traiga un médico. Quiero que examine a este hombre. Quizá necesite una inyección intravenosa. Es posible que lleve bastante tiempo sin comer.

El guardia se marchó.

—No quiero que le suceda nada —declaró Sherikov—. Le harán un reconocimiento completo antes de que sigamos. También le sacaremos los piojos.

Cole no dijo nada.

—¡Ánimo! —rio Sherikov—. No hay nada que temer. —Se inclinó hacia Cole y agitó un dedo inmenso en su dirección—. Dos horas más, y estaría muerto, allá en las montañas. ¿Se da cuenta?

Cole asintió.

—No me cree. Mire. —Sherikov pulsó el mando de la videopantalla que colgaba en la pared—. Mire esto. La operación aún debe de proseguir.

La pantalla se iluminó. Una escena se hizo visible.

—Este es el canal confidencial de Seguridad. Lo intercepté hace varios años… por mi propio bien. Lo que vamos a ver ahora es obra de Erick Reinhart. Preste atención. Hace dos horas, usted estaba ahí.

Cole se volvió hacia la pantalla. Al principio no comprendió lo que sucedía. La pantalla mostraba una enorme nube de humo, un torbellino de movimientos. El altavoz emitió un rumor sordo, un bramido ronco.

Al cabo de un rato, la pantalla enfocó una escena que no se distinguía apenas de la anterior. Cole se puso rígido de repente.

Estaba contemplando la destrucción de una cordillera.

La panorámica estaba tomada desde una nave que sobrevolaba lo que había sido una vez la cordillera Albertine. Ahora solo quedaban nubes grises y columnas de partículas y detritos, una ondulante marea de materiales que poco a poco derivaban y se disipaban en todas direcciones.

Las montañas Albertine habían sido desintegradas. Bajo la nube de escombros se extendía una llanura desolada,

barrida por el fuego y la lluvia. Heridas profundas, inmensos hoyos sin fondo, cráteres alineados hasta el horizonte. Cráteres y detritos, como la castigada y torturada superficie de la Luna. Dos horas antes había picos y barrancos, matorrales, arbustos y árboles.

Cole apartó la vista.

—¿Lo ve? —Sherikov apagó la pantalla—. No hace tanto que usted se encontraba allí. Todo ese ruido y ese humo…, todo por usted. Todo por usted, señor. Hombre variable del pasado. Reinhart lo preparó para acabar con usted. Quiero que lo entienda; es muy importante que lo haga.

Cole no dijo nada.

Sherikov rebuscó en un cajón de la mesa. Sacó una cajita cuadrada y se la tendió a Cole.

—Usted montó esto, ¿verdad?

Cole cogió la caja. Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse. ¿Qué era aquello? El juguete del niño. Lo llamaban videotransmisor intersistémico.

—Sí, yo lo arreglé. —Se la devolvió a Sherikov—. Estaba roto.

Sherikov clavó en él sus brillantes ojos. Asintió con la cabeza; su barba negra y su cigarro subieron y bajaron.

—Bien. Es lo que quería saber. —Se puso de pie y empujó la silla hacia atrás—. Creo que el doctor ya ha llegado. Le proporcionará todo lo que necesite y le ayudará a recobrarse. Hablaremos más tarde.

Cole se irguió sin protestar y permitió que el doctor se hiciera cargo de él.

Cuando Cole abandonó la unidad médica, Sherikov le invitó a su comedor privado, situado en la planta siguiente a la del laboratorio.

El polaco devoró la comida sin parar de hablar. Cole se sentó en silencio al otro lado de la mesa, sin hablar ni comer. Le habían dado ropas nuevas, afeitado y friccionado, curado las heridas y cortes y bañado. Ahora parecía más joven y saludable, aunque se sentía cansado y débil. Escuchó las explicaciones de Sherikov acerca del mundo de 2136 sin hacer ningún comentario.

—Ahora entenderá —dijo Sherikov agitando un muslo de pollo— por qué su aparición ha sido tan inoportuna para nuestros planes, y también por qué el oficial Reinhart estaba tan interesado en destruirle.

Cole asintió con un gesto.

—Reinhart considera que el fallo de las máquinas SRB es el principal peligro que afecta a la campaña bélica. ¡Pero eso no es nada! —Sherikov apartó su plato con estrépito y se

apoderó de una taza de café—. A fin de cuentas, es posible llevar a cabo una guerra sin predicciones estadísticas. Las máquinas SRB se limitan a describir. No son más que espectadores mecánicos. Por sí solas, no afectan al curso de la guerra. Nosotros hacemos la guerra. Las máquinas analizan.

Cole volvió a asentir.

—¿Más café? —preguntó Sherikov. Empujó el recipiente de plástico hacia Cole—. Tome un poco.

—Gracias —aceptó Cole.

—Como comprenderá, nuestro auténtico problema es de naturaleza muy distinta. Las máquinas se limitan a calcular en pocos minutos lo que podríamos hacer nosotros en más tiempo. Son nuestros criados, herramientas, no dioses a los que rendimos adoración, ni oráculos que predicen el futuro. No adivinan; hacen predicciones estadísticas…, que no es lo mismo que profecías. Existe una gran diferencia, pero Reinhart y los suyos han convertido a las máquinas SRB en dioses. Pues bien, yo no tengo dioses. Al menos, ninguno que pueda ver.

Cole asintió y sorbió el café.

—Le explico todo esto para que comprenda contra qué nos enfrentamos. La Tierra está asediada por el antiguo imperio centauriano. Su origen se remonta hasta una antigüedad

que desconocemos, cientos, miles de años. Es viejo…, decadente y corrupto, pero sus tentáculos se extienden a la mayor parte de la galaxia que nos rodea, y nos impiden salir del Sistema Solar. Ya le he hablado de Ícaro y de los trabajos de Hedge en lo que concierne a los desplazamientos a mayor velocidad que la luz. Hemos de ganar la guerra contra Centauro. Hemos esperado y trabajado durante mucho tiempo para este propósito, ese momento ansiado en que romperemos el cerco y nos abriremos paso hacia las estrellas por nuestros propios medios. Ícaro es el arma definitiva. Los datos sobre Ícaro decantaron las cifras de las SRB a nuestro favor… por primera vez en la historia. El éxito de la guerra depende de Ícaro, no de las máquinas SRB. ¿Comprende?

Cole movió la cabeza.

—Sin embargo, hay un problema. Los datos sobre Ícaro que introduje en las máquinas especificaban que Ícaro estaría a punto en un plazo de diez días. Ya ha pasado la mitad de ese tiempo. Sin embargo, hoy no estamos más cerca de conectar la torreta que al principio. La torreta nos tiene confundidos. —Sherikov sonrió con ironía—. Incluso yo lo intenté personalmente, pero sin éxito. Es complicada… y pequeña. Demasiados problemas técnicos sin resolver. Es la primera vez que ensayamos algo similar. Si hubiéramos probado antes otros modelos experimentales…

—Pero este es el modelo experimental —dijo Cole.

—Construido a partir de los diseños de un hombre muerto hace cuatro años…, que ya no está aquí para corregir nuestros errores. Hemos hecho Ícaro en el laboratorio con nuestras propias manos, y nos está dando muchos problemas. —Sherikov se puso en pie—. Bajemos al laboratorio y se lo enseñaré.

Sherikov le guio. Cole se detuvo ante la puerta del laboratorio.

—Una visión sorprendente. Lo guardamos aquí abajo por motivos de seguridad. Está muy bien protegido. Entre. Hemos de trabajar.

Ícaro se alzaba en el centro del laboratorio, un cilindro chato grisáceo que un día surcaría el espacio a una velocidad miles de veces superior a la de la luz, en dirección a Próxima Centauro, a unos cuatro años luz de distancia. Grupos de hombres uniformados trabajaban febrilmente alrededor del cilindro para terminar el trabajo.

—Acérquese. Vea la torreta. —Sherikov acompañó a Cole hasta un rincón del laboratorio—. Está vigilada. Los espías centaurianos hormiguean por todas partes. Lo examinan todo, al igual que nosotros. Así obtenemos información para las máquinas SRB. Espías en ambos sistemas.

El globo translúcido que era la torreta de control reposaba en el centro de una plataforma de metal custodiada por

guardias armados. Bajaron los fusiles cuando Sherikov se aproximó.

—No queremos que le ocurra nada —dijo el científico—. Todo depende de este aparato. —Alargó la mano hacia el globo. A mitad de camino se detuvo, obstaculizada por una invisible presencia—. El campo. Desconéctenlo. Aún funciona.

Uno de los guardias presionó un botón de su muñeca. El aire alrededor del globo brilló débilmente y se apagó.

La mano de Sherikov se cerró en torno al globo. Lo alzó con cuidado de su soporte y lo acercó a Cole.

—Esta es la torreta de control de nuestro enorme amigo. Es lo que hará disminuir su velocidad cuando penetre en Centauro. Disminuye la velocidad y vuelve a entrar en nuestro universo. Justo en el corazón de la estrella. Después… se acabó Centauro. Y también Armun.

Pero Cole no le escuchaba. Había cogido el globo y le daba vueltas, lo palpaba con las manos y lo examinaba con suma atención. Estudió su interior con el rostro extasiado y atento.

—Es imposible ver el entramado sin gafas. —Sherikov señaló un par de microgafas. Las colocó sobre la nariz de Cole y se las ajustó detrás de las orejas—. Pruebe ahora. Puede controlar el aumento. Están a mil aumentos. Aumente o disminuya.

Cole jadeó y se balanceó adelante y atrás. Sherikov le sujetó. Cole inspeccionó el globo, movió su cabeza levemente y enfocó las gafas.

—Necesita práctica, pero puede hacer muchas cosas con ellas. Le permitirán realizar conexiones microscópicas con herramientas especiales. Nosotros no lo hemos conseguido. Muy pocos hombres son capaces de armar circuitos usando las microlentes y las herramientas. Probamos los robots, pero han de tomar demasiadas decisiones, y está fuera de su alcance. Se limitan a reaccionar.

Cole no dijo nada. Continuaba examinando el interior del globo, con los labios apretados y el cuerpo tenso y rígido. A Sherikov le inquietaba.

—Parece usted uno de esos adivinos —bromeó el polaco, pero un estremecimiento recorrió su espina dorsal—. Será mejor que me la devuelva.

Alargó la mano. Cole le devolvió el globo. Se quitó las microgafas, todavía sumido en sus pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó Sherikov—. Ya sabe lo que quiero. Quiero que monte este condenado aparato. Creo que usted podrá hacerlo. Lo adivino por la forma en que lo cogía…, y por lo que hizo con el juguete del niño, por supuesto. Lo hará en cinco días. Es el único capaz de hacerlo. Si no, Centauro continuará dominando la galaxia y la Tierra tendrá que

resignarse a permanecer encerrada en el Sistema Solar. Un sol diminuto y mediocre, una mota de polvo en la galaxia.

Cole no respondió.

Sherikov se impacientó.

—¿Y bien? ¿Qué contesta?

—¿Qué pasaría si no lo hiciera? Quiero decir, ¿qué me pasaría a mí en particular?

—En ese caso, le entregaré a Reinhart. Él le matará en el acto. Cree que usted está muerto, después del bombardeo que arrasó las Albertine. Si llegara a sospechar que yo le salvé…

—Comprendo.

—Le traje aquí por un único motivo. Si monta la torreta le devolveré a su tiempo. Si no…

Cole reflexionó; tenía el rostro sombrío y ceñudo.

—¿Qué puede perder? Ya estaría muerto si no le saco de aquellas colinas.

—¿De veras puede devolverme a mi época?

—¡Por supuesto!

—¿Reinhart no interferirá?

—¿Qué podría hacer? —rio Sherikov—. ¿Cómo va a detenerme? Dispongo de mi propio ejército, ya lo ha visto. Usted regresará.

—Sí, ya vi a sus hombres.

—Por lo tanto, ¿acepta?

—Acepto —dijo Thomas Cole—. La montaré para usted; completaré la torreta de control… en un plazo de cinco días.

IV

Tres días más tarde, Joseph Dixon deslizó un mensaje confidencial sobre el escritorio de su jefe.

—Creo que esto le va a interesar.

Reinhart cogió la lámina lentamente.

—¿De qué se trata? ¿Vino hasta aquí solo para enseñármelo?

—En efecto.

—¿Por qué no lo transmitió por el videófono?

—Ya lo entenderá cuando lo descifre —rio entre dientes Dixon—. Procede de Próxima Centauro.

—¡Centauro!

—Nuestro servicio de contraespionaje. Me lo enviaron directamente. Se lo descifraré, ahórrese el esfuerzo.

Dixon se situó tras el escritorio de Reinhart. Se inclinó sobre el hombro del oficial, cogió la lámina y rompió el sello con la uña del pulgar.

—Agárrese —aconsejó—. Le va a sorprender de forma muy desagradable. Nuestros agentes en Armun informan de que el Alto Consejo de Centauro ha convocado una sesión de emergencia para tratar el problema del inminente ataque terrestre. Espías de Centauro han informado al Alto Consejo de que la bomba Ícaro se halla virtualmente terminada. Los trabajos han llegado a su última fase en los laboratorios subterráneos de los Urales, bajo la dirección del físico terrestre Peter Sherikov.

—Así me lo dio a entender el propio Sherikov. ¿Le sorprende que los centaurianos conozcan la existencia de la bomba? Sus espías pululan por toda la Tierra; es cosa sabida.

—Hay más. —Dixon recorrió las líneas del mensaje con un dedo tembloroso—. Los espías de Centauro informan que Peter Sherikov contó con la ayuda de un experto técnico

venido de otra época para completar el montaje de la torreta.

Reinhart se tambaleó y cerró los dedos en torno a la mesa. Entornó los ojos, sin aliento.

—El hombre variable sigue con vida —murmuró Dixon—. No sé cómo, o por qué. No queda ni rastro de las Albertine. ¿Cómo demonios consiguió llegar al otro extremo del mundo?

Reinhart abrió los ojos, el rostro descompuesto.

—¡Sherikov! Debió de rescatarle antes de que se iniciara el ataque. Le comuniqué la hora exacta. Necesitaba ayuda…, la ayuda del hombre variable. De otro modo, no habría podido cumplir su promesa.

Reinhart se levantó y paseó arriba y abajo.

—Ya he notificado a las máquinas SRB que el hombre variable había sido destruido. Las máquinas vuelven a mostrar la antigua proporción siete a seis a nuestro favor, pero se fundamenta en una información falsa.

—Por tanto, tendrá que retirar los datos falsos y proporcionar los auténticos.

—No —Reinhart meneó la cabeza—, no puedo hacerlo. Las máquinas han de seguir funcionando. No podemos

perturbarlas de nuevo. Maldita sea, parecía seguro que el hombre variable había muerto. Es una situación increíble. Ha de ser eliminado… a cualquier precio.

De pronto, Reinhart dejó de pasear.

—La torreta. Ya la habrán terminado. ¿Correcto?

Dixon asintió con la cabeza.

—Sherikov habrá completado su trabajo antes del plazo fijado con la ayuda del hombre variable.

Los ojos grises de Reinhart llamearon.

—Por tanto, ya no nos sirve de nada…, ni siquiera a Sherikov. Podríamos arriesgarnos…, aun en el caso de que nos enfrentáramos a una activa oposición…

—¿A qué se refiere? —preguntó Dixon—. ¿En qué está pensando?

—¿Cuántas unidades están preparadas para entrar en acción? ¿Es posible movilizar una fuerza considerable sin llamar la atención?

—Estamos movilizados las veinticuatro horas del día, puesto que nos hallamos en guerra. Hay setenta unidades aéreas y unas doscientas de tierra. El resto de las fuerzas de

Seguridad ha sido transferido a la línea de combate, bajo control militar.

—¿Hombres?

—Aún nos quedan unos cinco mil hombres en la Tierra, listos para entrar en acción. Muchos están a punto de ser transferidos a los transportes militares. Puede disponer de ellos en cualquier momento.

—¿Misiles?

—Por fortuna las rampas de lanzamiento aún no han sido desmanteladas; continúan en la Tierra. Dentro de pocos días serán trasladadas para intervenir en los altercados coloniales.

—¿Están listas para utilizarlas de inmediato?

—Sí.

—Bien. —Reinhart entrelazó sus dedos con repentina determinación—. Esto es exactamente lo que haremos. Si no me equivoco, Sherikov solo dispone de seis unidades aéreas y ningún vehículo de superficie, más unos doscientos hombres. Algunos escudos de defensa, por supuesto…

—¿Cuál es su plan?

Reinhart compuso una expresión pétrea.

—Ordene que todas las fuerzas de Seguridad disponibles se agrupen bajo su mando. Disponga que estén preparadas para partir a las cuatro de la tarde. Vamos a hacer una visita a Peter Sherikov.

I

—Pare aquí —ordenó Reinhart.

El vehículo de superficie disminuyó de velocidad hasta frenar. Reinhart examinó cautelosamente el exterior y escudriñó el horizonte.

Un desierto de malas hierbas y arena se extendía hasta perderse de vista. No se veía ni oía nada. A la derecha, la hierba y la arena se elevaban, hasta formar inmensas cumbres, una cordillera sin fin que de saparecía en la distancia. Los Urales.

—Allí —señaló Reinhart a Dixon—. ¿Lo ve?

—No.

—Fuerce la vista. Es difícil divisarlo aunque sepa lo que busca. Tubos verticales, una especie de chimenea, o periscopios.

Dixon los localizó al fin.

—Hubiera pasado de largo sin darme cuenta.

—Está bien oculto. Los laboratorios principales están a un kilómetro y medio de profundidad, bajo la misma cordillera. Es virtualmente inexpugnable. Sherikov lo construyó hace años para resistir cualquier ataque. Desde el aire, por tierra, bombas, misiles…

—Debe de sentirse realmente a salvo ahí abajo.

—Sin duda. —Reinhart oteó el cielo. Divisó minúsculos puntos negros que se movían en perezosos círculos—. Esos son nuestros, ¿verdad? Di órdenes…

—No, no son nuestros. Todas nuestras unidades están fuera de su alcance de visión. Pertenecen a Sherikov: su patrulla.

—Bien. —Reinhart se relajó. Se inclinó y encendió la videopantalla del vehículo—. ¿La pantalla está protegida? ¿Puede ser detectada?

—No hay forma de que puedan seguirnos. Es no direccional.

La pantalla se iluminó. Reinhart insertó las claves de la combinación y se sentó a esperar.

Una imagen se formó al cabo de un momento. Rostro tenso, poblada barba negra, grandes ojos.

Peter Sherikov contempló a Reinhart con sorprendida curiosidad.

—¡Oficial! ¿Desde dónde llama? ¿Qué…?

—¿Cómo van los trabajos? —interrumpió Reinhart con frialdad—. ¿Está ya a punto Ícaro?

Sherikov hinchó el pecho con orgullo.

—Misión cumplida, oficial. Dos días antes de expirar el plazo. Ícaro está dispuesto para ser lanzado al espacio. Llamé a su despacho, pero me dijeron…

—No estoy en mi despacho. —Reinhart se acercó más a la pantalla—. Abra el túnel de entrada a su instalación. Va a recibir visitantes.

—¿Visitantes? —Sherikov parpadeó.

—Vengo a verle por el asunto de Ícaro. Ábrame el túnel cuanto antes.

—¿Dónde se encuentra exactamente, oficial?

—En la superficie.

—¿Ah, sí? Pero… —Los ojos de Sherikov relampaguearon.

—¡Abra! —estalló Reinhart. Consultó su reloj—. Llegaré dentro de cinco minutos. Espero que esté listo para recibirme.

—Desde luego. —Sherikov asintió, aturdido—. Siempre me alegra verle, oficial, pero…

—Cinco minutos, pues. —Reinhart cortó la comunicación. La pantalla se apagó. Se volvió hacia Dixon—. Quédese aquí, tal como convinimos. Bajaré con una compañía de la policía. Supongo que comprende la necesidad de llevar al segundo la operación.

—No fallaremos. Todo está dispuesto. Todas las unidades en sus puestos.

—Bien. —Reinhart abrió la puerta—. Reúnase con sus oficiales. Seguiré hacia la entrada del túnel.

—Buena suerte. —Dixon saltó sobre la tierra arenosa. Un aire reseco se introdujo en el coche y remolineó en torno a Reinhart—. Nos veremos más tarde.

Reinhart cerró la puerta. Se volvió hacia el grupo de policías agazapados en la parte trasera del vehículo con los fusiles preparados.

—Allá vamos —murmuró—. Agárrense.

El coche se deslizó sobre la tierra arenosa hasta la entrada del túnel que daba acceso a la fortaleza de Sherikov.

Sherikov fue al encuentro de Reinhart en el extremo del túnel que comunicaba con la planta principal del laboratorio.

El enorme polaco se aproximó con la mano extendida, mostrando orgullo y satisfacción.

—Es un placer verle, oficial.

Reinhart salió del coche con su grupo de policías armados.

—Hay que celebrarlo, ¿no cree?

—¡Excelente idea! Nos hemos adelantado dos días, oficial. Las máquinas SRB estarán muy interesadas. Las cifras cambiarán de golpe al recibir la noticia.

—Bajemos al laboratorio. Quiero comprobar la torreta de control.

El rostro de Sherikov se ensombreció.

—Es mejor que no molestemos a los trabajadores en este momento, oficial. Han soportado una gran tensión para terminar la torreta a tiempo. Creo que están acabando los últimos detalles.

—Los observaremos por la videopantalla. Siento una gran curiosidad por verles trabajar. Debe de ser difícil hacer unas conexiones tan delicadas.

—Lo siento, oficial. —Sherikov meneó la cabeza—. No puedo permitir algo semejante. Esto es demasiado importante; nuestro futuro depende de ello.

Reinhart hizo una señal a la compañía de policía.

—Arresten a este hombre.

Sherikov palideció, mudo de estupor. Los policías le rodearon con las armas apuntadas a su voluminosa figura. Le cachearon con rapidez y eficiencia, le despojaron de su pistola y del escudo de energía que llevaba oculto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sherikov, algo recobrado—. ¿Qué están haciendo?

—Queda bajo arresto mientras dure la guerra. Se le despoja de toda autoridad. A partir de ahora, uno de mis hombres se hará cargo de Proyectos. Cuando la guerra termine será juzgado ante el Consejo y la presidenta Duffe.

—No lo comprendo —musitó Sherikov—. ¿A qué viene todo esto? Explíquemelo, oficial. ¿Qué ocurre?

Reinhart se volvió hacia los policías.

—Prepárense. Vamos a entrar en el laboratorio. Tal vez tengamos que abrirnos paso a tiros. El hombre variable se hallará en la zona de la bomba, trabajando en la torreta de control.

El rostro de Sherikov se tensó en el acto. Sus ojos negros centellearon, alertas y hostiles.

—Recibimos un informe del servicio de contraespionaje, desde Centauro. —Rio ásperamente Reinhart—. Usted me sorprende, Sherikov. Ya sabe que los centaurianos tienen espías por todas partes. Debería saber…

Sherikov se movió con gran rapidez. De repente cargó contra los policías con todo su enorme peso. Cayeron por el suelo. Sherikov corrió…, en dirección a la pared. Los policías hicieron fuego. Reinhart desenfundó su pistola, rabioso.

Sherikov se precipitó sobre la pared, agachando la cabeza, sin que ningún disparo le alcanzara. Se estrelló contra la pared… y desapareció.

—¡Al suelo! —chilló Reinhart.

Él y los policías rodaron por el suelo. Reinhart no cesaba de maldecir mientras se arrastraba hacia la puerta. Tenían que salir cuanto antes. Sherikov había escapado. Una pared falsa, una barrera de energía adaptada para responder a su presión. La había atravesado sin sufrir el menor daño. Él…

Un infierno se desencadenó por todos lados. Una rugiente llamarada de muerte cayó sobre y alrededor de ellos. Las paredes escupieron ardientes ondas de destrucción. Estaban atrapados entre cuatro chorros de energía. Una trampa…, una trampa mortal.

Reinhart consiguió llegar al vestíbulo casi sin aliento. Le siguieron algunos de sus hombres. El resto de la compañía gritaba y se debatía en la sala, heridos mortalmente por la energía desintegradora.

Reinhart agrupó a los supervivientes, pero los guardias de Sherikov ya habían tomado posiciones. Un rechoncho cañón robot les cerraba el paso en el extremo del pasillo. Una sirena aulló. Los guardias acudían corriendo a sus puestos de combate.

El cañón robot abrió fuego. Una parte del pasillo quedó reducida a escombros, levantando nubes de cascotes y partículas. Reinhart y sus hombres experimentaron náuseas y retrocedieron por el pasillo.

Llegaron a un cruce. Un segundo cañón robot rodaba hacia ellos, dispuesto a disparar. Reinhart lo hizo antes, apuntando con cuidado a su delicado control. De repente, el cañón giró con un movimiento convulsivo, se estrelló contra el duro metal y se rompió en mil pedazos; los engranajes continuaron funcionando un instante.

—Vamos. —Reinhart se alejó corriendo con el cuerpo encorvado. Consultó el reloj. Casi la hora. Faltaban pocos minutos. Un grupo de guardias del laboratorio le cortó el paso. Reinhart disparó. Sus policías también descargaron rayos violetas de energía que alcanzaron al grupo de guardias al entrar en el pasillo. Los guardias cayeron al suelo, algunos convertidos en polvo que se diseminó por el piso. Reinhart se abrió camino hacia el laboratorio a través de ruinas y cascotes, seguido por sus hombres—. ¡Vamos! ¡No se detengan!

La voz de Sherikov, magnificada por una cadena de altavoces colocados en las paredes de la red de túneles, retumbó sobre sus cabezas. Reinhart se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Reinhart! No tiene ninguna posibilidad. Jamás conseguirá escapar. Tiren los fusiles y ríndanse. Están rodeados por todas partes. Se encuentran a un kilómetro y medio de la superficie.

Reinhart se obligó a continuar, avanzando entre nubes de partículas que llenaban el pasillo.

—¿Está seguro, Sherikov? —gruñó.

La risa metálica de Sherikov martilleó en los oídos de Reinhart.

—No quiero matarle, oficial, es un elemento vital para la guerra. Lamento que descubriera al hombre variable. Admito que subestimamos el espionaje centauriano como un factor importante, pero ahora que ya lo sabe…

La voz de Sherikov enmudeció de súbito. Un ruido sordo sacudió el suelo y una profunda vibración recorrió el pasillo.

Reinhart suspiró aliviado. Se esforzó por discernir las cifras de su reloj entre las nubes de polvo. Justo a tiempo. Ni un segundo de retraso.

El primero de los misiles de hidrógeno, lanzado desde los edificios del Consejo al otro lado del mundo, acababa de llegar. El ataque había empezado.

A las seis en punto, Joseph Dixon, a seis kilómetros de la entrada del túnel, hizo la señal a las unidades que aguardaban.

La primera tarea consistía en destruir las pantallas defensivas de Sherikov, a fin de que los misiles pudieran penetrar sin interferencias. Cuando Dixon dio la orden, una escuadrilla de treinta naves de Seguridad se lanzó en picado desde una altura de doce kilómetros hacia los laboratorios subterráneos. Las pantallas defensivas y las torres de disparo quedaron reducidas a escombros en cinco minutos. Las montañas estaban virtualmente desprotegidas.

—Hasta ahora todo va bien —murmuró Dixon mientras observaba desde su refugio.

La flota de Seguridad volvió a su posición inicial una vez cumplida la misión. Los vehículos de superficie de la policía cruzaron la estepa en dirección a la entrada del túnel, obstruyendo todas las vías de escape.

El contraataque de Sherikov también se había iniciado.

Cañones emplazados en las colinas abrieron fuego. Vastas columnas de fuego avanzaron hacia los vehículos de superficie. Los coches vacilaron y retrocedieron, a medida que la llanura era devorada por un vórtice aterrador, un caos atronador de explosiones. Algunos coches desaparecieron convertidos en nubes de partículas. Un grupo de vehículos que huía fue levantado en el aire por un viento huracanado que diezmó sus filas.

Dixon ordenó que se silenciara la artillería. La flota de la policía volvió a surcar el cielo con un rugido de motores que hizo temblar la tierra. Las naves atacaron a los cañones desde diversos ángulos.

Los cañones desviaron su atención de los vehículos de superficie y alzaron sus embocaduras para responder al ataque. Las naves abrieron fuego una y otra vez y arrasaron las montañas con sus poderosos rayos.

Los cañones enmudecieron. El eco de las explosiones disminuyó cuando las bombas dejaron de caer.

Dixon acogió el final del bombardeo con un suspiro de satisfacción. El espeso enjambre de aeronaves remontó el vuelo triunfalmente, pero tuvieron que alejarse cuando cañones robot antiaéreos de emergencia entraron en acción y salpicaron el cielo con ardientes chorros de energía.

Dixon consultó su reloj. Los misiles venían en camino desde Estados Unidos. Faltaban muy pocos minutos.

Los vehículos de superficie, fuera de peligro gracias al éxito del bombardeo, empezaron a reagruparse para un nuevo ataque frontal. Otra vez rodaron por la llanura llameante, sobre la calcinada superficie de las montañas, en dirección a las ruinas de lo que había sido el anillo de cañones defensivos, hacia la entrada del túnel.

Se produjo un débil cañoneo. Los vehículos avanzaron, inflexibles. Las tropas de Sherikov ascendían hacia la superficie desde el fondo de las colinas para repeler el ataque. El primer coche pisó la sombra de las montañas…

Estalló una descarga ensordecedora. Pequeños cañones robot se materializaron como por ensalmo, diminutos barriles que surgían tras escondites ocultos, árboles, arbustos, rocas y piedras. Los coches de la policía, atrapados en la base de las colinas, sufrieron un destructor cañoneo.

Los guardias de Sherikov se desparramaron por las laderas para rematar a los vehículos. El aire de la llanura se puso al rojo vivo cuando los vehículos dispararon sobre los hombres que corrían. Un cañón robot cayó como un proyectil en la llanura y se precipitó con un rugido sobre los coches sin dejar de disparar a su vez.

Dixon se agitó, nervioso. Unos pocos minutos. En cualquier momento, de hecho. Se protegió los ojos con la mano y escudriñó el cielo. Ni el menor rastro. Se preguntó qué estaría haciendo Reinhart. Aún no había emitido ninguna señal. Seguro que tenía problemas, seguro que peleaba desesperadamente en la intrincada red de túneles, el laberinto de pasadizos que horadaban la tierra bajo las montañas.

Las naves defensivas de Sherikov se desplazaban a gran velocidad en el aire, empeñadas en una lucha perdida de antemano.

Los guardias de Sherikov invadieron la llanura. Encorvados, se precipitaron sobre los coches inmovilizados. Las aeronaves de la policía descargaron sobre ellos una lluvia de proyectiles.

Dixon contuvo el aliento. Cuando llegaron los misiles…

El primero de ellos impactó. Una parte de la montaña se desintegró, convertida en humo y gases. Una ola de calor

golpeó de pleno el rostro de Dixon. Entró al instante en su nave y despegó, poniendo tierra de por medio. Se volvió a mirar. Un segundo y un tercer misiles habían alcanzado su objetivo. Enormes pozos bostezaban entre las montañas; amplios boquetes en las piedras recordaban dientes rotos. Los misiles ya podían penetrar en los laboratorios subterráneos.

Los coches de superficie se detuvieron antes de llegar a la zona castigada, esperando que terminara el ataque de los misiles. Cuando el octavo proyectil hubo estallado, los vehículos avanzaron. Ya no había más misiles.

Dixon dio media vuelta y volvió al escenario de la batalla. El laboratorio estaba al descubierto. Las secciones superiores habían sido desgajadas. El laboratorio parecía un destructor desarbolado, los primeros pisos eran visibles desde el aire. Hombres y vehículos luchaban con los guardias que les impedían el acceso.

I

Dixon contemplaba la escena con suma atención. Los hombres de Sherikov transportaban artillería pesada, pero las naves de la policía volvían a la carga. La patrulla de Sherikov había sido barrida del cielo. Las naves de la policía descendieron en picado y describieron una curva sobre el laboratorio. Arrojaron pequeñas bombas sobre la artillería

que ascendía a la superficie desde las plantas que quedaban en pie.

La videopantalla de Dixon emitió una señal. Dixon se volvió a mirar.

—Detenga el ataque —dijo Reinhart. Su uniforme estaba destrozado. Una herida sanguinolenta cruzaba su mejilla. Dedicó una sonrisa amarga a Dixon y se apartó el pelo revuelto de la cara—. Vaya combate.

—Sherikov…

—Ha ordenado a sus guardias que se retiren. Hemos llegado a una tregua. Todo ha terminado. Ya es suficiente. —Reinhart inspiró hondo y se enjugó la mugre y el sudor del cuello—. Venga hacia aquí cuanto antes.

—¿El hombre variable?

—Todo a su tiempo —dijo Reinhart de mal humor—. Por eso quiero que venga. Quiero que participe en la matanza.

Reinhart se alejó de la videopantalla. Sherikov permanecía de pie en un ángulo de la sala sin decir nada.

—¿Y bien? —rugió Reinhart—. ¿Dónde está? ¿Dónde puedo encontrarle?

—Oficial, ¿está seguro de…?

—El ataque ha cesado. Sus laboratorios, y también su vida, están a salvo. Ahora le toca a usted. —Reinhart aferró su fusil y avanzó hacia Sherikov—. ¿Dónde está?

Sherikov vaciló unos instantes. Después relajó su inmenso cuerpo, derrotado. Agitó la cabeza con aire de preocupación.

—De acuerdo. Le enseñaré dónde está. —Su voz era apenas audible, un susurro imperceptible—. Venga por aquí.

Reinhart siguió a Sherikov por el pasillo. Policías y guardias trabajaban con eficacia, retirando escombros y ruinas y apagando las llamas que ardían por todas partes.

—No quiero trucos, Sherikov.

—No habrá trucos —dijo Sherikov con resignación—. Thomas Cole trabaja solo en un laboratorio apartado de las dependencias principales.

—¿Cole?

—El hombre variable; ese es su nombre. —El polaco ladeó un poco su impresionante cabeza—. Tiene un nombre.

Reinhart hizo oscilar su fusil.

—Dese prisa. No quiero más problemas. Por eso vine personalmente.

—Debe recordar algo, oficial.

—¿Qué es?

—Es vital que no le suceda nada al globo, la torreta de control. Todo depende de ella, la guerra, nuestro…

—Lo sé. Nada le sucederá a ese trasto. Sigamos.

—Si sufriese el menor percance…

—No me interesa el globo, solo me interesa… Thomas Cole.

Llegaron al final del pasillo y se detuvieron frente a una puerta metálica. Sherikov la señaló.

—Ahí está.

—Ábrala. —Reinhart retrocedió.

—Ábrala usted. Declino toda responsabilidad.

Reinhart se encogió de hombros. Situándose frente a la puerta bajó el arma y alzó la mano ante la célula fotoeléctrica. No sucedió nada.

Reinhart frunció el entrecejo. Empujó la puerta con la mano. La hoja cedió. Reinhart contempló un pequeño laboratorio: una mesa de trabajo, útiles, aparatos,

instrumentos de medición y, en el centro de la mesa, un globo transparente, la torreta de control.

—¿Cole? —Reinhart se introdujo sin vacilar en la habitación. Paseó la mirada a su alrededor, alarmado—. ¿Dónde…?

La habitación estaba vacía. Thomas Cole había desaparecido.

I

Cuando el primer misil hizo explosión, Cole dejó de trabajar y escuchó.

Un lejano estruendo sacudió la tierra y estremeció el suelo bajo sus pies. Los aparatos y útiles que había en la mesa de trabajo se bambolearon. Unos alicates cayeron en el piso. Una caja de tornillos se inclinó y derramó todo su contenido.

Cole permaneció a la escucha durante un rato. Después cogió el globo transparente colocado sobre la mesa y lo sujetó en alto. Acarició con los dedos la superficie, pensativo. Al cabo de un momento devolvió el globo a su lugar.

Había terminado su tarea. Una leve sensación de orgullo recorrió al hombre variable. Había sido su mejor trabajo.

El ruido cesó. Cole se puso en guardia. Saltó del taburete y corrió hacia la puerta. Aplicó el oído a la hoja metálica y percibió gritos, los pasos apresurados de los guardias que transportaban material pesado con alguna finalidad concreta.

El ruido sordo de un estallido despertó ecos en el pasillo y golpeó la puerta, haciéndole retroceder. Una segunda oleada de energía sacudió las paredes y le envió rodando por el suelo.

Las luces parpadearon y se apagaron.

Cole tanteó en la oscuridad hasta que encontró una linterna. Una caída de tensión. Oyó el crepitar de las llamas. Las luces regresaron con un sucio tono amarillento y volvieron a extinguirse. Cole se arrodilló y examinó la puerta con la ayuda de la linterna. Cierre magnético, dependiente de un flujo eléctrico externo. Asió un destornillador y forzó la puerta hasta conseguir abrirla.

Cole se asomó cautelosamente al pasillo. La escena era confusa. Los guardias deambulaban por todas partes, quemados y medio ciegos. Dos agonizaban bajo un montón de escombros, fusiles fundidos y metal retorcido. Un hedor a cables y plástico quemados le produjo náuseas a medida que iba avanzando.

—¡Alto! —dijo con un hilo de voz un guardia que trataba de levantarse.

Cole le apartó y se internó en el pasillo. Dos pequeños cañones robot que todavía funcionaban le rebasaron en dirección al caótico escenario de la batalla. Les siguió.

El combate había alcanzado su punto álgido en el túnel principal. Los guardias de Sherikov repelían a los policías de Seguridad, refugiados tras columnas y barricadas improvisadas, que disparaban desesperadamente. Toda la estructura se estremeció por segunda vez cuando se produjo una gran explosión en algún lugar de la superficie. ¿Bombas? ¿Cohetes?

Cole se arrojó al suelo cuando un rayo violeta le rozó la oreja y desintegró la pared que tenía a sus espaldas. Un policía de Seguridad, con los ojos enloquecidos, disparaba al azar, hasta que fue alcanzado por un guardia de Sherikov.

Un cañón robot le apuntó cuando logró abrirse paso más allá del túnel principal. Cole corrió, pero el cañón rodó tras él. Cole apresuró el paso, encorvado y respirando con dificultad. A la incierta luz amarilla divisó un grupo de policías de Seguridad que cargaban contra una línea de defensa que los guardias de Sherikov habían montado a toda prisa.

El cañón robot se desvió para cortarles el paso, momento que Cole aprovechó para esconderse en una esquina.

Se encontraba en el laboratorio principal, la gran sala en la que Ícaro aguardaba el instante de partir hacia su destino.

¡Ícaro! Estaba rodeado por una sólida barrera de guardias armados con fusiles y escudos protectores, a pesar de que la Policía de Seguridad tenía órdenes de no causar el menor daño a la bomba. Cole burló a un guardia que le perseguía y llegó hasta el extremo del laboratorio.

Descubrió a los pocos segundos el generador del campo de fuerza, que carecía de interruptor. Al cabo de unos momentos recordó que se accionaba desde la muñeca del guardia.

Demasiado tarde para lamentarse por ello. Desmontó la placa que cubría el generador y arrancó los cables a puñados. El generador se desprendió y lo arrastró lejos de la pared. Gracias a Dios, la pantalla ya no funcionaba. Consiguió empujar el generador hasta un pasillo lateral.

Cole se inclinó sobre el generador y puso manos a la obra. Tiró de los cables y los estiró en el suelo; entonces montó los circuitos con febril rapidez.

No le costó mucho trabajo. La pantalla fluyó en ángulo recto con los cables hasta una distancia de dos metros. Cada conductor estaba protegido por un lado; el campo irradiaba

hacia afuera y dejaba un hueco cónico en el centro. Pasó los cables por el cinturón y los introdujo bajo las perneras de los pantalones y la camisa hasta los tobillos y las muñecas.

Estaba levantando el pesado generador cuando aparecieron dos guardias de Seguridad. Alzaron sus lanzarrayos y dispararon a quemarropa.

Cole conectó la pantalla. Una violenta vibración le golpeó en la mandíbula y sacudió su cuerpo. Se tambaleó, sorprendido a medias por la oleada de fuerza que se desprendía de él. Los rayos violeta se estrellaron en el campo y se desviaron.

Podía considerarse a salvo.

Corrió por el pasillo y dejó a su espalda cañones destruidos y cuerpos tendidos que aún crepitaban. Grandes nubes de partículas radiactivas danzaban a su alrededor. Había guardias muertos o agonizantes por todas partes, mutilados, devorados y corroídos por las sales metálicas del aire. Tenía que salir de allí… y aprisa.

Toda una sección de la fortaleza estaba en ruinas al final del pasillo. Llamas altas como torres se alzaban por todos lados. Uno de los misiles había penetrado en el subterráneo.

Cole encontró un ascensor que todavía funcionaba, atestado de guardias heridos que subían a la superficie. Ninguno le prestó atención. Las llamas que rodeaban el

ascensor se encarnizaban con los heridos. Los operarios intentaban desesperadamente poner en marcha el aparato. Cole saltó dentro de la caja. Empezó a moverse un segundo después y dejó atrás los gritos y el fuego.

Cole saltó a tierra en cuanto el ascensor llegó a la superficie. Un guardia le dio el alto y le persiguió. Cole se camufló en un confuso amasijo de metal retorcido, aún caliente y humeante. Corrió un trecho, saltó desde las ruinas de una torre defensiva hasta la tierra quemada y se deslizó por el flanco de una colina. El suelo le abrasaba los pies. Corrió tan rápido como pudo, casi sin aliento, y escaló una pendiente.

El guardia que le perseguía se había perdido de vista, envuelto en las nubes de cenizas que surgían de las ruinas de la fortaleza subterránea de Sherikov.

Cole trepó hasta la cumbre de la colina y descansó un poco. Intentó averiguar dónde se encontraba. La tarde declinaba y el sol empezaba a retirarse. Algunos puntos negros aún evolucionaban en el cielo; algunos se convertían en una llamarada y se apagaban.

Cole se levantó y miró a su alrededor. Las ruinas (el horno del que había escapado) se extendían hasta perderse en la distancia: un caos de restos informes y metal incandescente, kilómetros de basura retorcida y aparatos medio desintegrados.

Reflexionó y evaluó la situación. Los supervivientes estaban ocupados en apagar el fuego y curar a los heridos. Pasaría bastante rato antes de que le echaran de menos, pero en cuanto se produjera esa circunstancia iniciarían la búsqueda. La mayor parte del laboratorio había sido destruido. Nada quedaba en pie.

Los picos de los Urales se extendían más allá de las ruinas, hasta perderse de vista.

Montañas y bosques verdes: una selva. Nunca le encontrarían allí.

Cole inició el descenso de la colina con grandes precauciones, llevando el generador de la pantalla protectora bajo el brazo. Quizá podría aprovechar la confusión para encontrar comida y pertrechos que le duraran por tiempo indefinido. Esperaría a que amaneciera, caminaría en círculo hasta las ruinas y se aprovisionaría. Saldría adelante con algunas herramientas y su talento innato. Un destornillador, martillo, clavos, lo que fuera…

Un fuerte zumbido, que se transformó en un estruendo ensordecedor, atronó sus oídos. Cole se volvió, aturdido. Una enorme y amenazadora forma cubría el cielo. Cole se quedó helado, paralizado de asombro. La forma pasó sobre su cabeza mientras miraba como atontado, clavado en su sitio.

Luego, vacilante y desconcertado, empezó a correr. Tropezó y cayó por la ladera de la colina. Trató desesperadamente de agarrarse, pero sus manos resbalaron en la tierra blanda, mientras intentaba al mismo tiempo sujetar el generador bajo el brazo.

Un relámpago de luz cegadora le rodeó.

La chispa le alzó en el aire y lo zarandeó como una hoja seca. Emitió un grito de agonía cuando un infierno de fuego se desencadenó contra su pantalla protectora. Giró locamente y cayó a través de la nube de fuego en un pozo de tinieblas, un abismo inmenso abierto entre dos colinas. Los alambres se desataron y el generador se soltó. El campo de fuerza cesó de repente.

Cole yacía a oscuras al pie de la colina. El fuego castigaba su cuerpo sin piedad. Era un tizón encendido, brasas medio consumidas en un universo de tinieblas. El miedo se enroscó en él como una serpiente. Chilló, se agitó y luchó por escapar del nauseabundo fuego, por alcanzar la cortina de oscuridad fría y silenciosa donde las llamas no podrían devorarle y consumirle.

Se arrastró sollozando hacia la oscuridad con un supremo esfuerzo. Poco a poco, el globo resplandeciente que era su cuerpo fue apagándose. El impenetrable caos de la noche descendió y extinguió el fuego.

Dixon guio su nave con mano experta y aterrizó frente a una de las torres defensivas derribadas. Saltó afuera y corrió por la tierra humeante.

Reinhart surgió de un ascensor, escoltado por algunos de sus hombres.

—¡Rompió el cerco! ¡Ha escapado!

—No escapó —replicó Dixon—. Yo lo capturé.

—¿Qué quiere decir? —aulló Reinhart.

—Acompáñeme; por aquí. —Reinhart y Dixon treparon por la ladera de una colina demolida, ambos sin aliento—. Estaba aterrizando cuando divisé una figura que salía de un ascensor y corría hacia las montañas, como un animal. Al salir a terreno descubierto, piqué hacia él y lancé una bomba de fósforo.

—Por lo tanto, ¿está… muerto?

—No hay forma de sobrevivir a una bomba de fósforo. —Al llegar a la cumbre de la colina, Dixon se detuvo y señaló la fosa abierta al pie de la colina—. ¡Allí!

Emprendieron el descenso con grandes precauciones. La tierra se veía chamuscada y pelada. Espesas nubes de humo flotaban en el aire, y en algunos puntos aún no se había

apagado el fuego. Reinhart tosió y se inclinó para ver mejor. Dixon alumbró el cuerpo con una linterna.

El cuerpo estaba carbonizado, medio consumido por el fósforo. Yacía inmóvil, con un brazo protegiéndose la cara, la boca abierta, los labios retorcidos grotescamente, como una muñeca de trapo abandonada, arrojada en un incinerador y destruida hasta el extremo de hacerse irreconocible.

—¡Está vivo! —musitó Dixon. Lo examinó con curiosidad—. Debía contar con algún escudo protector. Es sorprendente que un hombre pueda…

—¿Está seguro de que es él?

—Concuerda con la descripción. —Dixon arrancó un trozo de tela—. Este es el hombre variable; lo que queda de él, al menos.

Reinhart suspiró, aliviado.

—Por fin lo cogimos. Ahora que ya no constituye un factor variable, los datos serán precisos.

Dixon desenfundó el desintegrador y quitó el seguro con aire pensativo.

—Si quiere, terminaré el trabajo ahora mismo.

Sherikov apareció en ese instante, acompañado de dos policías de Seguridad armados. Bajó la colina de mal humor y con los ojos echando chispas.

—¿Consiguió Cole…? —enmudeció al contemplar la escena—. Dios mío.

—Dixon le alcanzó con una bomba de fósforo —explicó Reinhart—. Intentaba llegar a las montañas.

—Era una persona asombrosa —dijo Sherikov ladeando la cabeza—. Logró forzar la cerradura de su puerta y escapar durante el ataque. Los guardias le dispararon, sin éxito. Le protegía algún tipo de escudo protector que había improvisado.

—De todas formas, se acabó —afirmó Reinhart—. ¿Recabó información sobre él para las SRB?

Sherikov introdujo una mano en su chaqueta y extrajo un sobre de papel manila.

—Esto es todo lo que averigüé de sus propios labios.

—¿Es un informe completo? Solo teníamos fragmentos imprecisos.

—Lo más completo posible. Incluye fotografías y diagramas del interior del globo, la torreta que montó para

mí. Ni siquiera he podido echarles un vistazo… ¿Qué piensa hacer con Cole?

—Trasladarle a la ciudad…, y ponerle a dormir oficialmente bajo los auspicios del Ministerio para la Eutanasia.

—¿Muerte legal? —Sherikov frunció los labios—. ¿Por qué no lo elimina aquí mismo, sin más trámites?

Reinhart se apoderó del sobre y lo guardó en su bolsillo derecho.

—Lo introduciré de inmediato en las máquinas. Vámonos. Notificaremos a la flota que se prepare para el ataque a Centauro. ¿Cuándo estará listo Ícaro?

—Dentro de una hora, más o menos —dijo Sherikov—. Están ajustando la torreta de control y verificando su funcionamiento.

—Bien. Le diré a Duffe que envíe la señal a la flota.

Reinhart indicó con un gesto a sus hombres que trasladaran a Sherikov a una nave de Seguridad. El científico se movió torpemente, con el rostro sombrío y demacrado. Depositaron el cuerpo de Cole en un vehículo de carga que se alojó en la bodega de la nave de Seguridad.

—Será interesante saber la reacción de las máquinas ante los nuevos datos —comentó Dixon.

—No cabe duda de que mejorarán —dijo Reinhart, palpando el sobre que abultaba su bolsillo interior—. Hemos terminado dos días antes de lo previsto.

I

Margaret Duffe se levantó con calma y empujó la silla hacia atrás con un movimiento automático.

—Pongamos las cosas en claro. ¿Afirma que la bomba está lista para entrar en acción?

—Ya se lo he dicho —asintió Reinhart, impaciente—. Los técnicos están haciendo las últimas comprobaciones en la torreta de control. El lanzamiento se efectuará dentro de media hora.

—¡Treinta minutos! Por lo tanto…

—Por tanto, el ataque ya puede empezar. La flota está preparada.

—Desde luego; hace días que está preparada, pero me parece increíble que la bomba lo esté en tan poco tiempo. —Margaret Duffe fue hacia la puerta de su despacho—. Este es un gran día, oficial. Dejamos a nuestra espalda una vieja era. Esta vez borraremos del mapa a Centauro…, y las colonias serán nuestras.

—Ha costado mucho esfuerzo —murmuró Reinhart.

—Una cosa: las acusaciones contra Sherikov. Me resulta difícil de creer que una persona tan cualificada haya…

—Hablaremos más tarde —la interrumpió Reinhart. Sacó el sobre de papel manila de su chaqueta—. Aún no he tenido tiempo de introducir estos datos en las máquinas SRB. Lo haré ahora, si me permite.

I

Margaret Duffe permaneció de pie ante la puerta unos instantes. Ambos se miraron en silencio. Reinhart dibujó una pálida sonrisa en sus labios; los ojos de la mujer brillaban de hostilidad.

—Reinhart, a veces creo que se excede. Y a veces creo que ya se ha excedido demasiado…

—La informaré de cualquier variación que se produzca en las cifras.

Reinhart pasó frente a la presidenta y salió al pasillo, camino de la sala que albergaba las SRB. Una intensa excitación recorría su cuerpo.

Entró en la sala y se encaminó hacia las máquinas. Las pantallas exhibían la ya conocida proporción 7-6. Reinhart sonrió. 7-6: cifras falsas basadas en una información incorrecta. Pronto cambiarían.

Kaplan corrió a su encuentro. Reinhart le tendió el sobre y se aproximó a la ventana para contemplar la escena familiar que se desarrollaba en la calle: hombres y vehículos del tamaño de hormigas que corrían frenéticamente en todas direcciones.

La guerra había empezado. La flota, tanto tiempo estacionada en las cercanías de Próxima Centauro, había recibido la señal de ataque. Experimentó un sentimiento de triunfo. Había ganado, había destruido al hombre del pasado y truncado la carrera de Peter Sherikov. Sus planes se cumplían con exactitud milimétrica. La Tierra rompería el cerco. La sonrisa de Reinhart se hizo más amplia.

—Oficial.

—¿Sí?

Reinhart se volvió poco a poco.

Kaplan comprobaba los informes de las máquinas.

—Oficial…

Algo en la voz de Kaplan alertó a Reinhart, que acudió a su lado sin perder tiempo.

—¿Qué sucede?

Kaplan levantó la vista, pálido y aterrorizado. Abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido.

—¿Qué sucede? —preguntó Reinhart con un escalofrío.

Examinó las cifras y se estremeció de horror.

—Cien a uno… ¡contra la Tierra!

No podía apartar los ojos de las cifras. Estaba aturdido, atenazado por la incredulidad. 100-1. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde se hallaba el error? La torreta terminada, Ícaro dispuesto, la flota en orden de batalla…

Un fuerte zumbido se produjo en el exterior del edificio. Oyeron gritos desde abajo, y Reinhart se asomó a la ventana; tenía el corazón en un puño.

Una estela blanca que aumentaba de tamaño y velocidad a cada momento cruzaba el cielo. Todos los ojos estaban fijos en ella.

El objeto desapareció con suma rapidez. Ícaro estaba en camino; el ataque había empezado, y nada podría detenerlo.

Y las máquinas anunciaban una desventaja de cien a uno…

I

A las ocho de la tarde del día 15 de mayo de 2136, Ícaro fue lanzado hacia la estrella Centauro. Al día siguiente, mientras la Tierra aguardaba, Ícaro penetró en la estrella viajando a una velocidad miles de veces superior a la de la luz.

No ocurrió nada. Ícaro desapareció en el interior de la estrella. No se produjo la explosión. La bomba fracasó en su cometido.

Al mismo tiempo, las flotas de la Tierra y de Centauro se enzarzaron en una cruel batalla. Veinte de las mayores naves fueron capturadas. Una buena parte de la flota centauriana resultó destruida. Muchos de los sistemas cautivos se alzaron en rebelión, ansiosos de sacudirse la tiranía del imperio.

Dos horas después, la inmensa flota de Centauro acuartelada en Armun entró por sorpresa en acción. La gran batalla iluminó la mitad del sistema centauriano. Nave tras nave fulguraba débilmente y se convertía en cenizas. Las dos flotas, desparramadas a lo largo de millones de kilómetros de espacio, combatieron durante un día entero. Murieron innumerables hombres… de ambos bandos.

Por fin, los restos de la maltrecha flota terrestre tomaron la dirección de Armun… La derrota era total. Quedaba muy poco de la otrora impresionante armada: algunos cascos ennegrecidos que se encaminaban hacia la cautividad.

Ícaro no había funcionado. Centauro no había estallado. El ataque era un fracaso.

La guerra había terminado.

—Hemos perdido la guerra —dijo Margaret Duffe con un hilo de voz—. Todo ha terminado.

Los miembros del Consejo, ancianos de cabellos grises, estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias sin hablar ni moverse. Todos contemplaban los grandes mapas estelares que cubrían dos paredes de la sala.

—He iniciado negociaciones para concertar una tregua —murmuró Margaret Duffe—. He dado orden al vicecomandante Jessup de rendirse. No hay esperanza. El comandante Carleton se ha suicidado hace pocos minutos, destruyendo de paso su nave insignia. El Alto Consejo de Centauro ha accedido a poner fin a las hostilidades. Su imperio se desmorona.

Reinhart estaba derrumbado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.

—No entiendo… ¿Por qué? ¿Por qué no estalló la bomba? —Perdió el aplomo y se golpeó la frente con los puños, tembloroso y descompuesto—. ¿Cuál fue el error?

—Tal vez el hombre variable saboteó la torreta —murmuró Dixon a modo de respuesta—. Las máquinas SRB

lo sabían… Analizaron los datos. ¡Lo sabían! Pero ya era demasiado tarde.

Reinhart alzó un poco la cabeza y mostró la desesperación en sus ojos.

—Sabía que nos destruiría. Estamos acabados. Un siglo de trabajo y planificación… —Un espasmo agónico le sacudió de arriba abajo—. ¡Todo por culpa de Sherikov!

—¿Por qué fue culpa de Sherikov? —inquirió fríamente Margaret Duffe.

—Le salvó la vida a Cole. Quise matarle desde el primer momento. —Reinhart saltó de la silla y desenfundó la pistola—. ¡Y aún sigue vivo! ¡A pesar de que hemos perdido no me privaré del placer de atravesar el pecho de Cole con mi desintegrador!

—¡Siéntese! —ordenó Margaret Duffe.

Reinhart ya estaba a medio camino de la puerta.

—Todavía permanece en el Ministerio para la Eutanasia, esperando al oficial que…

—No, ya no —afirmó Margaret Duffe.

Reinhart se quedó helado. Se volvió poco a poco, incapaz de creer lo que oía.

—¿Qué?

—Cole no está en el ministerio. Ordené que le trasladaran y anularan sus instrucciones.

—¿Dónde…, dónde está?

—En los Urales, con Peter Sherikov. —La voz de Margaret Duffe adoptó un tono de dureza poco habitual—. He devuelto a Sherikov todos sus privilegios. Cole se encuentra bajo su tutela. Quiero asegurarme de que se recupere, a fin de cumplir nuestra promesa…, la promesa de reintegrarle a su época.

Reinhart abrió y cerró la boca, incapaz de hablar. El color había huido de su cara y sus mejillas se agitaban espasmódicamente.

—¡Se ha vuelto loca! —estalló por fin—. El traidor responsable de la mayor derrota de la Tierra…

—Hemos perdido la guerra —declaró Margaret Duffe con serenidad—, pero hoy no es un día de duelo, sino de alegría por la victoria más increíble que la Tierra conoció jamás.

Reinhart y Dixon se quedaron atónitos.

—Pero… —masculló Reinhart—, pero qué…

Un rugido sacudió la sala cuando todos los miembros del Consejo se pusieron de pie, ahogando las palabras de Reinhart.

—Sherikov se lo explicará cuando llegue. Él lo descubrió. —Margaret Duffe se dirigió con voz serena a los incrédulos miembros del Consejo—. Siéntense todos. Se quedarán aquí hasta que Sherikov llegue. Es vital que le escuchen. Sus noticias darán un vuelco a la situación.

I

Peter Sherikov cogió el portafolio que le tendía uno de sus técnicos armados.

—Gracias. —Echó hacia atrás la butaca y paseó la mirada por la sala del Consejo—. ¿Están todos preparados para oír lo que voy a decir?

—Estamos dispuestos —respondió Margaret Duffe.

Los miembros del Consejo se inclinaron hacia delante. En el extremo opuesto, Reinhart y Dixon observaron con inquietud al polaco mientras sacaba los papeles del portafolio y los examinaba.

—Para empezar, permítanme que les recuerde los orígenes de la bomba MRL. Jamison Hedge fue el primer hombre que lanzó un objeto a mayor velocidad que la luz.

Como saben, el objeto disminuyó de tamaño y aumentó de masa a medida que se acercaba a la velocidad de la luz; al alcanzarla, se desvaneció. Para utilizar nuestros términos, dejó de existir. Al no poseer tamaño, no ocupaba ningún espacio. Pasó a un orden de existencia diferente.

»Cuando Hedge trató de recuperar el objeto se produjo una explosión. Hedge murió, y todo su equipo con él. La potencia de la explosión es incalculable. Hedge había situado su nave de observación a muchos millones de kilómetros de distancia; sin embargo, no estaba lo bastante lejos. En principio, confiaba que su invención se aplicara a los viajes espaciales, pero después de su muerte se abandonó el proyecto.

»Hasta que llegó Ícaro. Entreví las posibilidades de una bomba, una bomba increíblemente poderosa que destruyera Centauro y todas las fuerzas del imperio. La reaparición de Ícaro significaría la aniquilación de su sistema. Tal como Hedge demostró, el objeto reingresaría en un espacio ya ocupado por materia, y causaría un cataclismo inimaginable.

—Pero Ícaro no volvió —gritó Reinhart—. Cole alteró las conexiones para que la bomba prosiguiera su trayecto. No me extrañaría que aún lo esté haciendo.

—Se equivoca —tronó Sherikov—. La bomba reapareció, pero no estalló.

—Quiere decir…

—La bomba regresó a menor velocidad que la luz cuando penetró en la estrella Próxima, pero no estalló. No hubo cataclismo. Reapareció y fue absorbida por el sol. De esta manera se convirtió en gas de inmediato.

—¿Por qué no hizo explosión? —preguntó Dixon.

—Porque Thomas Cole resolvió uno de los problemas de Hedge. Encontró la forma de devolver el objeto a nuestro universo, por debajo de la velocidad de la luz, sin que estallara. El hombre variable descubrió lo que Hedge buscaba…

Todo el Consejo se puso en pie. Un murmullo ensordecedor invadió la sala.

—¡No lo creo! —jadeó Reinhart—. No es posible. Si Cole resolvió el problema de Hedge significaría…

Se calló, vacilante.

—Ahora podremos utilizar la propulsión a mayor velocidad que la luz para los viajes espaciales —continuó Sherikov, sofocando el alboroto—, tal como deseaba Hedge. Mis hombres han estudiado las fotografías de la torreta de control. Aun así, no saben ni el cómo ni el porqué, pero disponemos de todos los datos. En cuanto hayamos

reparado los laboratorios, duplicaremos las conexiones originales.

Las explicaciones iban calando gradualmente en el seno del Consejo.

—Por tanto, será posible construir naves MRL —murmuró Margaret Duffe, asombrada—, y con ello…

—Cole comprendió el propósito de la torreta de control en cuanto se la enseñé. No mi propósito, sino el que Hedge tenía en mente cuando inició sus trabajos. Cole comprendió que Ícaro era una nave espacial incompleta, no una bomba. Supuso lo que Hedge había imaginado, el viaje MRL. Se empeñó en que Ícaro funcionara.

—Podremos ir más allá de Centauro —murmuró Dixon. Se mordió los labios—. Por consiguiente, la guerra es inútil, el imperio ya no representa ningún obstáculo. La galaxia está a nuestro alcance.

—Todo el universo —añadió Sherikov—. En lugar de conquistar un anticuado imperio, exploraremos todo el cosmos, toda la obra de Dios.

Margaret Duffe se levantó y se dirigió hacia los grandes mapas estelares que se alzaban en el extremo opuesto de la sala. Contempló durante largo rato las miríadas de soles, las legiones de sistemas, abrumada por lo que veía.

—¿Cree de veras que comprendió todo esto? —preguntó de repente—. ¿Qué podemos ver en estos simples mapas?

—Thomas Cole es una persona extraña —musitó Sherikov—. Aparentemente, posee un cierto tipo de intuición en lo que se refiere a las máquinas y su funcionamiento. Una intuición que reside más en sus manos que en su cabeza, como el talento innato de un pianista o de un pintor. No es un científico. Carece de conocimiento verbal sobre las cosas, de referencias semánticas. Actúa directamente sobre los objetos.

»Dudo mucho que Thomas Cole comprendiera lo que vendría a continuación. Examinó el globo, la torreta de control. Vio conexiones incompletas, trabajo a medio hacer: una máquina incompleta.

—Algo que necesitaba un arreglo —señaló Margaret Duffe.

—Algo que necesitaba un arreglo. Comprendió la magnitud de su tarea, como un artista. Solo le interesaba una cosa: utilizar su talento para llevar a cabo el trabajo lo mejor posible. Ese talento ha abierto para nosotros un universo entero, galaxias infinitas, sistemas para explorar. Mundos sin fin, mundos sin límite, intocados.

Reinhart se levantó, inseguro.

—Pongamos manos a la obra. Organicemos equipos de construcción, expediciones de exploración. Reconvertiremos la producción bélica en orden a diseñar naves; todos los esfuerzos científicos se encaminarán a este objetivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Margaret Duffe, mirándole pensativamente—, pero usted no participará.

Reinhart comprendió la expresión de su rostro. Sacó su pistola y retrocedió hacia la puerta. Dixon le siguió.

—¡Atrás! —aulló Reinhart.

Margaret Duffe hizo una señal y un grupo de soldados rodeó a los dos hombres. Los soldados, impávidos y eficientes, tenían esposas magnéticas preparadas.

El desintegrador de Reinhart apuntó a los miembros del Consejo, paralizados de estupor en sus asientos, y después a la cabeza de Margaret Duffe: un miedo enloquecido desfiguraba las facciones de Reinhart:

—¡Retrocedan! ¡Que nadie se acerque o ella será la primera en morir!

Peter Sherikov saltó desde la mesa y se plantó ante Reinhart. Su inmenso puño cubierto de vello negro describió un arco y se estrelló contra el mentón del oficial, que rebotó en la pared y se deslizó blandamente hasta el suelo.

Los soldados le inmovilizaron con las esposas y le obligaron a levantarse. Un hilo de sangre manaba de su boca. Escupió fragmentos de dientes; tenía los ojos vidriosos. Dixon, boquiabierto e incapaz de comprender lo que ocurría, se dejó esposar mansamente.

Uno de los miembros del Consejo recogió la pistola que Reinhart había esgrimido momentos antes. La examinó y luego la depositó sobre la mesa.

—Cargada y a punto de disparar —murmuró.

—Ojalá les hubiera matado a todos —masculló Reinhart con la mirada llena de odio—. ¡A todos! Si tuviera las manos libres…

—Pero no las tiene —replicó Margaret Duffe—. No pierda el tiempo con esos pensamientos.

Hizo una señal a los soldados, que empujaron a Reinhart y a Dixon hacia la salida.

La sala quedó en silencio durante unos instantes. Después, los miembros del Consejo se removieron en sus butacas y respiraron con alivio.

Sherikov apoyó su manaza en el hombro de Margaret Duffe.

—¿Se encuentra bien, Margaret?

—Estoy bien, gracias —sonrió la presidenta.

Sherikov le acarició el pelo; luego se puso a guardar sus papeles.

—He de irme. La llamaré más tarde.

—¿Adónde va? ¿No puede quedarse a…?

—Debo regresar a los Urales. —Sherikov sonrió antes de alcanzar la puerta—. Me esperan asuntos importantes.

I

Thomas Cole estaba sentado en la cama cuando llegó Sherikov. Casi todo su cuerpo estaba envuelto en plástico transparente. Dos robots controlaban sin cesar su pulso, la presión sanguínea, la respiración y la temperatura corporal.

Cole ladeó la cabeza cuando el enorme polaco dejó caer su portafolio y se sentó en el alféizar de la ventana.

—¿Cómo se siente? —preguntó Sherikov.

—Mejor.

—Como ve, hemos mejorado mucho en lo tocante a medicina. Sus quemaduras curarán en pocos meses.

—¿Cómo va la guerra?

—La guerra ha terminado.

—Ícaro…

—Ícaro funcionó como esperábamos. Como usted esperaba. —Sherikov se inclinó sobre la cama—. Cole, le prometí algo y estoy dispuesto a cumplir mi palabra…, tan pronto como se recupere.

—¿Volveré a mi época?

—Exacto. Es un problema fácil de resolver, ahora que Reinhart ha sido detenido. Volverá a su casa, a su tiempo, a su mundo. Le proporcionaremos algunos discos de platino o algo así para financiar sus negocios. Necesita una nueva carreta Fixit, herramientas, ropa… Creo que con unos miles de dólares será suficiente.

Cole no dijo nada.

—Ya me he puesto en contacto con Investigaciones Históricas —continuó Sherikov—. La burbuja temporal está preparada. Nos sentimos en deuda con usted, como es lógico. Gracias a usted hemos realizado nuestro gran sueño. Todo el planeta bulle de excitación. Estamos adaptando nuestra economía de guerra a…

—¿No lamentan lo que ha ocurrido? El fracaso habrá decepcionado a mucha gente.

—Al principio, pero lo superaron…, en cuanto comprendieron lo que se avecina. Lástima que no pueda verlo, Cole. Todo un mundo que se esparce por el universo. ¡Quieren que tenga a punto una nave MRL para este fin de semana! Ya se han recibido miles de solicitudes para formar parte del primer vuelo.

—No habrá bandas, ni desfiles, ni comités de bienvenida esperándole en su destino —sonrió Cole.

—Es posible. Es posible que la tripulación de la primera nave desembarque en un mundo muerto, lleno de arena y sal seca, pero todo el mundo quiere ir. Parece una fiesta. La gente corre, grita y tira cosas a la calle.

»Temo que he de regresar a los laboratorios. Han empezado las tareas de reconstrucción. —Sherikov rebuscó en su abultado portafolio—. Por cierto… Un pequeño detalle. Tal vez podría echarle una hojeada a esto mientras se recupera.

Desplegó un puñado de gráficas sobre la cama. Cole las recogió de una en una.

—¿Qué es esto?

—Algo sin importancia que he diseñado. —Sherikov se dirigió hacia la puerta—. Estamos reorganizando nuestra estructura política para evitar que se repitan casos como el de Reinhart. No permitiremos nunca más que un solo

hombre reúna tanto poder. Compartiremos el poder todos, no un número limitado de gente que un hombre pueda dominar…, como Reinhart dominó el Consejo.

»El artilugio posibilitará que los ciudadanos opinen y decidan directamente sobre los temas importantes. No tendrán que esperar a que el Consejo se reúna para hacer efectiva una medida. Cada ciudadano comunicará su parecer mediante uno de estos aparatos, y sus demandas quedarán registradas en un control central que responderá automáticamente. Cuando una parte significativa de la población exija algo determinado, estos artefactos desplegarán un campo activo que afectará a todos los demás; de esta manera, un tema determinado no necesitará ser sometido al Consejo. Los ciudadanos expresarán sus deseos mucho antes de que un grupo de ancianos empiecen a discutir.

»Por supuesto —aclaró Sherikov con un fruncimiento de cejas—, queda un pequeño detalle…

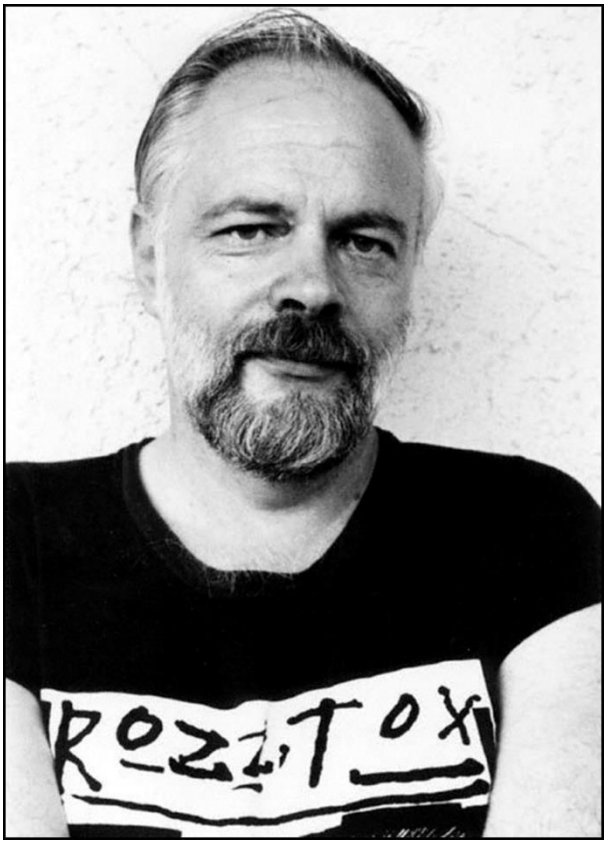
—¿Cuál es?

—No he sido capaz de construir un modelo que funcionara. Unos defectos sin importancia… Estas tareas tan complicadas nunca han sido mi especialidad. —Se detuvo en la puerta—. Bien, espero verle antes de que se marche. Quizá podamos hablar dentro de un tiempo, cuando se sienta mejor. Incluso podríamos cenar alguna vez, ¿eh?

Pero Thomas Cole no le escuchaba. Estaba inclinado sobre los planos, con una expresión de sumo interés en su rostro estragado. Sus largos dedos resbalaban sobre el papel, localizando conexiones y terminales. Movía los labios mientras calculaba.

Sherikov esperó un momento; luego salió al pasillo y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

Silbó una alegre canción mientras avanzaba hacia la salida.



ACERCA DEL AUTOR

PHILIP KINDRED DICK (Chicago, IL, EE. UU., 1928 - Santa Ana, CA, EE. UU., 1982) Nació prematuramente, junto a su hermana gemela Jane, Jane murió trágicamente pocas semanas después. La influencia de la muerte de Jane fue una parte dominante de la vida y obra de Philp K. Dick. El biógrafo Lawrence Sutin escribe; ...El trauma de la muerte de Jane quedó como el suceso central de la vida psíquica de Phil

Dos años más tarde los padres de Dick, Dorothy Grant y Joseph Edgar Dick se mudaron a Berkeley. A esas alturas el matrimonio estaba prácticamente roto y el divorcio llegó en 1932, Dick se quedó con su madre, con la que se trasladó a Washington.

En 1940 volvieron a Berkeley. Fue durante este período cuando Dick comenzó a leer y escribir ciencia-ficción. En su adolescencia, publicó regularmente historias cortas en el Club de Autores Jovenes, una columna el Berkeley Gazette. Devoraba todas las revistas de ciencia-ficción que llegaban a sus manos y muy pronto empezó a ser influido por autores como Heinlein y Van Vogt. Durante estos años su salud no fue buena, y sufrió frecuentes ataques de asma y periodos de agorafobia.

Su interés por la ciencia-ficción disminuyó cuando acabó sus estudios secundarios y, a los 18 años, dejó a su madre. Entre tanto, continuó en contacto con la comunidad intelectual de Berkeley mientras trabajaba como dependiente. Durante este periodo sus gustos literarios se hicieron más exquisitos. Berkeley, y más tarde su casa de Marin County, acabaron por llenarse de libros.

Después de vender varios relatos a las más importantes revistas pulp de ciencia-ficción de aquella época, Philp K. Dick tomó en 1951 la decisión de dedicarse al oficio de escritor a tiempo completo. Escribió varias novelas de ciencia-ficción durante la década de los 50, pero con todo,

sus intentos por publicar novelas de no ficción fue un rotundo fracaso. Su primer éxito fue la novela LOTERÍA SOLAR, en 1954, iniciando así una muy prolífica carrera como escritor de ciencia-ficción. El punto álgido fue la concesión del premio Hugo por la novela EL HOMBRE EN EL CASTILLO, en 1962.

En 1948 contrajo el que fue el primero, hasta un total de cuatro, de varios matrimonios fallidos. Esta primera tentativa de Dick fue un rotundo fracaso y duró escasamente seis meses. Su segundo matrimonio, con Kleo Apostolides, fue más afortunado. Sin embargo, a raíz de su mudanza a Point Reyes Station a finales de los cincuenta, Dick empieza a relacionar se con su atractiva vecina Anne. Anne, todavía afectada por la reciente muerte de su marido, y al tener distintos turnos de trabajo que Kleo, empezó a pasar mucho tiempo junto a Dick.

A Dick le llevó poco tiempo acabar con el que había sido hasta entonces un feliz matrimonio con Kleo. Su novela CONFESIONS OF A CRAP ARTIST se basa en esta época de su vida. En 1960 nació Laura Archer, la hija de Dick y Anne.

La relación de Dick y Anne se mecía entre el amor y el odio. Los caracteres negativos y destructivos de los personajes femeninos que se pueden encontrar en las novelas de Dick estás basados en Anne. Estos incluyen a la Fay de CONFESIONS OF A CRAP ARTIST, la Priz de PODEMOS CONSTRUÍRLE, Y la Kathy de AGUARDANDO EL AÑO PASADO.

Gradualmente, Dick desarrolló una fuerte paranoia hacia Anne, convencido de que ella asesinó a su anterior esposo y que pronto lo haría con él.

A pesar de la paranoia y la animosidad hacia Anne, Dick inicia una de sus más prolíficas y brillantes épocas como escritor. Obras como EL HOMBRE EN EL CASTILLO, TIEMPO DE MARTE, y LOS TRES ESTIGMAS DE PALMER ELDRITCH, fueron escritas durante aquel periodo. Retirado en una cabaña alquilada al sheriff local para alejarse de sus conflictos domésticos, Dick escribió once novelas entre 1963 y 1964. Finalmente, en 1964, Dick y Anne se divorciaron

Establecido en San Francisco en 1964, empezaron sus experimentos con las drogas, en concreto el LSD, iniciado por escritores como Jack Newkon y Ray Nelson.Como otros muchos durante los sesenta, Dick experimentó con muchas drogas, pero lo que más le afectó a todos los niveles fue su adicción a las anfetaminas. Un excelente libro basado en el estilo de vida de los yonkis, es su novela UNA MIRADA A LA OSCURIDAD. La adicción le produjo serios problemas durante los 60, incluyendo el divorció de Nancy Hackett su cuarta esposa. Dick se había casado con ella en 1966. Nancy era diez años menor que él, lo que no impidió que estuvieran profundamente enamorados. La hija de Dick y Nancy Hackett, Isa, nació en 1966.

Los 70 fue un periodo extraño en la vida de Dick. Comenzó cuando Nancy lo dejó, llevándose a Isa con ella. Casi a la vez,

su casa sufrió un misterioso asalto del que hizo responsable nada menos que a la CIA. Sin Nancy ni su hijo empezó para Dick una de las peores épocas de su vida. Fuertemente enganchado a las drogas y afectado por la paranoia, cayó en un periodo de sequía creativa que duró varios años. Dick, que siempre fue un prolífico escritor, no volvió a producir nada hasta 1973. Después de una tentativa de suicidio y una corta estancia en un centro de rehabilitación, Dick volvió a reencontrarse a si mismo. Establecido en California junto a sus amigos Tim Powers y K. W. Jeter, volvió a casarse, esta vez con la joven Tessa Busby con la que en 1973 tuvo a su hijo Cristopher.

A mediados de los 70 Dick sufrió varias experiencias religiosas que bastaron para ocuparle intelectual y espiritualmente. Durante varios años Dick se dedicó a elaborar explicaciones e interpretaciones de estas experiencias, actividad que dominó a partir de entonces toda su vida e influyó en sus novelas posteriores.

Philip. K. Dick murió en 1982, de un fallo cardiaco, a la edad de 53 años, dejando un libro inacabado y, sin duda, muchas ideas sin desarrollar. Tampoco llegó a ver el estreno de la primera adaptación de su obra al cine; BLADE RUNNER.

Una de las mayores virtudes de Dick es que produjo ciencia-ficción seria y, sobre todo asequible, para el gran público. Fue un escritor consistente y brillante, y de los más originales del género. Curiosamente, es un autor mucho más

apreciado en Europa que en los propios Estado Unidos, habiendo países, donde es EL escritor de ciencia-ficción por excelencia, en detrimento de otros ilustres como Asimov, Clarke o Bradbury.

En cualquier caso Dick es un autor controvertido, siendo sorprendente para algunos críticos que éste autor, especializado en la irracionalidad en el seno de una literatura tan básicamente apartada de ella como es la ciencia-ficción, haya tenido un reconocimiento tan profundo. Reconocimiento que por otro lado le ha llegado a título póstumo, puesto que en vida sólo recibió el Hugo por EL HOMBRE EN EL CASTILLO y el John Campbell Memorial por FLUYAN MIS LÁGRIMAS, DIJO EL POLICÍA.

Extraído de Sitio de Ciencia Ficción

https://www.ciencia-ficcion.com/autores/dickpk.htm